

# UNA VOZ EN EL DESIERTO

*El Reverendo Loran W. Helm*

*“No me elegisteis vosotros a mí,  
sino que yo os elegí a vosotros,  
y os he puesto...”*

*San Juan 15:16.a*

UNA  
VOZ  
EN EL  
DESIERTO

# UNA VOZ EN EL DESIERTO

EL REVERENDO LORAN W. HELM

Recopilado y redactado por Jon L. Cullum

EVANGEL VOICE PUBLICATIONS, INC.

Parker City, Indiana 47368

# Una Voz En El Desierto

## Spanish Edition

Copyright 2015 Voice Media

info@VM1.global

Web home: [www.VM1.global](http://www.VM1.global)

All rights reserved. No part of the publication may be reproduced, distributed or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic, or mechanical methods, without the prior written permission of the publisher, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other noncommercial uses permitted by copyright law. For permission requests, email the publisher, addressed “Attention: Permission Coordinator,” at the address above.

This publication **may not be sold, and is for free distribution** only.

# PREFACIO

Deseo manifestar de la mejor manera posible mi profundo agradecimiento a cada una de las personas que nos han apoyado por medio de la oración, y que han pedido al trono de Dios que esta humilde peregrinación pueda ser compartida total e íntegramente para la gloria del Señor. Ha sido mi deseo no olvidar a ninguna persona que, a través de los meses y años, nos ha apoyado en nuestro llamamiento a declarar el mensaje del reino de Dios a todas las iglesias hermosas de Jesucristo por todo el mundo. (Es importante recordar que dondequiera que dos personas se reúnan, que tienen la experiencia del nuevo nacimiento, quienes aman a Jesucristo con todo el corazón y obedecen al Espíritu Santo, éstos son la verdadera iglesia de Dios.) A cada una de estas personas que forman el cuerpo de Cristo por todo el mundo, les saludo en el nombre incomparable de nuestro Señor resucitado quien viene pronto.

Solamente deseo, si fuera posible, relatar cuán glorioso ha sido caminar con Dios a través de estos años, pero siento que es difícil que un solo libro pueda acercarnos a dicha grandeza. Ha sido mi oración constante que, a pesar de nuestras limitaciones humanas, se pueda sentir la presencia del Espíritu Santo en cada párrafo y a través de cada frase. También abrigo la esperanza de que cada lector de este libro considere estas páginas no simplemente como un libro, sino como una conversación personal entre usted y yo.

Aunque ha sido mi deseo sincero no ofender a nadie ni crear algún mal entendimiento en ningún momento, reconozco que el testimonio de los siervos de Dios casi siempre ha sido recibido con dificultad, especialmente por los líderes religiosos. Mis palabras a la iglesia profesante tal vez lastimen algunos oídos, pero por la gracia de Dios y el poder purificador del Espíritu Santo que mora en nosotros, puedo testificar que dichas palabras fluyen de un corazón quebrantado por el amor hacia cada persona viviente, y hacia la verdadera iglesia de Jesucristo.

Por favor, trate de ser tolerante conmigo cuando digo que “el Señor me ha dicho algo,” o que “el Espíritu Santo me ha hablado.” Dios rara vez se ha comunicado conmigo por medio de una voz audible, pero durante más de cuarenta años me ha hecho saber su voluntad por medio de la función de sus dones en mí. Es solamente por su gracia y misericordia que poseo algunos conocimientos, y aun más por su bondad que puedo discernir su sagrada voz. Cuando uso estos términos “el Señor me ha dicho,” o “El me ha hablado,” simplemente recuerde que Dios no me dijo algo audible, sino que lo reveló a mi hombre interior por su Espíritu.

De vez en cuando incluyo palabras, frases y hasta párrafos enteros en **negrita**. De esta manera he procurado llamar la atención a los amados lectores acerca de la importancia tan especial que tiene esa

sección en particular. Generalmente las palabras o frases son sencillas; sin embargo, contienen una semilla de verdad eterna que Dios me ha revelado solamente después de haber caminado muchos años con El. Si pudiéramos captar al menos una o dos de estas pequeñas joyas de realidad divina, esto valdría más que el oro para aquel que es verdadero seguidor del manso y humilde Cristo Jesús.

Deseo expresar mi agradecimiento a mi yerno, Jon Cullum, por su trabajo de amor al revisar y recopilar los materiales para este libro. Puesto que él ha vivido y viajado conmigo por cerca de cuatro años, está consciente de que Dios obra a través de mí por medio de las historias y experiencias personales que comparto más que por cualquier otro medio. Por eso, él hace uso de la primera persona a lo largo de todo el libro.

Deseo también expresar mi agradecimiento con todo el corazón a mi fiel esposa, a mis queridos padres y a mi querida familia por lo que han sido para mí y mi ministerio durante casi cuatro décadas. ¡Qué incentivo ha sido tener a mis hijas, a muchos sobrinos y a mis propios hermanos con sus esposas, quienes han viajado cientos de kilómetros para estar con este limitado e indigno siervo en las reuniones donde el Espíritu Santo me enviaba!

Quisiera reconocer la ayuda de Virginia Yoder, quien transcribió muchos mensajes de los cuales fueron tomadas algunas de nuestras experiencias. Deseo también hacer mención de la contribución de Geneva Walker al transcribir otros materiales relacionados con esta obra, y expresar mi profundo agradecimiento al reverendo Wesley Bullis y a su esposa por sus sugerencias e inapreciable asistencia. Del mismo modo, deseo agradecer a Terry Hogue por su dedicación en ayudarme.

Especialmente desearía expresar mi gratitud a Vera Wagner por las muchas horas de perseverante devoción a la tarea de mecanografiar este manuscrito desde su comienzo hasta el fin. También estoy sumamente agradecido a Artley Cullum, a Tom Harman y a todo el personal de la imprenta *Country Print Shop* por la manera en que el Señor los ha usado para ayudarnos en los últimos diez años.

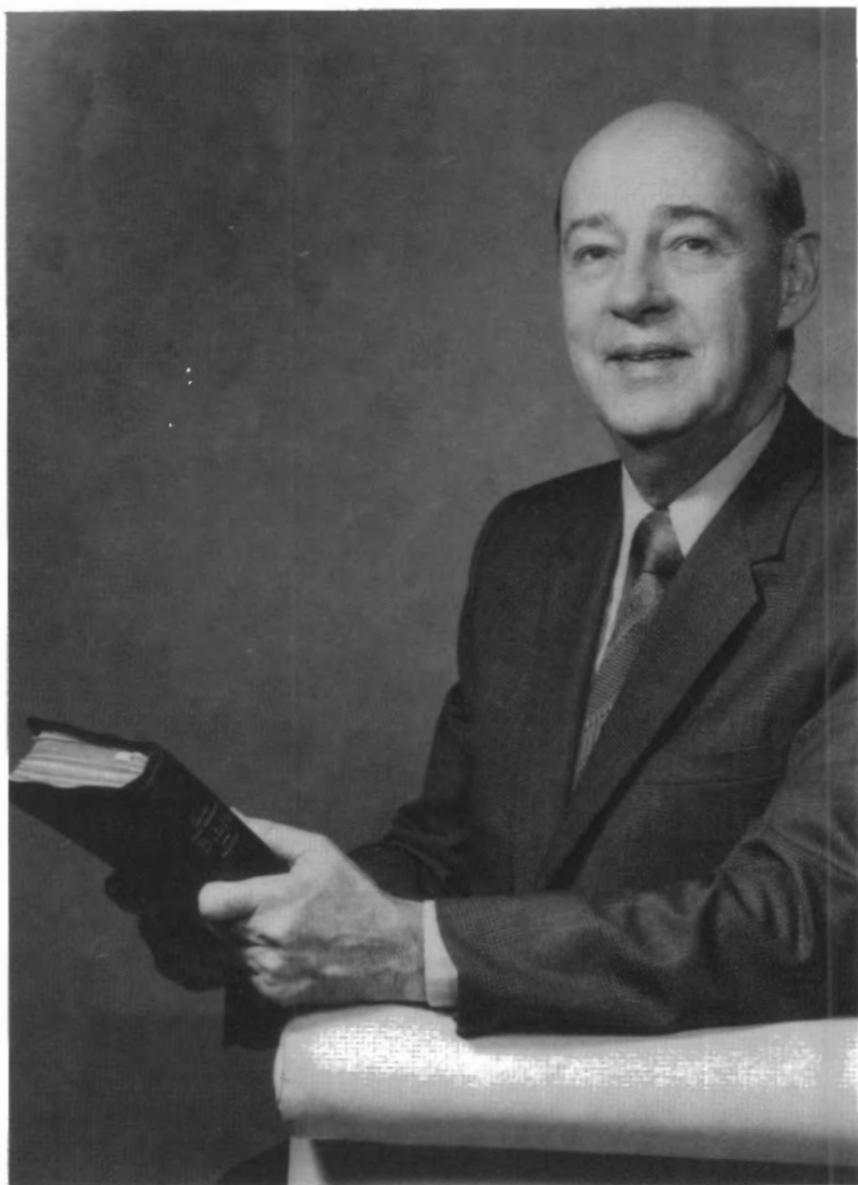
El principal promotor en la edición de este libro es el señor Comer Tankersley, un amado hermano a quien Jesucristo salvó y transformó maravillosamente en nuestro primer viaje a Israel en 1969. El ha sido la única persona que me dijo: "Si necesitas dinero para imprimir este libro, simplemente lo conseguiré prestado." Basándome en este cariñoso y grato ofrecimiento, me sentí guiado por el Señor Jesús a pedirle a mi yerno que iniciara la investigación y preparación para este libro.

Sé que soy una persona muy necesitada delante del Señor. Por esto, pido perdón si en alguna manera he faltado a la voluntad de Dios, o si en algún momento he desilusionado o fallado a algunas personas queridas, pues deseo ser santo delante de Dios en todo tiempo. Sé que no he orado lo suficiente, y que no he ganado suficientes almas para el Señor. Necesito muchísimo más del amor santo de Dios, el cual es la única evidencia verdadera del cristianismo.

Anhelo que este libro, por medio del Espíritu Santo, eleve su

corazón, despierte una determinación de esforzarse hacia la cruz y le inspire hacia la voluntad perfecta de Dios, mientras busca primero no los planes del hombre noble y bien intencionado, sino el glorioso reino de Dios.

Un siervo que confía en Jesucristo,  
Loran W. Helm  
Parker, Indiana  
17 de abril de 1973



*EL REVERENDO LORAN W. HELM*

# PROLOGO

por Mary Webster

¡Antes de que fuera mi turno para hablar, lo vi! ¡La verdad es que no era posible que pasara desapercibido! Estaba sentado al lado del pasillo, y sobresalía entre las demás personas del auditorio. Era un hombre extraordinario, bien vestido, distinguido, con la “sonrisa de Dios” en su rostro. Todo en él me decía: “¡Este hombre es distinto!” Pensé: “Melquisedec, sin principio ni fin.”

Al inclinar nuestros rostros para la invocación, el Señor me reveló que yo no sería quien daría el mensaje, sino que debería presentar a este hermano y él predicaría. Se me hizo raro presentar a alguien cuyo nombre ni siquiera sabía, por lo que simplemente dije lo que se me había revelado, y pedí que “Melquisedec” nos hablara de lo que Dios había puesto en su corazón. Más después supe que su nombre no era Melquisedec, sino Loran Helm.

Era evidente por qué Dios había decidido usar al hermano Loran aquella mañana, porque la gente recibió abundante bendición.

Más tarde le dije que probablemente era un cristiano muy solitario, pues poca gente había logrado tanto en su camino con el Señor como él lo había hecho. No todos podían compartir sus experiencias tan profundas y elevadas que él conocía, porque no habían rendido sus vidas a Cristo en el mismo grado. El simplemente sonrió.

Durante un retiro espiritual en donde él dirigía, vi a este maravilloso “espíritu libre” que casi rompía sus alas tratando de volar dentro de la envoltura de las limitaciones e impedimentos de una organización estructural. Esto me llevó a sugerirle que posiblemente sería de más beneficio para él y otras personas dejar caer esa “envoltura” que le ataba, como si fuera una camisa de fuerza, y remontarse hacia las alturas con Jesucristo, libre para hacer su voluntad.

¡Mientras lea este libro, encontrará que usted también está remontándose, o por lo menos, está deseando ir al Señor y obtener las alas para intentarlo!

# HAY UNA VOZ QUE CLAMA EN EL DESIERTO

Hay una voz que clama en el desierto,  
Un clamor de la senda angosta;  
Preparad camino en la soledad,  
¡Calzada a nuestro Dios!  
Todo valle sea alzado,  
Bájese todo monte y collado;  
Lo torcido se enderece,  
Para abrir paso para el Señor, nuestro Dios.

Oh, anunciadora de Sión,  
¡Súbete sobre un monte alto!  
Proclama al pueblo asolado,  
La venida de su Rey.  
Así como las flores del campo se marchitan,  
Las obras del hombre cesarán;  
El poder y la pompa de las naciones,  
Como un sueño dejarán de existir.

La palabra del Dios nuestro permanece,  
El brazo del Señor tiene poder;  
El está en medio de las naciones,  
Y corregirá toda maldad.  
Como pastor alimentará a su rebaño,  
Junto a su corazón los corderos llevará;  
Los guiará a pastos de paz,  
Y a los que estén cansados, les dará reposo.

Hay una voz que clama en el desierto,  
Un clamor de la senda angosta;  
Preparad camino en la soledad,  
¡Calzada a nuestro Dios!  
Todo valle sea alzado,  
Bájese todo monte y collado;  
Lo torcido se enderece,  
Para abrir paso para el Señor, nuestro Dios.

Himno original en inglés por James L. Milligan. Usado con permiso de A. Lewis Milligan de "The Book of Hymns," Abingdon Press, Nashville, Tennessee, 1966.

# TESTIMONIOS

Estoy profundamente en deuda con el reverendo Wesley Bullis, mi pastor actual, y con el reverendo Robert Boggs, mi pastor anterior, por haber escrito las siguientes cartas describiendo brevemente nuestra relación con ellos a través de los años. Puedo atestiguar que estos dos siervos de Dios aman a Jesucristo con todo su corazón y desean ser guiados diariamente por el Espíritu Santo.

“Estoy seguro que una de las relaciones profesionales más delicadas que puede existir en una congregación local, es cuando un pastor jubilado, o un evangelista, es miembro de dicha congregación. La relación profesional de esa persona con el pastor es muy delicada. Puede ser un manantial de rico compañerismo, o el origen de irritación y angustia.

“Por ocho años he sido pastor de la Iglesia Metodista Unida de Parker, Indiana, de la cual el reverendo Loran Helm es miembro.

“El hermano Helm y yo mantenemos una relación muy agradable. Nunca condena nuestra denominación o a la iglesia local. Tiene interés en ella e intercede en oración por su bienestar y eficacia, por su pastor y su familia. Nunca interfiere, sino que sólo participa cuando se le invita, o cuando siente la libertad de hacerlo. Nunca me siento incómodo cuando él está en el culto de adoración o en otras actividades; por el contrario, siempre me siento animado y fortalecido.

“Nuestro compañerismo ha sido una fuente de gran fortaleza personal para mí, y un aliento para seguir adelante en mi ministerio y en mi compromiso con Jesucristo. El hermano Loran es también apreciado y amado por toda mi familia.”

Wesley M. Bullis, ministro

“Amigos,

“Considero un alto honor haber tenido el privilegio de pastorear la Iglesia Metodista Unida de Parker por cuatro años maravillosos, de 1959 a 1963. El reverendo Loran Helm, cuya peregrinación con Jesucristo es el tema de este libro, fue miembro de la iglesia. La mayoría del tiempo estaba ausente, porque andaba evangelizando en cualquier lugar donde el Señor lo enviara; pero las veces que se encontraba en Parker eran ocasiones muy alentadoras para mí y mi familia. Parece que el Señor nos lo enviaba justamente cuando más lo necesitábamos. Algunas veces yo necesitaba que alguien me animara y alentara, y en otras ocasiones había también la necesidad de que el Señor tocara a uno de mis niños con su mano sanadora. Siempre fue de mucha ayuda tenerle los domingos en la congregación. Su poder en la oración parecía acercarnos al cielo, y hacía más fácil la predicación.

“Como verá, este es un libro que trata de mucho más que un

hombre. Aunque es cierto que trata de una persona que está lleno del Espíritu de Dios, de sabiduría, de afección fraternal y de todas las gracias cristianas que se pudieran mencionar, sobre todo el libro habla acerca de Jesucristo, el Salvador y amoroso Señor. ¡Habla acerca de lo que El puede hacer y hará con una vida verdaderamente entregada a El!

“Que Dios le bendiga abundantemente mientras sigue esta aventura con Jesucristo nuestro Señor.”

Atentamente,  
Robert Boggs, Jr.

He descubierto en mi caminar con Dios que Satanás solamente se opone a lo que Dios verdaderamente dirige. Por eso, incluyo a continuación las palabras maravillosas escritas por mi querida esposa, porque creo que éstas posiblemente ayudarán a disipar la duda e incredulidad que Satanás intente poner en cada persona que lea acerca de esta humilde peregrinación. Es solamente por la misericordia de Dios y la ayuda continua de Jesucristo que ella pudo escribir estas cosas. Las incluyo sólo para glorificar a Dios, quien es el único que hizo posible todo esto.

“Ha sido un gran gozo y placer caminar de la mano con un verdadero hombre de Dios por más de cuarenta años. Nunca ha existido ninguna duda en mi mente en cuanto a su caminar con Dios, pues siempre ha sido consistente en casa y fuera de ella.

“La oración diaria siempre ha sido una parte vital en nuestra vida, y mi esposo, Loran, ha pasado muchísimas horas en oración a través de los años. Cuando abandonamos todos los planes terrenales para esperar los planes de Dios, mi esposo vivía leyendo la Biblia y en oración, siempre esforzándose por conocer y hacer la perfecta voluntad de Dios. En aquel entonces él no pensaba fundar ninguna iglesia nueva, ni tampoco lo piensa ahora. El deseo de toda su vida es hacer la voluntad de Dios y amar a todos en el mundo.

“Me hace feliz poder decir que escuchar la predicación de mi esposo, aun después de todos estos años, resulta emocionante y alentador. Las reuniones dirigidas por el Espíritu Santo son siempre refrescantes, y traen convicción al corazón. Es maravilloso escuchar y saber que el mensaje expuesto viene de una persona que vive de la misma manera que predica.

“Estoy tan agradecida de que todas nuestras queridas hijas creen que el Señor Jesús está dirigiendo a su padre, porque han observado esto continuamente en casa a través de los años. Esto no quiere decir que la vida haya sido fácil, sino que ha sido una lucha continua para seguir adelante.

“Cuando hombres carnales han dicho cosas falsas acerca de nosotros, esto ha entristecido mucho a nuestras hijas y a nuestros familiares. Cualquiera que en realidad se interese por conocer a mi esposo y observar su vida, no podría hacer las numerosas

declaraciones dañinas que hemos oído y a la vez ser un verdadero seguidor de Jesucristo.

**“Me hace feliz poder decir que nuestro querido Señor Jesucristo siempre nos ha sostenido y apoyado a través de los tiempos difíciles. El nos hace amar a todos en todo lugar, especialmente a aquellos que están tratando de desacreditar el ministerio de mi esposo. Gloria al Señor por la maravillosa gracia que Dios nos concede en todo tiempo y bajo cualquier circunstancia. Deseo ser fiel y leal al supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.**

**“Este libro proporciona sólo un relato muy corto del liderazgo de Dios a través de los años, pues sus maravillosas direcciones han sido una experiencia continua día a día y nunca han fallado. Verdaderamente puedo decir que durante estos cuarenta años mi esposo jamás ha vacilado o mirado atrás en ningún momento, o bajo ninguna circunstancia.**

**“Hablo como esposa que ha vivido por muchos años cerca del autor de este libro. Me regocijo en la dirección del Señor y en la fidelidad continua de la vida de Loran. En este momento mi corazón se conmueve y testifica que son verdad estas sencillas palabras que he intentado escribir, transmitiendo así el amor y admiración que siento por mi querido esposo y por su vida de obediencia y confianza en Dios.”**

Florence M. Helm

# INDICE

1	“¿POR QUE NO OBEDECEN LOS HOMBRES A DIOS?”	17
2	MI PADRE	22
3	A PUNTO DE MORIR	25
4	MI MADRE	29
5	LA CONVERSION DE MI PADRE	34
6	DIOS ME HABLA POR PRIMERA VEZ	39
7	EL DIEZMO ABRE EL CAMINO	42
8	FE COMO LA DE UN NIÑO	45
9	ORACION DE UN NIÑO	51
10	DISCIPLINA PATERNAL	57
11	LA CONVERSION	69
12	EL PRIMER PASO DE OBEEDIENCIA	79
13	EL SEÑOR JESUS REVELA A MI COMPAÑERA	85
14	LA SANTIFICACION	98
15	NUESTRO PRIMER PASTORADO	106
16	“VEN CONMIGO, HIJO...”	111
17	“...Y LA PERFECTA VOLUNTAD DE DIOS”	120
18	LA ORDENACION	128
19	BAUTIZADO CON EL ESPIRITU SANTO	133
20	EL LLAMAMIENTO	139
21	CARGAS ESPIRITUALES	145
22	DEJANDOLO TODO	156
23	ESPERANDO EN DIOS	164
24	LA CASA CONSTRUIDA POR FE	178
25	LA AMONESTACION DE UN CENTINELA	204
26	EL PRINCIPIO	207

# 1 “¿POR QUE NO OBEDECEN LOS HOMBRES A DIOS?”

Al cerrar la puerta principal de la bella casa que el Señor nos había provisto, me dirigía hacia el auto donde mi querida esposa me esperaba para acompañarme a un restaurante. En ese momento Dios me habló, diciendo: “¡Alguien está cerca de la muerte!”

La carga era muy intensa. “Querida,” dije a mi esposa al subir al auto, “el Espíritu Santo me acaba de revelar que alguien de mi familia está cerca de la muerte. Necesito clamar a Dios e interceder por ellos.” Al acercarnos a la carretera oraba y oraba, pero la revelación se tornó tan intensa que por fin dije: “No podemos seguir. Debemos volver a casa e interceder delante de Dios por esa persona querida que se encuentra en peligro.”

Una buena comida quedó en el olvido, y al regresar a mi cuarto de oración clamé a Dios: “¡Oh, Dios, salva, salva, salva! ¡Señor, hazte cargo de este problema! ¡Señor, te necesitamos mucho!” Rogué y oré por dos o tres horas antes de empezar a sentir alivio.

Al día siguiente mis padres fueron invitados a officiar a un servicio funebre en Cromwell, Indiana, unos kilómetros hacia el norte, pero mi madre despertó esa mañana con una rara sensación. Cuando se vestía para el viaje, casi no podía respirar. La carga era tan fuerte que por fin dijo: “Eldon, no debo asistir a ese funeral.”

Mi padre estaba sorprendido: “Pero querida, están esperándonos. Todos esperan verte.” Mis padres habían sido pastores en esa comunidad en años pasados, y tenían muchas amistades allá.

“No puedo evitarlo,” insistió. “Aun cuando hablo de ir contigo, se me dificulta la respiración.” Así que mi padre hizo el viaje solo.

De regreso a casa, al ir a tomar la curva de Big Lake, en un Ford 1959 de dos puertas, un hombre en un Hudson grande que pesaba como 500 kilos más que el auto de mi padre, se desvió hasta el carril izquierdo y le chocó de frente. El impacto movió el motor un poco hacia el interior de la cabina, hiriendo a mi padre.

Si mamá hubiera estado en el auto, sin duda habría muerto; pero papá siempre fue un hombre extraordinariamente fuerte. Tenía más fuerza en los brazos a los setenta años que la que tienen muchos hombres a los cincuenta. Esta tremenda fuerza le salvó de heridas más graves o aun de la muerte, porque él simplemente amortiguó con sus brazos el impacto y dobló el volante hacia abajo. De todos modos, el volante le golpeó en forma terrible, y dejó una huella en su pecho por algún tiempo. Se lastimó algunas costillas y los músculos. Uno de nuestros queridos amigos, quien vio el auto de mi padre después del accidente, dijo: “¿Cómo es posible que saliera con vida?”

Le respondí: “La misericordia de Dios lo salvó.”

El doctor le recetó a mi padre un medicamento fuerte para el dolor, el cual tomó el domingo, lunes y martes. Para el miércoles las píldoras habían perdido su efecto, y nada disminuía el sufrimiento. Me dijo: "Estas píldoras ya no me ayudan, hijo. No sé si podré soportar más el dolor."

Cuando me dijo eso, caí de rodillas al lado de su silla, puse mi mano sobre el brazo de mi padre y comencé a orar: "Oh, Dios, mi padre está sufriendo tanto, y parece que nada le quita el dolor. Querido Padre, ¿le quitarías el sufrimiento para tu gloria y honra en el nombre incomparable de Jesucristo?" Inmediatamente el poder de Dios descendió y entró en su cuerpo, y yo lo percibí. "¿Sentiste eso?" le pregunté.

"¡Oh, sí!" respondió. "¡Me siento mucho mejor!" Se levantó de la silla, tomó su bastón en la mano y comenzó a andar. Nunca más experimentó el dolor de esa herida. ¡Gloria a Dios!

Fue el Señor quien había oído la oración y había contestado. Me había revelado la carga de este accidente un día antes de que sucediera. Su mensaje para mí en el momento que salía de nuestro hogar fue: "Algunos de tus seres queridos están por salir de su casa ahora." Alabo a Dios por su fidelidad.

Glorifico al Señor por haberme concedido nacer de padres que temían a Dios, que le amaron y me enseñaron acerca de Jesucristo. Los primeros recuerdos que tengo son de mi madre hablando y cantándome de Cristo. Me tomaba en sus brazos y cantaba: "Oh, sí, hay poder en la sangre de Cristo para lavarme y hacerme limpia."

Desciendo de gente que amaba a Dios. De parte de mi familia paterna, mi tatarabuelo ayudó en la construcción del pequeño templo Metodista en Windsor hace unos 115 ó 120 años. Era un hombre muy fiel, una persona muy humilde.

Su hijo, mi bisabuelo, caminaba los domingos a las reuniones de la mañana y por la noche, a la reunión de oración y a los servicios evangelísticos; por cierto, no era una distancia corta. El reverendo Eddie Greenwald me dijo hace años: "Creo que posiblemente tu bisabuelo no faltó a ninguna reunión durante treinta o treinta y cinco años." Mi madre recuerda que en cierta ocasión al subir las gradas del templo, cuando era una niña de ocho o diez años, su madre comentó: "Tendremos una reunión buena esta noche; el hermano Jerry está aquí." El era un humilde agricultor, pero amaba al Señor Jesucristo.

El hogar de mis abuelos maternos, Loran y Elizabeth Dickson, siempre fue el hospedaje de los ministros visitantes. A pesar de pertenecer a diferentes denominaciones, siempre eran bienvenidos a la mesa de mi abuelo, y también a la de su padre. El reverendo Gilmore, el primer hombre a quien yo conocí como un hombre de Dios, guardaba un profundo aprecio para mis abuelos. Años más tarde, cuando él estuvo enfermo y yo lo llevaba a una clínica, me contó lo siguiente: "Loran, tu abuela, Elizabeth Dickson, vivía para los demás. El epitafio sobre su lápida podría decir: 'Vivió para otros.'"

Nací en Muncie, Indiana, el 3 de febrero de 1916. Fui el primogénito de Alvin Eldon Helm y Mary Rosetta Helm. Vivimos allí muy poco

tiempo antes de mudarnos a Windsor, que estaba ubicado unos pocos kilómetros al sudeste, donde vivimos en lo que papá y mamá llamaron “la casita roja.”

Fue en este pueblo Windsor donde en realidad recuerdo haber escuchado por primera vez acerca de la oración, la iglesia y la predicación. El Señor, de alguna manera, me ha permitido recordar experiencias definidas de mi infancia. Recuerdo bien los edificios que se encontraban frente a nuestra casa cuando tenía menos de tres años de edad. Usted se preguntará cómo un niño tan pequeño podría tener tal memoria, pero los veo ahora como si fuera un cuadro. De pie frente a su negocio, en uno de esos antiguos edificios, puedo ver a un hombre al que apodaban “el manco Dudley.” Un poco más allá, hacia el este, veo a Mary West, sentada en el porche de su casa. Todos esos edificios fueron derribados para construir el nuevo templo de la Iglesia Cristiana, el cual se inauguró en 1919.

Recuerdo vívidamente estar en el templo, sentado al frente, escuchando la predicación del reverendo Gilmore. También recuerdo claramente que una mañana después de una reunión dominical, mi padre al llegar a casa preguntó a mi madre: “Mary, ¿por qué no obedecieron hoy los hombres y las mujeres a Dios en la iglesia?” Y ella respondió: “No lo sé.” En otra ocasión, también un domingo, oí a mi padre diciendo nuevamente: “Mary, ¿por qué no obedecieron esta mañana los hombres al Señor en la iglesia?” Y mi madre contestó: “Eldon, en realidad, no sé qué decir.”

Cada vez que mi padre preguntaba: “¿Por qué no obedecieron los hombres a Dios?” esas palabras se fueron penetrando en mí hasta que empecé a preguntarme también: ¿Por qué no obedecen los hombres? ¿Por qué no se humillan? Esta pregunta hirió mi corazón. De alguna manera Dios permitió a mi corazoncito de cuatro o cinco años captar esa pregunta profundamente en mi vida interior y retenerla.

Durante los últimos años, Dios me ha revelado que la seriedad y la urgencia de obedecer al Espíritu Santo no se ha profundizado en el corazón de mucha gente, aun en los que tienen cincuenta años de asistir a la iglesia. Dios me ha hecho conocer que muy pocos ministros y laicos han percibido el misterio o la absoluta necesidad de obedecer verdaderamente a Dios. Son pocos los que han captado el mensaje de que tenemos que hacer lo que Dios nos ha revelado en lugar de lo que nosotros deseamos, arreglamos o planeamos. Sin duda, fue un milagro el que la seriedad de obedecer a Dios se haya enraizado en mi corazón a una edad tan temprana.

Creo que el hecho de haber escuchado el llamado de Dios a la obediencia cuando niño, se debió a que el Espíritu Santo descendió sobre mí al nacer. Debido a las consecuencias, vacilo al hablar de ello, pero mi madre me cuenta que el Espíritu Santo descendió sobre nosotros en el momento que yo nacía. Esto no lo compartió conmigo sino hasta el mes de mayo de 1956, cuando yo tenía cuarenta años de edad.

Yo había llevado a mi madre a la iglesia del reverendo L.M. en Kokomo, donde Dios me había guiado para tener reuniones de

avivamiento; y después de regresar a casa la segunda noche de las reuniones, estábamos gozándonos del dulce compañerismo con el Señor. La presencia de Cristo se sentía a nuestro derredor, y mamá dijo: "Hijo, durante estas dos últimas noches he tenido el más maravilloso descanso que en los dos últimos meses."

"Mamá," le respondí, "es por la presencia hermosa del Espíritu Santo."

Ella simplemente afirmó con la cabeza que estaba de acuerdo, pues el Espíritu de Dios en ese momento descendía dulcemente sobre nosotros. Entonces dijo: "Así sentí yo, hijo, cuando tú naciste."

Me quedé pasmado, y exclamé: "¡Mamá!"

"Sí, Loran," continuó, "el Espíritu Santo descendió sobre mí mientras nacías, justamente en el momento que salías de mi cuerpo. Creí que todas las madres experimentaban esto con cada niño, hasta que di a luz otros cinco hijos, y nunca más volví a sentir esa presencia."

"¡Mamá!" con dificultad le dije de nuevo. "¡Esto es tan sagrado! ¡Es tan serio!" El saber que el Espíritu de Dios había descendido sobre mí al nacer, me hizo sentir que debería inclinar mi rostro al piso, rogándole a Dios que yo pudiera serle fiel a Jesucristo. Estaba clamando a Dios con mi corazón para no fallarle como los hombres en el pasado por causa de las mujeres, del dinero; por la falta de oración, fe y confianza; por desobediencia, resentimientos, contiendas o dudas. Si lee la Biblia cuidadosamente, se dará cuenta que casi todos los hombres le fallaron a Dios y no cumplieron plenamente su voluntad. Por eso oraba: "¡Oh, Señor, líbrame para que nunca entristezca a tu Espíritu Santo!"

Por medio de mis padres, Dios me enseñó la urgencia de obedecer, y me hizo ver que los hombres pocas veces obedecen consistentemente a Dios. En mis tempranas experiencias, Dios me estuvo preparando para estar consciente de que los hombres deben obedecer a Dios y esforzarse por hacer su voluntad, porque Jesucristo dijo en Lucas 13: "Esforzaos a entrar por la puerta angosta; porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán."

Por eso, no es accidental que haya estado esforzándome por obedecer a Dios. No es por casualidad que escuché a temprana edad el mandamiento: "Obedece a Dios; obedece al Espíritu Santo; haz lo que Dios quiere que hagas." Esto se debió a que el Señor estaba obrando conmigo; es por mi herencia ancestral, por el don que Dios nos dio en Jesucristo, don que puso profundamente en mi corazón, colocándolo muy profundo en mi vida interior (y el Espíritu Santo obra dentro de mí al decir esto), para que yo obedezca lo que el Espíritu Santo quiere que haga. ¡Gloria a Dios!

Estos treinta años o más de caminar con Dios parecen tan sólo unos días, porque el gozo de vivir es andar con Dios, confiar en El y esperar en El (y cuando digo esto, siento el poder de Dios recorrer mi cuerpo y entrar en mis brazos). Por supuesto que mi camino no siempre ha sido fácil, pero sí maravilloso y glorioso. No he puesto los ojos en las dificultades; los he puesto en el Señor. No he procedido según las formas de la tierra, sino que he tratado de seguir la Palabra de Dios y la

revelación de su Espíritu. Es Dios quien nos ha dado la victoria. Es Dios quien diariamente nos fortalece. El es quien nos ha dado todas las cosas que hemos experimentado en este camino santo con Jesucristo. Glorificado sea su nombre para siempre.



*Eldon y Mary, unos seis meses antes de que naciera Loran.*

Creo que Dios ha cuidado de mis padres desde que ellos nacieron. Aunque solamente puedo mencionar una mínima parte de cómo Dios ha obrado con mis padres y los ha liberado por su bondad, tengo algunos apuntes de los acontecimientos que ellos me han relatado. Si no hubiera sido por la fidelidad de Dios, yo no estaría aquí compartiendo este caminar con Jesucristo. En realidad, ha sido solamente por la gracia de Dios que hemos logrado esto.

Papá nunca se cansaba de decirme cómo Dios le salvó milagrosamente de la muerte cuando era un niño:

“Un día papá y tío Pete iban a traer cascajo, y posiblemente usted recordará los carretones antiguos que había para cargar cascajo, que eran de estructura larga y de armazón pesado con ruedas enormes. El asiento quedaba demasiado alto.

“Yo iba sentado entre papá y tío Pete; y puesto que tenía solamente entre dos años y medio a tres, papá dijo a su hermano: ‘Pete, cuida a Eldon.’ Así que él me sujetaba mientras continuábamos con el traqueteo del carretón.

“De repente, mientras el par de animales tiraba fuertemente el carretón con su pesada carga de cascajo, la rueda del lado derecho se salió de su eje. El carretón cayó bruscamente y pegó contra el suelo con una sacudida tan fuerte que lanzó al tío Pete contra la cerca. Parece que yo fui arrojado hacia delante exactamente debajo de los caballos, porque la primera cosa que Pete recuerda haber visto al dejar de rodar, fue el recién herrado casco de la yegua bajando sobre mi cabeza. Por supuesto, el animal estaba agitado y nervioso a causa del accidente. Ese casco hubiera aplastado mi cabeza como si hubiera sido con un mazo.”

“Pero más veloz que el relámpago,” tío Pete me contó, “en una forma tan rápida como nunca antes lo había hecho, extendí mi mano, tomé el pie de Eldon y lo quité de allí justamente cuando el casco de la yegua bajaba.” Me contó varias veces que algo muy ajeno a él le había ayudado a sacar a mi papá de allí. Mi abuelito siempre había regañado al tío Pete por ser tan lento, pero después de ese día nunca más volvió a molestarle. Papá se salvó solamente por la misericordia del Señor.

Uno o dos años más tarde, mi padre experimentó otra forma milagrosa como Dios lo rescató de la muerte, esta vez por medio de la oración. Cuando el caballo de trabajo en el cual cabalgaba tropezó, papá sufrió una caída severa que afectó su cuello y espalda. Al principio parecía que no había ningún daño permanente, pero al día siguiente tuvo dificultad para andar. En la tarde, mientras estaba ayudando a su

padre a alimentar los puercos, se le doblaron las piernas; y puesto que no pudo levantarse, su padre lo llevó a la casa.

Entiendo que el Dr. Chineworth le examinó por un tiempo considerable, llegando a la conclusión de que papá tenía una parálisis progresiva como resultado de la caída. Les informó a mis abuelos, William y Esther Helm, que su sexto niño podría mejorarse, o empeorarse; pero la condición de papá se empeoró. Empezó a paralizársele una y otra parte del cuerpo. Después de poco tiempo no podía hablar, y luego ni tragar. Sin embargo, aunque lo mantenían vivo por medio de sueros y medicamentos, su cuerpo permanecía inmóvil. Aun sus párpados estaban sin vida, y tan sólo su respiración se mantenía, aunque lenta y baja. Tres médicos dijeron que no sobreviviría.

Pero papá tenía una tía, hermana de su madre, que vivía a veintidós kilómetros, en Muncie. Tía Zelpe vivía cerca de Dios y hablaba con El. Un día llegó a la puerta de la finca, y dijo a William y a Esther: "El Espíritu Santo me ha revelado que si vengo y oro por la sanidad de Eldon, vivirá. William, ¿tienes alguna objeción si oro por tu hijo?"

Mi abuelo respondió: "Ninguna, el Dr. Chineworth y los otros médicos ya han perdido toda esperanza. El está ahora al borde de la muerte."

Me cuentan que la tía Zelpe fue a la casa de los Helm, y pasó la mayor parte del día pendiente al lado de la cama de mi padre. Esto llegó a ser su vigilia de oración intercesora durante muchos días, una misión que nunca anteriormente había intentado y a la cual nunca más fue llamada a repetir con ninguna otra persona durante toda su vida. Dicen que ella daba masajes al cuerpo débil de mi padre, y oraba hasta que caía al piso a causa de su agotamiento. Pero a pesar de todo su cuidado, la condición de mi padre empeoraba. El perdió tanto peso que sus huesos le sobresalían.

Tío Pete compartió conmigo cincuenta años más tarde que en tres ocasiones sus padres llamaron a sus familiares para que estuvieran a la cabecera de mi padre. "Si quieren ver a Eldon vivo," decían, "tendrán que venir aprisa, porque no permanecerá mucho tiempo más con nosotros." Sin embargo, seguía viviendo, aun cuando llegó al punto donde no se le podía administrar más sueros y medicamentos debido al dolor.

Una mañana Dios le reveló a tía Zelpe que el niño sanaría si su madre entregaba su corazón al Señor. Ella estaba conmovida a causa de esta revelación, y trataba de hablar con su hermana acerca de su alma. Pero parece que Esther percibía algo del propósito de Zelpe, y trataba de evadirla por algún tiempo. Cada vez que veía a su hermana acercarse, trataba de escabullirse por otra parte de la casa. Finalmente, tía Zelpe logró confrontarla en la puerta del pasillo. "Bueno, Esther," le dijo, "¿quieres que tu niño viva, verdad?"

Por supuesto, mi abuela se turbó con esta pregunta, y contestó: "¡Claro que sí, Zelpe, tú sabes que eso es lo que deseo!"

"Muy bien," le dijo su hermana bondadosamente, pero con firmeza, "tienes que entregar tu vida al Señor Jesucristo para que así pueda

orar y tener fe a fin de que tu hijito sane." Inmediatamente mi abuela Esther cayó de rodillas y pidió al Señor que le perdonara y que entrara en su corazón. Oró hasta alcanzar la victoria, se convirtió y se puso tan feliz que gritó por casi toda la casa. Esther era una mujer pequeña, una holandesa de poca estatura, pero no podía contener en su interior el gozo que experimentó aquel día. Se ha dicho que en cualquier ocasión que había una reunión de oración en la casa de alguien, muchas veces se escuchaba a mi abuela gritando por el gozo que tenía en el Señor Jesucristo.

Puesto que su hermana había cumplido lo que le tocaba a ella en cuanto a la revelación que Dios dio a Zelpe, ésta volvió a interceder por mi padre con nuevas fuerzas. Cada día oraba para que una parte específica del cuerpo de mi padre recibiera sanidad. Primeramente decía a la familia cómo iba a orar, y Dios contestaba según su oración. Al tercer día anunció: "Eldon pedirá algo de comer dentro de las próximas veinticuatro horas. Voy a orar para que recupere el apetito y la voz." Oró todo el día, y aquella tarde aconteció un milagro maravilloso. Mi padre, que no había podido hablar o comer por muchos días, susurró: "Quisiera té y unas galletas saladas."

¡Mis abuelos estaban fuera de sí por el gozo que sentían! Puesto que no había ni un poco de té en toda la casa, ni tampoco una sola galleta salada, William dijo a tío Pete que ensillara al viejo Clyde (el mismo caballo que montaba papá cuando se cayó), y que recorriera lo más rápido posible los tres kilómetros que había hasta Windsor para comprar el té y las galletas. Luego esa noche, mi abuelo tenía a mi papá en sus brazos dándole las galletas y el té, con mucha gratitud en su corazón.

La gente de los alrededores fueron para ver al niño quien era un milagro viviente. Cuando era una niña muy pequeña, estando parada entre las ruedas del carruaje, mi madre recuerda haber escuchado a sus abuelos Dickson decir: "Acabamos de regresar de ver a un niño que fue levantado del borde de la muerte por una vida que confiaba y tenía fe en Jesucristo." Más tarde ella rememoraba: "Nunca me imaginé que ese niño pequeño, al crecer, llegaría ser mi esposo, el padre de nuestros seis hijos."

Dios dio una profecía por medio de la tía Zelpe en el tiempo de esa milagrosa sanidad. Declaró lo siguiente: "Este muchacho va a ser un hombre de Dios, y su fe, o la de su descendiente, envolverá al mundo entero." Estamos confiando en Dios para ver el cumplimiento de esto algún día, tan sólo por su gracia, y únicamente para su gloria.

# 3

## A PUNTO DE MORIR

Parece que Satanás se había propuesto que mi padre no cumpliera con el papel que Dios le había designado. En cierta ocasión papá me contó lo siguiente:

“Tenía unos seis años, o posiblemente siete, cuando casi estuve a punto de morir de nuevo. Aconteció allí cerca de nuestra escuelita que estaba ubicada en el bosque, rodeada de árboles altos y delgados. Los muchachos solíamos subirnos a lo alto en ellos, nos tomábamos de la copa y con nuestro peso hacíamos doblarse los árboles hasta que llegábamos suavemente al suelo. Era una buena diversión.

“Resulta que un día papá había dejado al tío Pete junto al arroyo para que trabajara; así que mi hermano, otro muchacho y yo fuimos para ayudarlo. Mientras estábamos allí, pensé que podría demostrar a este otro muchacho cómo descendíamos de los árboles. En ese lugar había unos árboles altos y nuevos, así que empecé a subir a uno de ellos. Claro que yo no sabía la diferencia entre un tipo de árbol y otro, y no me había dado cuenta que estaba subiendo a un sicómoro blanco que no se doblaría.

“Todavía recuerdo cómo tomé la copa del árbol con las manos, estando parado en una rama que estaba más abajo, y simplemente me arrojé al aire. Yo estaba anticipando un planeo emocionante y descender suavemente al suelo unos seis y medio metros abajo. Pero resulta que cuando me arrojé, la copa de ese arbolito se rompió, y yo caí. Pegué contra el suelo duramente con el cuello, la cabeza y la espalda, escapándome apenas por unos centímetros de caer encima de un tronco. Me habría roto la espalda o matado si hubiera sido así, pero por la gracia de Dios solamente quedé aturdido. Después de unos minutos, me levanté y caminé normalmente.

“Pete creía que ya no podría trabajar en lo que se me asignó, así que me dijo: ‘Ve a la casa, y pregúntale a Addie (mi hermana mayor) cuándo tendrá lista la comida para nosotros.’ Entonces me dirigí a la casa. Recuerdo que mientras pasaba por los campos, me detuve aproximadamente a medio camino, y regresé al arroyo. ‘¿Por qué regresaste?’ me preguntó Pete.

“Le respondí: ‘¿A dónde tenía que ir?’

“‘Te dije que fueras a decirle a Addie que preparara la comida,’ me contestó. ‘¿Por qué yo no lo sabía?’ repliqué. Pero Pete me volvió a decir: ‘Ve, y pregúntale a Addie cuándo tendrá lista la comida.’ Así que me fui otra vez por los campos hacia la casa. Al entrar le pregunté a Addie cuándo tendría lista la comida. (Esto

es lo que ella me relató más tarde, pues yo no sabía nada de esto en ese momento, porque no me daba cuenta de lo que hacía.) Ella me dijo la hora cuando la comida estaría lista.

“Entonces fui al cuarto donde estaba mi otra hermana, Flo, y le hice la misma pregunta: ‘¿Cuándo vamos a comer?’ Y ella también me respondió. Después estaba otra vez con Addie, preguntándole: ‘¿Cuándo vamos a comer?’ Entonces fui de nuevo con Flo con la misma pregunta.

“No pasó mucho tiempo cuando se dieron cuenta que estaba fuera de sí y que no sabía lo que decía. Ellas se inquietaron bastante, e hicieron que me acostara inmediatamente. Eso fue cerca de las diez de la mañana. No volví en sí hasta más o menos las cuatro de la tarde. Es un milagro que mi mente funcionara correctamente después de todo eso, y aun más que no hubiera muerto, golpeándome contra el tronco que estaba al pie de ese sicómoro.”

Cuando tenía entre doce y catorce años, papá tuvo otro encuentro con la muerte. Por alguna razón, a él y a su hermano los dejaron solos un domingo por la tarde, y como suele suceder cuando los muchachos están solos, pensaron hacer algo emocionante; así que se fueron al arroyo a patinar.

“Hacia muchísimo frío,” relataba papá, “pero George y yo estábamos bien abrigados, y llevábamos botas de fieltro de media suela. No teníamos patines verdaderos, pero uno se podía deslizar con las botas casi igual que con los patines auténticos. Estábamos disfrutando de un tiempo muy bonito, deslizándonos de un extremo del arroyo al otro con nuestras botas.

“En el arroyo donde el agua se precipitaba con suficiente velocidad, había una curva aguda que ocasionaba que el arroyo se hiciera cada vez más profundo. Medía de setenta centímetros a un metro más que yo. No pensé en esto, pero lógicamente el hielo estaba más delgado donde el agua corría más rápido. Al patinar cerca de esa curva, el hielo se rompió, y antes de que me diera cuenta, ya estaba completamente sumergido bajo el hielo en el agua helada.

“Para complicar el asunto, llevaba esa ropa pesada de invierno y esas botas grandes de fieltro. En el momento que caí al agua, mi ropa se empapó de tal manera que pesaba muchísimo más de lo normal. Con la corriente tan rápida que corría debajo de mí, y lo pesado que estaba con toda esa ropa tan empapada de agua, era de esperarse que hubiera sido arrastrado por la corriente. Era obvio que hubiera muerto prisionero debajo del hielo.

“Sin embargo, por un milagro de Dios, pude subir otra vez exactamente por donde el hielo se había roto. ¡Imagínese! Si hubiera sido arrastrado, aunque fuera un tramo corto aguas abajo, nunca hubiera podido encontrar la abertura en el hielo, en el supuesto caso que hubiera podido luchar contra la corriente. Aquello fue una maravilla. Estoy seguro.

“De algún modo George me extendió un palo largo mientras me adhería al hielo. No es fácil salir de una abertura en el hielo. Generalmente las orillas del hueco se siguen rompiendo; y en la mayoría de las veces, la persona que está ayudando es arrastrada también al agua antes de que pueda ayudar a la otra persona. Sin embargo, me pudo sacar. En el instante que salí del agua a ese aire tan frío, mi ropa se puso tiesa como un palo. Ese fue un verdadero escape de la muerte.”

En otra ocasión, papá estaba en casa solo con tío Pete. Mientras Pete limpiaba su revólver calibre 32, tiraba del gatillo sin darse cuenta que había una bala en el cilindro. Sucedió que papá cruzaba frente a él cuando el arma se disparó con una tremenda detonación. Tan grande fue el susto que casi quedaron paralizados. La bala pasó por detrás de mi papá, y astilló una de las barrederas al otro lado del cuarto. Mi padre dijo: “Si el arma se hubiera disparado un poco antes, me hubiera hecho un agujero en mi cuerpo.” El incidente no se mencionó por ninguno de los dos hasta mucho más tarde. Sus padres nunca supieron qué tan cerca de la muerte estuvo su hijo en esa ocasión.

La época en que se usaban el caballo y el carruaje no dejaba de tener sus propios peligros también. Papá me contó lo siguiente:

“Estaba paseando en un carruaje con otros dos hombres jóvenes cuando tres camaradas en otro vehículo se acercaron a nuestro lado. Ray Pond, el conductor de nuestro coche, pensó que debía apurar el paso de nuestro caballo para no dejar que nos pasaran. Por lo tanto le soltó un poco la rienda al caballo, y éste empezó a galopar un poco. Cuando nuestro caballo corría más rápido, el otro conductor dijo: ‘¡Oh no, Wendy! (Ese era el apodo de Ray.) ¡Nunca podrás ver el día en que me puedas dejar atrás!’ Y apresuró a su animal, haciéndolo correr más para poder pasarnos.

“En ese momento nuestro caballo dio un salto imprevisto que nos asustó a todos. Pero verdaderamente, ¡dio un respingo tremendo! Cuando saltó, rompió el cincho; y las dos varas del carruaje volaron por el aire. Mientras el caballo corría como loco, las varas del carruaje subían y golpeaban sobre la espalda del animal. Mientras más le pegaban, más rápido galopaba.

“A menos que usted haya estado en uno de esos cochecitos tan frágiles, con un caballo corriendo completamente fuera de control, no podrá imaginarse lo que es eso. Ese caballo no sólo estaba compitiendo en una carrera, sino que estaba totalmente fuera de control y corriendo frenéticamente. Si hubiéramos llegado a un camino áspero o a un recodo repentino, no habríamos tenido ninguna esperanza de salvarnos. Ser arrojados de un carruaje sin techo, como en el que estábamos y a esa velocidad, habría significado graves heridas, o aun la muerte. Fue un milagro que hayamos podido detener el caballo. Todos pudimos haber muerto.”

La muerte seguía acechando a mi padre el 4 de julio (día en que se celebra la independencia), antes de que empezara a cortejar a mi madre. Cuando tenía dieciocho años, estaba ayudando a extraer tubos

de pozos petroleros abandonados. Se usaba un sistema de poleas para proveer la fuerza necesaria y así sacar los tubos de la tierra. Para empezar el proceso de la extracción de los tubos de uno de los pozos, papá estaba en la plataforma ayudando a levantar el enorme sistema de poleas hasta el tope de la torre para asegurarlo. Una de las poleas pesaba más de cien kilos, y tenía conectada otra garrucha que pesaba unos setenta y cinco kilos.

Al ir levantando ese aparato hacia arriba por unos caballos que tiraban, se atoró, y el mayordomo gritó: "Sostén la polea de abajo, Eldon, y no la dejes subir demasiado." Cuando papá lo sostuvo, mientras ascendía por la torre donde él estaba esperando, le levantó, dejándole colgado de setenta centímetros a un metro de la plataforma, con las piernas suspendidas en el aire.

Justamente en ese momento, la cuerda que sostenía a papá y a las poleas se rompió súbitamente. ¡Papá cayó sobre la plataforma empapada de petróleo mientras cien kilos se le venían encima como un bólido desde la punta de la torre!

Por un milagro del Señor, cuando los pies de papá pegaron contra la plataforma cubierta de petróleo, resbaló ligeramente hacia un lado. Esas enormes poleas que caían de arriba se estrellaron sobre la madera a menos de cuatro centímetros de su cuerpo. Casi rozaron su cabeza. Si papá no hubiera resbalado al caer, esas pesadas poleas lo habrían aplastado. Una vez más, Dios le había salvado.



1923 — A.E. Helm con su primer camión petrolero de la Standard Oil.

# 4

## MI MADRE

Sé que la niñez de mi madre fue muy agradable. Vivía frente de la casa de los abuelos Dickson y, ¡ellos la amaban! Al pensar en el pasado, ella recuerda: "Siempre había amor allí, aunque no era una niña mimada. Parece que creía todo lo que me decían."

Frecuentemente sus padres salían de casa, y la dejaban con los abuelos Dickson. Cuando le daba sueño, se le acercaba a su abuelo, y le decía: "Abuelito, esta almohada se está poniendo pesada." Entonces él se levantaba, colocaba la almohada en el brazo de la mecedora y la mecía hasta que ella se quedaba dormida.

"Ellos hacían lo que predicaban," mi madre me decía. "El abuelo era un viejo veterano de la Guerra Civil que dejaba aun a su familia para ir a ayudar a la liberación de los esclavos. Lo único que tenían, cuando él se fue a la guerra, eran las vacas, las gallinas y lo que cultivaban. El único dinero que poseía la abuela lo ganaba tejiendo calcetines y medias para otras personas. Los padres de la abuela, los Butler, vinieron como pioneros del estado de Virginia en una carreta tirada por bueyes. Ella tenía unos tres años cuando llegaron al estado de Indiana. Eran personas verdaderamente piadosas."

Loran O. Dickson, mi abuelo materno, creció en la herrería y en la carpintería de su padre. Era un experto. Podía hacer cualquier cosa de hierro o de madera, y todo tenía que ser bien hecho. Si era necesario, empleaba un día entero dedicándolo a determinado trabajo hasta estar seguro de que estaba completamente bien hecho, aun si sólo ganaba un poco de dinero. No era una persona interesada en trabajar únicamente para ganar dinero, sino que hacía su trabajo correctamente.

Recuerdo que cuando me despertaba temprano en las mañanas, escuchaba el ruido que mi abuelo Dickson hacía al martillar en su yunque. Yo le pedía permiso a mi mamá para que me dejara ir a ver cómo trabajaba, y algunas veces me lo permitía. Lo observaba mientras ponía el acero en el intenso calor de las brasas. Si lo dejaba en el calor el tiempo necesario, y si se tornaba lo suficientemente rojo, podía hacer algo con el metal. Lo veía sacar el hierro o el acero del fuego, ponerlo sobre el yunque y entonces empezaba a martillarlo y a darle forma. Cualquier forma que él quería darle a ese metal, fuera redonda o cuadrada, la formaba en el yunque.

Del mismo modo Dios quiere moldear nuestras vidas en moldes únicos a su belleza, pero primero tenemos que rendirnos al fuego de su voluntad. Hay mucho que refinar en cada uno de nosotros; y así como en la herrería de mi abuelo, se requiere el fuego. A veces es el fuego de su amor mientras que esperamos en secreto. Frecuentemente es el fuego de la aficción, y de vez en cuando es el fuego de la persecución.

Dios nos pone en el fuego para moldearnos conforme a sus propósitos más sublimes.

Una vez escuché a un pastor relatar una historia de un herrero piadoso que estaba bastante afligido. La gente le preguntaba: "¿Por qué está tan afligido? ¿Por qué sufre tantas pruebas? ¿Si Dios le ama y usted le ama a El mucho, por qué tiene tantas pruebas?"

El respondía: "Cuando extiengo la mano con las tenazas y saco el acero candente del fuego, lo pongo sobre el yunque, y lo golpeo por primera vez. En ese momento sé si va a templarse y doblarse o no. Si no se temple, lo desecho. Dios está tratando de templarme a mí para que me doblegue fácilmente a su propósito y no termine en un montón de chatarra."

La mayoría de la gente no se templará, pues no acepta doblegarse; rehusa ser golpeada. Son pocos los que están dispuestos a doblegarse, negando sus deseos para someterse al propósito de Dios. Muchas personas que empiezan con el Señor la vida cristiana por medio de la conversión, no están dispuestas a seguir adelante hasta lograr una vida de obediencia para que sean moldeadas según la voluntad de Dios. Se alejan de su presencia para seguir su propio camino, hacer sus propios planes y dirigir sus propias vidas. Muy pocos a través de los siglos han aprendido el misterio que se encuentra en la mano de Dios al moldear y formar las vidas de sus amados hijos.

¡Cómo desea Dios quitar de nosotros todas las cosas que le impiden! Hay tantas cosas en un hombre cuando cree que todavía puede hacer algo por sí mismo. Dios me ha revelado que por nuestra cuenta no podemos hacer nada, solamente fracasar. Por eso, El necesita purificar y quitar de nosotros nuestras muchas actitudes erróneas, y además quitarnos un gran sentido de confianza en nosotros mismos antes de que nos demos cuenta que por nuestros propios esfuerzos sólo fracasaremos. **Hasta que estemos dispuestos a ser nada, Dios podrá moldearnos muy poco, casi nada.**

Mi abuelo Dickson murió en 1941, cuando yo tenía veinticinco años. No puedo pensar en él sin derramar lágrimas, pues él fue un hombre de espíritu noble. Fue un hombre de gran mansedumbre. Muchas personas, a menos que hayan sido purificadas completamente por el Espíritu Santo, a veces llegan a manifestar envidia, ira o cólera cuando no logran alcanzar lo que quieren. Pero mi abuelo pasó por muchos sufrimientos y situaciones difíciles, las cuales quebrantarían su corazón si se las compartiera. Sin embargo, él nunca se lamentó ni se quejó. Cuando yo era niño, recuerdo que cargaba cascajo con él, pelaba mazorcas y levantaba cercas en la finca donde vivíamos; y en ninguna ocasión se enojó conmigo o me regañó.

El era uno de esos hombres diferentes dispuestos a poner la otra mejilla. Me acuerdo que después de haberse roto la cadera, los médicos no se dieron cuenta de la gravedad de la lesión sino hasta que ya era demasiado tarde. La coyuntura de la cadera no le quedó bien, y después le dolía severamente a cada paso que daba. No obstante, cuando Joyce Lee, nuestra primera hija, nació, y mi esposa estaba recuperándose en la casa de sus padres, mi abuelo Dickson vino a la

Universidad Taylor para estar conmigo y ayudarme. Vivíamos en un apartamento pequeño en el segundo piso, y él subía esas gradas con mucho dolor a causa de esa lesión; pero nunca se quejó de ello.

Como ve, mis lágrimas son por la grata memoria de un hombre muy especial en la tierra. Casi nunca he podido encontrar a una persona igual durante toda mi vida. Mi padre dijo de Lonan O. Dickson y de su hermano, Tom, que debido al bondadoso espíritu que había en sus vidas, ellos se destacaban entre los demás en la comunidad. El me dijo muchas veces: "Ojalá yo hubiera sido más comprensivo con mi suegro. Era más noble y grande de lo que yo podía percibir en aquel tiempo."

Su hermana, la tía Libb, era una mujer culta, tierna y compasiva. Ella y su marido, el tío Billy, me amaron mucho desde mi nacimiento. Recuerdo al tío Billy cuando tocaba el disco de un viejo himno que se llama: "Qué tediosas y sin sabor son las horas." La memoria de ese himno ha persistido en mi corazón a través de los años:

"Qué tediosas y sin sabor son las horas  
Cuando no veo más a Jesús;  
Dulces ilusiones, dulces aves y dulces flores,  
Todo ello ha perdido su dulzura para mí.  
El sol de verano brilla solo escasamente,  
Los campos luchan en vano para aparentar belleza;  
Pero cuando me siento feliz en El,  
Diciembre es tan hermoso como mayo."

Traducción libre.  
Letra en inglés por  
John Newton, 1725-1807.

Como mencioné antes, mi abuela materna, Elizabeth Dickson, igualmente era una persona única y capacitada. Sus padres vinieron de los alrededores de Cincinnati, Ohio. Los abuelos paternos de mi abuela Dickson, los Clark, fueron personas religiosas. Mi bisabuelo Clark, una persona sincera y humilde, trabajaba diariamente en la finca. Mi bisabuela Clark era huérfana. Su madre murió cuando todavía era bebé, así que vivió de un hogar a otro hasta que se casó con mi bisabuelo. Fue madrastra de sus seis niños. Elizabeth sentía muchas veces que los seis niños del bisabuelo Clark la amaban tanto como los de su propio matrimonio. Había mucho cariño en su vida.

Elizabeth Clark Dickson tenía la vocación de cuidar a los enfermos. No solamente cuidaba a los de su propia familia, sino que la llamaban de diferentes hogares de la comunidad para que ayudara en tiempos de enfermedad. Por cierto, varias familias frecuentemente pedían que Elizabeth fuera a sus casas antes de llamar a su médico, demostrando así la confianza que ellos tenían en su capacidad. La gente decía de ella: "Parece que siempre sabe lo que debe hacer." Asistió a muchas mujeres cuando éstas daban a luz. Mamá me cuenta que solía preguntarse a dónde habría salido ella cuando se despertaba por las mañanas. "Me levantaba, y no la encontraba en casa; y un poco más tarde descubría que un bebido había nacido en la casa de alguien."

Elizabeth tenía la facilidad de entrar en un hogar y simplemente hacerse cargo de todas las responsabilidades. Parece que esto no la

perturbaba. Años más tarde, cuando mi padre era su yerno, muchas veces decía: "Si abuelita estaba allí, todo andaba bien. Yo no tenía ninguna preocupación cuando ella se hallaba presente. Ella era como mi propia madre." Elizabeth era una mujer de fe, de integridad y de servicio. Era una mujer que socorría desinteresadamente a los demás.

Su última labor, antes de su enfermedad mortal, consistió en servir a los demás. Mientras barría el templo un miércoles por la tarde, preparándolo para una reunión, inesperadamente tuvo un ataque a la vesícula biliar. El jueves la llevaron al hospital, pero al principio su temperatura estaba demasiado alta para operarla. Cuando por fin fue posible operar, los médicos no pudieron hacer gran cosa, pues la vesícula biliar ya se le había reventado.

El dolor era intenso, pero ella nunca se quejó. Cuando el doctor venía para inquirir sobre su condición, ella decía: "Usted tiene otros pacientes que necesita ver. No se preocupe por mí." Los médicos y las enfermeras en ese hospital llegaron a la conclusión de que ella poseía una notable fe y nobleza. Uno de los principales cirujanos de esa época comentó que nunca había conocido a alguien como a mi abuela Dickson, puesto que siempre pedía que ayudara a otra persona en lugar de atenderle a ella.

Cuando mi abuela, Elizabeth, estaba agonizando, mi madre estaba a su lado, tomándole la mano para reconfortarla. Mi abuela había estado tan débil que casi no podía mover sus brazos, pero de repente los alzó, y dijo: "¡Oh, mi hija! ¡Mi hija, allí está el Señor!"

Asombrada, mi madre preguntó: "Mamá, ¿ves al Señor Jesús?"

"Sí," contestó, "tan claro como te veo a ti. ¡El es bello! Mira allí arriba. ¡El Señor está aquí! Hay una luz en el valle de la muerte. ¡Veo a Cristo, hija! El es maravilloso. Ahora puedo ver por qué todas las cosas de la tierra no valen nada," mi abuela dijo a mi madre. "Ahora veo por qué no quisiste participar en todas esas organizaciones." (Mi madre había tenido una experiencia extraordinaria con Dios hacía un tiempo, y sintió que debía apartarse de varias organizaciones humanas.) "¡Oh, puedo ver a Jesucristo! ¡El es maravilloso!" exclamó nuevamente.

Mientras mi abuela agonizaba, tuvo el privilegio de ver al Señor Jesucristo. Cuando se puede ver al Señor, todas estas cosas de la tierra no significan absolutamente nada. Lo único que importa es si Cristo ocupa el primer lugar en su vida, y El significará mucho más para usted en el momento de la muerte de lo que yo pueda decirle ahora.

Y aun al escribir estas palabras, en este mismo momento, sé que son muy pocos los que en realidad me escucharán. Cuando me encuentro en el púlpito y humildemente me esfuerzo por declarar todo el consejo de Dios con todas mis fuerzas, de alguna manera tengo la impresión de que son muy pocos los que escuchan lo que estoy diciendo. Cuando predico de la mejor forma que puedo, y trato de ser fiel en todo, mientras lo hago, puedo percibir que los poderes demoníacos se roban las verdades del evangelio de la misma mente de las personas.

Cuando el sermón o la exhortación termina, en lugar de tener contrito el corazón, frecuentemente la congregación habla de fincas,

autos y juegos de fútbol. En lugar de clamar con un corazón quebrantado: "¡Oh, Señor, estoy tan necesitado!" platican acerca del hogar, los niños, el trabajo y de cualquier otra cosa menos de la voluntad de Dios y del amor de Jesucristo.

Como ven, amados, mi corazón se quebranta cada vez que visito las iglesias a través de este país. La gente es maravillosa en cada iglesia, son bondadosas y generosas, harían cualquier cosa para ayudar; pero pocos son los que captan profundamente en el corazón el verdadero mensaje cristiano de negarse a sí mismo, de tomar la cruz y de confiar en Dios y obedecerle. Puede ser que haya uno, dos o tres en una congregación entera que capten el mensaje del verdadero cristianismo en su corazón.

Si todas las personas percibieran este mensaje, su corazón se quebrantaría. Sollozarían, y llorarían. Esto es un hecho. Mi corazón gime cuando veo cuán perdido está el mundo y qué lejos está la iglesia de la voluntad de Dios. El Señor dijo: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación." Pero la iglesia profesante practica esto al revés; porque después de que un siervo de Dios predica, muchas veces hay risa, comentarios pequeños y bromas entre nosotros en lugar de lágrimas de arrepentimiento. Parecería que algunos estuvieran diciendo: "Bienaventurada la persona que se divierte en abundancia y puede hacer reír a los demás."

¡Oh, amigos míos! Cristo clamó a los de su época, y casi ninguno de los líderes religiosos lo escuchó. Aun el mismo puñado de sus seguidores más íntimos, que observaron sus poderosos milagros día tras día, se durmieron cuando llegó la hora en que el Señor más los necesitaba.

Y el Señor me da testimonio de que la iglesia profesante de hoy día está tres veces más dormida espiritualmente de lo que estaban los apóstoles en el huerto de Getsemaní. ¡Imagínese! En casi todas las iglesias de la actualidad, estamos tres veces más dormidos de lo que estaban los apóstoles cuando Jesucristo más los necesitaba.

Estoy muy agradecido de que mi abuela hubiera tenido un corazón consciente de la vida de Cristo para que pudiera verlo mientras partía de esta tierra. ¡Gloria al Señor!

# 5

## LA CONVERSION DE MI PADRE

Aunque mi padre fue criado en un hogar religioso y escapó la muerte milagrosamente en repetidas ocasiones, él no siguió el camino de Cristo cuando fue joven. Debido a su ingenio y dones persuasivos, llegó a ser popular entre los hombres de la comunidad. Se tornó en un rufián, llegando al punto de fumar cigarrillos y tomar bebidas alcohólicas.

Por otro lado, mi madre era muy quieta y retraída. Su abuelo, Andrew Dickson, fue un hombre tranquilo y amable. Ella nunca le oyó alzar la voz; y su abuela, aunque de diferente carácter, fue una mujer virtuosa. Si uno trataba de decir bromas o tonterías, ella decía: "Palabras vanas, charla inútil." Ella les decía a las personas cuando se salían de la línea en su conversación.

La vida de mi madre estuvo centralizada principalmente en la iglesia desde su nacimiento. Aprendió a tocar en un piano de cola grande y adornado que su padre compró a un precio bastante módico. Luego, para agradar a su bella hija, compró un piano vertical más nuevo con el dinero que recibió de la venta de un caballo fino. En poco tiempo mi madre llegó a ser una gran pianista además de tener el talento del canto.

Sin embargo, ella no tuvo una vida fácil. Siempre fue una niña enfermiza, y sufría de reumatismo mucho antes de ir a la escuela. Se llamaba reumatismo inflamatorio, y de vez en cuando le causaba un hinchazón bastante grande en las piernas. A la edad de catorce años mi madre tuvo un ataque tan fuerte de esta enfermedad que creían que no viviría. También le afectó los ojos, y durante dos semanas estuvo ciega. Pronto su condición empeoró, extendiéndose por todo el sistema nervioso. Durante días yacía incapacitada sin poder mover sus extremidades o ver la mano que la alimentaba. El Señor en su misericordia la salvó, y fue librada de otro serio ataque de esta enfermedad, por lo menos hasta después que yo nací. En otra ocasión contrajo un serio caso de sarampión. Así que mi madre experimentó un gran sufrimiento antes de llegar a conocer a mi padre.

Cuando Dios dirigió a mis padres para que se conocieran, El empezó a crear un amor cada vez más profundo entre ellos. Mamá no sabía que papá tomaba y fumaba, pero sí sabía que él no había nacido de nuevo. Ella siempre le insistía a que la acompañara a la iglesia.

Así llegó un domingo en la noche que quedaría registrado por toda la eternidad. Se estaba llevando a cabo una serie de reuniones de avivamiento en el antiguo templo de ladrillo en las afueras de Windsor, el cual estaba ubicado a las orillas del arroyo Stony. Aunque la asistencia había estado regular, los servicios se habían llevado a cabo de una forma ordinaria por dos o tres semanas. Esa noche en particular mamá había persuadido a mi padre para que asistiera a la reunión,

pues él no estaba interesado en cosas religiosas en lo absoluto. La verdad es que la noche anterior a ese domingo memorable, papá había andado por las calles de Windsor haciendo payasadas a la gente del pueblo, teniendo una subasta cómica de todos los perros extraviados que por allí pasaban. Sus planes estaban muy lejos del reino de Dios.

Pero casi al final de la reunión de ese domingo por la noche, cuando fueron invitados a orar, tío Addison Fletcher fue a la parte trasera del templo, y empezó a hablar con mi papá. "Eldon," le dijo, "necesitas convertirte." Tío Addison era un hombre tan diferente que sólo poca gente le comprendía. Mientras hablaba con mi padre, éste de repente salió al pasillo, y antes de darse cuenta de ello se encontró arrodillado al frente. No tenía ninguna intención de ser salvo, pero el tío Addison lo persuadió a hacerlo.

En el altar trató de orar, pero no pudo encontrar liberación de la carga que había sobre su corazón. La gente vino para orar con él y aconsejarle, pero tampoco pudieron ayudarlo a alcanzar la victoria. Entonces una mujer, que no caía del todo bien a papá, se le acercó y comenzó a orar. Pronto la gloria empezó a descender. Oró hasta que el cielo bajó, y mi papá entró en el mismo reino de Dios. Fue transformado de pies a cabeza, nació de nuevo y su nombre fue escrito en el libro de la vida del Cordero. ¡Aleluya! Dios usó a una persona que papá no apreciaba mucho para que le ayudara a recibir la salvación.

Papá había sido un hombre del mundo a tal grado, que muchos que le conocían como un pecador venían a las reuniones de avivamiento para verle ardiendo por las cosas de Dios. Estaba tan transformado, tan milagrosamente cambiado, que su conversión parecía conmover a la comunidad y abrir las cámaras secretas de ese esperado avivamiento. Durante las dos o tres semanas previas, la predicación no había producido ningún resultado palpable. Pero ahora la obediencia de un solo hombre empezó a prender llamas de avivamiento, y pronto otros respondieron al llamado de Cristo que existía en sus corazones. "Después de esto," papá me dijo, "parece que hubo un avivamiento por todo este sector." Unos veintisiete jóvenes fueron salvos durante estas reuniones.

Por muchas semanas después de su conversión, mi padre tuvo la más extraordinaria unción sobre su persona. Me dijo: "Aunque era un recién nacido en Cristo y sabía muy poco de las Escrituras, casi toda persona a quien Dios me enviaba, alcanzaba la salvación. Por supuesto, no hablaba con nadie de Cristo a menos que sintiera una fuerte 'impresión' o 'impulso.'" (El reconocía la dirección de Dios como un impulso sobre el alma.) Mi madre me decía que no se acuerda de ninguna persona que no haya entregado su corazón al Señor una vez que El enviaba a mi padre a hablar con ella. De alguna manera el Señor obraba por medio de él para ablandar los corazones más duros.

Aquí estaba, recién convertido, un joven de dieciocho años, y Dios estaba obrando maravillosamente a través de él. En las reuniones, cuando se compartían los testimonios, al sentarse una persona después de haber testificado, él se ponía de pie de nuevo y empezaba a hablar. Algunos lo consideraban un poco raro, y creían que era difícil predecir lo que iba a hacer o decir. Me imagino que varias personas de la iglesia,

que realmente no habían nacido de nuevo, se sentían un poco incómodas con él. Habrían preferido que no hubiera hecho cosas tan inesperadas como testificar, exhortar a la gente a obedecer a Dios y hablarles a las personas acerca de su alma. Posiblemente mi papá no sabía que la Biblia lo declaraba, pero él era un ejemplo viviente del versículo: "Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios."

Puesto que papá probablemente escuchó muy poca instrucción en cuanto a la obediencia al Espíritu Santo, Dios tuvo que poner este conocimiento dentro de su corazón. Durante todos estos años en el ministerio, rara vez he escuchado predicar desde el púlpito acerca de la obediencia. De hecho, luego que el Señor me ungió para compartir acerca de la absoluta necesidad de obedecer a Dios, algunas personas queridas me dijeron que nunca habían escuchado un solo sermón con respecto a la obediencia al Espíritu Santo durante todos los años que habían servido fielmente en la iglesia.

Una gran parte de la gente en nuestras iglesias ni siquiera saben sobre la vida de obediencia al Espíritu Santo. Sin embargo, la obediencia es el corazón del cristianismo. Si no hay obediencia, la circulación de la sangre espiritual cesa. Si no seguimos la dirección de Dios diariamente, nuestra circulación espiritual se corta. Esta relación orgánica espiritual con Cristo está en 1ª. Juan 1:7: "Pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado." Esto implica una continua purificación y lavamiento mientras andamos "en la luz," o en otras palabras "bajo su dirección."

Ordinariamente muchas iglesias no han enfatizado la necesidad de obedecer diariamente al Espíritu Santo. Por el contrario han acentuado principalmente el seguir de mandamientos bíblicos y ciertos patrones terrenales. Sin embargo, la Palabra escrita y la Palabra Viva van juntas; son inseparables. Si nosotros en la iglesia no estamos vitalmente conectados a Dios por el Espíritu Santo, para que la obediencia sea un proceso constante, somos como un cuerpo cuyo corazón ha cesado de latir. Estamos muertos o a punto de morir, porque la desobediencia es pecado; y el pecado es un proceso irremediable que nos lleva a la muerte.

Cierta noche, pocos días después de su conversión, papá se despidió de su novia en la puerta de su casa en Windsor, y se dirigió al carruaje para volver a casa. Había un buen trecho hasta la finca de su papá, que quedaba a unos cuatro kilómetros al noreste de Parker, y era ya muy tarde. Alzando los ojos al cielo estrellado esa noche, dijo: "Oh, Señor Jesús, has hecho tanto por mí; y yo he sido un pecador tan terrible. ¿Hay alguna manera con que podría reparar toda mi iniquidad y la mala vida que he llevado?"

Y en la densa oscuridad de la noche, tan claro como si hubiera un cuadro delante de él, vio un antiguo templo abandonado. Se llamaba la Iglesia de Plainview. Estaba ubicado cerca de Gaston, Indiana, donde había pasado su mocedad. El Espíritu Santo le dijo: "Regresa a ese antiguo templo abandonado, y ten una reunión."

No le podría decir exactamente lo que papá sintió cuando Dios le reveló esto a su corazón, pero sé que estaba sorprendido y muy feliz. Probablemente no conocía la Biblia tan bien como muchos niños la conocen ahora, pues nunca había leído mucho la Palabra de Dios en el transcurso de sus dieciocho años. Le habían leído la Biblia algunas veces, pero apenas conocía la diferencia entre Génesis y Apocalipsis, por así decir. Sin embargo, él estaba ansioso de hacer la voluntad de Dios.

La familia Helm se había mudado de Gaston solamente hacia tres o cuatro meses, y era bien conocida por casi toda la comunidad. Papá le escribió al ministro de Gaston, el reverendo Rector, compartiéndole lo que el Señor le había revelado. Probablemente su carta no fue muy animadora para el pastor, porque la ortografía de mi padre no era muy buena. Pero el reverendo Rector le contestó, explicándole que tres ministros jubilados habían estado predicando en la Iglesia de Plainview durante dos o tres semanas sin ningún resultado. A las reuniones no había asistido mucha gente, y realmente no habían respondido a los mensajes. También añadió: "Hemos tratado de tener reuniones de avivamiento, y no hemos tenido ningún buen resultado. No obstante, si Dios le está enviando, trataremos de arreglarlo todo; así que venga con confianza." La noticia de que Eldon Helm, el joven que había sido tan alocado e inquieto, iba a celebrar reuniones de avivamiento en Plainview, se difundió rápidamente.

El reverendo Rector tuvo mucho valor al dejar venir a un joven de dieciocho años a comenzar una serie de reuniones de avivamiento en su pueblo natal, y esto por su propia iniciativa, especialmente cuando otros tres ministros con experiencia no habían logrado ningún resultado después de dos o tres semanas de predicación. Pero la clave de lo que acontecería era que Dios verdaderamente había ordenado esta reunión de avivamiento. No era una actividad religiosa originada en la carne, sino una pequeña ramificación originada en el reino de Dios. El gran Dios del cielo había enviado a mi padre a esa pequeña iglesia.

Quisiera que escuchara la historia de esta singular reunión con las mismas palabras que mi padre usó hace varios años para contarme sobre esta maravillosa dirección de Dios:

"Tenía dieciocho años, casi diecinueve, y hacía mucho frío aquel enero de 1908," papá me dijo. "El templo estaba ubicado a cuatro kilómetros al sureste de Gaston. Bajé del tren un sábado, y fui al hogar de mi buen amigo, Willie Stotler. Me llevó a Plainview la noche siguiente. Justo ese día cumplía tres semanas de haber sido salvo.

"En la primera noche de la reunión, el templo estaba tan lleno que algunas personas estaban de pie en la entrada. A pesar del frío de aquel mes de enero, las ventanas estaban abiertas para dejar que la gente que estaba afuera participara también. Algunas personas vinieron para ver si era verdad que yo estaba dirigiendo una reunión, porque yo conocía a todos los presentes y ellos me conocían a mí. Había sido un joven bastante inquieto.

"Cuando llegó el momento de presentar el mensaje, no sé si

prediqué. Simplemente leí la Escritura y hablé, y el Espíritu Santo estaba sobre mí. El Espíritu también descendió sobre la reunión. Más tarde la gente me comentó: 'La primera noche cuando usted subió al púlpito, dijo que íbamos a tener una gran reunión, y lo dijo con tanto énfasis que sabíamos que así sería.' Por supuesto que Dios lo había prometido, y El me había enviado allí; por eso la gente sintió el poder.

"No hubo ninguna victoria visible esa primera noche; pero después de eso, no creo que hubiera una reunión durante el día o la noche en que no hubiera gente en el altar. Algunas veces el altar estuvo repleto de gente."

Durante el día, aparte de las reuniones por la noche, el poder del Espíritu de Dios era notorio sobre aquella comunidad. Una señorita, quien conocía a mi padre antes de su conversión, experimentó esto maravillosamente. Cuando oyó que papá iba a regresar para dirigir algunas reuniones, ella, riéndose, dijo: "Yo sé porque Eldon Helm viene otra vez; viene a verme a mí." Pero cuando una convicción profunda la sobrecogió el domingo por la noche, se dio cuenta que ése no era el motivo. Al día siguiente, mientras lavaba la vajilla después de la cena, Dios descendió sobre ella de tal manera que no pudo resistir el llamado del Espíritu a su corazón. Ella se convirtió al Señor Jesús mientras lavaba los platos, lanzó el secador al aire y gritó por toda la casa llena de gozo.

"Dios estaba allí con tanto poder," papá me contó. "Pensábamos que el tiempo de los éxtasis había terminado hacia mucho tiempo, pero la gente sentía el poder de Dios en una forma tan extraordinaria que le sobrevenían éxtasis. Dios dio victorias maravillosas. Hubo ochenta y cuatro personas realmente convertidas, varios volvieron al Señor y muchos fueron ayudados. Algunos de los que fueron salvos llegaron a ser predicadores. Estas reuniones de avivamiento, que duraron dos semanas y dos noches, fueron de las más maravillosas a las que he asistido. Pero tan claramente como Dios me dijo que comenzara esas reuniones, así también me dijo que las terminara. Algunos pensaron que no deberíamos terminar las reuniones puesto que en la última noche hubo seis o siete personas en el altar. Sin embargo, Dios me había revelado que debíamos terminar, y eso es lo que hicimos."

"Muchos de los que habían recibido la victoria en esas reuniones estaban tan hambrientos de la Palabra de Dios, que la noche siguiente acudían a torrentes a la Iglesia Metodista de Gaston, la cual había estado teniendo reuniones de avivamiento aun antes que empezaran las nuestras. ¡Así que el Señor trasladó toda la bendición a esa iglesia! ¡Ellos sí que tuvieron un avivamiento! Muchos fueron redimidos en esas reuniones dirigidas por el Espíritu Santo."

Y Dios comenzó a usar desde entonces a mi padre en varias reuniones de avivamiento entre las iglesias. Sin duda, la mano del Señor estaba sobre él.

# 6

## DIOS ME HABLA POR PRIMERA VEZ

Tres años y tres meses después, el 6 de mayo de 1911, mis padres contrajeron matrimonio. Papá tenía veintiún años, y mamá iba a cumplir los veinte. Se querían tanto que no había duda en ellos de que Dios los había escogido el uno para el otro.

Tan fuerte fue su deseo de tener familia que esperaban tener un hijo durante el primer año de casados, pero pasó el primer año, el segundo y el tercero; y todavía no tenían una criatura. Empezaron a orar intensamente por un hijo, y siguieron orando hasta el cuarto año de matrimonio. La mayoría de los familiares había perdido las esperanzas, pero papá y mamá seguían confiando y orando. En mayo de 1915, a Dios le agradó concederles el deseo de su corazón, y mamá concibió su primer hijo.

“Desde el momento que esperábamos a Loran,” mamá comentó en cierta ocasión a unos amigos, “parecía que siempre estábamos soñando con él y pensando en él. Cuando mi esposo salía de la fábrica, ansiaba llegar a casa lo más rápido posible para ver si me encontraba bien, porque yo sufría mucho. El decía: ‘Mary, por lo mucho que estás sufriendo, seguramente éste será un buen niño.’”

“Empezamos a anticipar su llegada. Yo oraba por un hijo varón, un hombre de Dios. No oraba por un predicador, sino por un hombre de Dios. Lo dediqué al Señor antes de su nacimiento, y le dije que iba a criarlo tan sólo para El de la mejor manera posible.”

Nací en la casa el 3 de febrero de 1916, con la ayuda del doctor, la abuela Dickson y una amiga a quien por cariño la llamaban tía Mandy. Mamá dijo: “Todos sentimos algo extraordinario en el cuarto. Tía Mandy dijo que nunca antes había estado en un lugar semejante, y mi propia madre sintió algo excepcional también. Nunca dije a nadie nada acerca de que el Espíritu Santo había descendido sobre mí cuando Loran nació, sino hasta muchos años después.”

No mucho tiempo antes de que papá falleciera, me dijo: “Hijo, no sé si ha nacido en este mundo un niño más bienvenido que tú. Nosotros anticipamos tanto tu llegada.” ¿Cómo podría agradecer al Señor por el privilegio de haber nacido bajo el cuidado de padres quienes amaron a Dios y desearon hacer su voluntad? Me siento verdaderamente agradecido con Dios y en deuda con Jesucristo.

Dentro de esta herencia cristiana fui enseñado a amar a Dios, amar a Jesucristo y poner a la iglesia en primer lugar. Tan pronto pudieron, mis padres me empezaron a enseñar a orar. Mi madre decía que yo podía hablar claramente a los nueve meses. Mientras estuve confinado a mi sillita alta, empezó a indicarme cómo enlazar mis manitas y orar. Supongo que ya oraba a la edad de un año, inclinando la cabecita y

tratando de decir algunas palabras a Dios. Mi madre y mi padre me enseñaron a orar aun antes de que yo supiera qué era la oración; ésta parecía tan natural y normal para mí.

Había un amor tan profundo por lo justo, lo puro y lo recto en nuestro hogar. Por eso, me escandalizo cuando veo a alguien tomando licor o vestido deshonestamente. No puedo acostumbrarme a ello. Cuando alguien maldice, me escandalizo; y cuando alguien en un restaurante jura o toma el nombre del Señor en vano, volteo a mirarlo. Amo a todos en forma igual; sin embargo, cuando veo o escucho cosas impuras e impías, parece que sufro, me duele el corazón. Sé que tengo tan poco del Señor Jesús, pero al observar ciertas cosas inicuas, mi corazón se entristece.

Recuerdo una vez al entrar en un ascensor con un pastor amigo, al empezar a ascender un hombre comenzó a maldecir terriblemente, diciendo blasfemias vulgares y tomando el precioso nombre de nuestro Señor en vano. Nunca antes me había sucedido, y probablemente jamás me volverá a acontecer, pero de repente empecé a alabar a Dios casi tan fuerte como ese hombre blasfemaba. Comencé a exaltar a Jesucristo por su maravillosa persona y a glorificar el santo nombre de Dios.

Algo empezó a suceder en ese ascensor. Mi amigo pastor no estaba seguro cómo iría a reaccionar ese hombre. Este me miraba con mucho odio. Pero mi corazón había sido instruido para amar y honrar a Dios. Cuando esas terribles maldiciones empezaron a salir de la boca de ese hombre, Dios simplemente empezó a glorificarse a sí mismo por medio de mí.

Mi madre me llevaba a la iglesia desde muy temprana edad. Estaba en las reuniones casi todas las veces que las puertas del templo se abrían, ya fuera domingo por la mañana o por la noche, una reunión de oración, o una de avivamiento. Crecí sin saber lo que significaba no ir a la iglesia. La única ocasión que falté a la iglesia era cuando me encontraba muy enfermo. Aun ya adulto y estando en el ministerio, faltaba a la iglesia sólo cuando tenía otra responsabilidad especial, cuando esperaba en Dios en oración o cuando esperaba que El me guiara. (Y en este momento, al compartir esto, el Espíritu Santo habla dentro de mí, diciendo: "Yo te guiaré, te dirigiré y te diré lo que debes hacer.")

Mis padres me enseñaron que la Biblia es la Palabra de Dios, la voz suprema, la revelación del amor de Dios para nosotros, el libro de la vida, y que fuera de ella tan sólo hay desolación. Esto creí apenas me lo enseñaron, y lo creo todavía hoy. No sabía nada del modernismo ni del liberalismo, ni de dudar de Dios o de Jesucristo, hasta mi segunda experiencia en la universidad. Desde mi niñez hasta ese momento, no había sabido nada acerca de esas oscuras y siniestras opiniones liberales que cuestionaban la Palabra de Dios y ponían dudas a las mentes de los nuevos cristianos. Cuando por primera vez escuché a un profesor manifestar sus propias ideas, análisis y opiniones en la clase, me dolió profundamente.

Mi madre me decía que había reconocido desde que yo era muy

chico que la mano de Dios estaba sobre mí. (Digo esto sólo para la gloria de Cristo Jesús y de Dios.) Mientras ella trabajaba un día, la señora que vivía justamente frente a nuestra casa se acercó a la puerta, y dijo: "Quisiera que pudieras observar lo que veo; es maravilloso."

Mi madre respondió: "¿Qué es?"

La mujer dijo nuevamente: "No podrías escuchar lo que estoy escuchando sin reconocer que ellos han asistido a la iglesia."

Mi madre todavía no comprendía completamente. "¿Qué quieres decir?" preguntó.

"Pues," contestó, "tu hijo mayor está afuera encima de la jaula de los conejos predicando a los otros niños." En realidad ella era una mujer del mundo, pero dijo lo siguiente: "Si alguna vez he escuchado predicar a un predicador, éste es. Nadie me podría decir que él no sabe cómo ir a la iglesia." Y cuando mi madre fue a ver, ciertamente allí me encontraba yo encima de la jaula tal como la vecina lo había descrito. Estaba tratando de predicar exactamente como había visto y escuchado al reverendo Gilmore todos los domingos.

Yo era sólo un muchachito cuando Dios me habló por primera vez. Fue un acontecimiento muy serio y sagrado en mi vida. (Y cuando digo esto, Dios susurra dentro de mí por medio de la operación de sus dones, diciéndome: "Yo estoy contigo.") No comparto esto de una manera casual, sino con un sentido profundo de mi indignidad ante el Dios Todopoderoso, porque no me pertenezco a mí mismo. Soy de El, y estoy aquí sobre esta tierra para hacer exclusivamente su voluntad.

Fue mientras hacía un mandado para mi madre que de repente tuve esta maravillosa experiencia a la orilla del reino de Dios. Quisiera poder expresar lo maravilloso que aquello fue para mí, pero mis palabras son demasiado inadecuadas. Aunque los hombres pudieran hablar como los ángeles, no podrían decir la maravilla del reino de Dios.

De vez en cuando mi madre solía enviarme a la finca de Ollie Gilbert para traer un litro de leche. La casa de los Gilbert se encontraba un poco al norte, fuera de los límites de Windsor. Mientras hacía esta diligencia para mi mamá aquel bello sábado por la mañana, en mi brazo izquierdo llevaba una botella para la leche. Puesto que éramos bastante pobres, trataba de tener mucho cuidado para no dejarla caer.

Cuando iba en camino a unos ochenta metros después de haber pasado el antiguo templo, noté que el viento soplaba, causando un sonido a través de las frondosas ramas de los árboles. Parecía como si estuvieran haciéndose señas y saludándose entre sí, diciéndose esa mañana: "¿Cómo estás?"

Miré el sol rutilante, el esplendor del cielo celeste, y todo se combinaba en una perfecta sinfonía. Todo trataba de hablar y se esforzaba para decir algo en reconocimiento y en gratitud a Dios. Un gorrión cantor entonaba esta melodía, cuando repentina y asombrosamente, Dios habló a mi corazón, diciéndome: "Me perteneces. Yo te usaré en mi reino algún día."

# 7

## EL DIEZMO ABRE EL CAMINO

En ese tiempo mis padres eran muy pobres. Papá comenzó un negocio de examinar la crema de la leche para los granjeros, y además manejaba un autobús de una escuela. Probablemente su ingreso semanal oscilaba entre los ocho y doce dólares. Pero un día mi padre vino a casa con una noticia: "Mary, acabo de escuchar un sermón acerca del diezmo."

Ella dijo: "¿Qué?"

"Acabo de escuchar a un pastor predicar acerca de que debemos diezmar," papá contestó.

Ella preguntó: "¿Qué quieres decir?" porque nunca había escuchado a sus pastores predicar acerca de diezmar. Mis padres ni siquiera lo habían oído mencionar antes. Hasta ese tiempo, papá y mamá daban dos dólares al año a la iglesia, y pensaban que hacían bastante bien.

"Me dicen que la Palabra de Dios enseña que debemos dar el diez por ciento de lo que uno tiene al Señor, es decir, a traer el diezmo al alfolí de Dios," papá manifestó.

"¿Qué dices, Eldon?"

"Sí," respondió él. "Sabes una cosa, creo que Dios quiere que empecemos a diezmar."

"Eldon," dijo mamá, "tú sabes que tenemos que ocupar cada centavo que tenemos para vivir, para pagar la renta y comprar la comida. Apenas tenemos para comprarles a los niños zapatos cuando los necesitan. Pero si Dios ha revelado que debemos diezmar, estoy lista para empezar a hacerlo."

La primera semana separaron un dólar, más o menos, y lo dieron al Señor, porque ya era suyo. La siguiente semana hicieron lo mismo. Cada semana variaba de acuerdo a los ingresos que recibían. Y empezaron a maravillarse. "No podemos ver cómo noventa por ciento rinden más que el total de ingresos, pero así es. ¡No lo entendemos!" Exclamaban sobre el hecho de que Dios podía hacer que menos dinero alcanzara más (realmente era muy poco) y aumentarlo considerablemente. Por supuesto, ellos confiaban en quien nunca pierde una batalla, en El que no puede fallar. Nosotros sí fallamos, pero Cristo nunca.

Se arrodillaban al lado de la cama cada noche, y oraban: "Señor Jesús, sabes que tenemos muy poco negocio. Simplemente estamos confiando en ti, y sólo queremos hacer tu voluntad." Pusieron todo en las manos del Señor, y Dios empezó a bendecirlos. Les enviaba un poco de dinero aquí y otro poco por allá. Mis padres nunca cesaron de asombrarse de cómo Dios les estaba honrando, porque habían estado diezmando fielmente de acuerdo a su Palabra.

Sin embargo, no todo fue obvia bendición. El reumatismo de mamá le volvió poco después de que yo nací. Me cuentan que en una ocasión en que mamá me tenía en sus rodillas, se veía tan enferma que pensaban que seguramente había sufrido un ataque al corazón. No sabían si viviría o no, pero Dios tuvo misericordia y fue benévolo con ella. Después de un poco más de dos años, a pesar de su condición física tan débil, dio a luz a mi hermano, Richard. Yo estaba muy orgulloso de él. Recuerdo que le tomaba la mano a mi tío Billy y lo llevaba hasta el borde de la cama donde Richard estaba al lado de mamá. Pedí a todos que se hicieran a un lado, porque tenía que enseñarle mi nuevo hermanito a tío Billy.

El médico dijo que sería imposible que mamá pudiera concebir más hijos. Sin embargo, dos años después nació Warren, pesando casi cinco kilos, el niño más grande que ella concibió. Dieciséis meses más tarde mi tercer hermano, Terrance, entró a formar parte de la familia.

Durante uno de los ataques severos que tuvo mi mamá, cuando yo todavía era muy pequeño, mi padre sinceramente le prometió al Señor: "Si le permites vivir a mi esposa, volveré a predicar." Por supuesto que mis padres asistían a la iglesia regularmente, y papá había reemplazado a varios pastores varias veces. Pero poco después de su conversión, cuando Dios estaba usándole tan maravillosamente en varios avivamientos, ciertas personas religiosas comenzaron a oponerse a sus conceptos doctrinales. Le dijeron cosas terribles, y él se desanimó tanto que parecía que no iba a sobrevivir espiritualmente. Fue únicamente por el poder y la ayuda del Espíritu Santo que pudo continuar su ministerio después de tan severa oposición. Por casi catorce años mi padre se esforzó para obedecer a Dios y no llegar a desanimarse.

Fue antes de que naciera mi tercer hermano, Terrance, que tres hombres de la pequeña congregación de Carlos City vinieron a pedirle a papá que fuera su pastor. El respondió: "Yo sólo suelo ir a algunos lugares a predicar. No me siento capacitado para pastorear una iglesia."

Sin embargo, este comité le pidió que por lo menos orara sobre el asunto. "Regresaremos a verte de nuevo," le dijeron. Pasó algún tiempo, y regresaron otra vez para preguntarle cómo se sentía en cuanto a la petición antes mencionada; pero él todavía estaba indeciso. Dijo que únicamente iría a predicar en una reunión pero que no sabía con certeza si debería asumir las responsabilidades del pastorado.

Mamá todavía permanecía en cama después del nacimiento de Terrance cuando papá se acercó a su lado, y le dijo: "Mary, estos hombres han venido otra vez para ver si puedo ir a Carlos City y aceptar el puesto de pastor. No sé qué decirles."

Mamá contestó: "Ya son tres veces que han venido. Me parece que si quieres predicar, ahora es el tiempo para hacerlo."

Sin embargo, papá estaba inseguro e insistía que no tenía ropa apropiada para predicar entre gente desconocida. Tenía un traje casi nuevo, pero la parte trasera del saco se había rasgado. Así que mi madre entonces le dijo: "Eldon, yo te puedo arreglar ese saco, y cuando

lo haya planchado, nadie se dará cuenta que está remendado.”

La madre de papá también estaba allí, y él se dirigió a ella, diciendo: “¿Cómo llegaré al templo? No tengo un auto. Únicamente tengo este camión viejo.”

Mi abuela contestó: “Eldon, creo que si solamente prometes a Dios que irás, cuando llegue el tiempo, encontrarás la mejor forma de ir. Estoy segura.”

Después de conversar un poco sobre el particular, mi padre dijo: “Ya que ustedes creen que debo ir, les diré que he decidido aceptar el pastorado.”

Fue poco después de que mis padres comenzaron a diezmar fielmente y que habían consentido asumir las responsabilidades del pastorado en Carlos City, cuando un hombre desconocido llegó un día, y dijo a mi papá: “Quiero venderle aceite para lubricar motores.” Sin duda, debió haber mencionado una cantidad de aceite muy grande. Mi padre no tenía dinero suficiente en su bolsillo para comprar ni siquiera cuatro litros de aceite, mucho menos un barril entero o medio barril. Papá comenzó a reírse a carcajadas, pues era una persona que muchas veces se expresaba por medio de la risa, y tenía por cierto una manera muy hermosa de hacerlo.

Después de haber conversado por un buen tiempo, el hombre dijo: “Señor Helm, a decir verdad, no vine a venderle aceite, sino a emplearle como mi agente para la *Standard Oil Refining Company* con un sueldo de ciento ochenta dólares mensuales, más comisión.”

Mi padre contestó: “Acaba usted de emplearme, señor.” ¡En cuestión de un minuto, el ingreso de mis padres aumentó de aproximadamente cincuenta dólares mensuales a más de ciento ochenta dólares! Pero fue el diezmar el que abrió el camino. Su obediencia le abrió la puerta, dándole a Dios lo que le pertenecía, aun cuando pensaban que no tenían lo suficiente para vivir. Ellos devolvieron el diezmo a Dios, y a cambio, Dios les dio abundantes ganancias.

Esta nueva oportunidad nos hizo mudarnos a Parker City, Indiana, en septiembre de 1922. Era el pueblo en el que yo encontraría a Cristo Jesús como mi Salvador, y también en donde conocería a mi futura esposa. Para mí es una bendición que mis padres pudieran dar a Dios lo que era suyo, porque esto nos puso en marcha por la senda ascendente hacia la victoria. Alabado sea Dios.

Quisiera compartirles una historia de confianza y de fe. Es un relato sencillo y una parte importante de mis experiencias al principio de caminar con Dios. Desde entonces esto me ha enseñado algunas lecciones. Con la ayuda del Señor, aún me sigue instruyendo.

Cuando todavía vivíamos en Windsor, y yo tenía como cuatro o cinco años de edad, mi amiguito que vivía frente a mi casa, recibió un lindo caballito de Shetlandia que le había regalado su tío. Desde el jardín de nuestra casa yo miraba cómo abrían el pequeño embalaje en el cual lo habían traído. Yo nunca había salido muy lejos de nuestro pueblito; jamás había visto un caballito. ¡No sabía qué pensar!

¡Ese animal era hermoso! Era café con blanco con una cara perfectamente bien formada, la cual me decía que estaba bien cuidado y bien adiestrado. Estaba ansioso por verlo más de cerca, pero por algún tiempo mi madre no me permitía ir a la casa del vecino, temiendo que fuera un estorbo para ellos.

Debido a que no podía ver al caballito muy bien a causa de mi estatura, solía subirme a la cerca lo más alto posible para mirarlo al otro lado de la calle. Colgado de la cerca lo más que resistía, lo miraba pastando y andando de un lado a otro. Cuando desaparecía atrás del cobertizo o al otro lado de la colina, tenía que bajarme y esperar hasta que pudiera divisarlo nuevamente. Tan pronto como lo descubría, me subía a la cerca otra vez, estiraba mi cuello, y miraba y miraba, pensando: "¡Oh, qué maravilloso sería si algún día mamá me dejara ir allá para ver ese caballito!"

En aquel día memorable cuando mi madre dijo: "Loran, ahora puedes ir a ver el caballito de Keith," corrí tan rápido como mis piernitas me permitieron. Fui al otro lado de la calle, pasando por el caminito hasta el establo del vecino, y me arrastré sobre el pesebre. ¡Ese caballo bonito estaba a sólo dos metros de mí! Yo estaba estremecido de emoción. "¡Esto es maravilloso!" me decía a mí mismo. Yo pensaba que ese caballito era una de las cosas más maravillosas que jamás había visto, y comencé a esperar en mi corazón que algún día yo también podría tener un caballito como el de Keith Patty.

(A través de los años, al recordar esta experiencia de profunda emoción que tuve cuando niño, a veces me he preguntado cómo Dios nos encuentra a nosotros. ¿Nos ve jubilosos y muy impresionados por las verdades maravillosas de su Palabra? ¿Arde nuestra fe dentro de nuestras almas, a fin de que nos preocupemos más por nuestros parientes y amigos para que encuentren a Cristo, que de las últimas modas o del bebé que acaba de nacer en el pueblo?)

(He visto a muchas personas tan emocionadas en un partido de fútbol que gritan y saltan. Sin embargo, en las reuniones de oración la

mayoría de los individuos son apáticos y sin ningún entusiasmo. Esto me indica que hay una gran necesidad en la mayoría de nuestras congregaciones. Si no fuera así, estaríamos más inspirados por el reino de Dios que por otras actividades pasajeras de la tierra. Parece que en muchas de nuestras iglesias los que profesan ser cristianos en realidad necesitan ser verdaderamente convertidos y transformados, o de lo contrario poseerían una innata emoción en cuanto a las cosas del reino de Dios.)

Algunos años después, cuando nos habíamos mudado a Parker y yo estaba en tercer año, recuerdo que en cierta ocasión cuando regresaba a casa de la escuela para comer, al doblar la esquina de la casa, miré hacia el este al pequeño establo rojo y, ¿qué cree que vi? ¡Allí estaba un caballito negro de Shetlandia! ¡Era un caballito bellísimo con una mancha blanca en la frente y dos más arriba del hombro!

Corrí lo más rápido que pude hacia donde el caballito estaba apacentando. Los dueños, una pareja mayor de apellido Henhizer, estaban sentados en su carruaje a poca distancia, comiendo. El notó que yo estaba encantado con el caballito, y me preguntó: "¿Quieres montar a Queen?"

"¡Oh, sí!" le respondí. Había estado esperando durante mucho tiempo para estar tan cerca de un caballito, desde que oré diciendo en mi corazón: "Yo quisiera tener un caballito como el de Keith Patty."

El señor Henhizer dijo: "Espérate un momentito, y te lo alistaré." Me enteré de que ellos habían venido esa mañana aproximadamente desde unos veintisiete kilómetros en su pequeño coche, desde el pueblo de Ridgeville. Iban camino a Muncie, pero en lugar de haber tomado la ruta más directa, yendo al oeste por Albany a la carretera estatal 67, se habían ido al sur hasta Farmland. Después tomaron la carretera 32 al oeste rumbo a Parker. "Necesitábamos comer un emparedado," me informaron los Henhizer. "Por eso desenganchamos a Queen para dejarle descansar un rato." Pudieron haber parado en muchos lugares distintos por la carretera. Sin embargo, llegaron a nuestra casa, a una cuadra de la carretera principal. ¡De todas las setecientas personas en todo el pueblo, ellos llegaron justamente a nuestro barrio!

Si uno camina con Dios y confía en el Señor, El le traerá precisamente aquello que espera en algún momento determinado. Un día de éstos, sin haber hecho planes, y cuando menos lo espere, El se lo mandará. Probablemente no reciba lo que planeó, pero si en realidad pone sus ojos en el Señor y lo desea más que cualquier otra cosa, El le concederá las peticiones de su corazón cuando menos lo espere.

Nunca trate de conseguir lo que necesite. Simplemente ande con Cristo, y El le otorgará con confianza lo mejor de lo que necesita, y cuando lo necesite. Puede enviárselo pronto, más tarde o quizás después de un largo tiempo; pero Dios proveerá ciertamente. El es conocido como uno que da sorpresas a todos sus fieles peregrinos.

Yo realmente me sorprendí aquel día, pues monté un caballito por primera vez en mi vida. ¡Oh, el deleite, el interés, el entusiasmo que tenía en mi corazón! Si pudiera pintarlo en un cuadro, estoy seguro de

que se reiría. De hecho, esto sería bueno para su corazón puesto que yo estaba tan maravillosamente regocijado. Mi corazón de niño estaba conmovido hasta más no poder.

Cuando mi madre me llamó a comer ese día, yo no estaba muy interesado en la comida. Por supuesto que cuando ella dijo: "Ven," tuve que ir en seguida. Sabía que tenía que obedecer. Até el caballito en la cerca, y fui a casa. Oramos, y comimos nuestra sopa de frijoles; pero yo quería terminar lo más pronto posible para poder ir nuevamente y montar a Queen el mayor tiempo posible antes de volver a clases después de medio día. Y eso fue exactamente lo que hice.

Cuando regresé corriendo a la escuela, el timbre ya estaba sonando, y tuve que apurarme. Me dije a mí mismo: "¡Por dos o tres años he esperado tener un caballito, y éste es el esperado!" Durante toda la tarde el caballito ocupó mis pensamientos. "Cuando terminen las clases," pensaba dentro de mí, "iré a ver a mi amigo Howard. Nosotros dos podemos enganchar la cabra a mi cochecito y acarrear la basura que hay en el establo a la huerta. Alistaremos el establo para mi caballito, porque éste es el que he estado esperando por mucho tiempo." De alguna manera sentía en mi corazón que Queen me pertenecía.

Howard y yo trabajamos con diligencia aquella noche y también la siguiente. Sacamos todas las cosas del establo, y al llegar la tercera noche, ya habíamos terminado. ¿No era extraordinario esto, que un muchacho de nueve años se decidiera a limpiar el establo, preparando así la llegada de su caballito? Quería tener todo listo. Simplemente tenía fe de un niño de que ése era el caballito que Dios me había prometido.

Desde entonces descubrí que no podemos tener fe a menos que tengamos amor, pues la fe obra y existe por el amor como la Biblia nos dice en el capítulo quinto de Gálatas. Si desea tener más fe, recuerde que ésta será dada en proporción al amor que posea. Si ama, escuchará la Palabra de Dios; y la fe es por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios.

La fe abundará en un corazón lleno del amor de Dios, del precioso amor de Jesucristo. El amor sensual y mundano fallará, pero el amor que Cristo da nunca falla. Un corazón lleno de amor proveerá la tierra adecuada a fin de que pueda crecer la fe. Si hay alguna duda, oscuridad, pecado o codicia en el corazón, entonces la fe se ahoga, se tuerce y se desintegra.

Para mantener una fe santa, tendrá que preparar su corazón, sacar y limpiar toda la basura del orgullo y de la autoconfianza que haya en él. Tendrá que confesar toda su amargura y resentimiento, pues la fe retrocede ante tal desorden interior. Tampoco la fe mora en un corazón que está obstruido por la crítica y la contienda. También tiene que quitar toda duda y análisis (o sea, tratar de averiguar todas las respuestas, de saber el "¿por qué?" y el "¿cómo?"), porque la fe solamente hace su morada en un corazón limpio de los desperdicios de las manifestaciones carnales.

Después de tres días me encontraba diciendo: "¡Arreglemos el pesebre para mi caballito!"

Muchos años más tarde mi madre me compartió que durante esos días mi padre había estado un poco inquieto. A menudo él le preguntaba: “¿Le diste a ese muchacho alguna razón para que crea que puede tener ese caballito?”

Y ella insistía, “Eldon, yo no le he dicho ni una sola palabra.”

“Pues no lo comprendo,” decía papá. “El ha estado limpiando ese establo por tres días, diciéndoles a todos que su caballito está por llegar.”

Unos diez días más tarde, mi padre nos llevó a mis hermanos Richard, Warren y a mí a la planta de abastecimiento de la *Standard Oil* en Muncie para conseguir unos productos petroleros. Viajábamos en uno de esos automóviles Ford antiguos. Las ventanas no subían con una manivela, sino que tenían una correa con la cual se subían o bajaban. Al frente había un asiento bastante pequeño que se doblaba hacia adelante para permitir con facilidad entrar al asiento trasero.

Debido al uso, se habían formado surcos pronunciados en el pavimento del viejo camino de la carretera 32, y el auto en que íbamos nos sacudía durante todo el viaje. En el trayecto de regreso a casa, me dormí. Estaba un poco malhumorado, y deseaba acostarme para poder descansar realmente. Al llegar frente a nuestro pequeño establo rojo, mi padre dijo: “Loran, ¿te gustaría abrir la puerta del establo?”

Si se le pregunta a un niño si “le gustaría” hacer algo, es muy probable que responda como yo lo hice. Era un niño irritable y soñoliento de nueve años. Usted sabe cómo se ponen a veces. Muchas personas mayores de vez en cuando también se ponen así de malhumorados y hostiles, sin querer que los molesten, deseando mantenerse cómodos. Así que yo contesté: “No quiero.”

Entonces mi papá me habló nuevamente. Esta vez no fue una petición sino una orden. “Hijo, bájate inmediatamente, y abre la puerta.” Cuando recibí la orden, actué sin demora. Mi padre solamente tenía que ordenarme una sola vez, pues fui enseñado a obedecer en seguida. Si un padre terrenal necesita ordenarle a un niño más de una vez, ese niño tiene algo que necesita ser quebrantado. Dios no puede hacer mucho con una persona que no obedeció cuando fue niño. Hay mucho que quebrantar en las personas que no fueron enseñados a obedecer cuando fueron niños. La mayoría de las veces no están dispuestos a pagar el precio que Dios requiere.

Es por eso que vacilamos en obedecer a Dios. Es por eso que somos tan lentos para obedecerle y hacer lo que El nos pide. **La falta de obediencia en la iglesia proviene del mismo corazón del niño, de cuando éste era muy pequeño, si su corazón estuvo dispuesto a obedecer a sus padres o no.** Mucha de nuestra desobediencia a Dios actualmente es el resultado de nuestra vida interior cuando fuimos pequeños (y siento a Dios obrando en mi corazón al decir esto).

Cuando mi padre me dio esa orden, rápidamente me bajé del auto, y me dirigí hacia la puerta del establo. Tomándola, empecé a empujarla hacia adentro para que se abriera. No tuve que empujarla mucho. Fue fácil moverla.

¡Tan pronto como la puerta se abrió un poquito, vi a mi caballito! ¡Allí estaba Queen justamente frente a mí! ¡Brinqué! ¡Grité! Me acerqué corriendo, lo abracé por el pescuezo y clamé una y otra vez: “¡Ha llegado mi caballito! ¡Ha llegado mi caballito!” Yo estaba muy feliz. Yo lloraba con risa y con gozo. Estaba tan emocionado que dije: “¡Papá, atemos a Queen, y vamos inmediatamente al silo para conseguir una paca de heno y algo de maíz!” Mi caballito había llegado, y quería darle algo de comer.

¡Yo estaba sumamente feliz! Aun en este momento que lo relato, recibo bendición. ¿No es maravilloso que aún esté recibiendo bendición de algo que Dios hizo conmigo hace cuarenta y ocho años? Cuando se confía en el Señor, aún después de veinte, cuarenta o cincuenta años, se recibe bendición de cosas que Dios nos concedió. Uno se goza con ellas, porque mientras más se apreciaron en aquel entonces, más duradera será la dicha ahora, esto es, si permanece lo suficientemente humilde, si ora mucho y obedece lo necesario para poder mantener tal bendición.

Por supuesto, si no obedece todo el tiempo, perderá el aprecio de todo esto, perderá la alabanza y el gozo de su alma. El gozo y la alabanza permanecerán en su corazón mientras obedezca a Dios, y se alejarán cuando le desobedezca. La desobediencia impide que el gozo entre en su corazón, dejándole desolado y perdido. La obediencia hace brotar y florecer un gozo verdadero y santo, y su fragancia se hace más dulce con el correr del tiempo.

Durante los años he pensado con frecuencia en aquella noche cuando viajaba malhumorado y soñoliento, y mi padre me preguntó si “quisiera” bajarme para abrir la puerta. Fui terco, y en realidad no tenía ganas de obedecer, pero atrás de esa puerta estaba aquello que realmente yo deseaba. La petición bondadosa de mi padre para que obedeciera, me condujo cariñosamente a lo que había estado esperando durante mucho tiempo y por lo cual había orado y confiado. Sin embargo, por mis debilidades humanas, no quise abrir la puerta cuando llegó la oportunidad.

En una forma semejante muchas personas pierden aquello por lo cual han orado y confiado, porque son tercos para obedecer el suave mandato de Dios (pues El solamente nos pide hacer algo, no nos obliga). En lugar de responder con gozo cuando el Espíritu Santo les habla, no hacen caso al mandato, o abren la puerta de mala gana.

Si hay algo que desea con todo su corazón, siga confiando. Prepárese para cuando llegue a la puerta de la oportunidad. Escuche la voz de su Padre cuando El habla. Salga de su lugar cómodo, y haga a un lado los obstáculos. No deje que los surcos del malentendimiento y de la lucha en esta vida le arrullen hasta dormirse. En el dormir espiritual no actuará para Dios, ni hará lo que El le pida. Pero mientras persista en el camino de la confianza y de la alabanza, estará despierto, y podrá reconocer cuando esté cerca de la meta.

Cuando llegó el caballito aquel día, mi padre giró un cheque por todo lo que costaba. Ese mismo día que Queen arribó para ser mío, mi padre pagó la cuenta en su totalidad. Algún día llegará la ocasión cuando

aquello por lo cual ha estado confiando tanto tiempo, se presentará delante de usted y será suyo. Lo único que tiene que hacer, es seguir confiando y creyendo. Su Padre ha provisto todo lo que necesita, y lo recibirá después de un tiempo. No se esfuerce para conseguirlo. Vendrá con el tiempo al dejar que El se encargue de ello. Algunas personas sirven a Cristo a fin de recibir ciertas cosas que desean secretamente. El Señor concederá todo lo que el corazón confiado necesita, cuando éste le sirve a Dios sólo por servirle.



*Loran con su primer hermanito, Richard, durante el tiempo en que Dios le habló al corazón de Loran: "Me perteneces, yo te usaré en mi reino algún día."*

## 9

## ORACION DE UN NIÑO

En junio de 1925, la compañía *Standard Oil* trasladó a mi padre a Yorktown, unos veintitrés kilómetros al oeste. Papá había estado predicando en Carlos City esos tres años que vivimos en Parker, y en Yorktown también fue llamado a predicar en una pequeña iglesia de Reed Station. Fue allí, a la edad de nueve años, donde participé en mis primeras reuniones de avivamiento, ayudando a mi padre a dirigir los himnos.

Un día, mientras mi madre oraba, el Señor le habló acerca del ministerio de mi padre. Después de que ella nos mandó a la cama a dormir a todos nosotros aquella noche, salió de la recámara, y dijo: "Eldon, Dios me ha revelado que el anciano del distrito de la iglesia te va a llamar para que prediques en su distrito."

"¡Oh, no!" él comentó. "¡No puede ser! Yo solamente estudié hasta quinto año. No sé mucho cómo hablar correctamente. Mi gramática tampoco es muy buena. No he tenido ningún entrenamiento. No me siento capaz, Mary."

"Lo sé," contestó ella, "pero el Señor me ha dicho que pronto te van a llamar para que dediques todo tu tiempo al ministerio."

"No creo que pueda ser cierto," insistió papá.

Unos cuatro días más tarde mientras comíamos, sonó el teléfono, y una voz dijo: "El Señor A.E. Helm, por favor." Cuando papá tomó el teléfono, era el anciano del distrito. "Eldon," dijo, "quisiera que te hagas cargo de la Iglesia Centenary (ahora Trinity) en New Castle. No puedo asegurarte que ganarás mucho, aproximadamente unos mil seiscientos dólares anuales como máximo. Necesito tener tu respuesta hoy mismo para las cuatro de la tarde."

Mi madre cuenta que la cara de mi padre se tornó tan pálida como la de un muerto. "¡Mary!" apenas pudo decir su nombre. Estaba pasmado, pero mi madre había estado esperando esa llamada. ¡Gloria a Dios! Ella sabía que iba a suceder. Sin embargo, mi padre se sentía tan indigno, tan débil, tan limitado en cuanto a su educación, que seguramente nunca pensó que lo llamarían. "¿Crees que lo puedo hacer, Mary?" preguntó.

"Claro que puedes," replicó mi madre. Ella sabía que esto era de Dios. Aquí estaba mi padre con una responsabilidad en la *Standard Oil*, recibiendo varios miles de dólares al año (y tres o cuatro mil dólares anuales de ingreso antes de la depresión significaban muchísimo más de lo que esa cantidad es ahora). Es decir, que tenía una posición bastante buena.

Había nacido para vender, y lo hacía muy bien. Si él estaba convencido de que algo realmente tenía valor, lo vendía fácilmente. Era

tan capaz para vender que muchos años más tarde, cuando empezó su ministerio en el circuito de Kimmel en 1945, se propuso vender una publicación cristiana a tantas personas como le fuera posible. Un año antes de que él llegara a ese sector, habían tan sólo diecisiete personas suscritas a esa revista; pero cinco habían cancelado sus suscripciones, quedando únicamente doce. El primer año que mi padre llegó, fue de casa en casa vendiendo esta publicación. Por eso llegaron a suscribirse setenta y siete personas, lo que representó el aumento más grande dentro de toda la conferencia.

Ahora se encontraba frente a una decisión con tan sólo cuatro horas para decidir. En aquel entonces tenían cuatro varoncitos, y estaban esperando a otro más que resultaron ser gemelos. ¿Se quedaría con el negocio que le estaba suministrando un excelente sueldo y prometiendo mucho más para el futuro, o aceptaría esta pequeña iglesia que ofrecía un salario mucho más bajo del que recibía?

Con tan poco tiempo para decidir, mi padre se puso a orar con mi madre de la siguiente forma: "Señor, ¿qué debemos hacer? ¿Dejaremos este trabajo con tantas posibilidades para irnos a esta pequeña iglesia? ¿Qué quieres que hagamos?" Oraron fervientemente para saber la voluntad de Dios, y pocas horas después mi padre llamó al anciano del distrito, y le informó: "Con la ayuda del Señor asumiré ese pastorado."

Nunca olvidaré cuando fui con mi padre el próximo domingo a esa pequeña iglesia. ¿Sabe cuántas personas estaban allí esa mañana del mes de enero? Creo que había cuatro mujeres, un hombre y algunos niños. ¡Cinco adultos! ¿Cree que eso era muy prometedor para un hombre que había dejado un negocio lucrativo, el cual estaba prosperando?

Papá se compró unos buenos zapatos y empezó a ir de casa en casa ayudando a la gente, orando, hablando con ellos y amándolos. No pasó mucho tiempo cuando el número aumentó a veinte personas en las reuniones. Después había cuarenta. Poco después había sesenta, luego ochenta y entonces cien. Dios estaba atrayendo a la gente hacia la iglesia.

Después de varios meses, mi padre sintió que la iglesia necesitaba un avivamiento, así que él mismo comenzó a dirigir unas reuniones especiales. Durante unas dos o tres semanas predicó con todo su corazón, y aunque el Señor le estaba ayudando, la gente no respondía. La verdad es que no estaban escuchando. Nadie parecía conmoverse. Aun hoy día, la triste verdad es que muchas personas en la iglesia realmente no son obedientes. Hay muy poca gente que de verdad obedece a Dios. Simplemente nos reunimos, predicamos, testificamos, oramos un poco y pensamos que esto equivale al noventa por ciento del cristianismo. Pero en realidad todo esto es únicamente el diez por ciento.

El equivalente del noventa por ciento del cristianismo es caminar con Dios, negándonos a nosotros mismos (es decir, negando lo que nosotros queremos, deseamos y pensamos que es bueno o razonable), para hacer lo que Dios quiere; esforzándonos para obedecer al Espíritu Santo, asumiendo la cruz con gozo, muriendo a la naturaleza carnal

minuto a minuto y segundo a segundo. **Realmente el vivir para Cristo** es el verdadero cristianismo, y rara vez ha sido vivido consistentemente a través de los siglos.

Papá predicaba y predicaba, pero las personas claves, como si fueran teclas de un órgano, no funcionaban; y la melodía divina no se podía entonar. Si tan sólo esas personas claves arreglaran su relación con Dios, el Señor podría salvar a miles de comunidades.

En una ocasión compartí desde el púlpito una revelación que Dios me dio acerca de que si las personas claves de esa congregación se humillaran, confesaran sus errores y arreglaran su relación con Dios, entonces habría centenares de almas que vendrían al reino de Dios en poco tiempo. Dios me reveló que había ocho mil almas listas para ser salvadas dentro de un radio de cuatro y medio kilómetros alrededor de la iglesia en ese momento, si únicamente pudiéramos persuadir a todos en la iglesia a que arreglaran su relación con Dios.

Cuando Dios me mostró eso aquella noche, yo estaba muy sorprendido. Lo compartí desde el púlpito, y el pastor de la iglesia recibió este mismo testimonio fuertemente en su corazón. El casi nunca había sentido una carga tan pesada en su corazón y con tanto poder como la que sintió esa noche. Varios de la congregación también dijeron que mientras yo compartía esta revelación, sintieron como si una flecha atravesara sus corazones.

Es Dios quien atrae a los pecadores. Nosotros no lo podemos hacer. La predicación no lo hace. El canto no lo hará. La gente y las personas famosas no lo pueden hacer. Es sólo el poder de Dios que atrae a los pecadores y los transforma.

Muchas iglesias quieren tener un avivamiento mediante un "nacimiento tipo cesárea." Este es el método en donde las reuniones de avivamiento se planean cuando la iglesia quiere con la suposición de que el evangelista atraerá a los pecadores y los salvará. Es posible que a veces logremos salvar a algunos de esta manera; pero si la iglesia no es purificada de su crítica, de su desobediencia y de sus pecados ocultos, dentro de poco tiempo los corderos morirán debido a la leche cortada y la comunión cuajada. Los corderos se alimentan principalmente del rebaño. Rara vez se alimentan del pastor. Muchos creen que el pastor debe criar a los recién convertidos, pero son las ovejas quienes dan la alimentación y cuidado a los corderitos recién nacidos.

La "leche" con la cual se alimentan los corderitos es "el gozo del Señor." Los nuevos convertidos se alimentan del gozo que la congregación tiene en el Señor. Se nutren con la alabanza que fluye de los corazones obedientes. Se sustentan de las acciones de gracias de creyentes maduros y cuando comparten la forma cómo Jesucristo los guía y los dirige. Sin embargo, cuando la iglesia no tiene esta gloriosa victoria, y cuando no se le permite a Dios dirigir a su pueblo y realizar así su voluntad por medio de ellos, entonces muchas veces los nuevos creyentes se desaniman, y pronto se alejan. Llegan después a veces a estar en peor condición de la que estuvieron antes de tener conocimiento de la salvación.

El poder de Dios obrará a través de cualquier iglesia para atraer a

los pecadores a Cristo tan pronto como ese cuerpo de creyentes pague el precio requerido. Isaías 66:8 dice: "... pues en cuanto Sión estuvo de parto, dio a luz sus hijos." Son muy pocos los que han llegado a conocer los dolores de parto del alma. He predicado cuarenta años a través de los Estados Unidos, y he visto solamente a dos personas con dolores de parto del alma. Nunca he visto a una iglesia entera que haya alcanzado este lugar santo de intensa y agonizante oración intercesora.

Amados, esto requiere un precio. Se requiere la necesidad de caminar con Dios completamente rendido a El antes de que podamos conocer lo que es una "carga del alma." Para llegar entonces a experimentar la "oración intercesora," nos falta todavía mucho más. Pero aun muchísimo más allá de la "carga del alma" está la "Ciudad de los Dolores de Parto del Alma," y conozco a muy pocas personas que han logrado llegar allí.

Nos abrimos paso hacia los dolores de parto del alma por medio de negarnos a nosotros mismos, bajo la cruz, rendidos, obedientes y fieles a Cristo, permitiéndole a Dios que quite de nosotros toda manifestación carnal que impida a su Espíritu obrar y que hace daño a otros. Esperar en Dios es un requisito indispensable en este proceso purificador. Sin embargo, una vez que Dios encuentre un cuerpo de creyentes dispuestos a hacer este sacrificio, quienes estén dispuestos a ser quebrantados juntos, a confesar todo resentimiento y crítica oculta, El podría preparar ese cuerpo para que pudiera entrar en los dolores de parto en el Espíritu; y miles serían traídos a su reino, transformados maravillosamente.

El gran impedimento para tal victoria gloriosa por medio de Cristo es simplemente lo siguiente: la iglesia reconoce el adulterio, el homicidio, el maldecir, el robar y la borrachera como pecados; pero son muy pocas las personas en la iglesia que se dan cuenta de que si Satanás puede inyectar la más pequeñita fracción de malicia o crítica a un solo corazón, él ha cortado el proceso espiritual de ese cuerpo en igual forma como si esa persona hubiera cometido una iniquidad igual a los pecados anteriormente señalados.

La razón por la cual muchas personas en nuestras iglesias están dando poco fruto para Cristo, se debe a que nuestras raíces son sembradas en las fuentes amargas de la mente carnal. Personas queridas anidan un poquito de malicia, alimentan un rencor que lo guardan desde mucho tiempo atrás, se mantienen con resentimientos, u ocultan una crítica reservada en su corazón. Estas cosas carnales son de Satanás y no del Señor.

La mente natural se inclina a minimizar la intensa seriedad de esas actitudes interiores que hay en el corazón, pero son igualmente devastadoras para la verdadera eficacia espiritual del cuerpo de la iglesia como aquellos males que comúnmente reconocemos como pecado. Son injusticias inicuas, horrorosas, viles, abominables y dolorosas para Dios; y como cualquier otro pecado bloquean toda la vida espiritual en la iglesia.

Cuando tales actitudes carnales no son confesadas y puestas bajo la sangre de Jesucristo, esa iglesia se vuelve impotente en el Espíritu.

¡Completamente impotente! El programa y las actividades de la iglesia pueden estar aparentemente marchando bien, pero el verdadero fuego de Dios no estará operando en medio de ella.

Pablo dice en Efesios que Cristo amó tanto a la iglesia y se entregó por ella a fin de "...presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha." Dios quiere que su propósito se cumpla por medio de gente santa en su iglesia.

Mi padre había predicado diligentemente a esas queridas personas que estaban en la iglesia noche a noche sin lograr ningún resultado. Cierta noche papá pidió a la gente que pasara al altar para orar. Todos estuvieron dispuestos a pasar, mas ninguno quiso orar. Yo tenía solamente diez u once años en aquel entonces, pero sentí tan tensa la situación en la que se encontraba mi padre que empecé a orar, clamando: "¡Señor Jesús, baja y ayuda a mi papá! Entra en esta iglesia, Señor. ¡Necesitamos tu ayuda!"

No sé qué tanto oré, pero parece que mi oración alcanzó a los corazones de esa gente amada que se encontraba allí. Comenzaron a llorar, y después de poco el Señor mandó un pequeño despertamiento. El Señor usó a un niño pequeño para quebrantar los corazones petrificados de esa buena gente de la iglesia. Pero el Señor quiere obrar por medio de los adultos tanto como a través de los niños. El desea obrar en nuestras vidas. El ansía conmover nuestras almas.

Mi padre renunció a su trabajo que le ofrecía un futuro seguro para ir con Dios, y el Señor honró su fe, salvando almas en aquella comunidad. Los corazones fueron convertidos verdaderamente. Las personas fueron transformadas por el poder de su sangre, y Dios empezó a levantar un pueblo fiel.

Papá predicó allí desde enero de 1926 hasta abril de 1928, aunque nos habíamos mudado a Parker nuevamente en septiembre de 1927. Mi padre pensó que ya no podría cumplir con su deber en el pastado, pues vivía a cuarenta y cinco kilómetros de distancia; pero la congregación le dijo: "Queremos que continúe como pastor de la iglesia." Así que viajaba cuarenta y cinco kilómetros de ida y otros de regreso desde Parker hasta el extremo sur de New Castle para dirigir las reuniones durante todo el invierno.

En aquel entonces mis padres tenían un Chevrolet de esos que en lugar de ventanas tenían cortinas, las cuales se sacudían de un lado a otro debido al viento. Nuestros padres nos cubrían a los seis con cobijas, y nos amontonábamos lo más cerca posible el uno del otro. Con la temperatura casi bajo cero y el viento que soplabo fuertemente a través de esas cortinas durante todo el viaje hasta llegar a casa, ¡realmente sí que hacía frío! A veces era bastante tarde cuando empezábamos el viaje a casa. Recuerdo una vez cuando mi padre oró con un hombre hasta medianoche, hasta que aceptó a Cristo.

En cierta ocasión viajaba solo con mi padre, y hacía mucho frío de regreso a casa. Papá me cuenta que yo me hubiera congelado del frío si él no me hubiera protegido del viento. Pero porque me había protegido con su propio cuerpo, él estaba tan helado al llegar a casa que mamá

pensó que no se calentaría. Tuvo que abrigarle con colchas y cobijas, cubriéndolo por varias horas. Los siguientes dos o tres días estuvo muy enfermo.

En otra ocasión, de regreso a casa un domingo ya tarde, hacía tanto frío que el radiador del auto se congeló. Papá se detuvo cerca de un arroyo, y dijo a mamá: "Voy a ver si puedo encontrar una lata o un balde debajo de ese puente para luego bajar hasta donde el agua corre rápido y así llenar el radiador de agua." Imagínese a mi padre afuera en el frío intenso de aquella noche oscura, buscando a ciegas en la nieve debajo de ese puente con esperanzas de encontrar una lata pequeña que le sirviera para coger agua para el auto. Las posibilidades eran muy escasas. Mientras tanto, siete miembros de su familia estaban sentados tiritando en medio de las cobijas, confiando en que él les llevaría salvos a casa.

¡De repente su pie rechinó al topar con algo! ¡Extendió su brazo, y entre la nieve rodó un balde de aproximadamente veinte litros, el cual todavía tenía fondo! Gloria a Dios. Mi padre caminó hasta el arroyo donde el agua todavía no se había congelado, y con ese balde llevó el agua necesaria para llenar el radiador. Lo envolvió con una cobija, y no se volvió a congelar en todo el viaje hacia la casa.

Mis padres habían estado esforzándose por ser fieles al propósito que Dios tenía para ellos; y El, a cambio, una y otra vez proveyó todo lo necesario, como en este caso.



1925 – A.E. Helm con tres de sus hijos: Richard, Warren y Terrance.

“Mary,” mi padre le dijo a mi madre un día en New Castle, “tenemos que regresar a Parker City.”

“Pero Eldon,” contestó. “¿Por qué?” Ella sentía que estaban trabajando en el lugar donde Dios quería tenerlos.

“Necesito volver para poder financiar la educación de nuestro hijo mayor,” contestó papá. “Dios está llamando a Loran. (Y cuando comparto esto, el poder de Dios corre a través de mí.) El necesita recibir una buena educación, así que tenemos que regresar a Parker.”

Eso hirió el corazón de mi madre, porque ella no quería dejar el pastorado; pero a pesar de esto, volvimos a Parker en septiembre de 1927. Mi padre pidió prestados trescientos dólares al señor Mark Broadwater para comprar un pequeño camión viejo y comenzar a vender gasolina de la marca Relámpago Blanco.

Los ingresos de mi padre fueron muy limitados durante los siguientes dos años, pero él y mi madre continuaban orando y confiando. Al principio vendió muy poca gasolina, porque tuvo que empezar de nuevo. Pero ellos se mantuvieron en oración día a día, y Dios empezó a bendecirlos. Después de un tiempo, fue empleado como agente de la *Sinclair Refining Company*. Su predecesor había estado vendiendo solamente ocho mil litros al mes, apenas lo suficiente para pagar la cuenta de luz y los impuestos.

Un día mi madre atendió a alguien que llamaba a la puerta. Apareció un hombre que le dijo: “Dígale a su esposo que venga a verme.” Mi padre fue a verlo, y firmó un contrato con el cual ganaría cuatrocientos dólares al mes. En el tiempo de la depresión, cuatrocientos dólares serían un equivalente cercano a mil quinientos dólares actualmente. ¡Y esto fue lo que ganó con un solo contrato! El Señor empezó a honrar la fe de mis padres por medio de este gran aumento de ingresos en su negocio. Gloria al Señor por haberles provisto.

Mamá nos ha compartido que debido al cuidado atento de Dios sobre nosotros, aun en medio de la depresión, mi padre pudo comprar cajas de comida y mandarlas a los hogares que tenían necesidad. Solía comprar canastas de víveres, y le decía al dueño de la tienda: “Lleve estos alimentos a fulano de tal; pero no le diga de dónde vienen, pues no quiero que nadie sepa que yo los mando.” Dios le estaba bendiciendo tan maravillosamente que él compartía con los demás algo del incremento de sus ingresos.

Durante ese tiempo, de vez en cuando mamá sufría muchas molestias debido a la vesícula biliar y a una dolencia del corazón. Criar a seis muchachos mientras la mamá de éstos estaba enferma no resultó tarea fácil para mi padre. Sin embargo, él llevó a cabo muy bien esta

misión. Era un hombre fuerte y de carácter firme. Muy pocas veces nos repetía una orden, pues lo que decía, lo sostenía; y sabíamos que teníamos que hacer lo que nos indicaba, exactamente como lo decía.

Yo deseaba agradar a mi padre en todo. Si me decía que diera tal cantidad de maíz a los cerdos, quería darles justamente esa cantidad. Si ordenaba tal cantidad de heno para las vacas, eso era exactamente lo que yo quería darles, ni más ni menos. Cuando me enseñó cómo usar el azadón en el cultivo del frijol, trataba de hacerlo exactamente como él me había enseñado. Nunca me gustó trabajar en la huerta, pero a mi segundo hermano sí le gustaba. Para mí resultaba aquello un trabajo muy difícil. Creo que el Señor tenía trabajo para mí en otra huerta, en la huerta del alma, arando los corazones duros, sembrando la semilla del amor de Dios y trabajando con el azadón para sacar las hierbas malas de las dudas, el miedo, el odio y la hostilidad.

Nosotros seis fuimos enseñados a obedecer rápido y de buena gana. Cuando nos desviábamos del camino recto, nuestro padre siempre nos ayudaba a volver inmediatamente. Una vez que crecimos un poco, mamá nos enseñó a cantar, y solíamos cantar en varias iglesias del área. Meditando ahora en ese período de adiestramiento temprano, decimos que: "Mamá nos enseñó a cantar, y papá nos mantenía bien afinados."

Para afinarnos mi padre empleaba un método especial. Tenía una correa de cuero que se usaba en los caballos para tirar los carruajes de aquel entonces, que medía unos veinte o veinticinco centímetros. Justamente donde la correa cruzaba el balancín era de cuero duro, y tenía tres hoyos. En casi todas las correas de este tipo había tres hoyos, y a tres o cinco centímetros del último hoyo, el cuero era muy flexible. Papá lo cortó a unos veinte centímetros más arriba del último hoyo, lo partió por el centro, lo dobló y lo llevaba en el bolsillo trasero todo el tiempo. Cuando alguno de nosotros nos salíamos del camino recto, él cogía ese látigo y nos lo asentaba.

Recuerdo que cuando mi padre me castigaba con el látigo, me castigaba muy duro. Me disciplinaba, porque me amaba. Mientras más ame a alguien, más querrá que esa persona camine rectamente. Sé que esto es verdad no sólo por experiencia, sino también porque la Palabra de Dios lo dice: "Porque el Señor al que ama, disciplina." Cuando nos salimos del camino recto, si verdaderamente somos hijos suyos, Dios nos aplicará su vara.

Mi padre nos disciplinaba de distintas maneras a cada uno de nosotros; y cuando me castigaba a mí, jamás quería yo volver a hacer aquello que causó mi castigo. Sin embargo, puesto que necesitaba mucha ayuda e instrucción, recibía otra zurra después de dos o tres semanas por otra cosa que había hecho mal. También disciplinaba al resto de mis hermanos. Si mi padre hubiera fallado en disciplinarnos, no hubiéramos podido cumplir nuestra misión en este mundo. Si yo no hubiera tenido un padre que me disciplinara y que hubiera estado dispuesto a ser severo y consistente conmigo, no creo que Dios me hubiera llamado en la forma que me llamó (y mientras digo esto, recibo el testimonio del Espíritu Santo de que esto es verdad.)

**¡Piense en la seriedad de esto! El Espíritu Santo testifica el hecho de que si mi padre no me hubiera disciplinado con amor, ni me hubiera castigado severamente cada vez que desobedecía, y si no me hubiera hecho volver al camino recto, yo hubiera perdido mi parte en la gloriosa iglesia; y nunca hubiera sabido el propósito para el cual fui puesto en este mundo.**

La flaqueza de nuestra carne es más grande de lo que nos imaginamos. Se requiere un corazón firmemente disciplinado para andar en la senda de la autonegación bajo la cruz. Si no nos negamos a nosotros mismos después de la conversión, nunca llegaremos a la cruz. A menos que tomemos la cruz, nunca llegaremos a ser un discípulo verdadero de Jesucristo, porque él dijo en Lucas 14:27: "...el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo."

La cruz no es alguna prueba, lucha o situación trágica que le pueda suceder. La cruz es un instrumento de muerte en la cual el "yo" es crucificado. Dios nunca obliga a nadie a aceptarla. Cada persona tiene que decidir personalmente en su corazón persistir sin vacilar en el camino de la cruz, así como también el Señor Jesús resueltamente afirmó su rostro para ir a Jerusalén donde le esperaba una muerte ignominiosa. La cruz es realmente vivir de acuerdo a la voluntad perfecta de Dios, y tenemos que ofrecernos voluntariamente a nosotros mismos para buscar y hacer solamente su voluntad.

Una vez que decidimos seguir completamente por el camino de Dios, estamos orientados en dirección a la cruz; pero todavía no hemos tomado la cruz para seguir en pos del Señor. Las únicas manos que toman la cruz son la del "negarse a sí mismo" y la de la "obediencia." Las manos espirituales que verdaderamente toman y sostienen una vida llevada de acuerdo a la voluntad de Dios son la del "negarse a sí mismo" y la de la "obediencia." A menos que nos neguemos a nosotros mismos y obedezcamos a Dios en todo momento, no podremos tomar la cruz. Si no nos negamos a nosotros mismos diariamente (aquello que queremos y deseamos) para esperar en Dios hasta que El pueda enseñarnos lo que el Espíritu Santo quiere que hagamos, no entenderemos nunca lo que significa el cristianismo.

¿Ya empieza usted a ver cuán angosto es este camino? Y puesto que es más estrecho de lo que la mente carnal está dispuesta a admitir, o puede comprender, necesitamos disciplinarnos constantemente para que nuestros corazones estén preparados para permanecer en el camino angosto una vez que empezemos.

Recuerdo una discusión que hubo en una clase en la universidad acerca del tema de cuándo deberíamos empezar a disciplinar a nuestros hijos. Algunos decían que a la edad de tres años, otros a los dos meses, a los seis meses, al año. Pero una persona alzando la voz interrumpió, diciendo: "Probablemente deberíamos comenzar con los abuelos cincuenta años antes de que nazca el niño." El estaba sugiriendo que necesitamos tener individuos disciplinados generación tras generación. Necesitamos la disciplina en el hogar, en la iglesia, en la escuela y en el trabajo. Necesitamos esforzarnos a caminar rectos y cautelosamente delante de Dios, con manos limpias y corazón puro, sin elevar nuestra alma a cosas vanas ni jurar con engaño.

Si hemos de andar con las manos limpias, seguramente será porque hemos sido disciplinados y porque seguimos siendo disciplinados. Tenemos que ir a la cruz y permanecer en humildad bajo la carga de la misión santa que Dios nos ha encomendado. Tenemos que disciplinarnos para llevar vidas de negación a nosotros mismos delante del trono de Dios en oración, clamando: "Oh, Dios, guíame, ayúdame, dirígeme," o de otra manera pasaremos por alto la cruz sin estar conscientes de ello. Es un desafío muy grande vivir negándose a sí mismo. Es un continuo esforzarse para avanzar, y tenemos que disciplinarnos rigurosamente. Lo que acabo de decir es sencillo. Si tan sólo se dispone a oír y asimilar esto en su corazón, habrá valido la pena todo el trabajo que representa este libro.

También tenemos que disciplinar a nuestros hijos, o los perderemos. A veces trabajamos tan intensamente para salvar a otros niños que perdemos a nuestros propios. Mucha gente en la iglesia está trabajando prodigiosamente para salvar almas, pero pierden a sus propios hijos por no castigarlos, por no disciplinarlos. También perdemos a nuestros jóvenes por no orar con constancia, por criticar a otra gente delante de ellos, por fallar al no ser un testigo verdadero de Jesucristo en nuestra vida diaria. No es lo que predicamos y enseñamos lo que importa tanto, sino cómo tratamos a nuestro cónyuge, cómo realmente amamos a nuestro prójimo. Lo que en verdad hacemos y decimos muestra a nuestros hijos aquello que verdaderamente creemos con el corazón. Lo que somos en el corazón brota en nuestra vida cotidiana, y no nos damos cuenta de ello.

Hace más o menos veinte o treinta años, empezó a tener aceptación una idea que decía: "Deje al niño expresarse. Déjelo hacer lo que le dé la gana. Si le gusta escribir en la pared, déjelo escribir en la pared. Si quiere sentarse en el piso, déjelo sentarse. Cualquier cosa que quiera hacer, no le detenga la auto-expresión." Desde entonces nos encontramos en una gran confusión.

Susanna Wesley, madre de diecinueve niños, mujer que dio al mundo a John y Charles Wesley, anotó por una petición que se le hizo sus principios para criar a los niños, los cuales produjeron un éxito monumental en cuanto a formar el carácter cristiano. Ella fue muy concisa, y fue al grano en el asunto:

"Cuando tenían un año (y algunos un poco menos), fueron enseñados a temer la vara y a llorar en voz baja; debido a eso evitaron la abundancia de corrección que de otra manera hubieran recibido..."

"A fin de formar la mente del niño, la primera cosa que se debe hacer es vencer su voluntariedad y conducirlo a un carácter obediente."\*

Ella nos dice brevemente cómo hacía esto. Sus hijos, una vez más resistentes, estaban limitados a tres comidas al día. Nunca les permitió comer entre comidas, y les hacía comerse todo lo que estaba delante de ellos. Fueron corregidos desde muy temprano para evitar que se

\*Citas del libro "Children Can Be Taught to Obey," William W. Orr, Scripture Press Publications, Inc., Wheaton, Illinois. (Énfasis insertado por el redactor.)

formara un carácter terco que, al desarrollarse, hubiera requerido excesivo castigo para corregirlo. Ella llamaba “cruel” a los padres que en forma juguetona desarrollaban manías y hábitos en sus niños que luego tenían que ser removidos.

Insistía en el hecho de que una vez que se corregía al niño, tenía que dominársele. Debería ser enseñado desde temprana edad a temer respetuosamente a sus padres. Jamás permitió que alguna transgresión hecha deliberadamente escapara sin ser castigada. Escribió lo siguiente:

“Persisto en la idea de conquistar la voluntad del niño desde temprana edad, porque éste es el único fundamento racional y firme de una educación cristiana, sin el cual tanto el precepto como el ejemplo llegan a ser ineficaces... no puedo descartar este tópico sin agregar algo más. Puesto que la voluntad del ‘yo’ es la raíz de todo pecado y miseria, cualquier cosa que alimente esto (la voluntad del ‘yo’) en los niños, asegurará de allí en adelante su desgracia y perdición; y lo que frene y mortifique a ello, asegurará su futura felicidad y piedad.”

Esta mujer del siglo dieciocho dio con la raíz misma del problema que actualmente llena nuestros juzgados con divorcios, inunda nuestras prisiones, desanima a nuestros profesores queridos y causa a nuestros oficiales de la ley a que renuncien a su puesto, la voluntad del “yo.” Ella cita la voluntad del “yo” como la única causa de toda miseria y todo pecado. Se declaró absolutamente en contra de esta perversión innata, y determinó desalojarla del corazón de sus hijos antes de que se extinguiera el principio y la sustancia de lo bueno que existía en ellos.

Para muchos, esto parece severo e inflexible. Esto se debe a que nuestras mentes han sido instruidas por los consejeros de este mundo. Hemos sido absorbidos por las ideas de esta tierra. Sin embargo, Dios quiere levantarnos al nivel de las enseñanzas celestiales de su Palabra.

Continúa muy sobriamente, diciendo:

“Esto es aun más evidente si consideramos que la religión no es otra cosa más que hacer la voluntad de Dios y no la de nosotros mismos, y que el único gran impedimento para nuestra felicidad en esta tierra y para la eternidad es esta voluntad del ‘yo.’ Ninguna indulgencia de ello puede ser trivial, ninguna negación inútil.

“El cielo o el infierno depende sólo de esto. Por lo tanto los padres que se esfuerzan para dominar el ‘yo’ en su hijo, obran colaborando con Dios en la renovación y salvación de un alma. Los padres que ceden al ‘yo,’ colaboran con la obra del diablo, hacen a la religión impracticable, a la salvación inalcanzable, y hacen todo lo posible por condenar el cuerpo y alma de su hijo para siempre.”

Así que esta misión sagrada de criar a los hijos es mucho más seria de lo que podemos imaginarnos. No es una misión fácil, aunque es un privilegio maravilloso, lleno de gran gozo e innumerables deleites.

La señora Wesley también expresó:

**“Nadie puede practicar mi método (para criar a los niños), sin renunciar al mundo en el sentido más literal; y hay muy pocos, si en realidad existe uno, que dedicarían enteramente más de veinte años de la flor de su vida con la esperanza de salvar el alma de sus hijos, pues éstos piensan que para salvarlos no se requiere de tantos esfuerzos. Concluyo diciendo que todo esto fue mi propósito principal, aunque posiblemente no lo realicé con todo el éxito y la habilidad que hubiera deseado.”**

Mi padre hizo “tantos esfuerzos” para que fuéramos obedientes. No tuvo muchas personas que simpatizaran con sus esfuerzos, tal como Susanna Wesley lo había declarado. Tuvo que renunciar a las opiniones de casi todo el mundo. Sus parientes y personas en la iglesia pensaban que era demasiado estricto en su disciplina; pero ahora puedo testificar, y mis cinco hermanos de igual manera declaran, que todo eso fue realmente para nuestro bien.

Si yo hubiera tenido algún problema con el profesor en la escuela, habría tenido un problema con mi padre también. En consecuencia, ponía atención para que no hubiera ningún problema en la escuela. No buscaba las fallas de mis profesores, sino sus buenas cualidades. Si tenían alguna falla, no me detenía a pensar mucho en ella.

Si no hubiera sido disciplinado, no habría actuado así. Hubiera contado chismes de que la profesora no me era simpática y que me hacía las cosas difíciles. Hubiera gemido, censurado y la hubiera criticado delante de mis padres, es decir, si ellos me lo hubieran permitido.

Una de las cosas más graves que hacemos a nuestros hijos es mimarlos y acariciarlos, simpatizando con actitudes carnales que hay en ellos, lo cual pensamos que es compasión cristiana. Lo que en realidad estamos haciendo, es adiestrar a nuestros hijos a sentir compasión de sí mismos cuando posteriormente se encuentren en medio de experiencias desilusionantes en sus vidas que no les permita salirse con la suya, y además buscar excusas para satisfacer sus propios deseos. Cuando sean mayores, retrocederán ante toda situación que requiera fortaleza y coraje; pasarán de lado actividades humanas que requieran firmeza en el interior de su persona y madurez en su mente.

Amigos, les digo que hay cosas en cada uno de nosotros que se necesitan quitar; y si no las quitamos de nuestros hijos, quebrantándolos desde que son pequeñitos, ellos nos quebrarán a nosotros y nos harán pedazos cuando tengan unos doce años o más. **A menos que disciplinemos severamente a nuestros hijos, puede ser que ellos nunca lleguen al cielo.** De hecho, las posibilidades son mínimas para que un niño indisciplinado pueda continuar en su andar con Dios, aun cuando el Señor haya logrado convertirlo, porque el corazón moldeado desde su niñez a la autosatisfacción y al egoísmo casi nunca se moldeará a la voluntad de Dios después de la conversión.

Sé que muchos creen que una vez que se han convertido su recompensa en el cielo está segura. Pero la Palabra de Dios nos dice muy claramente por medio de la voz de Jesucristo en Mateo 7:21: “No

todo el que me dice: 'Señor, Señor,' entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos." Estos amados creen que la voluntad de Dios es solamente que seamos convertidos. Pero el Espíritu Santo me ha revelado que la voluntad de Dios es también que seamos dirigidos y guiados por El en la vida cotidiana. Esto quiere decir que debemos obedecer a Dios en todo aspecto de nuestra vida. También expresa claramente que debemos ser santos, rendidos y sumisos a la voluntad de Dios y hacer únicamente sus planes. Esto es la cruz, aceptar alegremente y hacer con buen ánimo lo que Dios quiere para nuestras actividades de cada día y no lo que nosotros queremos, escogemos o elegimos. De esto es de lo que se trata la vida cristiana, es decir, obedecer a Jesucristo exactamente como El obedeció a Dios.

Pero el corazón no disciplinado pasará por alto la cruz, se resistirá a negarse a sí mismo e insistirá en hacer lo que quiere. Una vez que escogemos nuestro propio camino, nos dirigimos en la dirección opuesta a la que va al reino de Dios y al cielo. Me dirá: "¡Hermano Helm, esto es serio!" Así es, más serio de lo que pudiera expresar. No hay muchas personas que quieran oírlo, pero tengo que declarar la verdad siempre en una forma fiel a todos.

Recuerdo que en cierta ocasión al llegar a casa, mi esposa me informó que uno de mis hermanos estaba teniendo problemas con su hijo de dos o tres años. Parecía que cada vez que lo llevaban a una iglesia, él empezaba a gritar, a chillar y a hacer alboroto. Entonces simplemente tenían que sacarlo fuera de la iglesia y regresar a casa. No podían llevarlo a la iglesia sin que él hiciera tal alboroto. Entonces le pregunté a mi hermano: "¿Puedo darte un consejo?" y él me contestó que sí podía. Le sugerí lo siguiente: "El próximo domingo en la mañana cuando tu pequeñito empiece a molestar, llévalo al sótano y 'afínalo' de tal manera que nunca jamás vuelva a hacerlo de nuevo."

El respondió: "Oh, no había pensado en eso." El siguiente domingo el hijito comenzó con la misma cosa, gritando y llorando; así que mi hermano lo llevó afuera. El niño cesó de llorar, por supuesto, porque pensaba que iban a regresar a casa; pero no resultó así. Su papá le llevó al sótano, y le dio al pequeñito una fuerte zurra. Quiero decir que recibió un buen castigo.

(Muchos padres dan a sus niños dos o tres nalgadas, y creen que ya les han corregido. Sin embargo, eso simplemente irrita al niño. Los niños necesitan ser castigados hasta que el espíritu rebelde sea quebrantado y su llanto ya no sea de braveza, sino de arrepentimiento. No debemos corregir a nuestros niños carnalmente, pero sí, firmemente aplicar la vara o algún otro castigo apropiado en una manera correcta. Muchos padres están indecisos acerca de cómo corregir a sus hijos. Consecuentemente, el pequeñito o la pequeñita tiene a los padres bajo su control. En otras palabras, les dice: "Voy a hacer lo que yo quiero."

(Yo nunca hice así a mi padre. Si le hubiera contestado algo, por mínimo que hubiera sido, habría estado de espaldas al piso inmediatamente; y así debería haber sido. Eso hubiera sido bueno para mí.

(Si no corregimos a nuestros hijos desde temprana edad, van a

molernos hasta hacernos polvo algún día. La gente me dice: “No puedo controlar a mi hijo de doce años.” Si no puede controlar a su hijo de doce años, le hará estar en los juzgados de justicia uno de estos días. Irá por su propio camino, y le destruirá. Nuestros niños tienen que ser disciplinados, pero nosotros tenemos que disciplinarnos primero.)

Cuando mi hermano regresó con su hijito nuevamente a la planta baja, lo colocó a su lado en la banca; y este pequeñito se quedó sentado tranquilamente. Luego empezó a moverse, queriendo molestar un poco, pero mi hermano le dijo: “Compórtate.” El pequeñito miró hacia arriba a la cara de su padre, y sabía que recibiría otra zurra si no hacía caso. Así que se sentó de una vez por todas en la banca, y se comportó como un niño racional de ahí en adelante mientras estuvo en la iglesia.

Cuando miro las caras de los niñitos, muchas veces veo cosas en sus vidas que me dan miedo. Es difícil para los padres ver estas actitudes dañinas que están latentes debajo de la superficie de la personalidad de sus niños. Pero mientras nos disciplinamos en el andar con Dios, el Espíritu Santo comenzará a ayudarnos a descubrir elementos en nuestras propias naturalezas que necesitan la corrección del Padre Celestial. Mientras somos corregidos, de vez en cuando se nos concede un mejor entendimiento de cómo necesitamos disciplinar a nuestros propios hijos.

A veces su niño mostrará un espíritu de desobediencia, de rebelión, de terquedad, de aspereza, de impaciencia o muchas otras actitudes carnales por las cuales necesita ser disciplinado. En el proceso de castigar a su hijo, usted será castigado también por el Padre Celestial por un espíritu similar escondido en su propio corazón.

Hay mucho que Dios tiene que hacer en cada uno de nosotros, si solamente nos sometemos a su sabia mano. El sabe que a menos que un padre esté limpio y lleno del Espíritu Santo, la disciplina de ese padre estará expuesta a ser irritante y carnal, lo cual ocasionará tanto daño al niño como si éste no tuviera ninguna disciplina. **Nuestro castigo tiene que ser controlado por el Espíritu Santo, no por ira o enojo, porque las tácticas carnales nunca ayudan, sino estorban.** Debemos disciplinarnos a nosotros mismos, y nuestros pequeñitos deben recibir una amorosa y consistente corrección.

Cuando la hijita de nuestra hija menor tenía sólo unas pocas semanas de haber nacido, tomaba el biberón demasiado rápido. Esto me preocupaba un poco, así que les dije a mi hija y a mi yerno: “Por qué simplemente no le retiran el biberón de la boca cada treinta segundos más o menos, y le dejan descansar unos pocos momentos. De esa manera sería mejor para su digestión, y a la vez aprendería lo que es la desilusión.”

(Raramente le digo a alguien lo que debe que hacer, porque un hombre de Dios es lento para dar consejos a alguien, salvo para animarlo a amar al Señor Jesucristo con todo el corazón y obedecer su voluntad. Sin embargo, mi hija menor y su esposo están esforzándose para seguir al Señor de la mejor forma posible, y me han pedido que les diga cuando Dios me muestre algo en relación con ellos. Algunos otros

amados me han solicitado esto también. No siempre ha sido fácil para mí dar un consejo, pero ha sido bueno.)

En un principio cada vez que a la pequeñita le retiraban el biberón de su boca, gritaba y lloraba. De seguro no le gustaba que le hicieran eso. Por supuesto que era una niñita preciosa, pero siempre quería la comida a su tiempo y a su manera. Todos nosotros somos exactamente así. Esta es la naturaleza carnal. Este “yo” innato lo adquirimos debido a la caída en el huerto del Edén, y es peor de lo que yo jamás pudiera expresarlo. Sé que tengo solamente una perspectiva muy limitada de la extrema iniquidad que hay en el corazón, pero lo poco que veo me da miedo.

Después de diez días de haber estado retirándole periódicamente el biberón, esa niñita se acostumbró a tomar su leche en una forma más lenta. Sus padres podían retirarle el biberón de la boca, y ella simplemente descansaba y esperaba. Se requirieron diez días para que su naturaleza pudiera acostumbrarse a esta negación. Para entonces ya sabía que el biberón, al ser retirado de su boca, regresaría después de un momento. Mientras esperaba, su pequeño estómago descansaba, y su sistema nervioso estaba aprendiendo que no siempre iba a recibir lo que quería. Si no aprendemos desde una temprana edad a experimentar la desilusión, llegaremos a ser personas inmaduras en todo nuestro comportamiento. Estaremos a merced de cualquier dificultad repentina o cambio de circunstancias.

Debido a este método de desilusión temprana, acompañada con castigo y corrección consistente, esa niña ahora es capaz (por la gracia de Dios solamente) de pasar por experiencias desilusionantes sin que la afecten demasiado. Es un gozo tenerle a ella cerca de uno, pues es una niña de dos años que se encuentra muy feliz. Y además, permítame compartir algo para animar a todos los padres. Esta muchachita ama a su madre como yo nunca jamás he visto a un niño amar a sus padres, a pesar de que su madre le ha dado fuertes nalgadas desde que sabía que la niña podía discernir entre el “sí” y el “no.” Tenía cinco meses cuando su madre reconoció que su hija ya tenía conocimiento de lo que es la obediencia y la desobediencia.

Estoy seguro que cuando un niño haya crecido, casi nunca regresará a sus padres para decirles: “Mamá y papá, gracias por no haberme dado muchas nalgadas cuando me criaron.” Pero la mayoría de los niños que han sido disciplinados con amor consistente, regresarán a sus padres muchas veces con estas palabras: “Papá, estoy muy agradecido de que me hayan castigado fuertemente cuando era chiquito; mamá, gracias por amarme lo suficiente como para castigarme. Necesitaba más zurras de las que recibí.”

Hay un misterio en la corrección del niño, el cual no puede ser analizado por el intelecto humano. Sabemos que es absolutamente necesario, porque el hombre más sabio de la historia (a excepción de Jesucristo) nos dio varias instrucciones específicas en cuanto a criar a los niños. Casi todas éstas nos dicen que usemos la “vara de la corrección” cuando el niño desobedece. De hecho, él dijo que si uno “odia” a su hijo, detendrá la vara; y si le “ama,” le castigará antes

de que sea demasiado tarde. En otro lugar dice: "La necesidad está ligada en el corazón del muchacho; mas la vara de la corrección la alejará de él." \*

El aconseja a los padres a que corrijan a su niño en tanto que hay esperanza, y "no se apresure su alma para destruirlo." Estas amonestaciones están escritas en el libro de los Proverbios, el cual también contiene la promesa: "Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él." Muchos padres cristianos se aferran a esta última promesa, pero han fallado al no cumplir con muchas instrucciones específicas en cuanto a castigar y corregir al niño estrictamente. El castigo consistente es la mayor parte de lo que significan las palabras "instruye al niño en su camino." Muchos creen que este versículo simplemente quiere decir llevar a los niños a la escuela dominical y a la iglesia, y enseñarles las doctrinas de la salvación y del arrepentimiento. Pero "instruir al niño en su camino" quiere decir que le estamos preparando para andar con Dios. "En su camino" significa seguir a Jesucristo humildemente. Debemos llevar la naturaleza interior rebelde del niño a un carácter obediente y sumiso.

**Si el niño no está instruido para obedecer a sus padres, tendrá dificultad posteriormente en obedecer a Dios.** No será fácil para el niño indisciplinado comprender la autoridad absoluta de Dios en su vida cuando se haya convertido. El Señor quiere guiar a todo su pueblo, pero sólo pocos están preparados por sus padres, cuando son niños, a obedecer sin preguntar o discutir. Esto explica en gran medida por qué Dios pocas veces ha podido encontrar un pueblo que realmente confíe en El y le obedezca. En la niñez hicimos lo que queríamos por tanto tiempo, que ahora después de la conversión casi no podemos captar el hecho de que los deseos de Dios deben suplantar nuestros propios planes y deseos.

Nos inclinamos a tratar a Dios de una manera semejante a la que tratamos a nuestros padres. Esperamos que Dios ceda a nuestros deseos y que nos permita manejar las cosas en la forma que nosotros creemos que es la mejor. Debido a los patrones de la imposición del "yo" que hemos tenido desde la niñez, pocos en todas las épocas han estado dispuestos a morir al "yo" lo suficiente para hacer realmente la voluntad de Dios consistentemente, y no la suya propia.

Corregir a un niño de sus propios modales a un comportamiento obediente y sumiso no es fácil. No se puede hacer sin la ayuda de Dios y sin su constante sabiduría y consejo. Al que observa, la corrección le parecerá cruel. Pero el misterio es que justamente es lo contrario, es decir, resulta sumamente beneficiosa. La corrección brota de un corazón arraigado profundamente en el amor divino. Si fallamos en esto, nos conducirá, tarde o temprano, a la tragedia.

Mientras comenzamos a andar con Dios, dejando atrás las ideas y las opiniones de la tierra, El empezará a enseñarnos del amor escondido que hay en su brazo castigador. Comenzará a revelarnos las dádivas futuras que serán nuestras como resultado de sus negaciones

\*Hay otros versículos al final de este capítulo que tienen que ver con la disciplina del niño.

actuales, y abrirá a nuestra visión limitada el gran principio de su reino: "El que pierda su vida la hallará." Hará claro el entendimiento de que al hacer nuestra voluntad siempre perdemos; pero al ceder a sus deseos inescrutables, aunque parezca que estamos perdiendo todo lo que deseábamos y esperábamos, en realidad llegaremos a una tierra repleta con más de lo que antes hubiéramos soñado, y todo esto para su honor y su gloria.

Mis padres me instruyeron en muchas áreas. Mamá me dijo cómo debería tratar a mi esposa si me casara. Debía ser bondadoso, amable y atento. Nunca debería decirle: "Quisiera que hubieras preparado esto como lo preparaba mi mamá," o "quisiera que pudieras hacer esto como lo hacía mi mamá." Me enseñó que debería buscar la forma de expresar bondad a los demás.

Todos los seis hijos fuimos instruidos en cómo limpiar pisos, cómo sacudir el polvo de los muebles y todo lo que se refería a quehaceres domésticos. Fuimos enseñados a preparar comidas simples de tal forma que pudiéramos valernos por nosotros mismos. Mamá constantemente nos aconsejaba mantener la ropa aseada y colgarla con cuidado en el ropero cuando nos la quitábamos. Me enseñó además la integridad, la cooperación y la consideración.

Mi padre me enseñó a ser consciente de cómo invertir bien mi dinero. "Nunca compres algo cuando no tengas la seguridad de poder pagar la cuenta," me decía. También me aconsejó nunca meterme en deudas que luego no pudiera pagarlas. "Si uno pierde la confianza que le tienen, lo ha perdido todo," me decía papá. "La confianza que se tenga en un hombre debe ser por su palabra, y su palabra debe ser tan valiosa como su firma, si no mejor."

Fui instruido a decir la verdad. Mi padre decía que aborrecía más a un mentiroso que a un ladrón. "Se puede ver a un ladrón lo que está haciendo; pero si un hombre dice algo que es falso, uno no está seguro si está diciendo la verdad o no." Me inculcó que el hablar mentiras es una cosa grave e inicua.

Fue por esta senda de integridad y honestidad, disciplina y responsabilidad que mis padres me guiaban e impulsaban, por lo cual estoy profundamente en deuda con el Señor.

Los siguientes versículos son de Proverbios con los cuales tal vez ya esté usted familiarizado. Sin embargo, los incluyo para animarnos con lo que la Palabra de Dios nos instruye en cuanto a criar a nuestros niños:

"El hijo sabio recibe el consejo del padre; mas el burlador no escucha las reprensiones." (13:1)

"En los labios del prudente se halla sabiduría; mas la vara es para las espaldas del falto de cordura." (10:13)

"El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige." (13:24)

"Castiga a tu hijo en tanto que hay esperanza; mas no se apresure tu alma para destruirlo." (19:18)

**“Aun el muchacho es conocido por sus hechos, si su conducta fuere limpia y recta... Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él.” (20:11;22:6)**

**“La necedad está ligada en el corazón del muchacho; mas la vara de la corrección la alejará de él.” (22:15)**

**“No rehúses corregir al muchacho; porque si lo castigas con vara, no morirá. Lo castigarás con vara, y librarás su alma del Seol (el infierno).” (23:13,14)**

**“La vara y la corrección dan sabiduría; mas el muchacho consentido avergonzará a su madre.” (29:15)**

**“Corrige a tu hijo, y te dará descanso, y dará alegría a tu alma.” (29:17)**



*Esta fotografía fue tomada el día de su graduación del colegio Parker High School, el 26 de abril de 1934, un año y tres meses después de su conversión.*

# 11

## LA CONVERSION

Tenía quince años de edad durante un avivamiento en la iglesia de Parker cuando una creyente en Dios se me acercó donde yo estaba sentado en uno de los asientos delanteros y humildemente me preguntó: "Loran, ¿eres salvo?"

Mi "yo" quería decir: "¡Sí!" Después de todo, fui criado en un hogar cristiano, oraba todos los días, asistía a la iglesia fielmente, trataba de obedecer a mis padres lo mejor que podía y no peleaba con mis hermanos ni los molestaba. Desde la edad de los doce años en adelante, rara vez falté a una reunión de oración, aunque casi siempre era el único muchacho allí de mi edad. Fui conserje de la iglesia cuando tenía trece o catorce años. Sin embargo, conserje o no, la reunión de oración era una parte de mi itinerario regular (y generalmente se puede saber quiénes son los firmes verdaderamente en cuanto a la obra de Dios al observar a los que fielmente concurren a esta reunión dedicada a la oración).

Pero cuando le dije a esta persona que sí era salvo, descubrí por primera vez en mi vida que poseía un corazón realmente vivo; pues al contestar "sí," mi corazón sintió como si literalmente se revolciera o se volcara. Tengo que maravillarme de cómo Dios me convenció en dos o tres segundos (y El me dice ahora que fueron tres segundos) que yo aún no había nacido de nuevo. Nadie me había informado acerca de las maravillosas operaciones de Dios dentro del corazón y del cuerpo, pero el Espíritu Santo me ha instruido poco a poco a través de muchos años cómo El da la revelación dentro del corazón. En ese momento se me estaba enseñando acerca de la operación que hace el Espíritu Santo para convencer de pecado al corazón humano.

Estaba engañado acerca de mi verdadera condición, porque había estado procediendo según lo que "parecía" correcto, y no según lo que Dios decía por su Espíritu. Quería creer que era un joven salvo, pero el Espíritu Santo rápidamente me convenció de que no era tal como yo pensaba. Creo que casi nunca antes había sentido convicción de pecado hasta que esta hermana obedeció a Dios y me preguntó acerca de mi alma.

El poder de Dios para convencer a los hombres de pecado vendrá realmente sobre una congregación cuando todos los seguidores de esa iglesia sean fieles y obedientes. Una fuerte convicción de pecado caerá cuando el cuerpo entero haya pagado el precio requerido. Sin embargo, ocasionalmente Dios puede dar un avivamiento a pesar de haber oposición y desobediencia. Esto lo experimentamos nosotros cuando varios de los miembros del consejo de una de las iglesias donde ministrábamos sintieron que no podríamos darnos el lujo de tener reuniones de avivamiento. A pesar de esto, el Señor había revelado que

debíamos proceder, y El envió un avivamiento a pesar de todas las dificultades y oposiciones.

Usualmente la convicción no cae fuertemente sobre los pecadores que haya en una localidad hasta que los creyentes en la iglesia se humillen y confiesen sus faltas los unos a los otros, arreglen todo con Dios y hagan exactamente lo que El quiere que hagan. Muchas veces la convicción de pecado sobre los perdidos se dará en proporción a la carga que sienta la iglesia, y una carga por los perdidos no puede ser generada por uno mismo, sino que es un don que Dios da al corazón quebrantado y obediente.

Esta es la razón por la cual tenemos tan poca verdadera convicción de pecado en un gran número de nuestras iglesias hoy día. Tanto pecado secreto, tanta iniquidad escondida, tanta desobediencia e imposición en las vidas de los cristianos profesantes entristece al Espíritu Santo. Todavía se predicán doctrinas bíblicas en muchas congregaciones, pero el poder de Dios para convencer a los hombres de pecado ha sido grandemente limitado.

Nosotros mismos no podemos convencer a nadie de pecado, porque la convicción no se produce en la mente, sino en el corazón; y solamente el Espíritu Santo puede convencer al corazón del hombre de su pecado. Es posible que tengamos una teología muy buena y las ideas correctas en nuestras iglesias; pero a menos que nosotros como un pueblo unido seamos uno en Cristo Jesús por su amor, el Espíritu Santo se entristece. Por eso, Dios rara vez manda su poder de convencimiento. Sin la manifestación de su poder divino en el corazón, los hombres estarán totalmente inconscientes de la desesperada condición de perdición en que se encuentran, así como yo estaba hasta ese entonces.

En diciembre de 1932 o enero de 1933, en una conversación de la cual yo no supe nada en ese tiempo, nuestro pastor, el reverendo N.E. Smith, se acercó a mi padre y le dijo: "Eldon, tengo la oportunidad de conseguir a un evangelista cuyo nombre es el reverendo E.R. Lewis. Sé que si presento este asunto ante el consejo, probablemente no será aprobado, y solamente tengo pocos días para invitarlo. El ha tenido que cancelar una cita, y podría venir ahora."

Mi padre le respondió: "Pastor, invítelo, y yo le daré mi apoyo."

Así que nuestro pastor invitó al reverendo E.R. Lewis para celebrar reuniones de avivamiento en el mes de enero. A él se le conocía como "el pintor de las palabras," porque podía tomar las historias bíblicas y hacerlas vivir. No había otro como él. Aun hoy en día, aunque tiene más de ochenta años, el hermano Lewis sigue siendo el mismo. Todavía tiene el fuego del Espíritu Santo, la mente aguda y la misma meta que anteriormente tenía. Yo quedé maravillado al visitarle hace unos meses, porque todavía recordaba en detalle muchos de los acontecimientos que sucedieron en ese avivamiento en 1933. Su esposa no tiene buena salud, pero él jamás se queja de ello ni se comporta como si ella estuviera enferma. Yo ni siquiera lo hubiera sabido si su hijo no me lo hubiera contado. ¿No es maravilloso que un hombre pueda continuar fielmente, sin desalentarse, vencer y estar gozoso como si todo estuviera

normal? La mayoría de nosotros estaríamos lamentándonos, diciendo: "La verdad es que estamos atravesando un tiempo difícil, mi esposa no está muy bien." Sin embargo, él no dijo ni una sola palabra acerca de su enfermedad cuando le visité hace unos meses. ¡Gloria al Señor!

El primer mes de 1933 empezaron las reuniones, pero yo no asistí durante las primeras noches, porque teníamos prácticas de baloncesto. Claro que tuve que estar allí los domingos por la noche y durante las reuniones de oración, pero en otras noches durante la semana mi padre a veces me permitía ir a las funciones que había en el colegio. Sin embargo, no pasaron muchas noches sin que él me dijera: "Hijo, creo que esta noche debemos ir a la iglesia para estar en las reuniones de avivamiento." Yo no estaba muy deseoso de asistir, pues estaba bajo una espantosa y profunda convicción del Espíritu. (El Espíritu Santo dice dentro de mí que era "profunda.") Pero tan pronto como mi padre me dijo que fuera a la iglesia, me puse en camino para ir allá.

En aquella ocasión que visité al reverendo Lewis, él volvió a traer a la memoria algo de lo que realmente sucedió durante aquellas reuniones de avivamiento y que no supe hasta ese momento:

"Antes de que iniciara la reunión esa noche," me relató, "tu papá se acercó y se sentó a mi lado, diciendo: 'Hermano Lewis, no mire hacia atrás; pero mi hijo mayor, Loran, necesita ser salvo, necesita encontrar a Cristo. Dios le ha llamado, y el diablo está luchando terriblemente para que no sea así; pero yo estoy orando para que en alguna manera Dios le ayude a usted en esta serie de reuniones a traerlo a los pies del Señor.'

"Así que yo le contesté: 'Está bien, hermano Helm, haremos lo mejor que se pueda.' Después cuando te volví a ver a ti, si antes no había visto un ejemplo de desesperación, esa vez lo vi pintado en tu cara. Parecías como si no tuvieras ningún amigo en todo el mundo."

Cuando una persona se encuentra bajo la convicción del Espíritu Santo, no parece muy feliz. Mucha gente en la iglesia no parece ser feliz, porque no tienen la felicidad dentro de sí. Cuando se es salvo y se tiene el gozo del Señor en el interior, esto se ve exteriormente, porque lo que hay en el corazón se manifiesta a través del rostro.

La felicidad verdadera, el genuino gozo interno, es el resultado de la obediencia, y la obediencia solamente se experimenta por medio de la humildad y negándose a sí mismo. Si no nos negamos a nosotros mismos, desobedecemos a Dios. Para obedecer al Señor regular y consistentemente, uno tiene que morir diariamente a sí mismo y a las cosas del mundo. ¡Aquí es donde se encuentra el gozo verdadero! El secreto del vivir se encuentra en el morir, morir a lo que nosotros queremos y planeamos para hacer únicamente lo que Dios quiere, es decir, su voluntad.

Al continuar las reuniones de avivamiento, la convicción sobre mí fue muy clara y evidente. Cuando llegamos a la iglesia aquel domingo en la mañana del 22 de enero de 1933, mi hermano Richard dijo: "Ahora sí que te van a agarrar."

“¿Qué fue lo que dijiste?” le pregunté.

Replicó: “Es que sencillamente tengo una sensación que me dice que hoy te van a agarrar.”

“¡Agarrarme!” contesté impacientemente. Richard dijo más tarde que yo no había respondido muy cordialmente. Yo me encontraba bajo una fuerte convicción. Dios me estaba llamando, y el diablo estaba luchando.

Aquella noche después de la reunión de jóvenes, antes de la reunión principal, bajé las gradas del templo y salí, llegando hasta el borde de la acera de la calle en el momento en que mis padres venían para asistir a la reunión de la noche que ya iba a empezar. “Papá,” le dije, “voy con los jóvenes al cine esta noche.”

Mi padre respondió inmediatamente: “Hijo, tú vas a cantar en el coro esta noche.”

Yo tenía casi diecisiete años, era presidente del quinto curso en el colegio y mis amigos se estaban subiendo a sus autos para dirigirse hacia el cine. A pesar de todo esto, simplemente me regresé, subí nuevamente las gradas, caminé por el pasillo y me senté en un asiento en el lado izquierdo de la galería del coro.

No le pregunté por qué, ni lloré, ni le gemí a mi padre para que me dejara hacer lo que quería. Mi papá nunca nos permitió salirnos con la nuestra. Cuando me dijo que cantaría en el coro, obedecí su orden inmediatamente sin preguntar ni discutir. Después de pocos minutos miré, y allí venía mi buen camarada, Thomas B., el cual me dijo: “Si tú no vas al cine, yo tampoco voy.” El hecho de que yo no fuera al cine hizo que él también regresara a la iglesia nuevamente.

Cuando se terminó el sermón, una de las creyentes que allí se encontraban, subió a la galería del coro para invitarme a recibir a Cristo. Yo estaba endurecido, obstinado, terco. “¡No!” insistía. Pero el evangelista, con la ayuda del Espíritu Santo, asistió a un joven para que recibiera al Señor mientras oraba con varias personas. De repente él interrumpió, diciendo: “Todos los que son amigos de Howard M. vengan adelante a felicitarle.”

Howard había sido mi amigo desde 1922. Tuve que ir para felicitarlo. Esto me llevó del coro hasta el altar, que consistía de dos bancas, una a cada lado de la parte delantera del santuario.

Cuando llegué allí para felicitarlo, los jóvenes se agruparon alrededor mío, y no pude salir. Traté de irme, pero parecía que no podía moverme. Era casi como si estuviera clavado al piso. La gente estaba tratando de convencerme de que entregara mi corazón al Señor. Miré a la izquierda, y allí a una corta distancia al lado mío, estaba mi madre orando en el altar.

Después de algunos minutos en esta lucha entre personas queridas, quienes estaban rogando por mí, y Satanás, que se resistía en mi interior, dije dentro de mi corazón: “Dios, has estado persiguiéndome desde el momento en que nací.” Ahora bien, ¿por qué dije yo exactamente esas palabras, “Dios, has estado persiguiéndome desde el

momento en que nací,” cuando ni sabía que mi madre había sentido al Espíritu Santo descender sobre nosotros en el momento en que nací? No pudo haber sido sino el Señor hablando por medio de mí.

Continué hablando dentro de mí, diciendo: “Ahora veo que si no voy contigo, todo será tinieblas. Pero, Dios, quiero decirte que no deseo ser un cristiano a medias, de cincuenta por ciento o aun de noventa y nueve por ciento, sino yo quiero ser un cristiano cien por ciento para ti, Señor.” Al decir esto, caí de rodillas exactamente en el mismo lugar donde me encontraba, y Thomas B. también cayó, arrodillado justo a mi lado en el altar. El alcanzó la victoria en unos nueve o diez minutos, mientras yo continuaba orando y suplicando con la cabeza inclinada sobre mi brazo.

En ese momento sentía que yo era el peor de todos los pecadores, aunque nunca había ni fumado. La mayoría de los muchachos, cuando son pequeños, suelen esconderse detrás del establo; o van al campo, consiguen pelos de elote, los envuelven y fuman. Pero yo nunca lo hice, porque mis padres me habían dicho: “Confiamos que nunca harás eso; y si nunca lo haces, te regalaremos algo el día que cumplas veintiún años.” A causa de su advertencia, cada vez que era tentado por los muchachos a fumar, veía en mi mente el rostro de mi madre delante de mí diciéndome esas palabras; y resistía la tentación, y me iba a casa. Tampoco había pasado jamás por mi garganta ni un trago de licor. Pero cuando me arrodillé en el altar aquella noche, me di cuenta de que mi vida había sido muy deficiente al no agradar al Señor. Lo había entristecido tanto, y sentía que era un pecador terrible.

En ese momento Jesucristo empezó a hablarme. “Te estoy llamando,” me dijo. “Eres mío. Vas a ser mi siervo.”

“No puedo hacerlo,” respondí.

“Sí, puedes,” respondió. “Estoy llamándote a predicar el evangelio.”

“No,” repliqué, “no soy capaz.”

“Eres mío,” Dios seguía hablándome. Durante un largo tiempo seguí clamando. Todo era tinieblas. “Vas a predicar,” continuaba diciéndome suavemente.

“Señor, no puedo predicar,” insistía. (La verdad es que cuando una persona quiere predicar, dudo que Dios lo haya llamado; pues casi todo hombre de Dios que he conocido ha tratado de evadir el ir a predicar y le ha dicho a Dios que es incapaz de hacerlo. Si un hombre se siente totalmente incapaz de esta alta tarea, creo que Dios podrá utilizarlo. Yo quería ser abogado, pero Dios me estaba llamando a predicar el evangelio.)

Mi madre me cuenta que la presencia de Satanás era muy fuerte alrededor del altar. El enemigo estaba allí con su terrible poder tratando de mantenerme en el reino de las tinieblas. Yo creo que el diablo combatía conmigo en el momento de mi conversión en una forma tan severa como jamás he oído que lo haya hecho con cualquier otro hombre que jamás haya vivido en esta época contemporánea, porque creo que Satanás sabía que si yo empezaba con Jesucristo, no quería hacerlo a medias. Yo quería ser cien por ciento para Dios. Satanás no

quería que comenzara esta empresa, porque él sabía de todas mis citas en los años venideros con personas a través de todo el país y en otras naciones.

(Cuando estuve con el secretario de Parker, Indiana, en 1951, le compartí mi experiencia de mi caminar con Jesucristo y la forma cómo Dios contestaba mis oraciones en varias partes del país a donde iba. El recibía bendición, y estaba muy conmovido de la forma cómo Dios me dirigía. Un día, mientras le testificaba, levantó su mano a través de su no pequeño escritorio para decirme algo, y en ese mismo instante recibí el testimonio del Espíritu Santo de la verdad de sus palabras aun antes de que él las pronunciara, diciendo: “¿Qué habría sucedido si Loran Helm no hubiera caminado por este sendero solitario?”)

Aquella noche de enero, Satanás sabía de la determinación que había en mi corazón de hacer la voluntad de Dios. El sabía la razón por la cual Dios me había llamado desde niño, y estaba luchando con un poder feroz para detenerme y no permitir que empezara esta maravillosa aventura con el Señor Jesucristo.

Dios seguía llamándome cariñosamente, pero lo único que podía repetir una y otra vez era: “No puedo predicar, no puedo.”

De repente, una luz bella apareció justamente encima de mí. ¡Me dejó maravillado! No sé cómo describirla, porque era la luz del reino de Dios. (Ahora bien, no trate de buscar ninguna luz. Rara vez sucede lo que anticipa y trata de arreglar en su propia conversión. Simplemente reciba lo que Dios le dé, y sea agradecido por ello. La experiencia de cada persona es diferente, porque Dios nos trata como individuos.)

Tan pronto vi esa maravillosa luz, mis pecados cayeron, toda tiniebla desapareció y una carga muy grande me fue quitada de encima. Dios extendió su índice, lo sumergió en la sagrada sangre de Cristo y escribió mi nombre en el libro de la vida del Cordero. ¡Gloria al Señor! Sobre una página blanca y bella El escribió mi indigno nombre.

Aquella noche cuando recibí un corazón nuevo y una nueva vida, repentinamente experimenté un amor y una paz que jamás pensé que existiera. El Señor Jesús, por medio del poder de Dios y a través de la obra del Espíritu Santo, efectuó una operación divina en mí. Me injertó en su costado; y la luz, la vida y el amor de Dios comenzaron a fluir por las venas y arterias de mi alma. Deseaba que todos fueran salvos en ese mismo momento.

Había escuchado a mi padre y a otros pastores predicar acerca del gozo y de la paz del Señor Jesucristo desde que era un niño de tres años, pero en realidad no había entendido nada de lo que hablaban. Para mí era igual como si me hubieran leído un párrafo en el idioma hebreo. Había estudiado la Biblia, orado todos los días y asistido fielmente a la iglesia, pero no me había dado cuenta del gozo divino que fluye del corazón maravilloso de Jesucristo hasta que fui llevado de la terrible oscuridad del pecado a la luz gloriosa de Cristo.

Yo sé que apenas empezaba, que estaba únicamente a la orilla de su gran amor, pero Dios hizo de mí una persona nueva aquella noche de enero. Era indigno de esta vida nueva. No la merecía. Fue un don de

Dios por medio de Jesucristo. No estaba anticipando lo milagroso, pero cuando se anda con Dios, será un caminar sobrenatural. La Santa Palabra de Dios verifica el hecho de que la senda del cristianismo es sobrenatural.

Tratar de vivir un cristianismo sin lo sobrenatural es igual a tratar de tener manzanas sin huertos, hogares sin casas y fábricas sin maquinaria. Tratar de vivir un cristianismo sin lo milagroso es igual a tratar de tener vida humana sin respiración, agua sin fuentes o pozos y luz sin electricidad. El cristianismo comenzó con simplicidad por medio de un nacimiento sobrenatural, y sigue viviendo dentro de lo milagroso a través de la fe como la de un niño.

No busque lo sobrenatural, no busque las experiencias; busque primeramente el reino de Dios. (Mateo 6:33) Uno no debe buscar dones u otras cosas, sino únicamente debe buscar a la persona de Jesucristo. Cuando busca únicamente al Señor, El nunca dejará de darle lo que necesita y lo que otras personas necesitan por medio de usted. El no puede fallar.

El Señor Jesús me salvó allí en aquel altar donde yo me encontraba. (Y, ¿sabe lo que Dios me está diciendo en este momento al compartir esto? Me dice: "Yo te guiaré y te dirigiré." ¿No es esto maravilloso? Justamente al compartir que Jesucristo me salvó, El habló dentro de mí, y dijo: "Yo te guiaré y te dirigiré." ¡Caminar con Dios y dejar que se revele es una de las cosas más maravillosas que puede haber en el mundo! Siento su presencia en mi corazón en este momento. Gracias, Señor.

(Me siento emocionado, y no puedo evitarlo. Estoy maravillosamente feliz por la verdad de que Jesucristo mora en mi corazón. Si tiene al Señor en su corazón y está caminando con Dios, realmente se sentirá emocionado en cuanto a las cosas del reino de Dios. Se va a entusiasmar con todo lo que tiene que ver con Jesucristo y no tendrá que tratar de producir la emoción, pues ella simplemente estará dentro de usted; irá creciendo cada vez más.

(Estoy convencido de que muy pocas personas siguen a Cristo con todo su corazón. Algunos profesan ser cristianos, pero hay escasa evidencia del gozo en ellos. Personas queridas se ponen de pie en las reuniones para testificar que aman al Señor, pero hay tan poco del amor de Jesucristo en ellos. Sus rostros están llenos de sombras, y a través de sus ojos se ven cosas oscuras y escondidas. Es muy probable que en sus casas estas personas censuran, se quejan, murmuran y critican. Algunos que alegan ser cristianos dicen bellas palabras en la iglesia, pero en casa quizá sean ásperos y crueles, quejumbrosos y difíciles de congeniar.

(Escuchen amados, si un hombre es verdaderamente cristiano, tendrá el gozo de Jesucristo y el fruto del Espíritu Santo en su vida. El tiempo es corto, y necesitamos examinar nuestras vidas para ver si existe la evidencia sólida de que Cristo mora en nosotros. Tenemos que caminar con Jesucristo con todo nuestro corazón y deshacernos de todas esas cosas impuras. Si busca esto con todo su corazón, Dios

empezará a obrar por medio de usted para ayudar a otros, para animarlos, levantarlos o sanarlos.)

Cuando me levanté del altar y me puse de pie aquella noche, sentí como que iba a ser elevado del piso. ¡De verdad! Realmente creí que me estaba elevando. No dije ni una sola palabra a nadie, pero el Señor Jesús me había liberado de una forma tan maravillosa de la carga que había en mi corazón, que pensaba que seguramente mis pies se iban a elevar del piso. Otros también sintieron esta divina presencia que había allí en el altar. John Wesley Lewis, el hijo del evangelista, y el que dirigía los himnos durante esas reuniones (el cual ha estado en la iglesia por más de cincuenta años), me dijo recientemente: "He estado en muchas reuniones de avivamiento y en muchos servicios en las iglesias, pero la noche en la que fuiste convertido, sentí el poder de Dios en una forma tal que jamás lo había sentido, ni lo he vuelto a sentir de nuevo desde aquella ocasión."

Sólo algunas personas se habían quedado para orar conmigo durante esta profunda lucha que hubo en mi alma. Satanás había estado allí determinado a adueñarse de mí para siempre. Sin embargo, Cristo me rescató por el poder de su sangre, y me encaminó por su sendero celestial.

El comienzo de mi salvación fue tan maravilloso que por la gracia de Dios nunca he querido darme por vencido y volver atrás. Aunque Satanás ha luchado conmigo severamente, siempre he tenido que decirle: "¡Quítate de delante de mí, Satanás! Me voy con Jesús de Nazaret, pues pertenezco a Dios." Con la ayuda del Señor, yo quiero ser fiel. No quiero animarme y después desanimarme, andar con el Señor y después alejarme de El. Quiero permanecer fiel a Cristo.

Observando este extraordinario día de mi vida desde la distancia que han representado estos años que han pasado hasta ahora, sobresale fuertemente aquel breve momento cuando mi padre me dijo: "Hijo, cantarás en el coro esta noche." Si mi padre no me hubiera dado ese mandato, ni hubiera permanecido firme en su decisión, yo no hubiera conocido a Cristo como mi Salvador aquella noche. Tal vez habrían pasado meses o años antes de que hubiera rendido mi vida a Dios, o tal vez nunca.

Pero ésa fue la noche en la que Dios quiso injertarme en la vida verdadera. Esa fue la hora que Dios había designado para empezar a prepararme para el llamamiento que El tenía para mi vida, el cual había estado sobre mí desde mi nacimiento, o quizá antes. Hubiera faltado a esta cita de no haber sido por un padre que esperaba mi obediencia y que la exigía.

Ese momento efímero de un domingo por la tarde, el 22 de enero de 1933, cuando me enfrenté a mis padres en la acera delante de la iglesia y les informé de mis propios planes, diciéndoles: "Me voy al cine con los jóvenes," había estado emergiendo de casi diecisiete años de preparación y disciplina. Pues cada vez que mi papá me había corregido a través de los meses y años precedentes, cada vez que necesitaba castigarme y hacerme experimentar la desilusión de no salirme siempre con la mía, todas estas experiencias me habían estado preparando

para esa noche en particular y para ese encuentro aparentemente insignificante de voluntades.

Yo no quería ir a la iglesia. Mi deseo era ir con los jóvenes al cine. Sin embargo, puesto que mi papá me había exigido constantemente que fuera obediente en el pasado y no había cedido a la persuasiva patética de un jovencuelo encantador y adorable a través de los años anteriores, él tuvo la suficiente autoridad aquella noche al decirme con unas palabras sencillas: "Vas a cantar en el coro esta noche."

Sin los años de consistente sujeción a la disciplina y obediencia continua en mi vida, sin duda yo hubiera resistido a mis padres aquella noche; o me hubiera quejado y argumentado, tratando de salirme con la mía, o en su lugar hubiera obedecido, pero con resentimiento y refunfuñando dentro de mi corazón.

Pero debido a que mis padres me habían quebrantado, haciéndome obedecer cada mandato suyo cuando niño y a hacerlo voluntaria y alegremente, yo no discutí ni me quejé. No murmuré ni me lamenté aquella noche. Tampoco llevé ningún resentimiento o rencor dentro de mi corazón cuando entré en la iglesia. Al recordar el incidente de aquella noche, veo que únicamente por la gracia de Dios no me molestó mucho el hecho de no haber podido ir al cine, y esto se debió solamente a que había sido acostumbrado durante los años anteriores a no hacer mi propia voluntad cada vez que quería.

Debido a la orden que mi padre me dio esa noche, no sólo yo fui llevado al lugar correcto para conocer a Cristo, sino que también mi amigo, Thomas B., fue afectado por esto. Su salvación, así como la mía, dependió de la vida de disciplina que mi padre llevaba.

Al observar a través de los años cómo centenares y miles de direcciones divinas han sido intrincadamente entrelazadas con las precedentes guías de Dios, el significado, en lo que respecta a mi salvación, de la vida de disciplina y obediencia de mi padre aumenta profundamente. Si no hubiera sido por Dios obrando a través de él en esta manera, un número considerable de citas o de encuentros en el Espíritu Santo no se hubieran llevado a cabo. Yo no hubiera estado en armonía con el plan de Dios a través de todo mi caminar en esta vida.

Hemos descubierto por medio de la experiencia que cuando Dios controla las circunstancias, unos segundos pueden hacer la diferencia entre el que alguien se salve o se pierda, que un ser querido sane o siga en aflicción, que una familia evite una tragedia o tenga un accidente. Yo sé que todo se debe a la dirección de Dios y a la guía del Espíritu Santo, pero si yo no hubiera comenzado en el tiempo que Dios me había asignado para seguir en este precioso sendero de fe y obediencia, tal vez hubiera perdido el encuentro con centenares, miles o quizá muchas personas más, quienes estaban esperando que un humilde siervo de Jesucristo apareciera en sus caminos.

Mis palabras no son adecuadas para expresar lo que estoy percibiendo, pues en este caminar con Dios una revelación conduce a otra. No existe ningún atajo en cuanto a la manera que Dios hace las cosas y en el tiempo cuando las hace. Si fallamos en algún momento en obedecer su palabra o en seguir su dirección, desajustamos todo lo que

El había planeado para nosotros en los segundos, los minutos, los días y los años venideros.

Por supuesto, El es bueno para perdonarnos y ayudarnos cuando fallamos. Sin embargo, si nos mantenemos firmes y continuamos confiando y perseverando hacia adelante lo mejor que podamos sin mirar ningún momento hacia atrás, nos llevará por su gracia a esos preciosos y sagrados encuentros con personas o situaciones donde manifestará su reino por medio de nosotros únicamente para su gloria. Casi toda dirección que el Espíritu Santo me ha dado a través de unos treinta años ha sido así; la guía precedente conduce a la próxima. **Lo que Dios puede hacer hoy en día por medio de mí depende de cómo El me ha ayudado a obedecer su dirección durante los meses y años anteriores.**

Por esto, estoy esforzándome para apreciar la gran deuda que tengo con mis padres por haberme entrenado en el camino en que debía andar, es decir, en absoluta obediencia a sus deseos; porque cuando el destino eterno de mi alma, y él de muchas otras personas, dependía de una sola reacción al mandato de mi padre, pude obedecer inmediatamente y sin hacer preguntas. Todo lo debo a nuestro Señor Jesucristo que nos ama tanto, y a la obra y dirección del maravilloso Espíritu Santo de Dios.

# 12

## EL PRIMER PASO DE OBEDIENCIA

Creía que iba a ser trasladado al cielo. No tenía ninguna palabra de Dios todavía. Lo único que El había puesto dentro de mí fue su paz y su gozo. No tenía ninguna orden sino la de regocijarme y mirarle a El.

Cogí las llaves del auto, y conduje mi familia a casa. Me detuve delante de la puerta a fin de que se bajaran allí mismo. Luego manejé el auto a través del patio de la finca hasta llegar al garaje. Cuando regresé caminando hacia la casa a través del patio, miré hacia arriba al cielo estrellado, y dije: "Señor, soy un hombre nuevo; he sido transformado. ¡Todo lo veo diferente!"

Me encontraba muy feliz en el Señor Jesús, y no estaba esperando que sucediera algo extraordinario. Pero al momento en que mi mano izquierda tocó el portón de la cerca que había alrededor de nuestra casa, la voz que había permanecido callada por casi doce años repentinamente habló dentro de mí, diciendo: "Ve a visitar a Austin Holloway para orar."

En ese momento entré por la puerta de la cocina muy emocionado. "¡Papá! ¡El Señor acaba de hablarme, y me dijo que fuera a visitar a Austin Holloway para orar!" (El señor Holloway era mi entrenador de baloncesto, y yo nunca había estado en su casa anteriormente.)

Papá respondió: "¡Magnífico! El tanque de gasolina del auto está casi vacío, hijo. Así que vete a la planta de abastecimiento y llénalo mientras tu mamá y yo nos alistamos para ir contigo tan pronto como regreses."

Cuando mi mano tocó el antiguo portón de hierro y Dios me habló, mi "yo" estaba chocando por primera vez con la "negación a sí mismo," aunque no me daba cuenta de ello en ese momento. No pude continuar con mis planes de descansar, relajarme e ir a dormir; pues tenía que ir en una misión de obediencia. En menos de diez minutos después de mi conversión, mi "yo" estaba conociendo la necesidad de la "negación." A la mayoría de los cristianos después de su conversión no les es permitido por Dios esperar tanto tiempo para empezar a negarse a sí mismos. Dios me dice en el corazón que en la mayoría de los casos, la negación empezará **dos segundos** después de la conversión.

Cuando uno se convierte y sus pecados son cubiertos por la preciosa sangre de Jesucristo y el gozo del Señor llena su corazón, el Espíritu Santo casi siempre impulsa al nuevo convertido a ponerse de pie y a testificar de Cristo. Dios desea que diga, "¡Gloria al Señor por haberme salvado! Quiero que oren por mis padres para que sean salvos." El pedirá a los corderos recién nacidos que testifiquen de la siguiente forma: "¡Oh, el gozo del Señor es tan maravilloso!" Rara vez nos pedirá que digamos mucho, pero sí quiere que demos testimonio de Cristo.

Tan pronto como el Espíritu Santo empieza a moverse en el alma de una persona, Satanás y la carne estarán allí para decir: "¡No lo hagas! La gente pensará que estás loco, y tus amigos pensarán que estás tratando de hacer alarde, que estás tratando de llamar la atención." El diablo intentará poner temor en su corazón y en su cuerpo, hará que tiemblen sus piernas y vibre su voz. Le dirá que todos sus amigos le van a dejar, que es un tonto y que simplemente debe mantenerse callado. "A nadie le importa lo que tú digas," le insinuará. En esta lucha de negación a sí mismo, tratará de decirle muchas cosas para impedirle que participe en la experiencia de obedecer.

En la mayoría de los casos, el "yo" sucumbe ante la presión de Satanás, y la carne gana la batalla. No son muchos los que tienen éxito en su primera oportunidad de negarse a sí mismos, pues la carne quiere ser respetada y aclamada por todos; desea aparecer discreta y ordenada. No quiere ser ridiculizada nunca. Pero tan pronto como esté dispuesto a resistir este tirón de la tierra, recibirá inmediatamente un poco de bendición. Un poco de aliento siempre seguirá a la negación a sí mismo. Siempre habrá una pequeña viña u oasis después de que el "yo" haya sido negado para hacer lo que Dios desea.

Sin embargo, esta victoria en Jesucristo se conoce sólo ocasionalmente. El diablo no quiere que la conozcamos, porque la vida que empieza negándose a sí mismo desde la conversión tiene una gran ventaja sobre la que falla en esta primera asignación. Una gracia vencedora es dada al corazón que se niega a sí mismo así como una fuerza para resistir la tentación. Hasta que un nuevo convertido aprenda la absoluta necesidad de obedecer por medio de negarse a los deseos de la carne y de la mente, es muy probable que sufrirá numerosas demoras y retrasos en su vida espiritual. Por otro lado, la vida que pronto aprende el secreto de la negación a sí mismo después de la conversión experimentará el gozo divino de Cristo dentro de su corazón, el cual le preparará para los ataques venideros de Satanás y para las pruebas de esta tierra.

**El negarse a sí mismo es mucho más indispensable para el cristianismo de lo que yo pudiera expresar. Es lo que la respiración es para el cuerpo. Si no se respira, se produce la muerte.**

Mi primera respiración había venido aquella ocasión después de las diez de la noche; y la segunda llegó cuando Dios me reveló lo que debía hacer, y comencé a alistarme para hacerlo. Todas las respiraciones de obediencia que he tomado desde esa primera noche han dependido de estas dos primeras. De ese modo, todo mi caminar con Dios a través de estos años ha dependido de mi voluntad para negar lo que el "yo" quiso diez minutos después de que el Señor Jesús me había salvado.

No debemos demorarnos cuando Dios dirige. Se puede estropear lo que Dios quiere obrar cuando nos demoramos en obedecer lo que el Espíritu Santo nos impulsa a hacer. Cuando Dios no nos habla, el esperar es como el oro así como también lo es el silencio; porque hay minas de oro de su amor en el esperar. Probablemente yo nunca hubiera alcanzado la victoria si no le hubiera dicho a mi padre lo que Dios me había revelado en el corazón. Era ya avanzada la noche, y el "yo" habría podido razonar: "Todos van a pensar que esto es absurdo;

serán casi las once y media cuando llegues a la casa del entrenador.” Pero en ese momento tuve que negar lo que el “yo” pensaba para poder decir a mis padres lo que Dios me había mandado hacer.

La mayoría de los padres hubieran dicho: “Espérate un momento, hijo; espérate un momentito. Observa qué hora es. El reloj indica que ya es muy tarde, y seguramente todos estarán ya acostados a esta hora.” O hubieran dicho: “Estamos cansados, hijo. Hemos asistido a dos reuniones en la iglesia hoy, y la de esta noche fue muy larga; así que tenemos que acostarnos y descansar.” Pero en lugar de que ellos me dijeran espérate hasta el momento más adecuado, ellos respondieron: “Estamos felices, e iremos contigo.” Sus corazones decían: “¡Nuestro hijo ha recibido algo de Dios! Va ahora en su primera misión, y ¡queremos ir con él!” (¡Gloria a Dios! Siento el poder de Dios corriendo por todo mi cuerpo y mis brazos al compartir esto.)

Así que me dirigí luego para la planta de abastecimiento todavía vestido con mi ropa buena que usaba los domingos. En la planta había dos camiones para la entrega de gasolina, y usted sabe cuán grasosos y sucios suelen estar. Tuve que caminar entre los dos para coger la gasolina para el auto. Cómo pasé tan apretadamente a través de esos camiones grasosos y cubiertos de polvo sin ensuciar mi ropa es un misterio. Todavía estoy maravillado de este hecho, pues sé que fue el Señor quien me ayudó. Cuando no pueda hacer algo por sí mismo, Dios sí lo puede hacer. Yo no tenía tiempo para cambiarme de ropa; solamente tenía tiempo para obedecer. Por eso el Señor me ayudó a no ensuciar mi ropa.

Cuando regresé a la finca no sólo ya estaban listos mis padres, sino que habían llamado también a tres de mis mejores amigos y al hermano que dirigía los himnos en las reuniones que estábamos teniendo a fin de que nos acompañaran en la visita. Entonces los siete nos dirigimos en ese antiguo sedán Chevrolet 1931 hacia el hogar de Austin Holloway. Ibamos sin ninguna novedad hasta que llegamos al puente de hierro al este de Parker, a una corta distancia de la casa que Dios nos ha provisto y en la que vivimos actualmente. Hasta ese momento todavía estaba gozando de la felicidad y profunda paz que había recibido en el momento de mi conversión. Nunca había conocido anteriormente ninguna cosa tan maravillosa como esta dulce presencia de Cristo. Sin embargo, estaba completamente desprevenido para lo que iba a acontecer dentro de mi alma en los minutos siguientes.

¡En ese mismo instante en que cruzábamos el puente, el gozo de la obediencia de repente inundó mi alma! ¡El gozo que tuve en el altar cuando el Señor Jesús me salvó fue instantáneamente multiplicado! Más tarde el Señor reveló a mi corazón que El triplicó el gozo que tuve en la conversión. Se hizo tres veces más intenso, porque había obedecido a la guía del Espíritu Santo. La gloria del cielo era tan grande dentro de mí que no la podía contener, y por eso comencé a glorificar al Señor y a gritar.

Yo siempre había sido sereno, reservado y muy callado. Nunca quise gritar, ni nunca quise decir “amén” o demostrar mucha emoción. Deseaba ser un cristiano tranquilo y augusto. De hecho, siempre me opuse a la emoción en la iglesia; y después de que cumplí los quince o

dieciséis años, si cualquier persona se emocionaba o decía: "¡Gloria a Dios!" yo me sentía un poco molesto.

Cuando dije "sí" a mi primera oportunidad de obedecer, Dios derramó un gozo ilimitado dentro de mi alma. Simplemente cayó en mi corazón sin aviso alguno. ¡Oh, era un gran gozo! El primer gozo cuando Jesucristo me redimió fue muy maravilloso, pero, ¿qué podía hacer ahora con un gozo tres veces más grande? Lo único que podía hacer era gritar: "¡Gloria! ¡Aleluya! ¡Gloria a Dios!" Todos en el auto me miraban con sorpresa. Howard M. dijo: "Nunca te he visto así."

Yo les parecía una persona diferente a ellos. Era como si nunca me hubieran conocido antes. Y a decir verdad, no era la misma persona; porque hacía unos pocos minutos, al tocar ese portón de la cerca, Dios me había dicho: "Esto es lo que quiero que hagas." Por eso no pude ir a la cama, acostarme y dormirme; tuve que negar lo que el "yo" quería y comenzar a hacer inmediatamente lo que Dios me había encomendado.

Y el gozo que Dios derramó a través de mi alma era tan maravilloso que nunca quise perder la oportunidad de obedecer otra guía del Espíritu Santo. La delicia interna de su presencia era tan dulce que yo deseaba más de esa bendición celestial. En esta forma descubrí que el sendero de la obediencia era el Camino Real. Por esta razón nunca jamás quise salirme por un camino secundario o por cualquier otro desvío. Quería mantenerme precisamente en medio de la voluntad de Dios. (Sé que es solamente por la gracia y ayuda de Dios que puedo hacer esto. Necesito siempre de las oraciones de ustedes.)

Las luces de la pequeña casa de la finca que estaba cerca del arroyo Stony todavía brillaban cuando llegamos. Bajé del auto y me dirigí hacia la puerta y comencé a tocar. En un momento se abrió la puerta, y me encontré mirando el rostro de mi profesor y entrenador.

Solamente habían pasado dos horas desde que había visto al señor Holloway en la iglesia aquella noche. El había atravesado por el tumultoso pasillo de la iglesia mientras que Thomas B. y yo nos encontrábamos allí todavía indecisos, y nos había dicho: "Muchachos, no dejen que nada les detenga en ninguna manera. Este es el paso correcto que deben tomar, y estoy con ustedes."

Sin duda, su corazón debió estar vibrando cuando se nos acercó a decirnos estas palabras, pues en la iglesia había más de doscientas personas presentes aquella noche; y él era un hombre callado y tímido. El no vivía cerca del pueblo, y yo nunca le había visto anteriormente en esta iglesia, ni lo he vuelto a ver desde entonces. Rara vez le escuché a él dando un testimonio, y nunca supe mucho de su vida cristiana. Sin embargo, no hay duda de que él obedeció a Dios esa noche.

Unas horas después, él se encontraba cara a cara con un joven de diecisiete años de edad en su primera misión que Dios le había encomendado. Entonces me dijo: "No es una sorpresa para mí verte." Esas eran las primeras palabras que dijo. "No es una sorpresa para mí verte. Cuando vi la luz del auto, en seguida pensé que serías tú." ¡Imagínese! Nunca había estado allí anteriormente. Sin embargo, no le causó sorpresa verme allí.

“Hermano Austin,” dije, “el Señor me dijo que viniera para orar un poco.”

“Magnífico,” replicó. “Pasen adelante.”

Entramos en la sala, y comencé a orar. A pesar de haber conocido al Señor Jesús hacía unas pocas horas, yo ya estaba tratando de orar. Cualquier persona habría preguntado: “Y ahora, ¿qué vas a decir?” Simplemente ora, y glorifica a Dios; empieza a hablar con Dios. Me imagino que esta oración no valdría la pena ni siquiera recordarla, pero en ese momento no me preocupaba por lo bonito que orara según las opiniones de los hombres. Lo único que Dios me había dicho era que viniera a esta casa y orara, y eso era exactamente lo que estaba haciendo.

Entonces me puse aun más feliz. Sí. ¡El gozo que tenía en vez de disminuir, aumentaba y aumentaba! Durante todo el camino de regreso a casa fui gritando, y no podía contenerme. Simplemente brotaba de mí en una forma inexplicable. Si solamente pudiéramos persuadir a la gente a negarse a sí mismos desde el comienzo y a hacer la voluntad de Dios, de seguro que el mundo sería puesto en orden muy pronto. Si solamente pudiéramos animar a los amados a rendirse enteramente a Dios.

Mientras seguíamos de regreso a casa, trataba de decirles a cada uno de los que estaban en el auto cuán maravillosa era la bendición de Dios sobre mi alma. Me regocijaba de cómo Dios me había guiado, dirigido y bendecido. Cuando sienta el gozo de la salvación y de la obediencia en su alma, no podrá dejar de compartirlo con todo el mundo. La verdad es que tendrá que orar, pidiendo gracia para poder mantenerse callado. Cuando sienta “el gozo inefable y glorioso,” tendrá que esforzarse para permanecer quieto. Luego que regresamos a casa después de medianoche, el gozo todavía no cesaba en mi corazón. (¡Es maravilloso simplemente negarse a sí mismo y andar con el Señor Jesucristo!) El gozo no se esfumaba como un sueño; por el contrario, seguía creciendo.

Cuatro de nosotros los varones dormíamos en una sola recámara; y Richard, mi segundo hermano, fue mi compañero de cama. Cuando me acosté para descansar aquella noche, el gozo de la comunión con el Espíritu Santo se movía dentro de mí. ¿Cree que podía yo permanecer tranquilo allí en esa cama? ¡El poder del Espíritu me levantó de allí! y me fui escaleras abajo al cuarto de mis padres. Ya adentro, me paraba a un lado de su cama y les decía cómo el Señor Jesús me había salvado. Trataba de compartirles qué precioso era El y de la maravilla que estaba sucediendo dentro de mi corazón. Ellos simplemente me escuchaban. Papá era un madrugador. Le gustaba levantarse por la mañana a las cinco. Sin embargo, aquí estaba yo todavía predicándoles hasta cerca de la una de la mañana.

De regreso a mi cuarto, traté de acostarme y dormir; pero el gozo continuaba brotando de nuevo tan fuertemente dentro de mí que me levanté de un salto de la cama, corrí abajo y seguí diciéndoles más cosas de Cristo hasta no saber más qué decirles. Tenía mucho del Espíritu Santo moviéndose dentro de mí. Predicaba todo lo que podía

recordar de las Santas Escrituras, terminaba en cinco o diez minutos y entonces subía otra vez a mi cuarto para tratar de dormir. Sé que se requería mucha paciencia para que ellos me soportaran mientras hacía todo esto.

Luego que esto se repitió muchas veces, mi hermano, Richard, dijo: "Si no te callas, no podré descansar nada esta noche."

"Tienes razón," le dije, "pero no lo puedo evitar. ¡Realmente no puedo evitarlo!"

Mis padres calcularon que les prediqué hasta eso de las dos o tres de la mañana, hasta que por fin pude ir a dormir. Años más tarde, al conversar con mi hermano, le pregunté: "¿Recuerdas, Richard, que en una noche como ésta, hace exactamente diecisiete años, yo empecé a andar con el Señor Jesús?"

Me miró desde su silla y moviendo la cabeza, dijo: "Mira, quiero hacerte una confesión."

"¿Confesión?" le pregunté.

"Sí," respondió. "Cuando tú pasaste al altar esa noche, yo pensé dentro de mí: 'Ahora Loran pasa al altar para ser salvo. Sin embargo, como la mayoría de las personas salvadas muy pronto se tornará tibio, y volverá atrás.' Pero quiero decirte que antes de que amaneciera el próximo día, cambié de opinión acerca de ti."

El llegó a la conclusión de que yo me había metido en una de las cosas más grande del mundo, tan dulce como la miel, tan rica como la crema, tan buena como el oro, tan fina como la plata, refrescante como un manantial, nada aburrida, que nunca desilusiona, cada vez mejor de lo que uno podría imaginarse; estaba más allá de lo que la oratoria de los hombres pudiera describir, los colores pudieran pintar y los idiomas de la tierra pudieran expresar. Era Jesucristo, la perla de gran precio.

En el colegio la siguiente mañana, uno de mis amigos maldijo cuando supo que yo había aceptado al Señor. El había paseado mucho conmigo en el auto de mi padre; y puesto que yo trabajaba para él, papá me proveía la gasolina para nuestros paseos. Yo también había compartido frecuentemente con este joven algunos refrigerios. Pero a pesar de esos bondadosos y pasados favores, esa mañana me habló con unas palabras muy fuertes. "No durarás ni dos semanas," gruñó. "¡Eso es, ni dos semanas!"

Pero Cristo me ayudó a negarme a mí mismo nuevamente. Por la gracia de Dios no busqué venganza ni sentí piedad por mí mismo cuando mi amigo me maldecía y reprendía. El Espíritu Santo me ayudó a no disgustarme y decirle: "¡Un momentito amigo, tú no puedes decir eso de mí!" Simplemente le dije al Señor Jesús en mi corazón: "Por tu gracia, Señor, tú puedes ayudarme a seguir adelante," y El me libertó en ese momento. (Y mientras comparto esto, Dios me dice: "Yo te dirigiré, y te diré lo que debes hacer." ¡Gloria al Señor!)

Después de tres semanas, hablé con él de Cristo durante unas dos horas en la acera frente de la iglesia donde me convertí. Siete años más tarde cuando le compartí cuán maravilloso habían sido estos meses y años y cómo Jesucristo me había ayudado a permanecer más de las dos semanas que él había predicho, me respondió: "Lo que tú tienes es fuerza de voluntad, eso es todo."

"¿Fuerza de voluntad?" exclamé. "Hermano, se requiere más que 'fuerza de voluntad' para vivir esta clase de vida. Se necesita el divino poder del Señor Jesucristo."

Diecisiete años más tarde, cuando su padre murió, tuve la oportunidad de conversar con él nuevamente acerca de Cristo. Estaba tratando de compartirle cuán maravilloso había sido tratar de caminar con Dios durante estos diecisiete años y las grandiosas aventuras por las que El me había llevado. Mientras estábamos sentados allí juntos, me dijo: "¿Quién sabe si algún día me vas a llevar a Cristo?" ¿No es maravilloso que después de diecisiete años este hombre, quien al principio se burló de mí, podía empezar a ver que había algo más en esta transformación de lo que se podía ver a simple vista, que Dios había hecho un milagro verdadero dentro de este indigno siervo?

Esto nunca habría pasado si hubiera fallado esa primera prueba en el colegio aquel día después de mi conversión. Si hubiera empezado a discutir o a pelear cuando él estuvo molesto conmigo y me dijo todas esas palabras, yo hubiera perdido su confianza para siempre. Nunca hubiera tenido la oportunidad para el intercambio de pensamientos tres semanas después, o para la charla que tuvimos siete años más tarde, o para la grata conversación en este decimoséptimo año. Todo

esto dependió de mi respuesta a la primera prueba que tuve unas horas después de mi conversión.

El secreto de la forma cómo Jesucristo me ayudó a pasar por este fuerte ataque el lunes por la mañana después de mi conversión, fue que escuché la voz del Espíritu Santo la noche anterior unos minutos después de haberme levantado del altar. Si el Señor no me hubiera ayudado a obedecer ese primer mandato suyo, no habría tenido el gozo ni la gloria de Dios dentro de mí para poder soportar la furia de mi amigo unas pocas horas más tarde. El poder para estar firme en aquella ocasión dependió de mi obediencia la noche anterior cuando Dios triplicó el gozo que tenía al momento de la salvación y me llevó a una tierra de tanta delicia interior que nunca quise fallar a otra dirección del Señor.

He encontrado que muy pocas personas realmente obedecen lo que el Señor quiere que hagan; y cuando no obedecemos la guía del Espíritu Santo, perdemos entonces esa preciosa permanencia de Dios, la cual estimamos tanto. Para muchos, el gozo que una vez conocieron en la conversión parece desvanecerse sin ninguna razón en particular. Sin embargo, en la mayoría de las veces este gozo se pierde por nuestra desobediencia, pues el gozo sigue derramándose únicamente dentro de cada corazón que obedece al Espíritu Santo consistentemente. La Palabra de Dios nos dice que “el gozo del Señor es nuestra fortaleza.” Esto indica que sólo tenemos poder de acuerdo con la medida del gozo que tengamos en nuestro caminar diario con Cristo.

Debemos saber que el gozo no viene de nosotros mismos, pues es un don de Dios cuando obedecemos al Espíritu Santo. El gozo no es nuestra parte, sino la obediencia a la dirección del Señor. El gozo es la recompensa. El gozo que tenemos del Señor siempre depende de cuánto nos humillemos en obediencia por medio del “negarse a sí mismo.”

Dios sólo busca un pueblo obediente. El está tratando de encontrar hombres y mujeres que estén dispuestos a hacer lo que El quiere. Empero, le ha sido difícil encontrar a tales personas a través de todos los tiempos. Hay muchos que están dispuestos a tratar de obedecer los mandamientos escritos tal como se encuentran en la Biblia; pero lo que esto ocasiona es llevarlo a uno muy sutilmente a un cristianismo legalista, es decir, al cumplimiento de un mínimo de servicio, o una adherencia a ciertas creencias o credos. Dios busca un pueblo que no solamente obedezca su Palabra escrita, sino que también en realidad ande con El día a día y momento a momento, escuchando la voz del Espíritu Santo y haciendo lo que El dice.

La persona que escucha y hace caso a esta apacible voz experimentará muchas veces un río de gozo vertiéndose sobre su vida interior, porque el gozo de Dios fluye libremente hacia el corazón obediente.

Al repasar esta frase, el Espíritu Santo opera más en mi corazón cuando digo “hacer caso,” que cuando digo “escuchar.” Esto me dice que Dios ya nos ha ordenado muchas cosas, las cuales hubiéramos podido escuchar; pero como no hemos “hecho caso,” nuestro “escuchar” subsecuente está empañado e insensible.

Nuestro “hacer caso” de hoy ayuda o agudiza nuestro “escuchar” de mañana. “Escuchamos” según como “hemos hecho caso.” El “hacer caso” implica obediencia. El “hacer caso” es aplicar o llevar a cabo lo que hemos escuchado, y jamás “hacemos caso” a los deseos de Dios sin primero abandonar lo que hacemos o lo que hemos planeado hacer. El negarse a sí mismo precede al “hacer caso.”

Es difícil para el hombre natural percibir las cosas espirituales. Es solamente cuando permitimos al Espíritu Santo hacer lo que El quiera con nosotros, al negarnos a nosotros mismos y ser crucificados interiormente, que llegamos a ser sensibles a las cosas espirituales. Cuando el “yo” es crucificado, entonces podemos por medio de la dirección del Espíritu Santo recibir la revelación que Dios tiene para nosotros, revelación que viene a la mente así como al corazón interior.

Ahora bien, el “yo” se opondrá a esta muerte espiritual; lo humano se resistirá. A fin de que el Espíritu Santo nos pueda crucificar en esta manera, tenemos que resistir al diablo y negarnos a nosotros mismos; y será solamente por la sangre de Cristo, purificándonos y limpiándonos, que podremos con la ayuda del Espíritu Santo discernir lo que Dios nos está revelando.

Lo que El desea crucificar primero en nosotros es al hombre interior para poder instruirnos cómo discernir su voluntad. Este proceso es muy lento. Nos llega por medio de la oración y al esperar y seguir esperando cada vez más. Nos llega cuando hacemos siempre lo que Dios quiere que hagamos mientras esperamos. La gran dificultad es que el “yo” quiere ocuparse haciendo siempre algo. La carne quiere estar siempre activa, y siempre está planeando hacer algo. Todo esto es un enemigo que nos impide escuchar a Dios y hacer caso a lo que el Espíritu Santo quiere decirnos.

**La esencia misma de nuestra naturaleza se rebelará contra Dios y se resistirá a que El haga con nosotros según sus propósitos.** Lo terrenal que hay en nosotros se opondrá y resistirá a Dios, quien nos hizo, y a Cristo, quien murió para redimirnos. Las partes principales de nuestra constitución interior lucharán contra ello, y no querrán cumplir con la voluntad divina ni descender en humildad y quebrantamiento al lugar donde esta voluntad se encuentra.

Este espíritu que hay en nosotros, este gran poder terrenal que está tan en contra de lo que Dios quiere, lo adquirimos en la caída en el huerto del Edén. Es este poder terrenal y esta constitución mortal y carnal que lucha para levantarnos de las tierras bajas de la contrición y de la sumisión (lugar donde los misterios de las revelaciones de Dios se aprenden) para colocarnos sobre las tierras altas del conocimiento humano. Por esta razón, la mayoría de las personas se esfuerzan para adquirir perspicacia de verdad divina por medio del conocimiento, de los libros y del intelecto.

Sin embargo, a través de los siglos, Dios ha estado buscando un pueblo que únicamente espere en El hasta que pueda crucificarlo, refinarlo, morar en él e instruirle en la forma cómo opera su Espíritu Santo, cómo El dirige y detiene. Son muy pocos los que han estado dispuestos a pagar el precio y esperar en Dios lo suficiente hasta que El

se revele. Esto viene en el tiempo dispuesto por Dios, no en él dispuesto por nosotros.

El hombre siempre ha querido hacer las cosas como él quiere, cuando quiere y según sus propios métodos. Pero esto no funciona de esta forma, sino que tiene que ser al contrario; es decir, tenemos que morir y ser crucificados de tal forma que todo sea según la voluntad de Dios, el método de Dios y en el tiempo de Dios, no importa si ese tiempo es corto o largo (y recibo la revelación de que el tiempo será largo). El hombre es por naturaleza impaciente. Todos nosotros somos impacientes a menos que seamos crucificados y muramos todos los días. Es nuestra naturaleza la que quiere que nuestro crecimiento espiritual sea rápido, y ansiamos la revelación divina inmediatamente. Por esta razón tenemos que morir a estas tendencias de impaciencia y simplemente confiar en Dios para que El nos ayude a saber cómo seguir adelante.

Jesucristo dijo: "Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños..." Pues los inteligentes y los sabios han estado tratando de teorizar y especular sobre secretos espirituales. Pero el Señor Jesús ha dicho claramente que el Padre las revela a los niños. Ellos son los humildes, los que están muy abajo en el terreno de la humildad y del quebrantamiento, de la obediencia y la sumisión.

La dirección divina no es para ningún provecho propio; viene solamente para la alabanza y gloria de Jesucristo. Estos misterios de Dios no se encuentran en libros o en material de lectura. Son revelados poco a poco a los que caminan con Dios y esperan en El, quienes están tratando en su corazón de ser fieles y están esforzándose para obedecer al Espíritu Santo. Quiero enfatizar muchísimo que las cosas de Dios no son dadas a los que están tratando de saber cómo ser guiados por el Espíritu Santo, sino que son dadas según los deseos de Dios a los que están perdiendo su vida para Cristo y a los que aman a Dios sencillamente por lo que El es.

Aquí se encuentra uno de los secretos del universo: **Dios está tratando de encontrar personas que le den todo y para las cuales El represente todo.** Si estamos dispuestos a perderlo todo porque El lo ha dado todo, perder a fin de que El sea todo, entonces El se nos revelará a nosotros al pasar del tiempo. (Y Dios me está diciendo en este momento: "Yo te guío, te dirijo y te digo lo que debes hacer." ¡En este mismo momento!)

Estas direcciones espirituales, estas cosas maravillosas y muy agradables de Dios, no se dan porque nosotros seamos dignos, porque sepamos tanto o porque estemos buscándolas. Son dadas únicamente a los que están dispuestos a perderlo todo por causa de Cristo y a perderlo para siempre. Son dadas a los que no están tratando de conseguir algo para sí mismos. La mayoría de las personas están tratando de alcanzar algún puesto, están tratando de conseguir algo para su propio provecho; y como se puede dar cuenta, éste no es el espíritu correcto. Tenemos que llegar al fin del "yo," perdiéndolo todo por causa del Señor Jesús a fin de que El pueda guiar plena y completamente nuestras vidas. De esta forma nosotros llegaremos a

ser nada más que siervos, sin tratar de ser alguien importante, sino permaneciendo como niños.

A menos que nos hagamos como un niño, Cristo nos dice que no entraremos en el reino de los cielos. (Mateo 18:3) Tal vez es por esto que muchos no han entrado en el reino de Dios, pues hemos tratado de hacernos adultos, personas que sabemos mucho. Pero el reino de Dios se encuentra en lo humilde; es allí donde El mora, allí donde El camina y allí donde El se revela.

Hasta cierto punto las organizaciones, los grupos y las personalidades han tratado de hacer avanzar el reino de Dios. Sin embargo, frecuentemente tienen ocultas dentro de su mente las siguientes preguntas: "¿Cómo podemos alcanzar lo que nosotros queremos? ¿Cómo podemos obtener esta victoria? ¿Cómo podemos ver a todas estas almas salvadas? ¿Cómo podemos ver a nuestro grupo recibir algún beneficio? ¿Cómo podemos ver a nuestra iglesia crecer?" Dios conoce todos estos motivos y engaños escondidos en el corazón, y no puede confiar el trabajo de su reino a personas tan egoístas.

Por esta razón su revelación a mi corazón en 1942 fue: "Busco un pueblo que confie en mí con todo su corazón, que confie en mí con todo su corazón, que dependa total y completamente de mí y que me obedezca en todo, un pueblo en el cual pueda tener confianza para llegar a sus vidas con el reino de Dios." Dios se revela al corazón que confía en El. (Y en este momento Dios me dice dentro de mí: "Yo te guiaré, te dirigiré y te diré lo que debes hacer.")

Dios ha estado buscando un pueblo que únicamente confíe en El desde la experiencia en el huerto del Edén. El estuvo esperando que Adán y Eva confiaran en El y le obedecieran. Sin embargo, ellos escogieron adquirir ciencia y discernimiento del bien y del mal en lugar de simplemente descansar y confiar en Dios. Al ganar el conocimiento que deseaban, perdieron; y nosotros perdimos con ellos. Casi lo perdimos todo; perdimos hasta el punto de morir. El único camino para volver a Dios es Jesucristo; y los pasos para volver a la vida en El se toman por obediencia al Espíritu Santo.

Hemos estado viviendo demasiado en el límite de la tierra que Dios nos ha prometido en lugar de vivir en el centro. Hemos estado viviendo en lo marginal en lugar de lo central. Sólo unos pocos en realidad continúan adelante hasta el centro del reino de Dios, hasta llegar a ser como un niño y perderlo todo solamente para tener a Dios por lo que El es. Son raras las personas que no están buscando algo de recompensa por su amor y servicio a Dios.

Pero Dios salvaría a millones de personas en este mismo momento si pudiera encontrar una iglesia que verdaderamente confiara en El, verdaderamente confiara en El. Estoy seguro que son muy pocos los que saben qué es la confianza verdadera, la confianza continua. Muchas veces nosotros mismos tratamos de arreglar un poco el trabajo del reino de Dios. Esta no es la confianza; es nuestra propia manipulación; son nuestros propios programas y deseos. Son nuestras propias ideas, y queremos que ellas tengan éxito. Sin embargo, nuestras ideas no valen nada a menos que Dios esté en ellas y las dirija.

Estamos tratando de dirigir la iglesia con nuestra propia perspicacia, con nuestras propias descripciones, nuestros propios programas y métodos. Pero El quiere el liderazgo. El desea guiarnos detalladamente en cada uno de nuestros esfuerzos, y para esto tenemos que esperar en El a fin de que pueda enseñarnos cómo ser guiados por El. Primero tenemos que aprender cómo confiar y morir a nuestros propios deseos para que El nos pueda traer al lugar donde podamos discernir su voluntad a través de la Palabra de Dios y por medio de su Espíritu. Nos ha dado el bosquejo y la descripción del verdadero caminar cristiano en el evangelio, pero no estamos siguiendo todos los detalles de las instrucciones. Son tan sencillos; sin embargo, los pasamos por alto.

El trabajo que se hace en la iglesia muchas veces es una actuación en lugar de escuchar y obedecer al Señor verdaderamente. Tratamos de llevar a personas a Cristo, y esto es bueno. Sin embargo, a menos que nosotros mismos hayamos estado escuchando y obedeciendo la guía de Dios, la gente que recibe la salvación llega a ser copias de nosotros y de nadie más. Si no estamos muriendo y regocijándonos, si no somos santos y puros de corazón, nuestra influencia hace que los nuevos convertidos lleguen a ser meros actores. Es maravilloso dirigir a personas a que reciban la salvación; sin embargo, muy frecuentemente se convierten a la iglesia, a la denominación o a la congregación local con sus particulares costumbres religiosas en lugar de convertirse al Señor Jesucristo. Lo que necesitamos es que las personas se conviertan a Jesucristo de tal forma que los nuevos creyentes esperen en Dios hasta que El los pueda dirigir y guiar en verdad.

Esto ha sido uno de los eslabones perdidos en el cristianismo. **Los hombres han tratado de llevar a cabo los planes de Dios por medio de sus propios programas e ideas.** Todos tenían buenas intenciones, y todos deseaban hacerlo bien; pero pocos a través de los siglos han esperado y muerto suficientemente para que Dios les haya podido enseñar cuál es su voluntad.

El puede enseñar con mayor facilidad a los que son humildes y viven en quebrantamiento. Hasta que lleguemos a la absoluta conclusión de que somos nada y que solamente podemos fracasar, trataremos de alcanzar ciertas cosas, llegar a ser bien ilustrados, querer ser reconocidos. Creemos que los estudios, el entrenamiento, las filosofías y la teología nos van a ayudar. Sin embargo, es muy fácil que estas cosas en lugar de acercarnos más a Cristo, interfieran con la comunicación divina. Todo esto llega a ser la interferencia que es el "yo," lo terrenal y el conocimiento humano. A menos que el Espíritu Santo le dirija a tales cosas, éstas solamente desviarán las revelaciones de Dios; sólo obstruirán su vista de sus planes; únicamente entorpecerán la sensibilidad a sus operaciones.

No puedo expresar adecuadamente hasta qué posición de humildad tenemos que llegar antes de que la revelación espiritual pueda entrar a nuestra vida interior. Este es un misterio; es sobrenatural. Las personas que no la comprenden se oponen a esta sencilla y humilde vida en Cristo. Esto no es para comprenderse; es para practicarse, seguirse y experimentarse.

Esto es fe, una fe viviente. No podemos tener fe a menos que ésta se encuentre en las áreas de la vida interior. Mientras más fe tenga una persona, más dispuesta estará a perderlo todo. Esta persona tiene confianza en que perdiéndolo todo, ganará a Cristo. Dios está buscando un pueblo que confíe en El, que esté dispuesto por medio del negarse a sí mismo hondamente en la vida interior a llegar por la fe a perderlo todo. Muy frecuentemente deseamos promover un poco, sugerir otro poco, insertar una porción de lo que nosotros queremos. Esto es querer imponerse, y por esto nosotros como individuos y como pueblo hemos llegado rara vez al lugar donde Dios nos puede guiar.

Aquí hay una razón por la cual hemos faltado tanto a la voluntad de Dios. Hemos fallado tanto al maravilloso privilegio y al potencial de lo que Dios quiere obrar por medio de nosotros, porque hemos estado maldispuestos a rendirlo todo, perderlo todo en una forma absoluta, no solamente en palabra y pensamiento, sino en vivencia diaria por medio de confiar y obedecer continuamente.

Estos misterios maravillosos del reino de Dios que acabo de compartir forman solamente una pequeña parte de lo que significan las palabras "hacer caso" y lo que Dios quiere que experimentemos por medio de ellas. Y ahora al preguntar al Espíritu Santo, El me dice en el corazón que todo esto es tan sólo una mínima parte de lo que significa hacer caso a su Palabra.

Durante estas reuniones de avivamiento, varios jóvenes fueron convertidos, y formaron un grupo evangelístico muy activo. Este grupo de jóvenes asistía a varias iglesias para dirigir servicios especiales, y una hermana o yo presentábamos el mensaje. Creo, para la gloria de Dios, que vi a varias personas encontrar al Señor Jesús durante mi primer año como cristiano.

Sólo unas pocas semanas después de que fui salvo, estaba predicando en la iglesia de mi pueblo cuando me sentí impulsado a volverme hacia atrás para dirigir mis comentarios también a los jóvenes que estaban sentados en la galería del coro detrás de mí. Miraba la cara de cada uno mientras predicaba. Cuando mis ojos pasaron por la segunda sección de asientos a la izquierda, me encontré mirando a los ojos de Florence Spence, la hija de Ora y Grace Spence. Sus ojos azules estaban clavados directamente en los míos.

En el instante que nuestros ojos se encontraron, una operación se llevó a cabo dentro de mi corazón como una luz por medio del Espíritu Santo. (Y esta luz está en mi corazón ahora. ¡Está aquí dentro de mí en este instante! ¡Gloria al Señor!) En menos tiempo de lo que es necesario decirlo, Cristo reveló dentro de mí: "Aquí está tu compañera."

De alguna manera maravillosa, Dios me ayudó para que el sermón no se interrumpiera en ningún modo. Aunque el Espíritu Santo nunca jamás había tratado conmigo anteriormente en esa forma, el Señor me ayudó a seguir predicando como si nada hubiera pasado. Todo esto me dejó muy maravillado, porque yo nunca le había dicho ni siquiera: "¿Cómo está usted?" a Florence Spence durante los diez últimos años. Ella ya se había graduado de la Universidad Ball State con un título que era el equivalente a Maestro de Música y Artes, pero yo era tan sólo un

hombre joven que todavía estaba en la secundaria. Me sentía tan indigno de ella. Sin embargo, cuando Dios reveló a mi corazón por el Espíritu Santo que ella sería mi esposa, simplemente lo creí.

Para mí es una maravilla que un joven de diecisiete años que nunca había sido instruido acerca de las operaciones del Espíritu Santo en el cuerpo, pudiera en alguna manera saber que Dios estaba hablando, y además de eso entender lo que El decía. Nadie me había enseñado cómo Dios habla al corazón. Casi nunca había escuchado a alguien mencionar acerca de las obras del Espíritu Santo dentro del corazón y a través del cuerpo. Creo que el secreto de mi capacidad para poder entenderlo fue que el Espíritu Santo había caído sobre mí cuando nací. Dios tenía un plan para mi vida, y Florence Spence era una parte de ese sagrado plan.

A cada paso por el camino, en cada crisis de mi vida, El ha revelado por su Espíritu Santo lo que yo necesitaba saber. Un incidente que ilustra este cuidado continuo de Dios ocurrió cuando estábamos con Homer y Rebecca Pumphrey. Homer y yo estábamos planeando ir a orar, pero decidimos cenar primero; así que nos dirigimos a la cocina a fin de preparar la cena. Pero al atravesar la puerta de la cocina, una carga de Dios descendió sobre mí, y dije: "Dios está poniendo una carga sobre mí. No podré comer esta noche."

Durante muchos años, de vez en cuando Dios ha puesto una carga en mi corazón precisamente en el momento en que me sentaba para comer. Pensaba que me estaba indicando que no debía comer. Se requirieron varios años de instrucción antes de que reconociera que muchas veces estaba tratando de revelarme algo acerca de alguien, o de alguna situación relacionada con la comida que estaba en el plato. Podía ser que me estuviera hablando del hombre a quien pertenecía la carne de res, del que producía las zanahorias, de un individuo que ayudó en el procesamiento de la salsa de tomate, o de la persona que entregó el pan a la tienda. Nuestro Padre Celestial conoce todo de cada persona en cada lugar de esta tierra. Si es su voluntad, puede revelar cualquier necesidad a los siervos que están afinados para oír su voz.

Ayunaba muchas veces cuando Dios trataba de enviarme pequeños mensajes acerca de las necesidades de los que en alguna manera estaban conectados con mi comida. Me decía de necesidades en sus cuerpos, de luchas en sus vidas. A veces algunas personas habían sido llamadas al ministerio, o para ser misioneros; y Dios quería que yo orara para que ellos escucharan el sagrado llamamiento sobre sus vidas. Me ha tomado muchos años discernir todo lo que Dios me estaba diciendo, y sigo aprendiendo todavía.

Hemos tenido el privilegio ahora de enseñar a algunos de nuestros hermanos en Cristo algunas de las sagradas y maravillosas obras del Espíritu Santo. Estos son secretos y misterios santos de su reino que hemos aprendido después de haber esperado en Dios por muchos años, muchos años de haber clamado al Señor en oración, de haber hecho la voluntad de Dios y haber tratado de ser fiel para que el Señor me pudiera instruir cómo el Espíritu Santo opera en el templo de nuestro cuerpo. Yo estoy solamente en el jardín de niños aprendiendo el abecedario.

Después de una hora, más o menos, la comida estaba preparada y servida. Oramos para dar gracias al Señor, y el reverendo Pumphrey tomó el plato grande de salmón para servirse con dos pastelillos. Justamente al pasarlos de la fuente a su plato, el Espíritu Santo me impulsó desde mi corazón, subió por la garganta y habló por medio de mí: “¡Envenenado! ¡Eso está envenenado! ¡No lo comas!” advertí. Me levanté de la mesa, fui rápidamente hacia la alacena y tomé la lata que había contenido el salmón. “¡Vean esta lata!” les dije. La examinaron, y descubrieron que estaba oxidada por dentro.

Esto fue lo que Dios estaba tratando de revelarme cuando entré por la puerta de la cocina, pero no me di cuenta de lo que me estaba diciendo hasta que su revelación habló por medio de mí. Este conocimiento vino a mí por el Espíritu Santo en la misma manera como sucedió aquel día hace muchos años cuando reveló a mi corazón: “Aquí está tu compañera.”

Nunca sabré otra cosa alguna a menos que el Espíritu Santo sea tan bueno conmigo para revelármela. No podré percibirla a menos que Dios esté dispuesto a revelarla por medio de Jesucristo. Si soy fiel por la gracia de Dios, y le doy a El toda la gloria y toda la alabanza; si me mantengo quebrantado como un niño, hago todo lo que El me revela que haga, y soy feliz en medio de todo; si demuestro gratitud, y no dejo de dar gracias, entonces El podrá darme otra cosa, si es su voluntad. Pero todo tiene que venir de Jesucristo para la alabanza y honra de Dios.

Y aquella noche, en el momento que me volví para predicar a los jóvenes que estaban en el coro, supe que había encontrado la compañera de mi vida. Me sentí muy indigno de que El escogiera mi cónyuge. Sólo El podría conocer a la esposa que los años venideros requerirían. Hemos estado juntos por más de treinta y nueve años ya; sin embargo, parece un tiempo tan corto, porque el Señor ha estado con nosotros. Nadie podría saber qué maravillosa ha sido mi esposa para mí.

La primera ocasión que estuvimos juntos fue el 14 de abril de 1933. Aquella noche de la reunión de oración hubo un torrencial aguacero; y puesto que nuestro auto era el único que había en la iglesia esa noche, todos los jóvenes entraron apiñadamente. Hasta hoy día, todavía me pregunto cómo se metieron tantas personas en un solo auto. Sin embargo, sé que los jóvenes pueden apiñarse en cualquier lugar cuando quieren hacerlo.

Decidí que esa noche sería muy buena para estar solo con Florence Spence. Aunque Dios me había dicho durante los últimos días de febrero que sería mi esposa, no había tenido el valor para hacer una cita con ella. Pero esa noche me dijo: “Esto lo arreglaré de tal modo que ella sea la última que vaya a dejar a casa.” Después de haber llevado a todos los jóvenes a sus casas, inclusive a mi propio hermano, Richard, por fin estuve solo por primera vez con la muchacha que llegaría a ser mi esposa. Ella fue la última muchacha con quien hice una cita.

Una noche, después de que Florence y yo habíamos salido juntos por unas seis semanas, regresábamos de la iglesia en el auto. Ibamos muy

espacio por la calle donde vivían sus padres, a unos doscientos metros al norte de su casa, cuando de repente un rayo de luz cayó del cielo en mi corazón; y vi otro rayo de luz caer en el corazón de ella también. Estos dos rayos se unieron como una descarga de electricidad estática. Por un milagro de Dios, fuimos unidos por el Espíritu Santo en ese mismo momento.

Jóvenes, es muy necesario que encuentren al compañero o a la compañera que Dios ha escogido para cada uno de ustedes, por medio de esperar en Dios y en la oración. Ultimamente el Espíritu Santo ha revelado a mi corazón que el ochenta y siete por ciento de todos los matrimonios en los Estados Unidos no están de acuerdo con el orden divino. No han sido dirigidos ni establecidos por el Espíritu Santo. Las parejas se casan debido a la atracción física, a la semejanza de personalidades o por intereses comunes. A veces un muchacho ha presionado a una chica para hacer que se case con él, o viceversa. Cualquier persona que ejerce presión sobre otra persona para casarse está conduciendo a ésta a una vida de tinieblas cerca del borde de la desesperación.

Cada decisión importante de la vida, como escoger el cónyuge o la vocación, no hecha por el Espíritu Santo continuará produciendo consecuencias durante el resto de la vida de esa persona. (Frecuentemente estas decisiones se hacen entre la edad de doce y veinte años.) Aunque uno se haya convertido después de haber hecho estas decisiones importantes y aunque Dios perdona libremente todo pecado y error pasado, todavía se tendrá que luchar con las consecuencias y sufrir dentro de los confines de estas decisiones por no haber permitido a Dios que El las hiciera. No hay manera de transmitir adecuadamente la seriedad de esperar por la dirección **específica** de Dios en cuanto a nuestra vocación, nuestro cónyuge, dónde viviremos y nuestra selección de la escuela, colegio o universidad.

Es por esto que tantos hogares están llenos de infelicidad, sin romance y en confusión continua. La mayoría de nosotros estamos demasiado en la carne en cuanto al sexo opuesto. Tenemos ciertas ideas acerca del cónyuge que nosotros queremos, y tratamos de conseguir lo que deseamos. Pero Dios nos conoce por completo, y El sabe lo que seremos en diez o veinte años y dónde precisamente nos quiere tener dentro de su reino. Nosotros somos absolutamente incapaces de hacer una selección inteligente en cuanto a nuestro compañero o compañera matrimonial, porque no podemos ver dónde Dios nos va a querer tener en los años venideros. La selección que hiciéramos de un cónyuge, no importa cuán ideal y perfecto nos pareciera en ese momento, no soportará las pruebas del tiempo y de las circunstancias. Es sólo Dios quien puede tener el conocimiento y la sabiduría para hacer una decisión de esta índole.

Satanás le dirá toda clase de cosas para ponerle ansioso y lleno de temor. También tratará de atraerle a muchas otras personas en su vida a fin de que no se encuentre con la persona que Dios ha escogido para usted. Es por eso que es muy importante que se le dé al Espíritu Santo la libertad de seleccionar su vocación y a qué universidad asistirá (si es su voluntad que asista). Podría ser que a menos que siga la dirección

de Dios desde el principio, tardará mucho en encontrar a su cónyuge, o tal vez nunca llegará a encontrarlo.

Pero si empezamos desde el momento de la conversión y simplemente nos esforzamos en negar lo que nosotros queremos y seguir cada dirección del Espíritu Santo, El nos dirigirá a su debido tiempo a todo lo que necesitamos a fin de ser usados en su reino según su propósito.

A veces tenemos que esperar durante un tiempo muy largo. A veces es un tiempo corto. Fue una sorpresa y un gozo cuando Dios reveló a mi corazón que nuestra hija menor y nuestro yerno debían casarse en menos de un mes. Esto no lo arreglamos nosotros según nuestro propio entendimiento. Fue el Espíritu Santo quien lo reveló.

Exhorto a cada persona soltera que lea este libro a que esté absolutamente segura de la dirección de Dios antes de casarse. Sería muchísimo mejor nunca casarse, que entrar en una unión que no ha sido dirigida por Dios. Nunca jamás le podría expresar la tristeza y angustia que tendrá si se casa fuera del orden divino. Del mismo modo tampoco hay palabras para describir la maravilla que se encuentra en un matrimonio dirigido por Dios.

Dios estaba haciéndole saber a Florence también que El nos había juntado de alguna forma por medio de su Espíritu. Yo me di cuenta más tarde, aun antes de que supiera que ella sería mi compañera, que si ella se encontraba en la iglesia mirando al frente y yo entraba por las puertas del vestíbulo que quedaban atrás, ella sentía mi presencia en el momento mismo que yo entraba en la iglesia. Este es un milagro del Señor. No siempre sucede así.

Creo que ocurrió esto, porque Dios me había llamado para un propósito específico en este mundo; y necesitaba una esposa que supiera esperar por mí horas en un auto sin enfadarse mientras Dios me tuviera compartiendo con personas queridas acerca de su reino. Necesitaba a alguien quien me soportara cuando llegara tarde a casa para la cena y la comida se enfriara, porque mi horario estaría sujeto a la voluntad de Dios. En fin, necesitaba una esposa que comprendiera que las cosas de la tierra eran siempre secundarias. Cuando las comidas, la familia y el hogar se trastornan, la mayoría de las esposas quieren hablar de ello y hacer saber que no lo aprecian particularmente. Yo debía tener una compañera que dijera "sí" a la voluntad de Dios, una esposa con voluntad para morir a sus esperanzas y deseos.

Se necesitó esta unión sobrenatural por la seriedad del llamamiento de Dios sobre nuestras vidas y por la diferencia en nuestras experiencias pasadas y nuestra educación. Dios había estado obrando para mantenerla en el área de Parker, aunque no fue fácil para ella en ese tiempo, pues sus excelentes habilidades musicales la habían hecho la favorita del señor Palmer, quien era el profesor de música donde Florence había obtenido su título. Con frecuencia él la llevaba a tocar al Club de Leones, al Club Rotario y a otras organizaciones. Ella no buscaba hacerlo, pero fue escogida de entre todas las pianistas de la Universidad Ball State.

Florence tenía excelentes recomendaciones para una buena posición de enseñanza el otoño anterior, y varias personas estaban queriendo

ayudarla; pero Dios cerró las puertas a todo esto. Como resultado de que ella no encontraba una plaza para enseñar, ella estaba intranquila. Sin duda, también estaba desilusionada, pues lo que quería era enseñar; y ella estaba excelentemente capacitada para hacerlo. Sin embargo, Dios tenía otra cita para ella. Yo la hubiera perdido si El no hubiera cerrado las puertas a sus oportunidades de enseñar.

Si sigue fiel y leal a Dios, El arreglará los asuntos importantes de su vida. Los arreglará a su propio modo si espera en El, le alaba y le da honor con su corazón tanto como con sus labios. Tal vez no resulte fácil, pero será lo mejor.

Una vez que me familiaricé con la mujer que Dios había escogido para mí, no quise regresar a casa por la noche. No quería dejarla, porque tenía un tesoro allí. Cuando uno tiene un tesoro, uno quiere tenerlo cerca. Cuando Dios lo una a una compañera, simplemente no se sentirá feliz sin ella, porque El los junta de una manera especial. Mientras más obedezca, más juntos se sentirán, porque se comprenderán mutuamente mejor. Aprenderá cuándo debe callar y cuándo debe de hablar. A veces se requiere mucho tiempo para aprender estas cosas; pero Dios nos ayuda, enseñándonos qué debemos y qué no debemos decir, de tal manera que no hagamos aparecer inferior a nuestro cónyuge ante los ojos de los demás. El nos enseña a ser cuidadosos de lo que hacemos y de cómo vivimos para que así no lastimemos ni estorbemos a las personas que amamos, sino que las ayudemos y animemos en su caminar.

Florence y yo comenzamos a anticipar el matrimonio. Una noche estábamos en el auto delante de la casa de sus padres, justamente frente al viejo árbol de arce. Ella me contaba de una de sus amigas casadas quien ya tenía una pequeña casa con muebles; y mientras ella hablaba, yo estaba orando dentro de mi corazón. Yo estaba clamando a Jesucristo puesto que sólo tenía unos pocos dólares en mi bolsillo, y todavía debía continuar estudiando.

De pronto, mientras clamaba al Señor Jesús silenciosamente, El me reveló que algún día construiría una casa para nosotros. Yo vi nuestra casa como una luz en mi corazón, muy lejos en el futuro. Nunca podría decir exactamente cómo fue, pero fue algo muy vivo dentro de mi corazón.

“¡Oh, querida!” dije. “Yo puedo ver nuestra casa como una luz. Puedo ver que si vamos donde Dios nos envía, llevamos su mensaje, abrazamos la cruz, somos obedientes, ganamos hombres y mujeres, chicos y chicas para el Señor Jesús, El nos dará una casa, la cual será un testimonio de que Dios provee para sus siervos de hoy tal como lo hizo para los profetas antiguos. Veo que también tenemos unos muebles muy bonitos.”

Uno nunca puede captar el esplendor, la maravilla, la emoción de una revelación que viene de Dios. Ordinariamente es muy simple y directa en su contenido. Sin embargo, siempre es una sorpresa. El escuchar directamente del cielo es el privilegio más grande que las palabras humanas puedan expresar. A causa de mis limitaciones, no

puedo comunicar la excelencia específica de ese momento en nuestras vidas. Fue una revelación maravillosa para mí.

Nosotros mantuvimos esa promesa a través de muchos difíciles años, promesa que llegó inesperada y silenciosamente a mi corazón mientras mi novia hablaba de la casa de su amiga. Aproximadamente diecinueve años y ocho meses más tarde, esa casa fue una realidad.



*Florence Spence cuando asistía a la Universidad Ball State.*

# 14

## LA SANTIFICACION

El día 27 de mayo de 1934, me casé con Florence Spence en una ceremonia pequeña y privada en la casa de sus padres. Teníamos solamente unas pocas pertenencias, y vivimos con mis padres el resto de ese verano, una cuadra al oeste de Grace y Ora Spence. Mis cinco hermanos amaban a Florence como si fuera su propia hermana. Después de todo, era la primera chica en la familia. Y hasta hoy día la aman de una manera muy especial.

Dios me había llamado a su ministerio. No sabía mucho de nuestro futuro, pero sí sabía que Dios había puesto su mano sobre mí. Recuerdo un día, el 24 de enero de 1933, cuando mi padre levantó su vieja Biblia muy en alto, y dijo: "Hijo, si vas a predicar el evangelio, métete este libro en tu corazón; porque por medio de este libro opera el poder de Dios." Desde aquel día he estado procurando obedecer su consejo, y todavía estoy esforzándome por hacerlo.

Sin embargo, conocer la Biblia únicamente no es suficiente. Primero tenemos que conocer a Jesucristo. Una vez fui a una iglesia para tener unas reuniones de avivamiento al sur de Knoxville, Tennessee, y conocí a un joven quien había pasado por cuatro años de estudios intensivos de la Biblia. Había estado en siete o nueve reuniones antes de esa noche memorable cuando pasó rápidamente al altar para conocer a Jesucristo como su Salvador. Conocía la Biblia, la había enseñado y la había predicado; pero no conocía a Cristo en su corazón. Cuando por fin conoció al Maestro, dijo que ese día fue el más feliz de toda su vida. Había invertido años aprendiendo la Palabra de Dios, pero no había dejado la Palabra encarnarse dentro de él.

El otoño de 1934, ingresé a la Universidad Taylor. No tenía mucho interés en estudios académicos, pero el Señor me ayudó. Descubrí que allí también enseñaban acerca de la santificación. Yo sabía muy poco acerca de la santificación después de la conversión. Mi padre no había oído predicar la santificación tampoco, y no entendía mucho sobre esto. El había predicado por años, y conocía a algunas personas que reclamaban un estado avanzado de santificación sin siquiera haber pagado sus deudas pendientes. Papá decía: "No creo que hay que creerlo, porque nadie lo está demostrando en la vida." Rechazó la santificación por la negligencia de unos pocos, y yo me sentía de la misma manera. Mi profesor me enseñó que después que uno es justificado, debe ser santificado; pero yo seguía diciendo: "No lo creo."

El otoño siguiente regresamos para empezar el segundo año en la Universidad Taylor. Esta universidad había planeado traer al Dr. Paul Rees como orador en una serie de reuniones que durarían una semana. El Dr. Rees probablemente es uno de los grandes predicadores en el mundo. Se le llama el príncipe de los predicadores, y es un hombre muy

grato, bondadoso y amable. En la última noche de reuniones, el 22 de septiembre de 1935, predicó sobre la santificación. Había terminado con el mensaje, y la congregación estaba cantando el himno final cuando de repente, mientras cantaban la segunda o tercera estrofa, oí una voz decir: "Loran Helm, ¿qué vas a hacer acerca de tu santificación?"

Me asustó. Me dije dentro de mí: "No voy a hacer nada."

Por segunda vez la voz preguntó: "¿Qué vas a hacer acerca de tu santificación?"

No sabía qué hacer. Otra vez contesté: "No." La tercera vez Dios me habló, y de nuevo dije: "¡No!" Cuando habló la cuarta vez, su poder pegó encima de mi cabeza y corrió por todo mi cuerpo hasta que pensé que estaba volviéndome una piedra. Cuando el poder llegó a mi corazón, empezó a sacar la vida de mi cuerpo; y cuando la vida empieza a extinguirse, uno hace algo al respecto.

Yo era una persona muy terca. Si yo creía algo, seguía creyéndolo sin importarme lo que los demás opinaran. Y en este caso estaba convencido de que no había tal cosa como la santificación, pero era Dios quien me estaba persuadiendo ahora. El deseaba llevarme a la santificación. Su poder estaba sacándome la vida.

Pasé al pasillo, y pensaba que estaba clamando a voz en cuello. Mi esposa me dijo más tarde que no me había oído decir nada; pero yo sentía como si estuviera gritando lo más fuerte posible, pues me encontraba desesperado. Si Dios en cualquier tiempo desciende sobre usted como ha descendido sobre mí, le moverá un poco. No importa quien sea, Dios lo moverá.

El diablo dijo: "¡No digas: 'Santifícame!'"

Pero clamé: "¡Oh, Dios! ¡Dios, santifícame!"

Cuando clamé a Dios para que me santificara, el Espíritu Santo operó en mi corazón. Me arrodillé en el altar al frente de la iglesia, y continué orando; pero la obra ya había comenzado. Mi santificación comenzó no en el altar, sino en el pasillo cuando pasé adelante para orar. Estaba muy seguro que no creía en la santificación después de la conversión, pero supe que en aquel momento esto había empezado en mi corazón por la fe. Yo sé que estoy en bancarrota espiritualmente y que tengo muy poco del amor de Dios, pero El empezó una obra en mi corazón aquella noche de septiembre que nunca ha cesado. Por el contrario, sigue creciendo más y más por su Espíritu.

Antes de esta obra que Dios hizo en mi corazón, solía enojarme y ser hostil. Era una persona apurona, y mi esposa era lenta. Yo decía: "Anda, querida, apresúrate. ¡Vamos a llegar tarde!" Mientras más le hablaba, más frustrada se tornaba ella. Después de que fui santificado, podía colaborar en vez de hacerla sentir mal. Encontré que podía ayudarla a bañar a las bebés. Descubrí que el Señor estaba enseñándome a ser sufrido, y estaba concediéndome paciencia. Comenzó a quitar de mí la severidad que estaba debajo de la superficie de mi personalidad. Empezó a erradicar de mí la ira, a matar esas cosas en mí que le entristecían a El; y todavía sigue refinando a mi hombre interior. Gloria al Señor.

Cuando se llega a ser salvo, se es librado de los pecados que cometió desde que tenía uso de razón, desde que se dio cuenta qué es bueno y qué es malo. Cuando uno es santificado, es limpiado de ese principio de pecado con el cual uno nace, de aquello que heredó por la naturaleza de la carne. La obra del Espíritu Santo es entrar en su vida, purgar toda inmundicia por medio de crucificarle y luego llenarle con la plenitud de su Espíritu lo más que pueda y lo más rápido posible.

Esta doctrina ha dividido a muchas iglesias, y no podemos basarnos en definiciones, discusiones, teologías o cualquier otra cosa que pueda dividirnos. El Espíritu Santo obra en cada hombre o mujer un poco diferente. No trate de obtener una experiencia como la que tiene otra persona o seguir el patrón de otra persona. Solamente busque a Jesucristo y su amor. Ponga su corazón y su mente como un pedernal, y resista toda confusión, frustración o molestia, permitiendo al Espíritu Santo que le guíe.

Dios quiere que la iglesia entera sea santificada, que sea apartada para El; y tenemos que perseverar todo el tiempo para mantener esta posición santa. He visto a través de los años un buen número de personas que creen que han perseverado hasta alcanzar la santificación, pero tan sólo han sido convertidas verdaderamente; eso es todo. Creo que muchas personas no han logrado llegar a una santificación verdadera en su corazón. No la alcanzamos, y por eso quedamos en un formalismo. Estamos más conformes con este mundo que sometidos a Dios. Si Dios pudiera encontrar tan sólo unos pocos que estuvieran totalmente rendidos a El, qué no podría hacer El para la gloria de Cristo.

Yo prediqué por algún tiempo antes de que supiera esto, y todavía sigo aprendiendo. Muchos suponen que pueden ser santificados mientras viven una vida espiritual un tanto casual y a medias. Pero el candidato para la santificación es aquella persona que busca primeramente el reino de Dios, quien tiene el amor y el gozo de Cristo en su corazón, y persiste con todas sus fuerzas para obedecer a Dios.

Por muchos años mi carga ha sido que Dios quiere que todo el cuerpo de la iglesia, todos nosotros, cada parte, sea santificado. El Señor Jesús dijo: "Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad...y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad...para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste."

Hace veinte años esto me llamó la atención fuertemente: "...para que el mundo crea que tú me enviaste." El mundo nunca llegará a conocer que Jesucristo, el Hijo de Dios, es una persona real, el único Salvador, hasta que la iglesia entera sea santificada. Cada vez estoy más y más convencido de que cada hombre, mujer, muchacho y muchacha necesitan ser santificados; y si no perseveramos en ello, no vamos a alcanzar la voluntad de Dios, y millones de personas se perderían en una eternidad sin fin.

Muchos que no conocen a Cristo todavía posiblemente podrían perderse, porque nosotros en la iglesia no nos hemos esforzado en su

reino hasta llegar a la purificación del corazón, a la unidad por la cual Cristo Jesús oró hace casi dos mil años. Y debido a que no hemos llegado en su reino al lugar donde Dios nos necesitaba, el poder de Dios no ha podido obrar a través del cuerpo de Cristo para atraer a los pecadores a El. **El poder de Dios puede obrar a través de cualquier cuerpo de creyentes en proporción a su obediencia de todo corazón, a su completa sumisión y a su entera santificación.**

Cuando una persona es santificada por el Espíritu Santo, es maravilloso tratar con esa persona. Es amable, dulce y sufrida; y por la gracia de Dios no busca encontrar faltas. Procura la paz, ayudando, levantando y animando a todos. Está llena de un gozo que realmente es inefable y lleno de gloria.

Claro que la santificación es solamente el principio del andar con Dios. Uno no puede sentarse y pensar que va a durar automáticamente para siempre. Hace años la gente tenía la idea de que lo único que tenía que hacer era ir al altar sólo una vez y allí ser santificados para siempre. Cruzaban sus brazos, y descansaban en esta experiencia. Pero esto es tan sólo el principio. Es aquí cuando empieza la vida diaria de morir al "yo," esa muerte interior que sólo el Espíritu Santo puede llevar a cabo. Tenemos que esperar en Dios con los ojos puestos en Cristo cada día para recibir vida y fortaleza. Tenemos que esforzarnos en negarnos a nosotros mismos continuamente de tal forma que podamos tomar la cruz y seguir a Cristo.

Cuando somos santificados, esto se hace evidente a todos. Llegamos a ser una luz en dondequiera que estemos. Ya no nos quejamos de la iglesia, no murmuramos de las actividades o buscamos encontrar faltas en las personas. Estamos llenos de alabanza y gratitud. Cuando el pastor predica, oramos por él, clamamos a Dios para que le ayude y cooperamos junto con él. No nos sentamos en la última banca con la cara melancólica sin tener ningún interés.

Una vez que Dios empieza la obra de santificación en nosotros, no deseamos otra cosa sino escuchar la Palabra de Dios, la cual iluminará los cuartos que todavía están oscuros en nuestro corazón con la gloriosa luz del evangelio. Encontraremos más deleite en oír la Palabra de Dios predicada bajo la unción del Espíritu que el asistir a un partido de fútbol, de baloncesto o ir a un parque de distracciones.

Una vez que realmente comenzamos a buscar la pureza y santidad del corazón, empezamos a arreglar las cosas con nuestros semejantes. Lápices que hemos sustraído de la oficina serán devueltos. Herramientas que hemos llevado del taller serán regresadas, y pediremos disculpas por ello. Viejas cuentas no pagadas serán canceladas. Comentarios poco amables y críticos sobre el pastor, nuestro vecino, parientes, el jefe o empleados nos entristecerán mucho; y tendremos que pedir perdón. Muchos pequeños asuntos tendrán que arreglarse.

Recuerdo una ocasión cuando estaba en primer año de secundaria y me encontré con el entrenador del colegio en el corredor. Los muchachos le habían molestado mucho aquel día, y cuando le pregunté a qué hora íbamos a ir al gimnasio, él se dio la vuelta hacia mí y me dio un puntapié en el costado. Aunque no me golpeó tan duro como para

herirme, yo le guardaba un poco de resentimiento.

Entonces llegó el día cuando tuve que ser limpiado de ese resentimiento en mi corazón y pedirle perdón; así que le dije: "Lo siento, estoy muy avergonzado de haber permitido que un mal pensamiento se opusiera entre nosotros." Pero cuando Satanás puso este resentimiento en mi mente, lo retuve suficiente tiempo para que cayera dentro de mi corazón y se estableciera allí. Tuve que pedir al Señor que crucificara este resentimiento que había en mí y que lo arreglara todo.

Si vamos a buscar la perfección del corazón, tenemos que efectuar restituciones. No podemos evadir el arreglar las cosas con nuestros semejantes. Cristo realmente quiere la pureza del corazón, una santidad de la vida interior en su iglesia. El dice en su Palabra: "Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor." Debemos esforzarnos para ser un pueblo puro. Debemos perseverar hasta la perfección.

"Oh, Hermano Helm," probablemente alguien dirá. "Seguramente usted sabe que no es posible ser perfecto en esta vida, y por eso no vale la pena intentarlo."

Si los ingenieros y los mecánicos no hubieran tratado de hacer perfectos los cilindros en mi auto, yo estaría en problemas. Si el interior del motor de mi automóvil no estuviera correctamente hecho, si las válvulas no estuvieran exactamente ajustadas como deben estar, el motor perdería compresión. No tendría suficiente fuerza, y podría aun dañarse. Igualmente la persona que se estanca espiritualmente y que no anda bien tiene algo malo en el funcionamiento de su alma. O el corazón no está correctamente "ajustado" en el amor, o el alma no está exactamente acorde con la perfecta voluntad de Dios.

La mayoría de las personas no quieren oír acerca de la perfección cristiana. La mente carnal resiente y se resiste a cualquier mención sobre la pureza del corazón o de la sumisión absoluta. Sin embargo, el apóstol Pablo consideraba esto sumamente importante. John Wesley la enseñaba. Charles G. Finney, D.S. Warner, E.E. Byrum, A.B. Simpson, Bud Robinson y muchos otros humildes siervos de Dios la predicaban e intentaron vivirla. Necesito buscar un corazón puro y determinar en lo más íntimo de mi corazón ser perfecto en Cristo. Si tal fervorosa determinación no existe, Dios está entristecido conmigo. He nacido en el pecado, y soy más pecador que nadie; pero Cristo murió no solamente para salvarme de la pena de mis pecados, sino también de su poder esclavizante. Es su deseo librarme totalmente del pecado. El sufrió en la cruz para que yo pudiera ser santificado, limpiado y hecho partícipe de su naturaleza divina.

Cristo mismo nos anima cuando dice: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto." (Mateo 5:48) Muchos individuos están esforzándose por lograr la perfección en cosas mundanas. Todo atleta, por ejemplo, se esfuerza para alcanzar la perfección. ¿No sería una maravilla si los cristianos se esforzaran para ser perfectos en el corazón tanto como estos atletas corren varios kilómetros diariamente para mejorar su habilidad y su capacidad? Al atleta le gusta sentir la fatiga que su ejercicio produce. Le da

satisfacción. Sin embargo, cuando pensamos en esforzarnos hacia la perfección del alma, la mente carnal nos dice: "Es tontería. No lo hagas; déjame en paz. No trates de decirme que debemos ser perfectos."

Pero sí debemos esforzarnos por alcanzar la perfección. Dios se place cuando tratamos de alcanzar la perfección, y se entristece mucho cuando estamos satisfechos con menos de lo que es su ideal. La perfección sólo se conoce y se logra por la gracia de Dios por medio del Espíritu de Cristo, por el negarse a sí mismo, bajo la cruz, muriendo diariamente mientras estamos sometidos a su voluntad y nos regocijamos en El.

Estoy convencido de que hay muy pocos que están verdaderamente santificados. Algunos han empezado, pero pocos han seguido esforzándose en obediencia y perseverando en la negación de sí mismos hasta que Dios pueda realmente limpiar sus corazones y venir a sus vidas con su Espíritu Santo. Esto no puede suceder sin una crucifixión. Es un morir en el interior del hombre a las cosas de la carne para que Cristo pueda realmente vivir en nosotros.

John T. Hatfield, ese maravilloso hombre de Dios, tenía tan mal carácter antes de ser santificado que una vez cuando su esposa no estaba lista para ir a la iglesia, estando él ya listo, tomó el caballo y el carruaje, y la dejó irse a pie. Ella era una creyente maravillosa, y nunca dijo ni una sola palabra. Caminó hasta la iglesia, y al llegar, entró en la reunión y se sentó a su lado con una sonrisa dulce en su rostro. "Estuvo tan tranquila como un amanecer en la primavera y tan mansa como una paloma," mencionó John en su autobiografía.\*

John había sido salvo ocho años antes de oír acerca de la santidad interior del corazón. Pero una vez que su pastor recibió esta bendición durante una reunión de santificación y comenzó a enseñar acerca de ella, John estuvo convencido de que él también la necesitaba. Empezó a orar y clamar por esta experiencia tan fervientemente que muy pronto fue bendecido fuertemente, y pensaba que había sido ya santificado.

Un atardecer él y su esposa empezaron la tarea de trasladar una gallina a un mejor lugar. Después de cambiar los huevos, John suavemente puso la gallina en el nido. En vez de ir acostumbrándose tranquilamente, la gallina se rehusó. John le puso otra vez en el nido, pero volvió a levantarse inmediatamente. Cada vez que se levantaba, le ponía nuevamente en el nido cada vez más bruscamente. "¡Siéntate en ese nido!" le ordenó.

Como no pudo entender tal lenguaje, la gallina se paró de nuevo. El no sabía el idioma de las gallinas, e intentó convencerla de sentarse en el nido a la manera de él. Al acabar el incidente, unos huevos quedaron rotos, la gallina perdió algunas plumas y John se enteró de que no había sido santificado. Solamente había sido bendecido.

En otra ocasión, John pensó que sería bueno destetar al nuevo ternero de su madre a fin de que tomara su leche desde un balde.

\*"Thirty-Three Years a Live Wire," John T. Hatfield, Revivalist Press, Cincinnati, Ohio

Había mamado suficiente tiempo. Tomó leche en un balde, y muy suavemente trataba de engatusar al ternero con el mismo. Sin embargo, el animalito se rehusaba a beber. A veces un ternero toma de un balde en seguida, pero muchas veces requiere tiempo. “Mira,” dijo, “agacha la cabeza.” Claro que el ternero no podía entender lo que John le estaba diciendo, y cada vez levantaba la cabeza fuertemente.

Después de mucho esfuerzo, John puso el hocico del ternero en el balde con leche. Al hacer esto, éste se puso loco de miedo, cabriolando y parándose en las patas traseras. La señora de Hatfield había estado tratando de sostener el balde a su esposo. Pronto John estaba diciéndole cómo sostenerlo con una voz muy fuerte.

Con sus reservas de paciencia ya agotadas, John brincó encima de ese ternerito, le agarró por las orejas y empujó su cabeza en el balde hasta que la leche le entrara por los ojos. El ternero dio un gran brinco, y John, su esposa y la leche salieron volando. Si mal no recuerdo, él confesó haber llegado a tal enojo que echó al ternero del establo a patadas; y amenazó con matarlo. El, como muchos de nosotros antes de que Dios nos limpie, tenía un genio muy fuerte. Una vez más se dio cuenta de que no había sido santificado. El realmente pensó ya haberla obtenido, pero no fue así; solamente había orado hasta recibir bendición.

No obstante, hubo una noche memorable cuando John, a petición de su pastor, oró por los que estaban en el altar. Dios había bendecido su alma profundamente aquella noche; pero mientras la reunión seguía, como nunca antes sentía la necesidad de tener un corazón limpio. Nunca antes deseó más que en ese momento ser librado de su mal genio.

Comenzó a orar por las personas llorosas que estaban en el altar, quienes anhelaban ser salvas en ese momento, pero después de poco empezó a orar por sí mismo. Por seis meses había estado buscando la obra de la santificación completa en su corazón. Había orado varias veces hasta recibir una bendición, pero todavía el “hombre viejo” controlaba su vida. En aquella noche el Espíritu Santo le ayudó a ver que había estado orando hasta recibir una bendición, pero realmente no había ejercido su fe para reclamar la promesa de Dios. Llegó al punto cuando dijo en su corazón: “¡Señor, sí te creo!” e instantáneamente el fuego cayó. ¡Sabía que la obra ya estaba hecha! Dios había santificado a John T. Hatfield. (Y mientras cuento esto, el poder de Dios fluye a través de mi cuerpo, testificando el hecho de que él fue verdaderamente santificado.)

A la mañana siguiente de esa bendita experiencia, John estaba ordeñando su vaca, un animal que siempre le causó problemas. Muchas veces esperaba hasta que el balde estuviera casi lleno, y en ese momento la vaca daba una patada tan fuerte que derramaba la leche por todos lados. En días anteriores John le había dado de puntapiés, le había pegado y la había insultado.

Esa mañana estaba tan absorto en el gozo del Señor que tenía dentro de su corazón, que casi no tomaba en cuenta la vaca. Pero cuando ya acababa y empezó a ponerse de pie con el balde lleno de lecha tibia, la vaca de repente dio una patada al balde que arrojó la

leche por todos lados. Ese líquido tibio y pegajoso salpicó por encima de la cabeza de John, por su cara, por su ropa y le corría por su cuello.

En esta ocasión en vez de abofetearla e insultarla como en los días anteriores, John tranquilamente caminó a la parte delantera del pesebre, y puso su mano en el lomo de la vaca, confesando suavemente que él era la causa de sus patadas. "Eres una vaca buena," le dijo a ese humilde animal de la finca, "y te quiero. Mis días de dar puntapiés ya han terminado. Si quieres dar patadas tú, sigue adelante; pero yo quiero que sepas que estoy santificado. Ya no voy a volver a tratarte así."

La historia dice que la esposa de John le vio regresando a casa esa mañana del establo con la leche goteando de sus manos, su cara y su ropa, ¡con una gran sonrisa en su cara! Ella estaba satisfecha de que por fin él se había encontrado con la Roca. El "hombre viejo" había sido crucificado. ¡Al fin John había sido santificado!



*Loran William Helm y Florence Martha Spence el día de su boda, el 27 de mayo de 1934.*

# 15

## NUESTRO PRIMER PASTORADO

Cuando yo tenía veintiún años, mi esposa y yo fuimos con nuestro pastor a hablar con el anciano del distrito acerca de tomar un pastorado mientras asistía a la Universidad Taylor. El me había informado previamente que había tres pastorados disponibles. Yo debía escoger uno de ellos.

Mientras escuchaba al anciano describir las oportunidades, yo confiaba en Cristo que El iba a ayudarme a saber cuál debía escoger. "Podrías tener este pastorado en particular," explicó, "el cual está cerca de la Universidad Taylor; y el sueldo es ochocientos dólares al año. Este otro está más lejos, y tiene dos casas pastorales. Podrías ocupar una y alquilar la otra para ganar un poco más. También tiene un sueldo de ochocientos dólares."

Hizo una pausa como si estuviera esperando mi respuesta. Entonces le dije: "Hermano, usted me dijo que podía elegir entre tres pastorados."

Un tanto desganado contestó: "El tercero es el Circuito de Redkey. El sueldo solamente es de setecientos dólares al año."

El momento que dijo "el Circuito de Redkey," sabía que allí era donde Dios quería que estuviéramos; lo sentía en mi corazón. "El Circuito de Redkey es donde debemos estar," le informé.

Este hombre era mucho mayor que yo, y había predicado mucho tiempo. Cuando le dije mi decisión, preguntó: "¿Por qué no escogiste este pastorado cerca de la Universidad Taylor? Es mucho más conveniente, y el sueldo te da cien dólares más al año." (Por supuesto, cien dólares era mucho dinero en esa época.) "Has contestado demasiado rápido," sugirió, "piénsalo durante veinticuatro horas."

"No cambiaré de idea," le aseguré. "Lo que Dios me dice nunca cambia."

Entonces él contestó: "Llámame después de veinticuatro horas para darme tu decisión final."

Al día siguiente llamé al anciano del distrito para decirle, "Vamos al Circuito de Redkey." Esta responsabilidad consistía en estar a cargo de dos congregaciones, y la casa pastoral no tenía baño ni calefacción. En términos de comodidad humana y en cuanto al número de miembros de la iglesia, hubiera podido considerarse como uno de los menos deseables pastorados del distrito, si no el peor. Pero fue ahí a donde Dios testificó que deberíamos ir. Así que comenzamos nuestro trabajo en ese lugar en abril de 1937.

Después de estar allí seis semanas, una de las queridas hermanas que pasaba mucho tiempo en oración le dijo a mi esposa: "He orado por el ministerio de su esposo en esta iglesia durante treinta años." Eso

quería decir que ocho años y medio antes de que yo naciera, ella había estado orando por la obra que Dios realizaría a través mío. ¿Qué si hubiera fallado en buscar la voluntad de Dios, o no hubiera ido donde Dios me dirigió y hubiera perdido esta cita sagrada por la cual esta amada hermana había orado durante muchos años?

Cuando Florence y yo empezamos a pastorear, teníamos muy poco con que amueblar la casa pastoral. Mi padre nos había comprado un pequeño sofá verde que se transformaba en cama gemela. Florence dormía en el lado suave, y yo dormía en el lado duro. Esta fue nuestra cama desde 1934 hasta 1936, y en 1937 compramos nuestra primera cama regular con los diecisiete dólares y cincuenta centavos que había ahorrado desde mi niñez. Desafortunadamente no resultó muy buena, y después de poco tiempo ninguno de los dos estaba durmiendo bien. El colchón se ablandó, y los dos rodábamos siempre hacia el centro. Pero a pesar de todo, estábamos agradecidos por ella.

Mientras estaba orando al lado de este sofá viejo en diciembre de ese año, Dios me reveló: "Quiero que te reúnas con tu consejo de evangelismo y les digas que van a celebrar unas reuniones de avivamiento." Sin embargo, cuando hablé al consejo acerca de esto, los dos líderes principales me dijeron: "No podemos tener reuniones de avivamiento, pues no disponemos de dinero; y no podríamos conseguir ni diez dólares de la congregación."

Yo no había pensado en esto. Les informé, "Dios me dice que tengamos reuniones de avivamiento."

La querida hermana quien había orado por mi ministerio, la única mujer en el consejo, levantó la voz, y dijo: "El reverendo Helm tiene razón; Dios quiere un avivamiento." Los otros dos hombres que formaban parte del consejo dijeron: "Estamos entre dos aguas." Esto quería decir que podíamos tener reuniones de avivamiento si yo quería; y si no quería, les daba igual.

Al regresar a casa, empecé a orar. Solamente tenía veintiún años en mi primera misión como pastor. No quería hacer algo que no debiera. Mi consejo de evangelismo no estaba de acuerdo. Uno creía que deberíamos tener las reuniones, dos estaban en contra definitivamente y dos estaban indecisos. "Señor Jesús," oraba, "¿Qué haré?"

Cuando busqué la dirección del Señor, El me dirigió claramente a llamar a un evangelista en Richmond, Indiana. Debía pedirle que llegara temprano el domingo por la mañana a fin de que oráramos juntos, y después él podía predicar como orador invitado. El Señor Jesús dijo: "Déjame todo a mí," y así lo hice.

El domingo temprano, el evangelista y yo tuvimos un pequeño tiempo de oración antes de que él predicara. Cuando se hizo la invitación a pasar al altar, Arthur Brown y su señora fueron adelante, oraron y se convirtieron. Toda la congregación estaba de acuerdo: "¡Esto sí que es un avivamiento!" (Antes del año, la señora Brown descansó en la paz del Señor. ¡Cuán importante fue la dirección de Dios en cuanto a este avivamiento para esta alma!)

Estas reuniones especiales duraron tres semanas. Con la ayuda y

dirección del Señor, cuarenta y cinco personas fueron tocadas por Dios. Algunas de éstas fueron salvadas y otras santificadas; además los cuerpos de varias personas fueron sanados. Dios obró milagros entre nosotros. Mi esposa todavía recuerda aquel avivamiento como uno de los más maravillosos que jamás haya experimentado. De veinticinco a veintiocho asistían a la escuela dominical en aquel tiempo. Cuando el poder cayó sobre esa pequeña congregación, la asistencia pronto se duplicó y continuó creciendo. El Señor Jesús me había dicho: "Déjame todo a mí." Fue El quien se encargó de todo.

Al principio, cuando yo era joven, no creía en la sanidad divina. El evangelista declaró: "Dios sana hoy exactamente como siempre lo ha hecho."

"¿Es cierto esto?" comenté. Había oído de cómo mi padre fue sanado cuando él era niño; pero yo todavía era un joven, y no tenía experiencia con sanidad divina.

"¡Dios todavía es el mismo!" el evangelista me aseguró.

"Esto es maravilloso," le dije. Cuando él compartió que Dios todavía sanaba como lo había hecho en los tiempos bíblicos, empecé a creerle.

Dio la casualidad de que una de las mujeres de nuestra congregación, Edna C., había sufrido un accidente muy grave, y experimentaba un dolor severo casi todo el tiempo. Debido a que tenía la pelvis y algunas vértebras fracturadas y por su condición inválida, tenía que ser volteada de un lado a otro en su cama con una sábana durante tres semanas. El evangelista se enteró de ello, y me dijo un día: "Vamos a la casa de estos vecinos para tener una pequeña reunión. Ungiremos a la mujer con aceite, y le pediremos a Dios que la sane. Esto va a conmover a la gente de esta área para que se vuelva al Señor." Cuando pedí permiso a Edna para poder ir a su casa, ella consintió alegremente.

Más o menos una docena de los hermanos de la iglesia nos acompañaron hasta allá ese día. Después de cantar un himno acerca de la maravillosa gracia del Señor y otros himnos más, el evangelista y yo, que estábamos al lado de la cama, unguimos con aceite a la mujer sufrida; y empezamos a clamar a nuestro Padre celestial para que descendiera y la sanara.

Mientras orábamos, vi descender un rayo de luz del cielo; y la gloria de Dios cayó sobre el cuarto con gran dulzura. Miré al esposo de Edna, quien pesaba noventa kilos o más, y Dios estaba obrando en su alma en tal forma que temblaba. El poder de Dios llegó a mi esposa, y comenzó a gritar. Nunca la había visto regocijarse así antes ni después de esa ocasión. Ella no tenía ninguna idea de que iba a hacerlo; pero cuando sintió el poder de Dios, simplemente esto la hizo gritar.

(No estamos acostumbrados a ver la evidencia del Espíritu Santo hoy día. Por eso muy pocos de nosotros realmente conocemos cuán fuerte es su poder. Cuando El descienda con un gran avivamiento uno de estos días, todos lo conocerán. El va a moverlos a todos, quieran o no.)

¡La gloria de Dios llenó ese cuarto! El Señor entró al cuerpo de Edna, sanando inmediatamente la pelvis fracturada y las vértebras dañadas.

¡En un instante, Dios realizó un milagro!

Cuando salimos de la casa, su tía anciana entró al cuarto. “¿Puede traerme mi ropa?” le preguntó Edna.

“Oh, Edna,” le advertía, “eres una mujer enferma. No debes tratar de levantarte.”

“Querrá decir que estaba enferma,” le dijo Edna. “Por favor, traígame la ropa, porque voy a vestirme y ayudarle a preparar la cena.”

“¡Oh, hija! ¡No estás bien! ¡Estás enferma!”

“Querrá decir que estaba. Quiero levantarme de esta cama para ir a la iglesia mañana por la noche.”

“¡Pero Edna,” la tía insistía, “estás en muy mal estado!”

“Estaba en mal estado, tía,” le explicó de nuevo. “Ahora ya no lo estoy más, sino que estoy sana” y, ¡se levantó de la cama! La querida tía estaba muy asombrada. Después de que Edna se vistió, la ayudó a preparar la cena, y a la noche siguiente fue a la iglesia. Cuando esa mujer, quien había estado recluida en el lecho del dolor y que dependía de una sábana para voltearse de un lado a otro en su cama durante tres semanas, se puso de pie y testificó acerca del milagro de sanidad de Cristo, la gente de la comunidad estaba conmovida por lo que Dios había hecho.

Esta fue mi primera experiencia de sanidad divina, y Dios me hizo comprender muy claramente que El es el mismo hoy como cuando Jesucristo anduvo en la tierra. Por la gracia de Dios nunca voy a olvidarlo.

Dios también efectuó un milagro en Mabel P., quien estaba imposibilitada para acostarse por una infección que tenía en el sistema respiratorio. De vez en cuando una flema sangrienta surgía de los pulmones, y no la dejaba respirar. Por eso tenía que tratar de descansar sentada. Fuimos con algunos hermanos para orar por ella.

Cuando empezábamos a orar, de algún modo Dios me ayudó para saber que algo andaba mal. “Algo está impidiendo la oración,” dije. “Algo está bloqueándola. Alguien no está bien con Dios.” Entonces les pedí que oraran por ellos mismos. “¡Arreglen las cosas con Dios!” les rogaba. Pero todavía no podía orar por la sanidad de la hermana Mabel; entonces clamaba otra vez: “Hay algo en el corazón de alguien que está bloqueando el poder de Dios.”

¿No es maravilloso que Dios pudiera mostrar a un joven e inexperto pastor la necesidad del momento? Seguía rogando a la gente para que desecharan cualquier resentimiento de su corazón. No era una situación fácil. Por fin, después de más o menos tres o cuatro exhortaciones, dos mujeres cruzaron la sala y se pidieron perdón. Los canales del amor fueron abiertos, y la gloria cayó. Comenzamos a orar, y Mabel dijo que veía a Cristo parado en la puerta del cielo. Mientras intercedíamos por ella, vio al Señor extender su mano desde el cielo, ponerla sobre su cabeza y sanarla.

En el momento de su sanidad, esa espesa flema sangrienta empezó a fluir de su boca, y rápidamente tuvimos que conseguir un recipiente.

Todos los hermanos estaban alarmados. Yo podía ver en sus caras que estaban dudando.

“¡Tengan fe!” les animaba. “¡Eso es lo inmundo que está saliendo!” Era terrible ver aquello. Nunca he visto tal sustancia salir de la boca y de la garganta de una persona. “No sean incrédulos,” seguía diciéndoles. “Sólo tengan fe, y digan: ‘¡Gracias Señor Jesús!’” (¿Quién me había enseñado esto? ¿Qué me hizo tener la seguridad de que lo que estaba pasando era de Dios cuando los mayores temían de que ella no hubiera sanado? Tuvo que ser la ayuda de Cristo, lo sé.)

Cuando esta hermana visitó al doctor para hacerse un examen de rayos X, el doctor le dijo: “Es maravilloso; toda la infección ha desaparecido de los pulmones.” Dios la había sanado para su gloria.

Estas son algunas pocas de las cosas maravillosas que hubiéramos perdido en nuestro primer pastorado si hubiéramos hecho nuestra propia elección en vez de hacer la voluntad de Dios. El anciano del distrito había estado pensando en mis finanzas cuando me recomendó los mejores puestos. Ahora veíamos cómo el poder de Dios obró cuando llegamos al lugar que El nos señaló. (¡Y el Espíritu Santo se mueve a través de mi cuerpo mientras comparto esto!). Todo lo anterior solamente fue el comienzo de lo que Dios iba a realizar para su gloria, porque era su comienzo, no el mío.

En abril de 1938, fuimos transferidos desde Redkey a Whitewater. Después de un año, se graduó de la Universidad Asbury el reverendo Homer Pumphrey, quien había estudiado con el hijo del anciano del distrito, Philip Brooks Smith. El reverendo Smith fue uno de los grandes predicadores dotados por Dios en el estado de Indiana. Predicaba a Cristo y a El crucificado. El reverendo Pumphrey solicitó un pastorado, y por eso el reverendo Smith lo envió al Circuito de Redkey.

Cuando el reverendo Pumphrey arribó, se enteró de nuestro andar con Dios, y comentó: "Quiero conocer a este peregrino de Cristo." En 1939, en New Castle, Indiana, tuve el privilegio de conocer a Homer por vez primera. El dijo: "Quiero que tú ores para que yo sea un hombre santificado y para que Dios haga de mí todo lo que El quiera."

Cuando regresé a la casa pastoral de Whitewater, le dije a mi esposa: "¡Nunca en la vida un predicador me ha dicho esto!" ¡Qué encantado y sorprendido estaba al escuchar de alguien que deseaba ser todo lo que Dios quisiera que fuera! He conocido a muy pocos que han querido andar real y definitivamente con Jesucristo.

En ese tiempo había comenzado los estudios del año de grado que me faltaban en Earlham College, y Dios continuaba su obra conmigo. Confiaba en El lo mejor que podía, y trataba de hacer todo lo que El quería que hiciera. En las pequeñas iglesias donde trabajábamos, la gente estaba siendo salva, los cuerpos eran sanados y varios corazones fieles pasaron adelante para ser purificados interiormente; pero dentro de mí yo sabía que Dios no me estaba llamando para el pastorado.

Algunas veces, después de un día de estudios en la universidad, solía decirle a mi esposa: "Querida, no me encuentro en el lugar correcto. Cuando era niño, en la finca cada una de las vacas tenía su propio lugar específico dentro del establo. Dios me está llamando para algo, y todavía no estoy en el lugar correcto." Yo estaba muy agradecido por lo que el Señor estaba realizando; pero este fuerte sentimiento nunca me dejó: "Dios me está llamando para algo. Está allí delante de mí en algún lugar."

En aquel tiempo teníamos tres pequeñas niñas. Joyce Lee nació en enero de 1936, nuestro segundo año en la Universidad Taylor; y las niñas gemelas arribaron el veinticuatro de mayo de 1939. Ocho meses y medio antes de que ellas nacieran, Cristo me reveló que nos iba a dar gemelos; y al llegar a casa le dije a Florence: "¡Querida, el Señor acababa de revelarme que El nos va a dar gemelos!"

Nunca olvidaré la reacción de mi esposa cuando le informé esto. Llevándose las manos al pecho de una manera que nunca antes lo había hecho, y que ni después volvió a hacerlo, ella dijo: "¡No! ¡Seguro que no!"

Cuando comenté con otras personas lo que el Señor me había revelado, recuerdo que ninguna de ellas me creyó. Sin embargo, sí creyeron después de que Florence dio a luz dos idénticas gemelas ocho meses y medio después de la revelación. Nancy pesó 2.5 kilos al nacer y Martha 2.3 kilos. Cada una había perdido medio kilo cuando las trasladamos del hospital a casa. Eran muy pequeñas y de lo más preciosas.

En la reunión de la conferencia anual en 1941, el anciano del distrito me dijo donde pensaban que me iban a dar una asignación. Este cargo comprendía dos iglesias con una casa pastoral que tenía calefactor nuevo y pisos nuevos. También él me pidió que orara acerca de ir al Circuito de Shideler, un cargo con tres congregaciones. La casa pastoral no tenía calefactor ni baños, y uno tenía que ir afuera para sacar el agua.

No dije nada, pero mientras él conversaba con otros en la conferencia acerca de donde yo debía ser enviado, regresé al hogar de los Swanson donde mi esposa y yo estábamos hospedados durante nuestra estadía en esa localidad. Florence no se sentía bien en esos días. Si usted supiera por todo lo que ella ha pasado a través de estos treinta años, más o menos, estaría de acuerdo que ha sido únicamente por la gracia de Dios que hemos podido llegar hasta hoy; y será únicamente por su misericordia que podremos llegar al día de mañana.

Al entrar a nuestra habitación, le dije a mi esposa: "Querida, voy a orar acerca de estos pastorados." De rodillas pregunté: "Señor Jesús, ¿quieres que vayamos al pastorado donde hay esta maravillosa oportunidad?" Todo era tinieblas como la medianoche. Entonces seguí preguntando: "Señor Jesús, ¿quieres que vayamos al Circuito de Shideler?" Cuando oré acerca de este pastorado, vi una bola de fuego a mi derecha a unos sesenta o noventa metros sobre mi cabeza. Con gran gozo anuncié: "¡Querida, Dios quiere que vayamos a Shideler!"

Tres días después el anciano del distrito nos envió al Circuito de Shideler, el lugar que Dios ya me había enseñado. Según la opinión del mundo, éste era el pastorado menos deseable de entre muchas iglesias; pero cuando nosotros arribamos en mayo de 1941, yo me sentía muy feliz. A no ser que Dios lo revelara, nunca nadie podría saber cuán feliz me encontraba allí, pues éste era el lugar que Cristo había escogido para nosotros.

Aunque la casa pastoral no tenía facilidades en cuanto al baño y nosotros teníamos que sacar nuestra propia agua, en ocasiones me encontraba en el jardín de la casa pastoral con una felicidad tan grande en mi alma que nunca podría expresarla adecuadamente a nadie. Yo le decía a la gente: "Me siento aquí tan feliz como si estuviera en la Casa Blanca en Washington." ¡Yo estaba feliz, porque Dios nos había traído hasta este lugar! Nosotros estábamos materialmente muy abajo, pero yo sentía como si estuviéramos muy arriba. Casi no teníamos nada; sin embargo, sentía como si tuviéramos mucho. Para esto se requiere tener a Jesucristo, ¿verdad? Si el Señor ve que estamos felices sin tener nada, tal vez algún día nos dé algo.

Dios me enseñó cómo hacer que las tres iglesias fueran como una

sola congregación. Durante nuestro período de servicio, hubieron unas noventa victorias; y las tres iglesias comenzaron a unificarse en un amor nada usual. Dios obró a través de los hermanos para poner ventanas a prueba de viento en la casa pastoral, perforar un nuevo pozo, instalar una bomba y proveer agua para la casa. El me proveyó de un grupo de hombres que podían cantar para la gloria de Dios. Al principio ellos dijeron: "Nosotros somos únicamente agricultores, carniceros, trabajadores de fábrica; y no sabemos cantar." Pero cuando nos reuníamos con mi esposa al piano, el Señor nos ayudaba.

Habiendo terminado mi tesis de grado, el anciano del distrito pensó que debería continuar con un curso de estudios teológicos, de tal manera que fui enviado a una institución cerca de Chicago. Los lunes dejaba a mi familia, viajaba al seminario para tomar clases durante cuatro días, y después regresaba a casa para dirigir las reuniones del domingo.

Al caminar entre estos maravillosos edificios académicos, frecuentemente Dios obraba conmigo, y yo le preguntaba: "Dios de Abraham, Dios de Elías, ¿me llamaste a este lugar? ¿Es ésta tu voluntad en cuanto a mí?" Y recibía poca consolación; allí no me sentía en casa. Había estado obedeciendo a los hombres por un largo tiempo y haciendo lo que mis seres queridos deseaban que hiciera, mi padre, mi madre, el anciano del distrito, el pastor, colegas del ministerio y amigos cristianos. Había estado tratando de servir a Dios lo mejor que podía y al mismo tiempo complacer a los que amaba.

Cuando retorné la segunda semana a este lugar de educación superior, Dios seguía obrando conmigo. Yo estaba tan movido por el Espíritu que lo único que podía hacer era hablar con el Señor Jesús acerca de esto. Estaba inseguro de todo lo que Dios estaba tratando de decirme, pero El estaba obrando y moviéndose dentro de mi alma.

Al arribar la tercera semana, pagué mi parte semanal de la comida y del pequeño juego de habitaciones donde vivía con otros dos jóvenes ministros, y me senté para escribir un tema sobre "Diez Cosas que Creo Respecto a la Biblia." En mis clases de Biblia yo me encontraba en un dilema, pues la profesora de estas clases y algunos otros no creían que la Biblia era la Palabra inspirada de Dios. Cuando alguien preguntó a la profesora cómo podría confesar el Credo Apostólico según lo que ella creía, respondió: "Lo confieso a través del respeto a nuestros antepasados."

Yo creo en la Biblia tal como es. Si no fuera así, el Espíritu Santo no podría obrar a través de mí. La Biblia es un relato de Dios tratando con los hombres, andando con los hombres y obrando con ellos. Ha sido dada por el Espíritu Santo. Muchos eruditos bíblicos tratan de encontrar discrepancias en ella. Yo solamente trato de buscar la voluntad de Dios en ella, porque la Biblia es el libro de Dios.

Mientras estaba sentado allí tratando de escribir, levanté mi rostro, y en silencio clamé: "¡Oh, Señor!" En el momento que mi corazón clamó de esta forma, Dios comenzó a mostrarme cosas que nunca antes había visto.

Vi la tierra. Parecía como si hubiera una horrible tormenta sobre

ella, el tipo de tormenta que una vez vi siendo un muchacho cuando las nubes venían desde el oeste durante marzo y abril. Miré la tierra cubierta de una espesa oscuridad y envuelta en profundo pecado. ¡Estaba tan oscura! El pecado es mucho peor de lo que podríamos pensar. Es peor de lo que usted y yo podríamos comprender. Miré que la fealdad del pecado había cubierto la tierra, que había invadido a hombres, mujeres y niños. Este inicuo principio de pecado era terrible. Era monstruoso.

Entonces clamé: “¡Oh, Señor Jesús! ¿Dónde está la luz? ¡Oh, Dios! ¿Dónde estás?”

Miré hacia arriba, y allí estaba una luz. Dios estaba en la luz, y El dijo: “Ven conmigo, hijo...”

Cuando Dios me llamó para que fuera con El y solamente con El, dije adiós a mi padre, a mi madre, a mis ancianos, a mis amigos, ¡a todos! En mi corazón yo decía: “Adiós cosas de este mundo. ¡Yo me voy con Dios!”

Amigo mío, en el instante en que dejé todas las cosas de la tierra para caminar sólo con Jesucristo, entré en un terreno que era más oscuro que la medianoche, aun más que la medianoche más oscura que jamás haya existido. Fue una experiencia espiritual que las palabras nunca podrían describir, pero era tan real como este libro que tiene en sus manos. Dios me ha revelado durante estos años que muy pocas veces los hombres han ido por este camino solitario para andar en absoluta dependencia del Señor Jesús.

La mayoría de los mortales nunca tendrá esta experiencia, porque Dios me puso en este mundo con un propósito específico. Nadie necesita modelar su vida de acuerdo a esta experiencia, porque fui llamado por Dios y ordenado por el Espíritu Santo para un trabajo específico en el reino de Dios. No me pertenezco a mí mismo ni a ningún grupo en particular. Yo pertenezco enteramente a Dios. Por su gracia y protección tengo que hacer lo que El quiere, ni más ni menos.

Dios estaba llamándome a este terreno raramente transitado por los hombres. De repente una voz demoníaca sobre mí vociferó: “¡Tu vida está arruinada! ¡No hay esperanza para ti! ¡Da un paso por este camino, y caerás muy abajo sobre las rocas!”

Entonces dije: “Estoy confiando en Cristo Jesús.”

Escuché otra voz perversa sobre mí: “¿Qué es lo que vas a hacer? Tú has frustrado las esperanzas y anhelos de tu padre y de tu madre. Ellos han gastado miles de dólares en tu educación. Se han sacrificado, y han trabajado para ti todos estos años; y ahora tú has destruido sus esperanzas. ¿Qué vas a hacer con ellos? ¿Cómo les explicarás esto?”

Yo contesté otra vez: “Estoy confiando en Cristo Jesús.”

Una tercera voz maligna demandó: “¿Qué vas a hacer con tu querida esposa y tus tres hijas? ¿Cómo las sostendrás? No tienes a donde ir, y no hay forma de seguir adelante.”

Mi respuesta fue: “Estoy confiando en Cristo Jesús.” Es todo lo que decía: “Estoy confiando en Cristo Jesús.”

Para mí es una cosa maravillosa el que un muchacho de veinticinco

años que había caminado con Dios por tan corto tiempo respondiera frente a tal acusación: "Yo estoy confiando en Cristo Jesús." Sé que tuvo que ser por la ayuda de Dios. Por supuesto, éste fue su llamamiento a mi vida, confiar en El.

En aquel tiempo yo no estaba enterado que había muy pocos en la iglesia profesante que sabían mucho acerca de la confianza en Dios. Desde entonces he descubierto que sólo una mínima parte confía verdaderamente en El a diario. La mayoría de la gente en la iglesia está arreglando sus propias vidas hasta cierto punto, y no me sorprendería que más del noventa por ciento de toda la gente de la iglesia profesante esté arreglando su vida por medio de su propio razonamiento y según lo que le parece oportuno.

Pero la confianza solamente comienza cuando miramos, no a nuestro propio entendimiento, sino primero a Dios para recibir su dirección a través del testimonio del Espíritu Santo. Esta confianza continúa mientras simplemente seguimos su guía, no importa qué obstáculos o pruebas parezcan bloquear el camino. Confiar en Dios es tan simple que un niño puede hacerlo, pero muy pocos en todas las edades han estado dispuestos a aplicarlo consistentemente.

No estaba enterado en ese entonces que la mayoría de nosotros los mortales estábamos tan lejos de la voluntad de Dios. Yo sólo sabía que mi llamamiento era confiar en Dios y obedecerle. Estaba únicamente para caminar con Cristo, seguir su dirección sin preguntar y dejarle a El arreglar todas las situaciones.

Mientras el Señor estaba llamándome a confiar en El, los poderes de la tierra y del infierno estaban rugiendo en contra mía. Esta fue una furiosa batalla del alma, aunque yo todavía estaba sentado en el escritorio en aquel pequeño apartamento. Mis amigos del ministerio no estaban enterados de la lucha por la que yo estaba pasando.

Cuando entré en este terreno de absoluta confianza, lo encontré densamente ahogado y enredado con batallas y pruebas. Me di cuenta que nunca podría dar un paso sin esgrimir una afilada espada de determinación en obedecer a Dios y confiar en Cristo. Tuve que cortar una senda a través de grandes robles de dificultad que nadie podría imaginarlo. Todos estos obstáculos tenían que ser quitados del camino, y solamente Dios lo podía hacer.

No hay ninguna forma de expresar cómo es este terreno. Hasta que uno haya caminado en absoluta fe, confiando y obedeciendo solamente a Dios y dejando que El haga su voluntad enteramente, sería imposible comprender esta experiencia. Pero todos aquellos que han estado confiando sólo en Jesucristo a través de los años han aprendido que es un continuo adelanto y un gran regocijo. No consiste en mirar a la iglesia, a los líderes religiosos o a cualquier otro; consiste en mirar únicamente al Señor.

A través de los tiempos, todos los hombres que han obedecido el llamado de Dios para hacer solamente su voluntad y no han tratado de elaborar sus ideas y respuestas con sus propias habilidades, se han encontrado en este solitario y maravilloso terreno. La vida verdadera se encuentra aquí, pues este terreno es el reino de Dios en la tierra

donde no solamente se busca su voluntad, sino se cumple por su gracia. Puesto que todo lo que pertenece al infierno está en contra de que alguien alcance la perfecta voluntad de Dios, el camino a este terreno está lleno de enormes dificultades y obstáculos.

Por esta razón cuando Dios envía a un verdadero siervo a cualquier congregación, esa gente comenzará a experimentar luchas y trastornos extraordinarios. Cuando Dios está verdaderamente tratando de cumplir su voluntad, Satanás estará allí procurando incitar contiendas, crear malentendimientos y causar celos entre la gente. Pocos laicos están preparados para las batallas que encontrarán una vez que Dios envíe un verdadero siervo entre ellos. Un gran número de cristianos cree que el programa de la iglesia debe ser manejado como cualquier otro negocio; siguen por la senda menos complicada y con los resultados más beneficiosos.

Pero por el contrario, en el momento que una iglesia elabora un programa o un plan religioso según ellos mismos, esto no agrada a Dios. Esto no es una declaración muy agradable para exponer; pero tengo que decir la verdad en amor, o seré hecho responsable en el juicio. Yo sé que no podemos atrevernos a trazar nuestros propios sistemas y programas en la iglesia, porque nuestras ideas, en el mejor de los casos, pueden solamente brotar de nuestras mentes y perspicacia humana. Ellas tienen su origen en la sabiduría de la tierra, y no pueden satisfacer los requisitos celestiales; porque la palabra de Dios claramente manifiesta: "... los que viven según la carne no pueden agradar a Dios." (Romanos 8:18)

No estoy tratando de encontrar faltas en ninguna iglesia, pero el Señor Jesús me ha revelado que nuestros cantos, nuestras predicaciones, nuestra escuela dominical, nuestra escuela bíblica y reuniones de avivamiento, a menos que sean dirigidos por el Espíritu Santo, el fruto de estas actividades no sobrevivirá. El Señor Jesús nos dice: "Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada." (Mateo 15:13) Esto me indica fuertemente que el Espíritu Santo no solamente tiene que dirigir, sino que debe ser el autor de todo lo que yo haga. El debe ser quien planee mi vida. El deberá elaborar mis planes; o de lo contrario vivirá una vida ineficaz y sin poder. Es mientras soy sumiso, doblegado, esperando en Dios y amando a todas las personas que Jesucristo es capaz de dirigirme dentro de una vida de vigor divino y eterna gloria.

Después de esta tremenda lucha espiritual que pasé, finalmente comencé a sentirme relacionado con el mundo físico a mi alrededor. Mi decisión fue clara. "Regreso a casa," le dije al estudiante del ministerio que estaba frente a mí.

El me miró sorprendido. "¿Qué es lo que te pasa?" preguntó. "¿No puedes aguantarte al menos un semestre?" El pensó que yo estaba simplemente dándome por vencido. No tenía idea de lo que Dios había estado diciéndome por semanas, ni todo lo que yo había pasado durante los pocos minutos anteriores.

Contesté: "Regreso a casa." Mi amigo no sabía qué era lo que le decía, si iba a casa por un día, dos semanas o para quedarme. El

continuaba insistiendo en que me quedara. Sin embargo, tuve que decirle: "Tengo que comprar el pasaje del tren y regresar a casa esta noche." Yo había estado fuera de casa solamente desde la mañana. En ese momento eran como las ocho o nueve de la noche.

Después de empacar mis maletas, dos de mis compañeros de cuarto me llevaron a la estación del tren que quedaba en el centro de Chicago. Les pagué medio dólar por la gasolina, y tuve suficiente dinero para comprar el boleto a Hartford City. A las once y diez abordé el tren.

Satanás peleaba conmigo furiosamente. "Ahora todo está terminado," rugió. "Lo has arruinado todo."

Yo le repliqué: "Yo confío en Jesucristo." Satanás continuaba arrollándome con pensamientos acusadores para hacerme sentir deshonesto, culpable y equivocado. Entonces repetidamente contesté: "Confío en Jesucristo." Hasta que usted determine con todo su corazón dejar todas las cosas de la tierra para ir con Dios, no hay una manera adecuada para describir la profunda lucha que había en mi alma durante este tiempo. Sin embargo, estaba feliz. No tenía ninguna idea de lo que me esperaba en el futuro, pero en mi corazón me encontraba en paz.

El tren se deslizaba muy despacio, parando casi en cada pequeño pueblo. Unos asientos tras de mí estaba sentado un hombre borracho. Durante cuatro horas ese tren paraba y continuaba, paraba y continuaba. Yo únicamente miraba al Señor para tener fuerzas y valor.

El diablo traía reiteradamente a mi mente: "No habrá manera que llegues a tu casa desde Hartford City. No conoces a nadie allí; tu esposa y las niñas viven a dieciséis kilómetros de distancia, y no tienen teléfono. El autobús no sale de Hartford City para Shideler hasta las cinco o cinco y media de la mañana; además está lloviendo, te mojarás, te dará pulmonía y morirás. Una vez casi te sucedió," me dijo al oído. "¿No te acuerdas?"

"Sí," pensé dentro de mí, "casi morí." El Dr. Kramer me dijo que cuando yo era un niño todavía pequeño, contraí una repentina pulmonía tan fuerte que mis padres podían escuchar el ahogo de mi respiración desde la sala hasta la casita de bombeo afuera de la cocina. El informó a los hombres del almacén: "El niño de los Helm morirá antes de que amanezca."

Me cuentan que tuve que luchar cada vez que respiraba. Esto fue la víspera del Año Nuevo. Mi madre y mi abuela estaban sentadas junto a mi cuna, y no se atrevían a decirse ni una palabra, temiendo lo peor. Mi madre me relató mucho más tarde: "No pensé que sobrevivirías después de esa noche." Fue únicamente por la misericordia de Dios que fui levantado. Satanás estaba lanzando un severo ataque a mi mente con este temor: "Te mojarás, te dará pulmonía y morirás."

La estación de Hartford City estaba oscura esa mañana de octubre cuando el tren llegó a las tres y media. Parecía que no me encontraba en una buena situación, pues estaba a dieciséis kilómetros de mi casa; y nadie sabía que yo iba a regresar. Además, habían cerrado la carretera principal, porque la estaban reconstruyendo.

Cuando el tren frenó bruscamente en la estación, tomé mis maletas y caminé hacia la salida del coche a los escalones. Estaba muy oscuro, pero noté una pequeña lámpara que estaba a mi izquierda a unos treinta metros, más o menos. Al mirar hacia abajo, esa luz reflejó algún objeto que había al pie de los escalones del coche. Entonces en medio de la oscuridad, una voz masculina inesperadamente me dijo: "¿Quiere ir a algún lugar, señor?"

"¡Sí, señor!" exclamé. "¡Quiero ir a casa!"

"Mi auto está allí estacionado," dijo él. "A veces vengo acá cuando arriba este tren que llega temprano en las mañanas."

¡Gloria a Dios! Al mirarle de cerca, pude ver a un amable caballero de edad avanzada parado en la parte inferior de los escalones del tren. La luz reflejaba la bisera negra y brillante de su gorra. ¡Qué contento estuve al verlo! ¡Mi corazón estaba lleno de tanta alabanza al Señor que no sabía cómo expresarlo!

¿Qué hubiera pasado si ese anciano caballero no hubiera estado allí? Piénselo por un momento. El no venía siempre a recibir el tren de la madrugada. Si él no hubiera estado allí para ayudarme, me hubiera visto obligado a caminar hasta el centro del pueblo cargando dos maletas pesadas. Con la tendencia a enfermarme en un tiempo húmedo como éste, y a no ser que Dios me protegiera, fácilmente hubiera enfermado de manera muy seria. Pero, ¡gloria a Dios, este caballero estaba allí para ayudarme!

Desde entonces Dios ha tenido a alguien todas las mañanas para ayudarme, espiritualmente hablando. Cuando he necesitado ayuda, El ha enviado a alguien para asistirme. Cuando he tenido una necesidad, El siempre ha provisto. Nunca me ha fallado. ¡Gloria al Señor!

Por dos dólares este gentil caballero me llevó dieciséis kilómetros al sur hasta el pueblito de Shideler. Agradeciéndole, llevé mis dos maletas hasta el porche de la casa, y di mi golpe especial en la puerta. Mi esposa y yo habíamos arreglado este código secreto para no asustarnos o alarmarnos el uno al otro.

Nunca asuste a nadie. Nunca trate de alarmar a su esposa, a su madre o a su padre, a una hermana o hermano. Nunca trate de jugarle un truco a la gente, porque esto entristece al Espíritu Santo. Muchas veces en lo que se relaciona a nuestros pequeños trucos, nos sale el tiro por la culata, y causamos dolor y daño.

Muchas personas carnales hacen bromas y trucos, pensando que van a pasar un buen rato. Pero por el contrario, los hombres llenos del Espíritu Santo son enseñados a ser muy cautelosos y cuidadosos, porque la dulzura de Jesucristo no obra en el molde de un hombre mañoso ni de un sabelotodo. La dulzura de Cristo obra en la gentileza, en la humildad, en la suavidad y en el esmerarse para con los demás.

Mi querida esposa estaba bien dormida. Todavía la puedo ver a ella andando hacia la puerta de la casa. La luz de la entrada de la casa siempre quedaba encendida cuando yo me encontraba fuera, y podía verla restregarse el sueño de los ojos mientras trataba de despertar.

Quitó el viejo seguro, abrió la puerta y me miró; su cara era una gran interrogante. “¿Qué es lo que pasa?” preguntó.

Yo repliqué: “¡Querida, he regresado a casa para ir con Dios!”



*Ora y Grace Spence con su hija, Florence.*

Eso es todo lo que dije: “He regresado a casa para ir con Dios.” Pero esto quiere decir mucho.

No estoy compartiendo este peregrinaje simplemente por recopilar un libro. Lo que estoy haciendo es declarar lo que Dios ha hecho. El es quien lo ha realizado. Yo me esfuerzo únicamente para exaltar a Jesucristo, para hacer saber lo que El ha hecho por la obra de su reino. El Espíritu Santo es el que ha guiado esta vida de fe y ha dirigido sus actividades. Por esta razón le doy a El el honor por todas estas cosas.

Traté de dormir lo que restaba de la noche; pero en vez de hacerlo, estaba enrollado, dándome vueltas y volteándome en el banquillo de los acusados. El diablo estaba todavía inundando mis pensamientos con preguntas: “Y ahora, ¿qué es lo que vas a hacer? ¿Qué es lo que dirán los ancianos de la iglesia? ¿Qué es lo que tu padre y madre dirán? Has roto sus corazones. Has destrozado el sueño de toda su vida.”

Esto ciertamente era verdad. Había desilusionado a mis padres más de lo que se podría expresar. Ellos tenían la esperanza de que algún día yo sería muy bien conocido y un pastor altamente respetable de una gran iglesia urbana. Me habían dicho algunas personas queridas que yo era uno de los ministros jóvenes que prometía un buen futuro. Ahora, parecía como si estuviera dando las espaldas a todas estas cosas. Probablemente muchos se preguntaron cómo iba a progresar en la iglesia si no era bien educado; y al abandonar el seminario, estaba botando la clave de un ministerio próspero en la iglesia. Había roto los corazones de muchos de mis amados y amigos íntimos, quienes esperaban grandes cosas de mí. Muy pocos comprendieron.

Pero mi esposa no se sorprendió. Ella sabía que Dios iba a hacer algo. ¿No es maravilloso que la misma luz que me dijo que ella llegaría a ser mi esposa, también le permitió saber a ella acerca de mí y de algunas cosas por las que yo estaba pasando? Parece que a veces Dios le informa sobre algunas situaciones antes de que yo pueda o necesite decírselo. Gloria al Señor.

Estoy muy contento de que ella no dijera: “Mira, regrésate ahora mismo a la universidad. ¡Tú enderézate, y aguántate! ¡Nosotros tenemos que tener un pastorado! ¡No te vayas a salir por la tangente ahora!” Muchas veces la gente tratará de enderezarlo. Si no hubiera yo tenido la esposa que Dios sabía que necesitaba, tal vez ella hubiera sido tentada a “hacerme volver a mis casillas,” a hacerme volver al orden de la tierra y a ponerme de regreso en el próximo tren que partiera para Chicago. La mayoría de las mujeres, yo creo, querría tener por lo menos una pequeña explicación.

Pero mi querida esposa se daba cuenta de que era un poder más alto que el de los hombres el que hacía esto, una autoridad más alta

que la de este mundo. (¡Aleluya! Siento el poder de Dios cuando digo "una autoridad más alta que la de este mundo." ¡Gloria a Dios! ¡El Espíritu Santo me dice ahora que esto fue verdad! Es maravilloso sentir a Dios diciéndole con poder que El era quien estaba dirigiéndole cuando todas las cosas parecían oscuras. ¡Esto es algo como para estar feliz!)

Cuando me desperté al siguiente día, fui a ver al anciano de mi distrito. Le dije que había dejado mis estudios en el seminario. Pensando él que yo me había desanimado con los estudios o había planeado abandonar el ministerio, dijo: "Hijo, tú tienes un ministerio prometedor en nuestra iglesia; vete a este otro seminario, y termina allí tu educación."

Por supuesto, yo no tenía ningún deseo de dejar la iglesia o dejar de trabajar en ella. Amaba a todas las iglesias entonces, y las amo aun más ahora. Amo a todas las iglesias de Jesucristo dondequiera que éstas se encuentren. Sin embargo, algunas personas dicen que estoy tratando de dividir las. Dicen que estoy queriendo hacerme cargo de todas las iglesias. Es difícil para mí creer que alguien pudiera pensar semejante cosa, porque todo lo que quiero hacer es únicamente caminar con Dios, buscar y hacer su voluntad. Simplemente estoy esforzándome con todo mi ser para ayudar a toda la gente a amar a Jesucristo y a su prójimo. Tengo tan poco del Señor, lo sé. Necesito mucho más de su amor, y estoy clamando diariamente para ser más lleno de su sagrado Espíritu.

Entonces el anciano preguntó: "¿Y qué es lo que vas a hacer?"

Le contesté: "Hermano, Dios me está llamando; me está llamando a confiar en El."

"¿Cómo?" replicó él.

"Dios está llamándome a confiar en El," repetí.

"No comprendo lo que quieres decir," dijo.

"El me ha llamado a confiar en El," le dije otra vez.

Su semblante inmediatamente se tornó muy serio. Solemnemente él me advirtió: "Pues, yo te voy a decir, hijo mío, tal vez te vaya bien en alguna manera si llevas esta clase de vida. Tal vez lo hagas más o menos bien hasta que tengas unos cuarenta y cinco años. Pero si no obtienes una educación superior, si no adquieres conocimiento y sabiduría, para cuando alcances esa edad, tu ministerio comenzará a declinar."

"Bueno," yo le contesté, "Dios me está llamando a confiar en El. Es todo lo que sé, únicamente a confiar en El y hacer su voluntad." Yo sabía que a menos que Dios me estuviera guiando, nunca llegaría a la edad de cuarenta y cinco años.

No puedo explicar lo que sentía dentro de mi alma durante este tiempo. Únicamente una fe absoluta apoyaba mi decisión de vivir una vida de completa confianza en Jesucristo. No había ninguna emoción para sostenerme o llevarme a través de este tiempo. Dentro y alrededor de mi espíritu había una oscuridad que me es imposible describir, pero qué paz había en mi alma. Yo me encontraba feliz en el Señor, aunque estaba solo en la tierra en una forma como nunca antes lo había

experimentado. Estuve en un caminar oscuro de mi alma toda esa semana, desde el lunes por la noche hasta el siguiente domingo.

Ese domingo por la noche la iglesia estaba casi llena, porque Dios había estado haciendo milagros en este pastorado. De doce a quince hombres de estas iglesias verdaderamente nos amaban. Esa noche, el coro de varones iba a cantar; después me tocaba predicar a mí. Desde 1933 yo había predicado usando un bosquejo; y al subir al púlpito aquella noche, sentía muy profundamente mi ineptitud para presentar un mensaje. Sentía que no sabía cómo declarar la Palabra de Dios en una forma mejor de la que lo haría un niño de cuatro o cinco años.

Demasiado pronto los hermanos terminaron de cantar. Entonces me levanté y caminé hasta el púlpito, sin saber qué hacer o con qué palabras dirigirme. Comencé a decir: "Oh, Padre en los cielos..." cuando, ¡de pronto estuve en la mano de Dios, y sentía como si fuera subiendo en un ascensor! ¡La oscuridad de la semana anterior se dispersó como una nube, y me encontré como si estuviera frente a la salida del sol! Dios me estaba llevando hacia arriba a algún lugar de su amor y revelación.

El dijo: "Hijo mío, tú predicarás esta noche acerca de lo siguiente: 'Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.'"

Parecía como si mi vida fuera un embudo. Mi boca era la pequeña abertura de este embudo, y Dios estaba derramando su revelación a través de mí en tal cantidad que no podía hablar lo suficientemente rápido para poder extraerlo todo. Dios estaba derramando tanto de sí mismo dentro de mi vida que no podía contenerlo, y estaba rebosando por sobre los bordes. Me sentía tan lleno del Señor que parecía que yo estaba por toda la plataforma. La gloria de Dios era evidente por todos los lados en ese santuario mientras estaba predicando acerca de caminar con Dios y de hacer su voluntad. Estaba tratando de decirles cómo Dios nos rogaba tan dulcemente por sus misericordias todos los días que hagamos únicamente su voluntad.

Estaba esforzándome para compartir con ellos lo imperativo de presentarnos en una forma santa delante de Dios. Cristo estaba predicando a través de mí que debemos ser totalmente suyos, un completo sacrificio, que tenemos que ser puros y sin mancha y que esto es nuestro único culto racional. En una forma como El nunca lo había hecho antes, Dios me estaba llevando de un lado al otro del púlpito, tratando de comunicar su mensaje de que tenemos que comprobar cuál es su buena, agradable y perfecta voluntad.

Esto era a donde Dios me estaba llevando con su llamamiento, a confiar en El absolutamente. Esa noche comencé a encaminarme hacia la perfecta voluntad de Dios.

Mi gente nunca antes había visto la unción de Dios sobre mí en tal forma. El Señor estaba predicando a través de mí que nosotros en la

iglesia estamos viviendo muy lejos de donde Dios quiere que vivamos. “¡Hay demasiados eslabones perdidos!” yo clamaba. “¡No estamos llegando hasta la voluntad de Dios! El Señor quiere obrar en nosotros. ¡El quiere hacer su voluntad en nosotros!”

Había gente en el altar. Lloraban, y el cielo estaba por todos lados. En toda mi vida nunca había predicado en esa forma. Nunca había estado en una luz como ésta. Fue la primera vez que había dejado a toda la gente de esa época para irme con Dios, y El estaba obrando a través de mí. ¡Gloria a Dios! ¡La luz era maravillosa! La oscuridad se había ido, y ya no estaba solo. Durante días había simplemente creído, y me había conducido por fe. Dios de algún modo me ayudó a no poner los ojos en las dificultades, sino únicamente en El.

(Esto es lo que se tiene que hacer todo el tiempo. **No ponga su atención en ninguna dificultad en ningún momento. Mire únicamente a Jesucristo en medio de cualquier circunstancia. Mantenga sus ojos puestos en El constantemente. Mantenga la alabanza y la adoración en su corazón aun cuando no lo sienta, aun cuando no sea fácil hacerlo. Nosotros por sí mismos nunca seremos capaces de resolver ni una simple situación. Deje la solución a Dios, y simplemente mantenga sus ojos en el Señor Jesús, quien es la respuesta a toda necesidad y a todo problema.**)

Mi gente estaba llorando, y yo estaba tratando de decirles que Dios quiere que nosotros seamos fieles y auténticos. El no quiere que seamos calientes y luego fríos, que estemos arriba y luego abajo. El quiere que seamos consistentes, vivos, radiantes, regocijándonos en medio de toda situación que experimentemos. El quiere que seamos vencedores.

Yo había descubierto a pocos cristianos quienes tenían esta victoriosa y triunfante experiencia. No sabía cuáles eran los eslabones perdidos que había en el cristianismo en ese entonces, pero Dios me ha dejado descubrir uno o dos de ellos a través de los años. Yo aprendí que el eslabón perdido que nos conecta con una experiencia continua de victoria en la vida cristiana es el negarse a sí mismo. Tenemos que aprender a negarnos a nosotros mismos con un corazón lleno de fe, pues de esta forma nos movemos a través del liderazgo del Espíritu Santo hacia la obediencia y la cruz.

Nosotros en la iglesia podemos cantar, predicar, orar, leer las Escrituras, participar en el programa religioso y nunca habernos negado a nosotros mismos. Muchas veces en vez de depender de Dios para que nos guíe, nosotros planeamos un poquito de lo que queremos hacer, cantamos los himnos que nos gustan y predicamos cuando nosotros queremos hacerlo. Arreglamos actividades que complazcan a nuestros gustos y conforme a nuestros horarios. Pero Dios quiere que todas las actividades de la iglesia se conduzcan bajo su dirección. El quiere ser todo el contenido de nuestro programa. Cristo debe controlar todas las cosas.

Debemos esperar en El hasta cuando El envíe, hasta que El guíe, hasta que El revele. Tenemos que esperar en El para que así El pueda dirigir la iglesia, dirigir el cuerpo y venir a ser la verdadera cabeza de

## **sus seguidores creyentes.**

De acuerdo con las Escrituras, Jesucristo es la cabeza de la iglesia. Si El no es la cabeza del cuerpo, es porque El no está dirigiéndola. Y cuando El no dirige, el cuerpo se torna un cuerpo sin cabeza, un organismo social incapaz de mantener vida. Es como una gallina cuando se le corta la cabeza. Va de un lado a otro sin saber a dónde, y es inatractiva al mundo.

Dios me ha enseñado que cualquier congregación se separa a sí misma de Cristo, la verdadera cabeza, simplemente por arreglar un programa religioso, el cual no es dirigido por el testimonio del Espíritu Santo, inclusive cuando ese programa parezca razonable, beneficioso y de ayuda a esa iglesia y también a la comunidad. Es posible que esa congregación esté formada por gente aparentemente maravillosa y religiosa. Tal vez tengan una doctrina muy sana; posiblemente prediquen la conversión por la sangre de Jesucristo, o tengan la más fina ética cristiana. Tal vez estén bien informados y entrenados, pero simplemente todavía no han esperado en Dios para ser interiormente crucificados y aprender la guía del Espíritu Santo.

Muchos en las iglesias de hoy tienen un conocimiento bastante amplio del cristianismo fundamental, y se sienten cómodos dentro del sistema del culto de los domingos. Pero temo que no haya muchos quienes se hayan esforzado desde la conversión para confiar en Dios con todo su corazón, manteniéndose a seguir cada dirección del Espíritu Santo. La verdad es que en todos mis viajes he conocido muy pocos que han esperado en Dios suficientemente para ser capaces de discernir la dirección del Espíritu Santo.

En los últimos años, Cristo me ha enseñado que El tiene un plan en todas las ocasiones en las cuales sus hijos se reúnen para tener comunión y adoración. **Es absolutamente esencial que estemos calmados por un tiempo suficiente para discernir ese plan.** Una vez que seamos capaces de comprender lo que El desea, y de obedecerle, entonces Cristo Jesús verdaderamente llega a ser el guía, o la cabeza de ese grupo de creyentes. El cuerpo de Cristo empieza a recibir la vida divina cuando El verdaderamente dirige las acciones de sus seguidores. Cuando El dirige, es como estar en el cielo; cuando El guía, el reino de Dios viene a la tierra.

Pero si como congregación no estamos recibiendo su dirección y haciendo lo que El dice, entonces no es el reino de Dios el que opera dentro de la estructura de la iglesia, sino es nuestro propio reino. Los pequeños reinos de actividades religiosas, los cuales frecuentemente edificamos porque no sabemos qué otra cosa hacer, no tienen poder divino. Por más sinceros que sean nuestros esfuerzos, nuestras instigaciones nacen de la tierra y no del cielo.

Una multitud de buscadores sinceros se verán involucrados en las actividades de la iglesia, pensando que están sirviendo a Dios, cuando en realidad están sirviendo a una institución hecha por hombres. Algunas personas queridas tal vez pueden genuinamente ser convertidas a través de nuestro programa; pero desafortunadamente la mayoría se tornan tibios y fríos después de poco tiempo, porque no

tuvieron el ejemplo de esperar en Dios, de negarse a sí mismos y de obedecer a Cristo. Si permanecen, muchas veces se convierten en seguidores de las tradiciones y estilos del reino de la dictadura humana; y son desviados del verdadero caminar con Dios.

¿Puede usted imaginarse qué trágico va a ser para nosotros en la iglesia si no le hemos permitido al Señor ser la cabeza verdadera de nuestra congregación? Si nosotros en la iglesia hemos estado arreglando programas y reuniones como hemos querido y creído que deberían ser, en vez de hacerlo como el Señor desea, ¿qué terrible juicio caerá sobre nosotros?

No es una misión fácil para mí el clamar de esta manera a la iglesia profesante. Pero a no ser que yo haga saber lo que el Espíritu Santo me ha revelado, seré responsable ante Dios. Es muy serio llamarnos a nosotros mismos "la iglesia," si no estamos esforzándonos con todas nuestras energías a negarnos a nosotros mismos y a obedecer a la dirección del Espíritu Santo. A no ser que Jesucristo esté literalmente dirigiendo las actividades de cualquier congregación, tal como el cerebro en nuestra cabeza controla nuestro cuerpo humano, ese grupo de personas, por más maravillosas que sean, vienen a ser un cuerpo sin cabeza.

¿Puede captar cuán serio es ser la iglesia?

Queridos, tenemos que vivir para Cristo con todo nuestro corazón. Si El no ha sido absolutamente el primero en todas las cosas que hemos buscado y hecho, no alcanzaremos su voluntad.

El Señor Jesús dijo: "No todo el que me dice: 'Señor, Señor,' entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos." ¡Lo que importa es hacer la voluntad de Dios en Cristo en una forma absoluta! Y nosotros tenemos que esperar en El hasta que nos haga comprender claramente su voluntad. No debemos arreglar ni iniciar ninguna cosa, sino dejar que El obre por nosotros como El decida.

El secreto para que Dios pueda obrar en su pueblo con poder es simplemente éste: Cesar de arreglar las cosas nosotros mismos y dejar que El obre por medio de nosotros. (Amado, si puede asimilar esto y meterlo en los músculos y huesos de su hombre interior, tendrá más valor que el precio de todos los libros jamás vendidos; porque le llevará al misterio de hacer la voluntad de Dios en la tierra así como en el cielo.)

Las potestades del aire no querrán que se apodere de esto en su corazón. Ellos minimizarán el profundo significado de la santa verdad que hay en esta pequeña frase. Muchos se dirán a sí mismos: "Qué interesante," y luego seguirán leyendo, buscando algo un poco más emocionante.

Pero Dios desea que la vida de este débil siervo sea compartida justamente con este propósito, que el pueblo de Dios pueda comenzar a aprender este divino secreto. Debemos cesar de tratar de hacer la obra de Dios y dejar que El simplemente lleve adelante su reino a través de nosotros.

Varios de ustedes se estarán preguntando: "Pero, ¿cómo dejo a Dios que obre a través mío?"

Primero, debemos arrepentirnos verdaderamente de todos nuestros pecados. Tenemos que pedirle a Cristo que nos perdone y que nos salve. Tenemos que ser convertidos y llegar a ser como niños.

Luego comenzamos a dejar que Dios obre a través de nosotros por medio de esperar en El. Aparte un poco de tiempo cada día, preferiblemente antes de que comience sus actividades diarias, para estar solo con Dios. Puede ser por quince minutos, o por una hora, o más. Simplemente converse con Dios con todo su corazón; dígame cuanto lo ama. Lea algunas porciones bíblicas, y medite acerca de ellas. **Especialmente manténgase alerta a los impulsos del Espíritu Santo mientras esté esperando y escuchando.**

Mientras aprendemos a esperar en Dios, El comenzará a crucificarnos, a pulirnos y a hacernos a su imagen. El comenzará a quitar de nosotros los cortocircuitos, las malezas y las espinas que estén escondidas en nuestra naturaleza y personalidad, es decir, todas estas cosas dañinas que son capaces de destruir todo lo bueno que hemos sembrado, y aun más.

Mientras que confiamos en El, nos enseñará a descansar en El, a depender de El y a creer realmente su Palabra. Aprenderemos a amarle más profundamente y a alabarle más frecuentemente.

En algunas ocasiones nos mandará a ejecutar una orden. Tal vez querrá que hablemos a un vecino acerca de cuán hermoso es Jesucristo. No debemos pelear con él ni decirle que se va a ir al infierno. Simplemente debemos decirle cuán maravilloso ha sido el Señor para con nosotros. Algunas veces nos pedirá que nos pongamos de pie en la iglesia y demos testimonio de El. Tal vez nos indicará que necesitamos pedir perdón a alguna persona por nuestras malas actitudes. Mientras seguimos esperando, El nos seguirá mostrando los pasos simples de la obediencia y de cómo caminar con El.

Uno no aprende a caminar con Dios de la noche a la mañana. Ni en sueños se me ocurriría aprender el idioma hebreo en un día, en dos semanas o aun en tres meses. Este es un caminar con Dios, y es el privilegio más grande del mundo. Hay mucho que conocer y muchas lecciones que aprender.

Una de las primeras lecciones que Dios nos enseña mientras esperamos en El, es que no podemos hacer absolutamente nada bueno por nosotros mismos. El comenzará a mostrarnos que hasta que El nos dirija, únicamente podremos hacer daño con nuestros propios esfuerzos. Esto puede parecer como si estuviera perdiéndose mucho y que algo se debe hacer, pero simplemente continúe confiando hasta que El le guíe. El puede hacer más en unos cuantos segundos que lo que el hombre puede hacer en siglos; y cuando El lo hace, lo hace completa, hermosa y perdurablemente.

Antes de que esperemos muchas horas en nuestro lugar secreto de oración, El nos enseñará que sus caminos no son los nuestros. Aunque estamos ansiosos de que las cosas sigan adelante, descubriremos que

Dios las mueve lentamente. Sin embargo, El las moverá rápidamente a su debido tiempo.

Comenzaremos a observar que Dios no tiene ningún molde establecido, sino que obra con una variedad infinita de formas. A nosotros nos gustaría trazar un plan para hacer las cosas. Pero El hará lo posible para demostrarnos que El está por encima de nuestros planes y de nuestros arreglos. El arreglará las situaciones a las cuales nos enfrentamos de tal forma que constantemente nos asombrarán y nos fascinarán.

Estas son sólo unas pocas de las lecciones que aprenderemos mientras nos esforzamos diariamente en buscar el rostro de Jesucristo. El no faltará a sus promesas para con nosotros si realmente nos esforzamos en amarle más que a cualquier cosa que anhelemos hacer en este mundo.

Dios me reveló hace algunos años que enviará un poderoso avivamiento a través de todo el mundo, el cual será verdaderamente del Espíritu Santo, una vez que pueda encontrar un cuerpo de creyentes que realmente comience a esperar en El y a tenerle a El por sobre todas las cosas que hay en el mundo. Este avivamiento, el cual he estado anticipando ahora por más de treinta años, no vendrá por fanatismo, por buscar dones y manifestaciones o por esforzarnos en ganar poder para con Dios. Será dado por el Espíritu Santo en el tiempo que Dios quiera mientras buscamos solamente su voluntad y su amor en Jesucristo. Esta poderosa obra de justicia que va a venir es suya y no nuestra. Nosotros somos solamente las ovejas de su prado.

Dios quiere darnos su reino; y el secreto es que dejemos de arreglar nuestras vidas y permitirle operar a través de nosotros como El quiera, en una vida sencilla de confianza y de obediencia, en una consistente y continua negación de los deseos del "yo," sin variación o vacación.

Antes de terminar el mensaje declaró: “¡Voy al mundo para encontrar al pueblo de Dios! Lo dejo todo para ir dondequiera que el Señor me guíe. ¡Voy a encontrar a aquellos corazones que quieren confiar y caminar con Dios!”

En el curso de los últimos dos tercios del mensaje, noté que la pianista, una mujer que rara vez daba a conocer una expresión emotiva, estaba llorando. Después de la última oración, ella fue al púlpito para entregar su ofrenda, la cual no pudo dar antes por haber estado ocupada en el piano; y deteniéndose donde yo estaba sentado, ella me dijo en una manera muy sencilla: “Esto que usted dijo es lo que el Señor me ha estado comunicando durante estos meses.”

¡Y un grito salió de mi corazón!

En septiembre pasado ella me había dicho: “Reverendo Helm, usted no es un pastor.”

“¿Qué dices, Gladys?” respondí, un poco sorprendido.

“Oh,” continuó, “yo sé que usted es pastor de la Iglesia Pleasant Grove. Sin embargo, usted no es eso en realidad. Tiene un llamamiento diferente.”

Y en esta noche, cuando Dios habló a través de mí las palabras: “Lo dejo todo para encontrar al pueblo de Dios,” el Señor Jesús se paró tras de ella y le dijo a su oído derecho: “Gladys, esto es lo que yo te he estado diciendo acerca de este siervo.” Ella relató que esta revelación continuó durante los últimos dos tercios del mensaje. Yo no creo que ella haya tenido alguna vez tal experiencia de este tipo antes ni después de esa noche.

Unos pocos minutos más tarde después de que ella me dijo esto, noté que Charles I. estaba cerca de la pared norte de la iglesia. Él estaba recargado en la pared, con su mano en la mejilla, y llorando. Cuando me acerqué a mostrarle mi amor, me dijo: “Parece que te apoyaremos.”

Oramos con la gente por algún tiempo esa noche en la Iglesia Pleasant Grove. La reunión se terminó a las doce y media, y las personas todavía no querían irse a sus casas. Me amaban, y yo les amaba. ¡Oh, cuánto les amaba! Dios siempre me había dado un amor especial para mi rebaño. Mientras pastoreábamos en Whitewater, un amigo ministro que vivía un poco lejos me dijo: “Quisiera que mi congregación nunca supiera qué clase de pensamientos había en mi mente.”

Yo estaba pasmado, y le contesté: “Oh, mi hermano, yo deseo que mi rebaño pudiera ver mi corazón. Si vieran cómo les amo en el Señor,

creo que ellos se conmovieron hasta llorar. Si supieran cómo deseo hacer la voluntad de Dios con todo mi corazón, creo que el templo estaría repleto y el sótano de la iglesia también."

Mis queridos hermanos de la Iglesia Pleasant Grove nunca se retractaron de mi ministerio ni me interrogaron. Aun posteriormente, cuando Dios obraba conmigo tan poderosamente, ni un miembro ni ningún líder de la iglesia se puso en contra mía. De las siete iglesias donde yo servía, esta congregación simplemente creyó lo que Dios estaba haciendo. Ellos no me regañaban ni me corregían; y si tenían dudas en cuanto a cómo Dios me estaba guiando, únicamente oraban por estas dudas.

Y esa noche, a pesar de ser ya las doce y media, ellos no querían dejarnos. Yo llevé a nuestras tres hijas al auto una por una, y regresamos a casa. No habíamos ido muy lejos cuando de repente, dentro del auto, ¡escuché una música que no era de este mundo! "¡Oh, cariño!" exclamé. "¡Oigo una música del cielo! ¡Está aquí por el espejo retrovisor! Pon tu oído aquí a ver si tú también puedes escucharla."

Sin embargo, aunque trataba de escucharla, no podía. "¡Oh, es maravillosa! ¡Viene exactamente por allí!" le dije a ella. Yo deseaba mucho que ella la escuchara pues conoce de música, y su alma responde a la música en el Espíritu. Ella hubiera quedado profundamente conmovida, estoy seguro. Fue la primera vez que yo había escuchado tal melodía celestial, pues fue la primera vez que había dejado todo para ir con Dios.

Cuando llegamos a casa un poco antes de la una de la mañana, llevé a las niñas adentro, ayudé a ponerlas en la cama y me dispuse a dormir. Durante muchos años, mi esposa y yo hemos procurado orar juntos antes de acostarnos. Muchas cosas, de hecho casi todas, tratarán de impedir el culto familiar; pero necesitamos hacerlo regularmente, ya sea en la mañana o en la noche.

Es necesario adorar junto con su cónyuge para mantener sus fuerzas, porque si no lee la Palabra de Dios y ora consistente y regularmente, no tendrá el poder para resistir la tentación y al tentador. Lo esencial para alcanzar una vida victoriosa a pesar de las pruebas y las situaciones difíciles es: leer constantemente la Biblia, orar, testificar humildemente y obedecer al Espíritu Santo por medio de negarse a sí mismo. El Señor le dará el poder para cada situación mientras le obedezca en oración, en la Palabra de Dios, en su testimonio y en su entrega.

Estaba muy en el Espíritu de Dios cuando vine del dormitorio a la sala para tomar mi Biblia, la cual había dejado sobre la vieja mesa que mamá nos había prestado. Generalmente la tomaba con las dos manos, pero en esta ocasión tomé mi Biblia sólo con la mano izquierda. Nunca pensé que Dios estaba por darme una de las más maravillosas y significantes experiencias de toda mi vida.

Al extender mi mano para tomar este precioso libro, de repente el Espíritu Santo se hizo cargo de mi brazo y de mi mano izquierda. Su poder movió mi brazo de una forma que nunca antes ni después lo había hecho, y Dios abrió esa Biblia grande como si fuera un pequeño

**Nuevo Testamento. Las páginas de la Palabra de Dios se abrieron en el Evangelio según San Juan más perfectamente de lo que yo jamás pudiera describir.**

**Cuando mis ojos se clavaron sobre la página, sentí que salía de ella el versículo dieciséis del capítulo quince, golpeándome la coronilla y corriendo luego hasta mis pies. Decía: "No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, El os lo dé."**

**Mi alma empezó a reírse, a llorar, a regocijarse. No puedo explicar todo lo que estaba pasando en mi corazón, porque la gloria de Dios estaba ardiendo en mi alma. La experiencia que había disfrutado en la reunión que tuvimos esa noche, cuando estuve bajo la unción del Señor, había sido verdaderamente maravillosa; pero este evento sagrado en lo privado de nuestra casa pastoral estaba en una área de gozo santo aun más elevada. ¡Me encontraba inexplicable y gloriosamente feliz! Mientras me regocijaba, empecé a subir hacia el camino celestial de la maravillosa y perfecta voluntad de Dios.**

**Tenía derecho a regocijarme, porque ésta era mi ceremonia de ordenación. Durante la semana anterior, yo había renunciado a los honores de los hombres y a la aprobación de la mayoría de los líderes religiosos. Para poder servir nada más a Cristo y solamente hacer su voluntad, había dejado todo lo que el mundo tenía que ofrecer; y ésta fue la noche de mi ordenación procedente de Dios.**

**Mi ordenación no viene de los hombres. Mi llamamiento es directamente del trono de Dios. Soy ministro ordenado por Jesús el Cristo en el cielo, porque El me dio testimonio de esto en poder y en el Espíritu Santo a través de la Palabra de Dios: "No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto..."**

**Aquel momento fue tan sagrado y tan santo que casi no quería moverme. Yo sabía que no merecía esta experiencia con Dios. Sentía que nunca podría expresar adecuadamente lo que el Señor había hecho para su gloria en esos breves segundos.**

**Pasando por el comedor, me dirigí de la sala al dormitorio; y me senté en la cama. Más o menos en el momento de llegar al filo de la cama, el Señor Jesús entró a través de la puerta detrás de mí. Yo no le veía con los ojos físicos, sino que fue una visión espiritual. Nunca antes había visto al Señor en una visión, pero me di cuenta cuando El vino a través de la puerta. "¡Oh, Señor Jesús!" dije, "¡Tú estás aquí!" Mientras El venía hacia mí, tuve el privilegio de ver su pie con la marca de los clavos. Se sentía su presencia por todos lados. Las únicas palabras que yo pude decir fueron: "Jesús, Tú estás aquí; Jesús, Tú estás aquí," y comencé a alabarle y a honrarle.**

**Mientras le adoraba, ese pie herido comenzó a darse la vuelta; y creía que me iba a dejar. "¡Oh, Jesús!" clamé. "¡No me dejes! Estoy solo ahora y abandonado por casi todos los hombres. No tengo muchos amigos en este mundo. ¡Señor, no me dejes! ¡Por favor, no me abandones, Jesús!"**

En un abrir y cerrar de ojos me encontré arrodillado en una tierra en la que yo nunca antes había estado. Al enfrentarme con el suroeste, vi un edificio de un raro diseño colocado en un paisaje, el cual no puedo describir. Todo pertenecía al reino de Dios. Las manos del Señor Jesús estaban cerca de mí, y yo me estaba alistando para alzar mis manos y ponerlas en los hombros del Maestro cuando de repente escuché su voz.

¡Escuché la voz audible de Jesucristo! ¡La más hermosa, resonante y gloriosa voz de todos los tiempos! Era un sonido tan hermosísimo que si en alguna ocasión usted la oye, no querrá dejar de escucharla una y otra vez. Escuché su voz a unos cincuenta y cinco o sesenta centímetros de mi oído derecho, diciéndome maravillosamente claro: "Nunca te dejaré ni te abandonaré."

(Y mientras comparto esto, Dios opera dentro de mí por sus dones y me dice: "Te dirigiré, te guiaré y te diré lo que debes hacer." Me siento conmovido de que al compartir la forma cómo el Señor me habló hace años con una voz audible, su Espíritu Santo habla dentro de mí en una operación de su amor, diciéndome que El me guiará, me dirigirá y me ayudará a saber qué hacer y qué decir. ¿Qué cosa podrá ser más maravillosa en el mundo que ésta?

(Posiblemente algunos de ustedes reciban una pequeña sensación o una operación en su corazón cuando lean ciertos pasajes de esta humilde peregrinación. Si así es, es porque el Espíritu Santo testifica que esto es de Dios. Esta es su manera de ayudarle a saber que no son simplemente palabras, sino que aquello que se le está compartiendo es verdaderamente de Dios. John Wesley predicó más sobre el testimonio del Espíritu que muchas otras doctrinas de la iglesia.

(Dios testifica al cuerpo, porque el cuerpo es el templo del Espíritu Santo. Mientras nuestro cuerpo esté rendido a Dios, el Espíritu Santo morará en nosotros desde la coronilla hasta la planta de los pies. Cuando El tiene completo control sobre el corazón, nos enseña y nos purifica. Pero hay mucho más por hacer dentro de nosotros de lo que podemos saber. Por esto, Dios persiste hasta perfeccionar y purificar nuestros corazones. El repetidamente nos guía e instruye en maneras humildes hasta que seamos más sensibles a sus suaves impulsos y a sus santas direcciones.

(¡Apenas hemos comenzado! Así que, anímese. Nunca pregunte: "¿Por qué tiene que ser así?" Ni diga: "Yo no entiendo por qué Dios tiene que obrar así." No, no, no. No pregunte, ni analice o intente ordenarlo todo para satisfacer su intelecto. Simplemente mire a Dios, crea en Jesucristo como un niño pequeño y confíe en su Palabra.

(Ante todo, no deje que nada le desanime. Siga adelante por fe a pesar de todo obstáculo; siempre busque expresar y abarcar el amor de Dios. Conténtese con muy poco. Cuanto menos tenga, más feliz debe tratar de ser, porque Cristo prometió que el último será el primero en su reino. Nunca permita ser dominado por sentimientos o emociones; ande por fe en Jesucristo. Haciendo estas cosas, comenzará a experimentar un diario caminar con el Señor, el cual ni el vocabulario más selecto podría expresar.)

Después de esta experiencia celestial en el reino de Dios, mientras yacía en la cama con los pies juntos, de pronto la amorosa mano de Jesucristo tocó la planta de mis pies, y dije a mi esposa: “¡Querida, la mano del Señor está en la planta de mis pies!”

“¿Cierto?” contestó ella. Este momento era tan santo que apenas me atrevía a hablar. Sin embargo, yo quería que mi compañera supiera un poco de la maravilla de la presencia de Dios en nuestro medio.

“Siento a Dios aquí,” susurró ella.

¿En qué forma podría glorificar suficientemente a Dios por el privilegio santo de que el Maestro posara su mano en mis pies? ¡Gloria a Dios! El me estaba preparando para caminar con Dios. ¡Gloria al Señor! Yo me había estado esforzando para seguirle por casi nueve años, pero ahora El me estaba preparando para caminar y seguir por la senda celestial de la perfecta voluntad de Dios. ¡Aleluya! ¡El me estaba preparando para ir con Dios y no con los hombres!

La mano del bendito Hijo de Dios, el Galileo, se posó en la planta de los pies de este indigno siervo por cerca de cuarenta a sesenta segundos, y luego se movió. “¡Ahora la mano del Señor está encima de mis pies!” le dije a mi esposa. Permaneció ahí por un tiempo, y luego pasó a otra parte un poco más arriba de los tobillos. Lentamente, muy lentamente, la mano de Jesucristo subió por mi cuerpo, deteniéndose durante algunos segundos y luego continuando poco a poco hacia otra parte. Pude sentir cada vez donde colocaba su mano. Cuando ésta llegó cerca de mi corazón, me quedé dormido.

Esta fue mi primera experiencia en mi caminar con el Señor después de haber renunciado a todo lo del mundo para hacer únicamente la voluntad de Dios.

Quando me desperté al siguiente día, estaba comenzando una vida totalmente diferente a la que había tenido hasta ese entonces. Ya no seguía el molde de los hombres o de la tierra, sino que simplemente confiaba en Cristo. Dios comenzó a obrar, y dentro de poco la localidad se empezó a molestar. Yo no sabía que esto iba a suceder. No estaba enterado de que cuando uno camina con Dios, molesta a las demás personas; pero desde entonces comencé a entenderlo.

Quando lea acerca de la forma cómo Dios obró a través de cada uno de sus siervos, descubrirá que el hombre de Dios crea trastornos en el corazón carnal. Sin embargo, a no ser que participe en la batalla, conocerá esto sólo teóricamente en su mente. Experimentarlo es asunto diferente. De todos modos yo me encontraba feliz en el Señor. Sabía poco acerca del futuro. Sin embargo, miraba al Dios que tiene el futuro en sus manos.

En noviembre regresaba a la casa pastoral, y le decía a Florence lo que Dios estaba haciendo conmigo. "Cariño, Dios me está crucificando," le decía. "Estoy muriendo, me estoy muriendo."

Ella me miraba tratando de entender lo que yo realmente quería decirle. "¿De veras?" ella contestaba.

"Sí," yo le decía, poniendo mi mano en mi corazón, "Dios está matando esta vida del 'yo'; se está muriendo mi interior." Día tras día, durante semanas y meses, El persistió en quitarme cosas pequeñas que estaban escondidas en mi interior, cosas que no le eran agradables a El, pequeñas ideas que eran del mundo y no del cielo. Fue maravilloso, aunque fue una muerte. Esto continuó durante diciembre de 1941 hasta enero, febrero y marzo del siguiente año.

El último día de marzo de 1942, comenzamos una serie de reuniones evangelísticas. Cuando subí al púlpito esa noche, me sentía normal en mi cuerpo y en mi alma. Pero tan pronto como iniciamos la reunión, Dios comenzó a llevarme a una región en el Espíritu, la cual nunca supe que existía. No hay forma de describir cómo Dios estaba obrando dentro de mí y a mi alrededor. Rara vez he oído que alguien esté en tal lugar. Fue un lugar de sufrimiento, revelación y crucifixión, el cual las palabras nunca podrían expresar. Dios estaba ayudándome a conocer que había ido tan lejos como pude por mi propia cuenta.

Quando llegué a casa aquella noche, sabía que tenía que acostarme; y es ahí donde Dios me mantuvo por casi tres semanas. No podía levantarme; y si trataba de hacerlo, El me ponía otra vez en la cama.

Dios conversaba conmigo de día y de noche. La hora en que más me hablaba, era a partir de la medianoche hasta las cuatro de la mañana cuando mi esposa, mis niñas y el pueblo dormían. No podía dormir,

porque Dios me estaba revelando cosas de la eternidad. Me estaba hablando acerca de mi misión en la tierra, de la gran necesidad de la iglesia. Debido a que tenía la luz prendida durante este tiempo, Florence no podía descansar; y ella tenía que dormir en otra habitación.

Durante el día la llamaba a mi lado, y le decía: "¡Dios está llamándome! Dios me está hablando. ¡El me está diciendo algunas cosas!"

Ella entonces contestaba: "Sí, yo sé que Dios lo está haciendo." Noche tras noche, día tras día, Dios obró maravillosamente conmigo. El abría mi entendimiento para captar las Sagradas Escrituras; y la luz de su verdad iluminaba varias áreas de mi alma, revelándome actitudes carnales ocultas en mi corazón y en el corazón de los hombres, las cuales le entristecían a El.

Cada noche el reverendo Homer Pumphrey y su esposa, Rebecca, venían a visitarnos. El diablo trataba de decirles: "No regresen esta noche. Están abusando de su hospitalidad, así que quédense en su casa." Pero cada noche ellos venían desde su casa pastoral que quedaba a dieciocho kilómetros de distancia.

¡Yo me sentía tan feliz al verlos! Estaba tan contento cada vez que ellos venían, porque casi nadie entendía por lo que yo estaba pasando. Trataba de contar a algunas personas lo que Dios estaba haciendo conmigo, pero creo que no me comprendían mucho. Aun yo no podía captar todo lo que Dios estaba haciendo, así que estaba simplemente confiando en el Señor.

Les contaba a los Pumphrey: "¡Dios me está hablando! ¡Dios está haciendo cosas maravillosas conmigo!" Ellos me escuchaban, y trataban de comprender lo que yo me esforzaba en compartirles en mi manera inadecuada. Ellos nos animaron grandemente a mi esposa y a mí durante ese tiempo.

Una noche comencé a decirles el mensaje que Dios me había dado del tercer capítulo de la epístola a los Colosenses: "Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra."

Cuando empecé a compartir esto con ellos, parecía como si Homer estuviera a tres cuadras de distancia de mí espiritualmente, a pesar de que nos había estado visitando cada noche y trataba de hacer lo posible por entenderme. Sin embargo, dentro de poco el Espíritu Santo se apoderó de su corazón, lo elevó en su alma y lo colocó junto a mí. Yo estaba compartiendo todo lo que podía, tan rápido como me era posible decirlo; y él estaba escuchando con mucha atención. El decía: "¡Esto es hermoso! ¡Es un mensaje tan maravilloso!" El Espíritu Santo lo estaba dando, y Homer estaba deleitándose, así como yo también lo estaba haciendo.

Mientras estaba todavía en cama, una sierva de Jesucristo se sintió guiada por el Señor a orar y a ayunar en el altar de la iglesia de Shideler. Ella fue al altar el domingo por la mañana a las diez y media mientras mi padre dirigía la reunión por mí. Ella oró todo el día, y

continuó durante toda la noche.

Había orado en el altar veintidós horas, cuando a las ocho y media de la mañana, mientras yo estaba todavía dormido, el poder de Dios comenzó a fluir a través de mí como olas de gloria. ¡Antes de despertarme por completo, ola tras ola del Espíritu Santo se movía en mi cuerpo! ¡Estaba siendo bautizado con el Espíritu Santo bajo la gloria, el poder y la presencia de Jesucristo! Esto continuó por cerca de cuatro horas.

Fue la experiencia más maravillosa de su amor, pues cuando el poder fluía a través mío, lo hacía en intervalos, en ola tras ola de amor. No hay manera de expresar el amor que brotaba de mi corazón hacia mis enemigos, hacia todos los hombres y hacia todos aquellos que me odiaban después de mi bautismo en el Espíritu Santo.

Por supuesto que el amor de Cristo que brota del corazón para todas las personas es la verdadera manifestación de la morada del Espíritu Santo. La evidencia inicial del bautismo del Espíritu Santo no es hablar en un lenguaje que no es familiar para nosotros. La verdadera evidencia es el fluir del amor divino para todas las personas que hay en el mundo. Jesucristo no dijo: "Un mandamiento nuevo os doy: que habléis en una lengua extraña." El dijo: "...que os améis unos a otros; como yo os he amado."

Hay un don de hablar en lenguas como nos dice Pablo en 1<sup>a</sup>. Corintios, capítulo doce. Pero no es prudente esforzarse para buscar particularmente ese don. Dios administra este sagrado don a los que El quiere. La inmadurez espiritual buscará los dones de Dios, pero la madurez espiritual buscará primeramente el reino de Dios y su justicia.

La gloria de Dios estaba tan dentro de mí y de la casa pastoral que no podía comenzar a expresar a las personas acerca de ello. Envié a Florence a llamar al superintendente de la escuela dominical y a su esposa, Addie. Cuando ellos vinieron a mi cuarto, traté de decirles de la gran riqueza que Dios tenía para todos los que le siguieran a El. "Es para ustedes," les decía. "¡Dios quiere hacer cosas maravillosas!"

Ellos no sabían qué hacer; pero sabían que Dios estaba allí, y era maravilloso. Addie se arrodilló, orando intensamente hasta que se le entumecieron las manos y los pies. A medida que oraba comenzó a sentir un poco de la maravilla que yo estaba tratando de describir. "¡Oh, mis queridos!" ella declaró, "¡la presencia de Dios es tan fuerte sobre nosotros! No les puedo decir lo que siento. ¡Si Dios tuviera a bien descender sobre nosotros, sería maravilloso lo que El haría en esta época!" Ella vislumbró algo del despertar espiritual que Dios quería enviar, un verdadero avivamiento del Espíritu Santo para el mundo entero.

Le pedí a Orville H. que trajera a una querida hermana en la fe para que me viera. Ella le contestó: "Orville, estoy demasiado enferma para ir, pero le enviaré algunos pasajes bíblicos." Ella copió el versículo de la escritura en su calendario devocional: Levítico 20:26, "Habéis, pues, de serme santos, porque yo Jehová soy santo, y os he apartado de los pueblos para que seáis míos."

¡Piense en eso! De todos los versículos de la Palabra de Dios que ella

pudo haberme enviado, el Señor había arreglado de manera tan maravillosa todo para que justamente esta escritura apareciera en su calenderio en esa fecha: "...os he apartado de los pueblos para que seáis míos." Yo estaba tan agradecido. Sabía que este versículo era la confirmación de lo que Dios me había estado mostrando concerniente a mi llamamiento.

Esa misma mañana, la hija de esta mujer, Nora, tuvo una visión. Ella vivía a veintiséis kilómetros de distancia en Roll, Indiana, y yo no le había visto a ella desde que cantó para nosotros en Oak Grove hacía cuatro años. Pero esa mañana ella me vio estar de pie delante de ella. Dios le habló, y le dijo: "Anda a ver a tu madre, y llévala a donde está el reverendo Helm."

Ella se apresuró todo el camino para ir a la casa de su madre, y entrando dijo: "Mamá, el Señor me ha dicho que le lleve a donde está el reverendo Helm."

Ella miró a su hija, y contestó: "Hija, él ya envió a alguien por mí, pero no puedo ir."

"Le vestiré, y le llevaré," insistió Nora.

"No creo que pueda hacerlo," contestó su madre.

"Sí, puede hacerlo," dijo Nora, "porque Dios me ha dicho que lo haga." Así que vistió a su madre, la ayudó a subir al auto viejo y la trajo para que me viera. Todavía estoy maravillado de que lo que Dios me había inspirado a hacer más temprano aquel mismo día, lo realizó perfectamente, dándonos a esta querida hermana y a mí un hermoso momento para orar juntos. Este fue otro consuelo para mi corazón de que lo que yo estaba experimentando en mi espíritu realmente era del reino de Dios.

Durante todo este tiempo el Espíritu Santo continuaba descendiendo sobre mí y moviéndose en mi interior con olas de su amor. El era tan maravilloso. Lo único que yo podía hacer era alabar a Dios y dar gracias al Señor Jesús. En los días cuando Dios vino sobre mí, me crucificó, obró en mí y extirpó muchas cosas que estaban impidiendo a su Espíritu. Yo tuve que morir a todo. No podía hacer lo que quería. Tenía muchas responsabilidades, las cuales parecían necesarias e importantes, pero yo podía hacer únicamente lo que Dios quería que hiciera.

Cuando El me llevó al río de la muerte, vi que nada es más importante que hacer la voluntad de Dios. Cuando llegué al borde de la muerte, supe que **nada importaba más que hacer absolutamente la voluntad de Dios**. Nada va a durar sino lo que Dios dirige, lo que El guía, lo que El inicia. **¡Nada más!**

Y mientras Dios me traía a lo profundo de estas maravillosas revelaciones concernientes a su reino y a su obra en los corazones de los hombres, lo único que podía hacer era caminar con el Señor y conversar con los pájaros y las flores. Fue como si estuviera en otro mundo.

Dios nos ha llevado por muchas experiencias. Es sólo por su gracia que hemos sobrevivido ya que hubo muchas presiones sobre nosotros,

dificultades tan grandes que no puedo compartirlas. La presión era ésta: ¿cederíamos al hombre o a la voluntad del cielo?

Dios le probará, amado, para ver qué clase de persona es. El ya lo sabe en primera instancia, pero quiere que lo descubramos nosotros mismos. La mayoría de las personas no resistirá cuando sean puestas a prueba. La mayoría tiene carnalidad, maldad e iniquidad dentro de ella. Dios quiere quitar esto, permitiéndonos pasar por algunas situaciones difíciles en las que debemos rendirnos a El en todo para salir triunfantes, pero muy pocos seguirán adelante hasta entrar en la lucha para que Dios pueda limpiarles interiormente. La mayoría de las personas ceden a la carne y se desvían del camino de la fe, el cual nos lleva al frente de la batalla.

Pero si nos sometemos, creemos en Dios y seguimos en fe, El quitará toda la carnalidad y nuestras debilidades interiores. Es sólo por medio de Jesucristo que podremos sobrevivir la batalla, y debemos permanecer en este lugar de sumisión todo el tiempo para que nuestros corazones permanezcan puros, limpios y sin mancha.

En la tercera mañana que había orado esta sierva en el altar de la iglesia, pidió que Florence viniera y orara con ella. Esto quería decir que yo tenía que cuidar a nuestras tres niñas y ver las necesidades de la casa. Sin embargo, yo estaba tan en el Espíritu que no podía hacer otra cosa que caminar con Dios y hablar con El. "Señor," dije, "Tú tienes que ayudarnos. Yo no sé qué hacer sino confiar en ti."

Mi esposa fue a la iglesia para participar con esta hermana en oración. (Años más tarde esta mujer nos dijo: "Cuando Florence entró en la iglesia esa mañana, ella me parecía como un ángel." Fue tan importante que Florence fuera a orar con ella.) Pero ahora, ¿cómo iba yo a cuidar de nuestras tres niñas? ¿Quién iba a preparar las comidas? ¿Cómo podía pagar la cuenta de la luz? No encontraba la respuesta; estaba simplemente confiando en el Señor para que El arreglara la situación.

Aquella mañana a las ocho y media, estando sentado afuera en la silla de mimbre a la entrada de la casa, alcé la vista, y vi a Rebecca Pumphrey que viraba la esquina por la casa pastoral. Tan pronto como la vi, me contenté.

Rebecca detuvo el auto frente a la casa y cruzó el jardín, tomando de la mano a su pequeña hija, Barbara, y me preguntó: "¿Hermano Helm, me necesitas? Yo no estoy acostumbrada a oír la voz de Dios. Me levanté temprano esta mañana a las seis a lavar ropa, y puse un balde de agua en la tina para calentarla cuando Dios me dijo: '¡Anda donde los Helm!' Puse otro balde de agua en la tina, y el Señor me dijo: 'Anda donde los Helm.' El diablo decía: 'No vayas. Tú has estado allí todas las noches durante dos semanas, y has abusado de su hospitalidad.'"

Cuando ella me dijo esto, yo estaba muy feliz. Estaba diciendo: "¡Gloria al Señor!"

Ella continuó: "Cada vez que puse agua en la tina, el Señor me decía: 'Anda donde los Helm.' Finalmente desperté a Homer, y le dije: 'Homer, ora conmigo, porque no estoy acostumbrada a oír la voz del Señor. Creo

que El me está diciendo que vaya a ver a Florence y a Loran.' El creyó que yo debía ir; así que tuve que venir. ¿Me necesitas, Hermano Helm?"

Yo le miré con una gran gratitud en mi corazón, y le dije: "¡Rebecca, si alguna vez un siervo de Dios necesita ayuda, es ahora!"

Dios le había dicho que fuera como estaba, con su ropa de trabajo. El sabía que necesitaba de ella para cuidar a las niñas. Ella iba a preparar las comidas, comprar los víveres y pagar la cuenta de la luz. Necesitaba tanto de su ayuda que nadie podría saber qué gran ayuda fue para nosotros aquel día.

Al siguiente día yo estaba sentado en el comedor mirando afuera por la ventana cuando vi un árbol, un hermoso árbol de cerezas. Era redondo como la tierra. Estaba lleno de frutas, y éstas estaban comenzando a ponerse rojas. Era una temprana primavera, mucho más temprana que las primaveras que puedo recordar. Nunca antes había visto este árbol tan abundantemente cubierto de frutas, ni tampoco lo he visto después.

De pronto entré en una visión mientras decía con todo mi corazón: "Señor Jesús, ese árbol de cerezas es como la tierra. Así como este árbol descansa en su tronco, el mundo gira alrededor de sus ejes. Oh, Señor," clamé, "todas estas cerezas son como frutas casi maduras por toda la tierra; las puedo ver."

Y El me dijo: "Sí, ese árbol es como la tierra. Y así como las cerezas cubren todo el árbol, mi Espíritu cubre la tierra."

Entonces dije yo: "Pero si tu Espíritu cubre tan abundantemente la tierra, ¿por qué los hombres son tan vacíos espiritualmente? Tu Espíritu es tan completo y abundante; y nosotros, sin embargo, nos morimos de hambre."

En ese mismo segundo, una paloma voló al centro del árbol, y se posó en él. En ese mismo instante Dios me habló dentro de mí, diciendo: "Por mí, el Espíritu Santo, serán alimentados. Sólo por mí, el Espíritu Santo, pueden ser alimentados." Luego otra paloma voló por el árbol, y se posó junto a su compañera. Dios habló otra vez dentro de mí: "Por mí, el Espíritu Santo, serán alimentados. Solamente pueden ser espirituales cuando yo, el Espíritu Santo, los alimento."

El estaba revelando a mi corazón que **no podemos hacer nada sin la dirección del Espíritu Santo**. A no ser que Dios comience algo por su Espíritu Santo, nuestra labor no puede traer vida a ello. El estaba tratando de ayudarme a ver que su guía, su dirección, su **voluntad** era suprema por sobre todas nuestras mejores metas o esperanzas más deseadas. "Por mí, el Espíritu Santo, serán alimentados. Solamente por mí, el Espíritu Santo, pueden ser alimentados."

Con el bautismo del Espíritu Santo, ola tras ola del amor divino pasó a través de mí. Este amor de Dios era tan maravilloso que no lo puedo explicar adecuadamente. No era creación mía, era un don de Jesucristo a través del Espíritu Santo, el amor puro de Dios para todos los hombres, aun para mis enemigos.

Si alguien le está persiguiendo (y todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución), su reacción revelará cuánto amor de Cristo hay en usted. Si las personas dicen mentiras acerca de usted, expandiendo rumores y destrozándolo con sus lenguas, ahí experimentará qué cantidad de amor de Dios hay en su corazón, y cómo su amor está fluyendo a través de usted.

Cuando esté atravesando por una severa prueba y batalla, anímese. Muchas cosas ocurrirán para hacernos ver cómo nos encontramos, pues nuestras reacciones dicen más de nosotros que nuestras acciones. Y cuando estamos en algún gran conflicto, conocemos la condición real de nuestros corazones. Si Dios no nos dejara conocer la debilidad de nuestras propias naturalezas, entonces no nos apoyaríamos en El para tener las fuerzas necesarias.

Todos nosotros pasamos por pequeñas pruebas y tribulaciones. Puede ser mientras esté desayunando en un buen restaurante, mientras dé la primera mordida a unos huevos revueltos y sienta el crujir de los dientes por los pequeños pedazos de la cáscara del huevo. Entonces diga: "Gloria al Señor," quite ese bocado de su boca y pruebe otro. Pero si al morder de nuevo, encuentra nuevamente más cáscaras de huevo, ¿cuál será su reacción? ¿Llamará a la mesera y le dirá cuán terribles son las cáscaras de huevo, le indicará su disgusto por la comida y hará ciertas observaciones acerca del cocinero? ¡No! Simplemente alabe más al Señor.

Cuando viajamos en un trabajo evangelístico, muchas de nuestras comidas son en restaurantes y casas. En una ocasión mientras estábamos en un establecimiento agradable, yo pedí una sabrosa ensalada. Apenas había comido un poco cuando encontré un cabello en mi boca. Poco después encontré más cabellos mientras comía. Luego mi tenedor alzó un pocotón de cabello de mujer que había en la mitad de la ensalada. ¿Qué hice? Pues, por la gracia de Dios permanecí calmado y sin molestarme.

Es nuestra reacción la que revela nuestro corazón. Es la forma en que reaccionamos a las cosas pequeñas de todos los días, cuando todo parece ir mal, la que nos habla acerca de nosotros mismos. Nuestra reacción muestra cuán fuerte es el "yo" en nosotros, pues el "yo" es el que reacciona. Pero si uno se niega a sí mismo, uno puede estar gozoso y victorioso en Cristo en todas las situaciones. Usted puede decir:

“¡Gloria al Señor!” a pesar de todas las circunstancias.

Habría situaciones para probarnos, para probar nuestras reacciones. En otra ocasión estábamos almorzando con dos ministros y sus respectivas esposas cuando una mesera vino de la cocina con una bandeja llena de comida y accidentalmente la derramó sobre mí. Carne, verduras y salsa se derramaron en mi abrigo y en mis pantalones. “Gloria al Señor,” dije.

Ella se sintió muy apenada, e iba a llorar. “No se sienta mal,” le dije, “tenía que pasar.”

Mientras yo estaba en el piso tratando de ayudar a limpiar la comida con unas toallas, el jefe se acercó, y me dijo: “Me gustaría darle trabajo.”

“Yo he hecho esto antes,” le dije. “Limpiaba los pisos cuando era un muchacho. Estas cosas pasan para probarnos.” Seguía diciéndole a la mesera: “No llore, querida, esto puede pasarle a cualquiera. No se sienta mal por esto.”

Cuando las cosas sean difíciles, anime al resto que está a su alrededor. La vida de negación nos enseña esto. No esté malhumorado y fruncido, haciendo las cosas más difíciles para las personas. Algunos pueden irritarse rápidamente y ponerse severos. Pero nosotros tenemos que mantener nuestros corazones llenos de gozo y victoria. Debemos alabar a Dios en todas las pruebas y tribulaciones.

Cuando las personas estén decaídas y tristes, alabe al Señor, y deje que brille su luz. No se esfuerce por preparar lugares y eventos donde pueda brillar su luz. Solamente déjela brillar con resplandor dondequiera que esté. Regocíjese, y reclame la victoria por Cristo ahí donde esté, en los pequeños conflictos y pruebas diarias.

Cuando todo va mal y nada parece bien, Dios quiere que nos neguemos a nosotros mismos y a la reacción de la carne. Dios quiere que muramos a nuestra compulsión interior de quejarnos, de desquitarnos o de enojarnos. El quiere que seamos crucificados interiormente. Cuando el autobús no llega a tiempo, cuando no llega el tren, cuando el avión vuela en círculos por una hora antes de aterrizar, cuando el auto no prende, nosotros tenemos que hacer lo que nos dice la Biblia: “Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ‘¡Regocijaos!’”

El factor que decide cómo reaccionamos en estas situaciones es el que determina lo que somos en nuestro corazón, es decir, si nos hemos negado a nosotros mismos o no. Si nos negamos a nosotros mismos, habrá una muerte; pero esta muerte nos traerá cosas maravillosas. Esta muerte continua nos lleva a los gloriosos secretos de la vida escondida en Cristo.

Estas son cosas muy pequeñas, situaciones insignificantes que son comunes para todos los hombres, pero pueden ser usadas para prepararnos para tareas más grandes. Son lecciones elementales del jardín de niños de nuestro caminar con Dios, pero que nos preparan para responsabilidades en su reino en los meses y años venideros.

Será sólo por la gracia de Dios que podamos reaccionar correcta-

mente. El "yo" siempre reacciona incorrectamente. El "yo" no alcanza a reaccionar como Cristo. No podemos alabar al Señor por nosotros mismos. Pero al que ha sido obediente, Dios le dará gracia y poder. Solos no podemos; únicamente fracasaremos. Pero el Espíritu Santo fortalecerá su corazón con las fuerzas necesarias en el momento de la prueba. El le capacitará, estará con usted y le protegerá. ¡Sí, El lo hará! Gloria al Señor.

En esas semanas y meses que Dios estaba matando al hombre interior, yo estuve aprendiendo esto. Todas estas reacciones del "yo" tenían que ser limpiadas de mí antes de que El pudiera llenarme con su Espíritu. Si Dios lo hubiera hecho de otra manera, podría haber sido peligroso. Derramar su poder en un recipiente sucio sería como poner corriente de alto voltaje para que corra por unos alambres débiles y dañados. Posiblemente destruiría los alambres, y quemaría todo alrededor.

Cuando El me bautizó con su Espíritu, se manifestó un inmenso y abrumador amor del Padre para todos los hombres en todas partes. Creo que Dios quería enviar este mismo amor a todos los corazones que había en esa comunidad. Y porque Dios estaba tratando de obrar verdaderamente en ese pueblo, Satanás estaba furioso. Pocos entendieron lo que estaba pasando, pero Satanás estaba resuelto a destruirnos a nosotros y a lo que Dios quería hacer por medio nuestro.

Al caminar por las calles del pueblo, me sentía como si hubiera leones queriendo devorarme. Las personas del pueblo eran muy queridas, y yo podría decir que para mí eran las más maravillosas en el mundo; pero el diablo estaba furioso, haciéndolas que se sintieran molestas con nosotros. Cuando predicaba a mi congregación, había un gran amor de Cristo en mí que manaba hacia ellos; pero sentía como si algunos de sus espíritus quisieran devorarme.

Un ministro vecino me dijo en ese transcurso de tiempo: "Si las personas sintieran por mí lo que sienten por usted, yo me hubiera retirado inmediatamente."

Pero yo le dije: "Oh, hermano, el hombre de Dios nunca se retira de una batalla. Cuando la batalla comienza a ponerse violenta, el hombre de Dios se regocija." Estaba tan feliz en medio de este conflicto tempestuoso, como si todos estuvieran a mi favor. Se necesita de Cristo para tener tal felicidad y descanso aun cuando a su alrededor haya malentendimientos y disgustos. Esto está más allá de lo humano. Esto viene de Dios. ¡Gloria al Señor!

Una persona hizo un comentario: "Yo no sé qué será, pero quiero ir a la casa pastoral y arrojar ahí huevos podridos." Otro amigo me informó que temía que algunas personas trataran de quemarnos vivos en la casa pastoral. Sin embargo, el Señor me dijo que si esas personas queridas hubieran ido a nuestra casa con esto en mente, ellos nunca hubieran podido llegar ahí, porque los ángeles de Dios nos estaban guardando. Nosotros éramos desmerecedores de esto, pero la situación estaba fuera de las manos del hombre. Estábamos en las manos de Dios, confiando en El como niños pequeños.

¿Qué había causado este gran disturbio? ¿Por qué se enfureció el infierno contra un joven que trataba de predicar el evangelio?

Creo que fue a causa del llamamiento que Dios había dado a este desmerecedor siervo. Creo que fue debido a los requisitos del reino de los cielos que se me habían dado mientras yacía en mi lecho durante esos días cuando Dios me estaba crucificando, obrando en mí y conversando de día y de noche conmigo.

Para entender mejor lo que quiero decir con esto, debo compartir una experiencia de las cosas celestiales, la cual no incluí antes. Confío que la recibirá muy seriamente con una actitud de oración y con gran aprecio, porque pertenece enteramente a Jesucristo, al reino de Dios.

Antes de este período de crucifixión interior y de morir al mundo, repetidamente le decía a mi esposa: "Dios está llamándonos para algo. Yo sé que El nos está llamando a algo, pero no puedo discernir exactamente lo que es." Yo sabía que el Señor estaba obrando por medio de nosotros para la salvación y santificación de almas; los cuerpos eran sanados, y los hermanos se esforzaban en obedecer al Señor. Pero de alguna manera sentía dentro de mí que ser pastor no era para lo que Dios me había llamado. No estábamos intentando averiguar algo; simplemente estábamos confiando en Cristo. No tratábamos de hacer algo por nuestros propios esfuerzos; tan sólo esperábamos en El lo mejor que podíamos.

Fue por la noche de ese día en que recibí el bautismo del Espíritu Santo que comprendí finalmente la sagrada misión que Dios me había dado. Esa noche todavía estaba muy en el Espíritu mientras oraba en mi cama. Estaba meditando acerca de Jesucristo cuando, de pronto vi una creyente en el Señor delante de mí en medio de una luz hermosa! Ella estaba orando. "¡Señor Jesús!" dije. "¡Este es el reino de Dios!" Estaba tan humillado, y me sentía tan indigno delante de Dios.

Ella desapareció, y luego apareció ante mí una luz que no era de este mundo. Era rectangular, de unos ciento veinte centímetros de largo y sesenta a noventa centímetros de alto, como el marco de un cuadro. Dentro de su margen vi luego palabras escritas en la luz. Para mi asombro leí las palabras: "Te guiaré por medio del Espíritu Santo."

Había también otra escritura en la luz, pero no la podía leer. Dios me impidió leerla. Todo lo que pude discernir era que Dios me iba a guiar por el Espíritu Santo, lo cual estaba más allá de mi comprensión. ¡Cuán serio era esto! Vi en la luz que estaba ante mí el mensaje de Dios mismo: "Te guiaré por medio del Espíritu Santo."

La otra escritura de abajo no me tocaba todavía saberla. No trato de averiguar lo que no me corresponde saber. Yo sólo confío en Dios por lo que El desee compartirme. No soy digno ni aun de la más mínima revelación que El tenga que darme. Es solamente su gran amor y misericordia lo que me permitiría conocer algo nuevamente. Estoy tan contento que El me enseñara a la edad de veintiséis años a no tratar de averiguar algo, a no tratar de aprender cosas divinas, sino a confiar únicamente en El y simplemente dejar que El me enseñe a su propia manera y a su propio tiempo.

Cuando vi el mensaje: "Te guiaré por medio del Espíritu Santo," me sentía como Moisés. No puedo explicar cómo fue esto, pero en mi cabeza y en todo mi cuerpo me sentía como Moisés, tratando de sacar a los hijos de Israel fuera de Egipto, fuera del desierto, fuera de su divagación, hacia Canaán.

De alguna manera Dios me colocó en la experiencia de la vida de Moisés. Yo estaba tratando de sacar a la iglesia de su obstinación y de guiarla hacia el negarse a sí mismo y hacia la obediencia, a que dejaran de vagar continuamente entre programas y formas, y llegaran a someterse y consagrarse a Jesucristo. No sabía que iba a ocurrir esta revelación interior, pero la sentía en todo mi cuerpo.

Luego de pasar por esta experiencia, de repente estuve con el Señor Jesucristo. Había una gran luz sobre mí, pero por encima de ella estaba Jesús, el Hijo de Dios, el maravilloso Cristo del Dios de Israel.

De pronto estuve frente a los apóstoles de hace dos mil años, con sus tres apóstoles más cercanos, Pedro, Santiago y Juan. Ellos ya habían pasado a la vida eterna, y estaban altos y erguidos. Pero yo no había pasado todavía a la vida eterna, sino por el contrario estaba doblado por una carga pesada que había sobre mi espalda. Estaba con el peso de las iglesias y la carga del mundo sobre mi espalda. Estaba tratando de mirar a Cristo; pero difícilmente le podía ver, porque mi carga era muy grande. La responsabilidad de ayudar a la gente a ser absolutamente leal y fiel a Cristo es muy grande en este mundo.

(Una noche, después de predicar en Saint Louis, noté que la esposa del pastor estaba llorando. Al finalizar la reunión ella me dijo: "Reverendo Helm, mientras usted estaba predicando, vi un gran peso sobre su espalda. Vi que usted llevaba una carga."

(Yo le contesté: "Ese gran peso estuvo sobre mí la noche que Dios me declaró su llamamiento, la declaración de Dios para ser su apóstol.")

Al estar de pie con los apóstoles de Cristo, finalmente supe para qué era lo que Dios me había llamado a la edad de cinco años cuando me dijo: "Tú me perteneces. Te usaré en mi reino algún día." (Dios testifica esto dentro de mí ahora mientras lo comparto.) En ese momento supe que ese llamamiento era tan sagrado que el lenguaje humano no podía expresarlo.

Cuando desapareció esta visión celestial, los poderes del infierno surgieron en la habitación en torrentes de oscuridad. Demonios multiplicados por miles o millones (y el Espíritu Santo me dice "millones") estaban sobre mi cabeza, diciéndome cosas que no puedo compartir. En el transcurso de unos pocos años, salieron estas mismas acusaciones de los labios de personas no creyentes en varios estados del país.

Pero no quería otra cosa sino ser santo para Dios. Deseaba ser un verdadero hombre de Dios. Anhelaba ser puro, sin mancha, sin arruga. Tuve que resistir al diablo con todo mi ser. "El diablo es un mentiroso," decía. "¡Yo me voy con Jesucristo!"

Estos poderes satánicos me atacaron con gran fuerza, y estaban tratando de vencerme. Parecía como si ellos me pusieran en un torno y comenzaran a aplastarme hasta matarme. "Tú no puedes responder

a este llamamiento,” me gritaban. “Es imposible responder a este santo llamamiento.”

Yo clamaba: “¡Oh, Dios! ¡De todo corazón voy contigo!”

Satanás comenzó a inundar mi visión interior con cuadros. Veía eventos en los que él me amenazaba si seguía a Cristo con todo mi corazón. “Si tú sigues a Cristo en este sagrado llamamiento,” Satanás me decía, “perderás a tu esposa, a tus niñas, a tus padres y a tus suegros. Todas las personas te dejarán.” No hay manera de explicar el horror y lo infernal que era esta pelea satánica.

Entonces dije con todo mi corazón: “Adiós amados míos, adiós mi querida esposa y niñas, adiós mamá y papá. Yo me voy contigo, Señor Jesús. ¡Te sigo Dios! ¡Con todo mi corazón voy contigo, Dios!” (¡Aleluya! ¡Siento el poder de Dios obrando en mí mientras comparto esto! No solamente estoy contando una historia; esto es del reino de Dios. Comparto esto únicamente para la gloria de Cristo Jesús.)

Tuve que decir adiós a todos en el mundo y a todo lo del mundo. Satanás me dijo que los perdería a todos, pero ha sido al contrario. Si vamos con Jesucristo, El nos devolverá todo lo que necesitamos más dulcemente que antes. Yo lo encontré así. Gloria al Señor.

La batalla con los poderes de las tinieblas duró por algún tiempo esa noche hasta que Dios vino a expulsar maravillosamente los millones de demonios. Desde esa noche, gran parte del infierno ha estado en contra de mi ministerio. Desde ese momento hasta ahora, Satanás ha tratado de lanzar acusaciones contra mi vida, expandiendo rumores y murmuraciones referentes a mí, especialmente entre los líderes de las iglesias. En todos los estados de nuestro país, comenzaron a circular historias falsas acerca de mí, llegando éstas hasta el Canadá.

Pero por la gracia de Dios, los amaba a todos de la misma manera, y hasta ahora lo sigo haciendo. El amor de Jesucristo se derramó a través de mí para todos los hombres sin distinción. Amaba a aquellos que hablaban de mí, posiblemente más que a mis amigos. No era digno de este maravilloso amor de Cristo, pero El me lo envió de todos modos.

Dios es digno de alabanza por todo esto. El es el único a quien damos la honra. Todo lo que compartimos es únicamente para la gloria de Dios, el honor de Jesucristo el Hijo amado, y la alabanza del bendito Espíritu Santo.

# 21

## CARGAS ESPIRITUALES

Desde la declaración de mi llamamiento en abril de 1942, he estado en expectativa y anhelando el avivamiento del Espíritu Santo para todo el mundo, el cual precederá al retorno de Jesucristo. El Señor me había dicho que esperara en El, y en noviembre de ese año comenzamos reuniones de oración como anticipo y preparación para este poderoso derramamiento de Dios. Cada noche esperábamos en el Señor, confiando que El nos dirigiera con su Espíritu según su voluntad. Esperamos durante semanas y meses.

Noche tras noche esperaba que Dios derramara su Espíritu. Afuera bajo las estrellas, miraba al cielo de la noche, y decía: "Señor Jesús, seguramente Tú vas a derramar tu Espíritu Santo esta noche en el gran despertar que has prometido." Mi alma anhelaba su presencia y su poder para que obrara en un mundo pecaminoso. El había comenzado este avivamiento del Espíritu Santo en mi corazón con su bautismo del Espíritu, y quiso enviarlo a todo corazón en esa localidad y a todo el mundo.

Pero el avivamiento del Espíritu Santo fue estorbado. En efecto, el Señor me reveló quién era la persona clave en este pueblo. Todos respetaban y amaban a esa persona. Durante la depresión, si veía a un hombre necesitado, dejaba caer un dólar en la acera para que así éste tuviera que comer. Un día me acerqué a él, y le dije: "Mi hermano, si andas con el Señor Jesús y El es el primero en tu vida, si haces la voluntad de Dios, si asistes a la reunión del domingo en la mañana y en la noche y también a las reuniones de oración, en tal número de semanas habrá veinte hombres con sus familias que asistan también a la iglesia; y las ruedas del glorioso reino de Dios comenzarán a moverse a través de esta localidad."

El estaba detrás del mostrador de su negocio cuando compartí esta revelación. Entonces él únicamente me miró, y contestó: "Puede ser." Esas fueron las únicas palabras que él dijo. Aquella fue la última vez que Dios me guió a que le hablara.

El Señor me reveló que él era la clave en el pueblo, pero él no percibió cuán serio era tener esta posición. No era una posición que él había buscado específicamente. Tampoco era un cargo oficial que el pueblo le hubiera conferido. Era únicamente un puesto de alta influencia, el cual poseía por la naturaleza de sus dones innatos, su personalidad y el aprecio de aquellos que le conocían. Posiblemente él no lo sabía, pero era el líder principal de la localidad aunque no le habían dado ningún título oficial.

Las personas que tienen esta autoridad o posición raramente reconocen la tremenda responsabilidad que existe en sus acciones y decisiones. Ellos han alcanzado estos puestos en la localidad por

los dones y talentos que Dios les ha dado. Pero no son hechos administradores de estos dones sólo para su propio bien, sino que éstos son una inversión de Dios para usarse en su reino, en su tiempo. Necesitamos orar por aquellos que son líderes de nuestras iglesias y comunidades para que sean humildes y puedan andar con Cristo, porque el costo de su desobediencia e imposición será grande en la eternidad.

No hay manera de decir cuántas almas esperaban que este hombre renunciara a sus propios deseos para hacer la voluntad de Dios. Si él se hubiera humillado y rendido a la cruz, probablemente hubiera conmovido a muchas vidas en esa comunidad. Entonces, quizá, esas vidas hubieran influido a cientos de otras personas para que fueran misioneros y evangelistas; y por medio de la obediencia de todos éstos, no se sabe cuántos miles o millones de vidas en todo el mundo hubieran podido ser libradas del infierno.

La responsabilidad de cada persona llega rápidamente a ser más y más grande. Me estremezco al pensar en la sangre que caerá en la eternidad de los dedos de aquellos que no han usado su influencia en el mundo enteramente para la causa de Cristo. La Palabra de Dios dice: "Porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará." No es muy agradable hacer saber estas cosas, pero tengo que advertirles cuán recto y estrecho es este camino.

Desde noviembre de 1942 hasta el 7 de junio de 1943, nos reuníamos casi todas las noches para esperar y orar por este poderoso derramamiento del Espíritu de Dios. El Señor nos dirigía y ayudaba, nos conversaba de su reino y se nos revelaba. Con frecuencia cantábamos los maravillosos himnos de Sión. Una canción en particular habló a mi corazón durante este tiempo. Las estrofas dicen así:

¡Manténte puro, soldado de Cristo!  
Su divina voz suena claramente en medio de la batalla.  
El Capitán te habla; su palabra obedece,  
Así tus fuerzas serán según la necesidad.

¡Manténte puro! Bendito es aquel  
Cuyo corazón del pecado es libre.  
Sus pies pasarán por donde los santos han andado,  
Con la cara radiante verá a su Dios.

¡Manténte puro para aquel que murió y  
Se santificó por amor a ti!  
Escúchale a El que te habla desde el cielo,  
Y sobre la tentación vencerás.

Oh, Santo Espíritu, manténnos puros,  
Concédenos tu poder cuando el pecado nos atrae.  
Nuestros cuerpos son tu templo, Señor,  
Que seas adorado en todo. Amén.\*

El deseo ardiente de mi corazón era ser puro en mi hombre interior. Mi deseo era ser absolutamente santo ante Dios, totalmente limpio y

\*Letra original en inglés por Adelaide M. Plumtre, 1908, de "New Songs for Service," The Rodeheaver Hall-Mack Company, Winona Lake, Indiana, 1963.

santificado para su propósito. Anhelaba ardientemente pertenecerle con toda mi alma, con mi corazón y con todas las partes de mi mente y cuerpo.

Nosotros hemos estado esperando en Dios durante casi treinta años por este despertar espiritual. Por la gracia de Dios nuestra esperanza no ha sido opacada, y nuestra confianza no ha disminuido. Estos años de espera han parecido un tiempo corto. Mi alma ha estado encantada de continuar esperando en el Señor, aprendiendo cómo ser guiado por el Espíritu y cómo obedecer sus instrucciones.

El Espíritu Santo también estuvo enseñándome acerca de las cargas espirituales durante este tiempo. Yo no sabía lo que era una carga. Había oído a las personas hablar de cargas, pero pensé que ellos estaban preocupados por alguien, por una situación de prueba o por algo que tenía que ver con algún problema. Sin embargo, el Espíritu Santo comenzó a enseñarme que una carga era un mensaje sobre una necesidad que había en alguna parte de la tierra, un mensaje de origen divino, no de mi propio entendimiento y conocimiento. No fue una lección fácil, ya que las lecciones espirituales con frecuencia se captan lentamente.

Caminé con el Señor muchos años antes de saber qué era una carga, o dónde estaba localizada en la tierra. Una noche, cuando estábamos esperando que el Espíritu Santo fuera derramado sobre la iglesia, vino sobre mí una carga. No tenía a nadie que me enseñara acerca de las operaciones interiores del Espíritu Santo, pero he aprendido esto poco a poco a través de muchos años mientras he caminado con el Señor. Dios comenzó a enseñarme mientras esperaba por varias horas cada día de rodillas en su presencia. Algunos días esperaba sólo treinta y cinco minutos, otros días cinco horas, o quizá más. No sabía cuál era la carga esa noche, pero estuve muy agradecido de que el Señor me enseñara a reconocer lo que era sentir una carga por alguien.

Muchos de los creyentes se encuentran a veces agobiados. Tienen un corazón entristecido, y se sienten oprimidos en sus espíritus. Esta es una operación espiritual del alma y del cuerpo. Esto no se puede explicar con palabras. Solamente una persona que se niega a sí misma consistentemente y obedece la guía del Espíritu Santo puede experimentarlo. Con frecuencia cuando Dios da a un seguidor humilde una carga, Satanás atacará la mente o el sistema nervioso con la acusación: "¡Tú has fracasado!"

Pero es todo lo contrario. Dios probablemente le ha confiado una carga. La necesidad puede encontrarse en cualquier parte de esta tierra. Puede ser para que mil personas se salven en algunas islas del mar, o para la sanidad de una persona a una cuadra de distancia. Hoy día, la carga primordial de los creyentes en el Señor es por la iglesia profesante en el mundo.

Muchas veces ocurrirán incidentes en su vida, y se preguntará por qué han sucedido. Con frecuencia Dios busca instruirnos a través de estos incidentes, pero Satanás tratará de confundirnos e impedir que capturemos la lección. Satanás le molestará y le acusará, diciendo: "Estás pasando por un tiempo muy difícil." Si camina con Dios, Satanás le dirá

que no tiene la victoria, que ha pecado y que no va a ir al cielo. Debemos resistir estos pensamientos, porque él es mentiroso y padre de mentiras. Cristo nunca nos diría tales cosas; y si estos pensamientos no son de Dios, simplemente debemos resistirlos, no importa cuán razonables parezcan.

Dios me ha revelado que muchos creyentes en el Señor están siendo atacados, y no saben qué hacer. Ellos necesitan un pastor para que ore con ellos, diciendo: "¡Apártate, Satanás! ¡Esta alma pertenece a Jesucristo!" El pueblo de Dios necesita ser animado; necesita ser alentado y fortalecido.

Cuando un verdadero seguidor de Cristo es un recipiente de cargas, posiblemente se sentirá con un corazón triste y un poco nervioso o aun afligido. El Espíritu Santo está tratando de comunicarle a ese corazón una necesidad en alguna parte del mundo y usarlo como instrumento de intercesión en el reino de Dios. Pero Satanás está ahí también para atacarlo, herirlo y acusarlo. Muchos de ustedes posiblemente han sido atacados en los últimos días.

Podemos prevenirnos por el hecho de que Satanás tiende a acusarnos en la mente, haciéndonos ver un número de fracasos o fallas a la vez para causarnos confusión. Al contrario, Cristo habla suavemente y con amor al corazón, enfocando nuestros pensamientos hacia un solo lugar donde hemos fracasado para que podamos pedir perdón y no hacer la misma cosa otra vez.

Cuando esa carga vino sobre mí, comencé a orar por la iglesia, la localidad, las personas cercanas a mí, etcétera. Finalmente oré por los hermanos de mi padre. Cuando oré por Peter C. Helm, el poder del Espíritu Santo me dio testimonio; y me di cuenta de que ésa era mi carga.

El cuerpo es el templo del Espíritu Santo. Si está completamente rendido, el Espíritu Santo le poseerá completamente. El cuerpo es como un piano o una máquina de escribir. Dios puede decir muchas cosas por medio del cuerpo si deja que su mano le guíe. Se requerirán muchos años de esperar en El y caminar con El antes de que comience a aprender a reconocer cuándo es una "a" o una "b," pero Dios desea enseñarnos si estamos dispuestos a esperar.

Sin embargo, uno no puede esperar leer el idioma hebreo en un corto tiempo. Cada lección deberá ser dominada en el orden de secuencia para que la entendamos correctamente. Si nosotros perdemos una lección, disminuirá nuestra comprensión. Así es cómo aprendemos a caminar con Dios. Cuando obedecemos al Espíritu Santo cada instante, día a día, El gradualmente nos trae al lugar de comprensión por sus dones y su Espíritu. (Por "dones" se entiende los dones de "discernimiento" y de "ayudas" como dice en 1ª. Corintios 12:10,28.)

Debo otra vez enfatizar que nosotros no nos esforzamos para aprender estos misterios de Dios. Ellos no se extraen de su lugar escondido por la acción del intelecto o por el discernimiento humano. Estos misterios se revelan a los que son como niños, como nos dice Cristo en Mateo 11:25: "Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las

revelaste a los niños.”

Los secretos espirituales se dan a los que temen a Dios, a los que son mansos y humildes de corazón, a los que son como un niño en espíritu, al peregrino que se niega a sí mismo. Pueden ser confiados sólo al corazón crucificado, ya que únicamente el corazón muerto al mundo y a sus metas dará a Dios toda la gloria. Solamente el espíritu quebrantado y contrito permitirá a Dios usar estos dones y revelaciones de manera apropiada y a su debido tiempo.

Empecé a orar por el tío Peter Helm para que Dios le diera fortaleza y ánimo, y que fuera librado del mal. ¡Estaba tan conmovido! ¡Cuando el poder de Dios cayó sobre mí, supe por primera vez cómo localizar mi carga! Dios me enseñó esto. No se desanime si no entiende todo lo que Dios está haciendo con usted. Yo tuve que caminar con Dios por años antes de que supiera lo que era una carga. Entonces tuve que seguir caminando con El para que me enseñara cómo localizar mi carga. Uno aprende mejor estas lecciones cuando obedece humildemente cada dirección del Espíritu Santo, y permanece en su corazón como un niño.

La gloria de Dios cayó tan pronto como yo llegué a su trono con la exacta petición que Dios quería que hiciera. ¡Estaba encantado! Cuando el poder de Dios cayó alrededor nuestro, las personas queridas que estaban conmigo recibieron la bendición también.

A la noche siguiente fuimos a ver al tío Peter C. Helm con mucha expectativa. “Quiero hacerle una pregunta” le dije: “¿Qué estaba haciendo anoche entre las siete y media y las ocho y media?”

Mirándome, contestó: “Loran William, después de un día difícil, estuve sentado en esta silla cerca de la estufa, preguntando: ‘Señor, ¿has hecho que Loran ore por mí?’”

¡Yo estaba regocijándome! Entonces le expliqué: “Tío Pete, yo tuve un tiempo de oración por usted anoche. El Espíritu Santo me reveló de sus situaciones. ¡Me dio el privilegio, por medio de Jesucristo, de orar por usted!”

Tío Pete y yo estábamos tan emocionados. Fue mi primera experiencia de encontrar una carga después de caminar con Dios por cerca de diez años. Me tomó mucho tiempo llegar a saber lo que Dios estaba queriendo hacer conmigo. Es por la gracia de Dios que lo podría hacer nuevamente. Muchas veces ha sido mi experiencia que cuando digo: “Amén,” al terminar la oración, el Señor me revela que debo seguir orando. Ahí es cuando la verdadera oración comienza, porque el Espíritu Santo ora por medio de mí, revelando cargas en la iglesia, en las naciones, en los cuerpos y en el mundo.

El Señor posiblemente le agobiará por alguna necesidad en el futuro. Siempre sea agradecido por ello. Mientras más agradecido se encuentre, El más le dirigirá. Yo creo que Dios dirige en proporción a nuestro deleite y confianza en El. Las personas se emocionan con las ropas nuevas, las casas nuevas y los autos nuevos; pero yo estoy más encantado con la dirección del Espíritu Santo y las cosas del reino de Dios. Con frecuencia nuestra falta de alabanza nos impide recibir algo que hemos deseado por mucho tiempo; pero si se deleita en las cosas

de Dios, El le concederá las peticiones de su corazón.

Desde 1941 no he deseado ninguna otra cosa más en el mundo que hacer únicamente la voluntad de Dios. A través de los años El ha sido misericordioso para enseñarme lo concerniente a sus revelaciones, y yo estoy recién llegado al jardín de niños aprendiendo el abecedario. (Juan 16:13) Después de estos años de enseñanza, El me puede decir si mi carga es por una necesidad del alma, o para curar el cuerpo o la mente, o para casos de tempestades y terremotos, o para situaciones y condiciones en la tierra, o para riesgo, oscuridad, peligro, accidentes, mal, iniquidad, guerra, peleas entre naciones o cualquier cosa que sea.

No hay necesidad de pensar que esto es extraño e inconcebible puesto que el Señor les dijo a sus discípulos en Juan 14:26: "Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, El os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho."

Nosotros tenemos la tendencia a relacionar este versículo sólo con los discípulos quienes estaban oyendo la promesa de los labios del Señor. Sin embargo, Dios ha demostrado a sus hijos una y otra vez que El desea enseñarnos cada día los misterios de su reino. **En efecto, a no ser que el Espíritu Santo mismo nos instruya, nosotros no sabremos en realidad nada acerca del reino de Dios; y tan sólo estaremos imaginando y adivinando.**

Es solamente cuando El nos dirige y nos guía día a día que podemos ser verdaderamente usados para trabajar en su reino. Todos nuestros intentos por realizar las cosas espirituales son todavía esfuerzos en la carne, y Pablo nos dice muy claramente en Romanos 8:8 que: "... los que viven según la carne no pueden agradar a Dios."

El hecho de que Dios quiere enseñarnos fue manifestado por Isaías (Isaías 54:13), y la absoluta autoridad fue dada a ese versículo cuando Jesucristo dijo a los que le interrogaban: "Escrito está en los profetas: 'Y serán todos enseñados por Dios.'" (Juan 6:45) Es imperativo, por lo tanto, que aprendamos cómo dirige el Espíritu Santo, cómo nos frena y cómo nos habla acerca de las necesidades que hay en el mundo.

Ahora bien, para algunos que se han acostumbrado a analizar los procesos espirituales y a crear explicaciones racionales para todo fenómeno, el hecho de que Dios cargue a algún creyente con alguna necesidad al otro lado del mar parecería extraño. Yo estoy seguro de que algunos serían tentados a preguntar también: "¿Por qué Dios tendría a alguien orando por las tormentas y terremotos?"

Yo no me esforzaría por explicar el "por qué" del maravilloso amor que Dios tiene por nosotros. El hecho de haber enviado a Cristo a morir por nosotros es una demostración de entrega que mi limitada mente no es capaz de comprender, aun ahora después de cuarenta años de haberme convertido. Pero yo sé por considerable experiencia que Dios comparte unas pocas de sus innumerables necesidades alrededor del mundo con los que están en armonía con El, puesto que nos ha permitido de alguna manera ser incluidos en el trabajo de su grande y poderoso reino aquí en la tierra.

Hay cierto número de pasajes en la Palabra de Dios, los cuales no se pueden entender fácilmente. Al mismo tiempo, estoy seguro de que Dios tiene muchas cosas escondidas de discernimiento y entendimiento en las páginas de este sagrado libro, las cuales nuestro corazón no ha sido capaz de percibir. En mi caminar con Dios, no he insistido en la específica interpretación de ciertas escrituras, y buscado luego hechos para justificar mis creencias. Simplemente he creído la Palabra de Dios tal como está. He mirado a Jesucristo en todas las cosas, y he tratado de obedecerle constantemente. Mientras le he seguido, me ha enseñado un fragmento de su amor y de su sabiduría. He estado fascinado también al descubrir que en este sendero de obediencia, El muestra en mi interior y por medio mío las verdades de su Palabra en formas que sobrepasan mis pensamientos acerca de ellas.

Esto se espera que sea así, por supuesto, porque el apóstol Pablo recalcó las palabras de uno de los profetas, diciendo a la iglesia de Corinto: "Antes bien, como está escrito: 'Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman.' Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios."

Estos versículos indican que lo que Dios tiene para nosotros en esta vida, tanto cosas espirituales como físicas, es mucho más de lo que nosotros pudiéramos imaginarnos. Muchos creen que este versículo se refiere principalmente a nuestra recompensa celestial, pero el cielo está más allá de todas las "cosas." Las "cosas" son de la tierra. Pablo trataba de comunicarles a los cristianos el hecho poco conocido de que en todos los lados de esta tierra les esperan cosas maravillosas. Nosotros las recibimos una a una mientras confiamos en Dios, negándonos a nosotros mismos y renunciando a nuestras propias ideas de cómo debería operar el reino de Dios, y obedeciendo al Espíritu Santo continuamente. Ellas ya están preparadas para nosotros; pero si no esperamos en Dios, siguiendo pacientemente bajo la cruz, pasaremos por alto estos tesoros escondidos sin nunca habernos dado cuenta de ello.

Estas cosas no se perciben mediante un gran talento y habilidad natural, sino que se las reconoce tan sólo por la ayuda de la revelación del Espíritu Santo. Algunos de estos tesoros tendrán que ver con secretos espirituales. Otros serán hermanos especiales de la familia de Dios que El permitirá que los encuentre en su camino. En otras ocasiones, serán sorpresas de una naturaleza más temporal, como ropas, muebles o una casa. Uno es siempre indigno de recibir aun el regalo más pequeño, pero podemos alabar a Dios todavía más por proveer a un seguidor tan desmerecedor de lo que necesitaba.

Sabemos que "el Espíritu todo lo escudriña," pues Dios conoce hasta los detalles más pequeñas que hay en todas las cosas alrededor, acerca y a través de esta tierra, de esta galaxia y las galaxias de más allá. No es irrazonable que su corazón de amor comparta algunos de los sufrimientos de la tierra con sus hijos amados para que éstos oren e intercedan, pidiendo una intervención divina. Y si todavía le parece que esto está lejos de la razón, por la gracia de Dios, puedo decir que

es un hecho.

Hace unos días, por la mañana llamé por teléfono a uno de mis más queridos hermanos antes de que saliera hacia el trabajo. Su esposa contestó el teléfono, diciendo: "¡Oh, Hermano Helm! Cuán contenta estoy de que haya llamado. Mi esposo se encuentra muy agobiado."

Cuando su esposo se acercó al teléfono, estaba tan cansado que casi no podía hablar. "¡Hermano!" dijo. "Yo no sé lo que me pasa. Anoche cuando llegué a casa después de la reunión, casi no podía alistarme para ir a la cama. Ahora, aun después de dormir toda la noche, no sé si pueda trabajar o no."

Cuando empecé a orar, el Señor reveló a mi corazón que él llevaba una carga por la santificación de muchas almas en la iglesia profesante de Dios en toda la tierra. El momento en que discernimos la intercesión que Dios quería que se hiciera, elevamos esa petición ante el trono de Dios, y su carga se elevó como una nube. Recobró sus fuerzas, y se sintió como otra persona.

"¡Hermano!" exclamó. "Este es el mayor descanso que he tenido en varias horas. ¡Me siento como si hubiera tenido una temporada de vacación!" Esto se debió a que la carga había sido retirada. El me dijo más tarde que la gloria del Señor estuvo alrededor suyo todo ese día en el trabajo.

Mientras me recuperaba de una operación en el Hospital Logansport en noviembre de 1970, el Espíritu Santo me habló muy temprano en la mañana, revelándome que debía llamar a una pareja joven en el estado de Tennessee. Con la ayuda de Dios, las enfermeras me permitieron llamar desde mi cama en el hospital a las cinco y media de la mañana. Mi amigo contestó el teléfono, y dijo: "¡Gloria al Señor! Mi esposa no ha podido dormir toda la noche. Ella ha estado en una gran confusión y lucha."

Empecé a orar, y encontré de treinta a cuarenta cargas que ella estaba llevando por tormentas, terremotos, sanidades, personas con trastornos mentales, almas para que fueran convencidas de pecado, convertidas, restauradas al Señor, limpiadas y santificadas, por toda la tierra. Las necesidades eran muchas, pero el Espíritu Santo nos dirigió para localizar cada carga y elevarla en oración. Ellos pudieron discernir en sus corazones cada carga junto conmigo por medio del testimonio del Espíritu Santo. Su esposa dijo, para la gloria de Dios, que después de la revelación y oración, parecía como si hubiera pasado toda una noche descansando.

Muchas veces en los años pasados, el Señor ha sido misericordioso para ayudarme a orar por las cargas que los creyentes llevan. Es sólo por sus dones y su amor que esto se ha podido hacer, y le agradezco por cada privilegio que me da.

Recuerdo una mañana en que tenía solamente unos pocos minutos para realizar varios asuntos de negocios. Quería ir al correo, visitar el garaje de la Chevrolet y hacer transacciones en el banco antes de que cerraran. Cuando iba hacia el banco, el Espíritu Santo dijo dentro de mí: "No vayas al banco, sino ve donde la hermana W." Eso quería decir

que el banco estaría cerrado antes de que yo pudiera estar de regreso. ¿Qué podía hacer? Sólo había una cosa que podía hacer, ir a la casa de esta hermana y olvidar todo lo que había planeado. Cuando Dios me guía a dejar lo que estoy haciendo, con la ayuda del Señor, lo hago.

Esta querida hermana abrió la puerta ese día, me miró a la cara y suspirando me dijo: "Hermano Loran, ¿cómo sabía que le necesitaba esta mañana? ¡Estoy tan deprimida, y no sé qué es lo que me pasa!"

"¡Gloria al Señor!" le respondí, tratando de animarla. "Conténtese, pues usted tiene una carga."

"¿Es eso lo que anda mal conmigo?" preguntó ella. Entonces empezamos a orar, y el Señor nos reveló que su carga era por cuatro almas que vivían de seis a ocho kilómetros de Parker y que necesitaban ser salvas. Elevamos su carga ante el trono de la gracia, el poder del Espíritu vino y la carga desapareció. Ella estaba muy conmovida. Supo que Dios había quitado su carga, porque la pesadez se quitó tan pronto como oramos. Ella se sintió oprimida, porque Dios quiso que la carga de estas cuatro vidas descansara en ella lo suficiente hasta que pudiera elevar sus almas ante el Señor.

Dios quiere guiar a todos sus hijos. El desea enseñarnos los movimientos de su Espíritu, revelar las varias maneras en las que guía y dirige, ayuda e instruye. **Y El puede hacer esto únicamente cuando esperamos en El, cuando nos negamos a nosotros mismos segundo a segundo y cuando tomamos la cruz gozosamente en constante obediencia.**

Naturalmente surgirá la pregunta: "¿Cómo reconozco una carga?"

Ante todo, debemos cerciorarnos de no solicitar una carga. No nos esforcemos en ser usados por Dios en maneras específicas, o en formas especiales. Entre ustedes, mis amados, que creen que mi explicación del misterio de las cargas es verdad, habrá un cierto número de personas que inmediatamente tendrá el deseo a decir: "¡Enseñame, Señor! Dirígeme. ¡Ayúdame a saber cómo llevar las cargas!" Pero nuestra búsqueda de ser guiados será mal dirigida por la carne.

Yo nunca me he esforzado por ser guiado por Dios. Solamente he tratado de amar a Dios y adorarle. Mientras esperaba en su presencia, El comenzó a quitarme todos los impedimentos que había en mi naturaleza carnal. Estos tenían que ser crucificados para que no hubiera interferencia terrenal de la mente mortal que previniera la voluntad de Dios y su revelación.

No se esfuerce por ser guiado. Simplemente espere en el Señor, y deje que El le purifique. Si comenzamos a buscar algo, podemos obtener resultados; pero es casi seguro que no serán de Dios. Nuestra tarea simplemente es confiar en Dios, obedecer continuamente, alabarle con frecuencia y amarle por lo que El es. No busque ninguna experiencia específica. Esfuércese sólo para ser lleno con su amor para con todas las personas, y El le dará lo que necesite a su debido tiempo.

En segundo lugar, no trate de buscar cargas o situaciones que necesitan oración. Nosotros no debemos buscar problemas, faltas o dificultades; porque descubriremos rápidamente mucho más de lo que podemos soportar. De acuerdo a la exhortación de Filipenses 4:8,

nosotros debemos pensar tan sólo en lo que es verdadero, honesto, justo, puro, amable y lo que es de buen nombre. Sea constante en leer la Biblia, en conversar con Dios, en testificar y en obedecer humildemente al Espíritu Santo. Llene su vida con mucha alabanza, y Dios revelará a su corazón las cargas por las cuales El quiere que ore.

Si algunos problemas de personas amadas, amigos o personas de su conocimiento atraen su atención, no piense mucho en ello. Simplemente eleve de inmediato la necesidad a Dios, y déjela allí. No pase tiempo preocupándose y meditando en situaciones o problemas. Deje que el Señor lleve la carga, porque usted no podría soportar las penas y tristezas ni tan siquiera de un pueblo pequeño, mucho menos las del mundo entero.

En tercer lugar, muchas veces reconocerá que el Señor le ha confiado una carga cuando se sienta deprimido sin ninguna razón. Satanás puede tratar de decirle que ha pecado o que ha vuelto atrás espiritualmente, pero tiene que resistirle. Busque en su alma, y pida a Dios que le recuerde cualquier momento cuando pudo haber fallado en hacer su voluntad. Pídale que le perdone y que quite de su corazón cualquier cosa que pudiera haberle ofendido a El.

Si no desaparece la pesadez de su corazón y el regocijo de Cristo no se encuentra en su alma como una vez lo experimentó, puede ser que el Espíritu Santo le esté encomendando una carga. Esta operación del Espíritu quizá se deba a varias necesidades en todo el mundo: por almas en Africa para que se conviertan, por la sanidad de alguna persona donde trabaje o por que cese una tormenta en Europa. Sólo podemos saber el significado de la operación espiritual por medio del testimonio del Espíritu Santo.

Muchas personas se esfuerzan por aprender el secreto de la intercesión mediante la lectura de libros que hablan acerca de la oración, o asistiendo a retiros sobre este tema. Estas actividades son buenas, pero el hecho es que podemos agonizar y luchar en oración por meses sin orar en realidad eficazmente a Dios. **La clave para una verdadera oración victoriosa y efectiva que llegue al Señor y que le mueva a responder, es hacer la exacta petición que Dios desee.** Y cuando esperamos en Dios en adoración y alabanza es cuando El más rápidamente puede guiarnos a esa petición, la cual es su voluntad que hagamos.

Debido a los dones y a la maravillosa instrucción de Jesucristo a través de estos muchos años, cuando me es dada una carga, oro sobre las diferentes posibilidades que pudieran existir. Cuando encuentro la correcta, el Espíritu Santo testifica a mi corazón que ésa es la carga. Luego elevo mi corazón en intercesión hasta que Dios me ayude a saber cuál es la exacta petición que El desea que haga. Con frecuencia siento en mi corazón, por el testimonio del Espíritu, cuando la correcta petición ha sido hecha, pues la carga se quita en ese momento, o El me indica otra que necesita más oración.

**No se confunda tratando de localizar exactamente una carga.** Después de muchos años de humilde obediencia posiblemente podrá aprender más acerca de estas sagradas áreas de la oración. Sin

embargo, en este maravilloso comienzo, simplemente presente la situación delante de Dios. Eleve la necesidad, diciendo: "Jesús, aquí está la carga. Tú sabes lo que es, Señor. Te la entrego a ti." Mientras continúe orando, yo creo que la carga se quitará; y algunas veces sabrá que ha alcanzado la petición apropiada. Dios le enseñará esto poco a poco.

La mayoría de nosotros somos impacientes. Queremos comprenderlo todo inmediatamente de una vez. Pero Dios no trabaja de esa manera. El obra lentamente. Sin embargo, El hace las cosas tan rápido como nuestra confianza le permita hacerlo. **Aprendemos más rápido, simplemente confiando y no buscando respuestas o discernimientos.** Este es uno de los grandes secretos del caminar con Dios, pero pocos lo escucharán.

Muchos creen que leyendo un libro aprenderán cómo caminar con Dios. Ellos quieren los pasos detallados y fáciles, como contar uno, dos, tres. Pero Dios sabe cuán pequeña es nuestra capacidad para tomar parte en una obra tan sagrada como la de su reino sin morir al orgullo, al "yo" y al amor al poder. El sabe cuán débiles somos una vez que aprendemos algo. Tenemos la tendencia a pensar que ya lo sabemos todo, y olvidamos que fue sólo por la misericordia y gracia infinita de Dios que El condescendió a revelar tan maravilloso misterio a un siervo tan indigno.

Esta es la razón por la que los hombres de Dios son lentos en compartir lo que Dios ha tomado años en revelarles a través de un paciente y escondido camino seguido humildemente, según su voluntad, día a día. **A no ser que hayamos sido muertos y crucificados día tras día durante muchos años, no es probable que apreciemos el gran valor y el sufrimiento que nos condujeron a estos maravillosos dones de Dios.**

He encontrado que mi camino con Jesucristo ha sido verdaderamente lleno de emoción, de romance y de aventura. A veces le pregunto a mi esposa: "Querida, ¿conoces a alguien que disfrute de la vida como yo lo hago?" Ella vive conmigo, y sabe cómo soy en realidad. Si usted le preguntara a ella esto, creo que le diría que no conoce a nadie que esté tan encantado en caminar con Dios como yo lo he estado.

Pero esta felicidad es porque no he buscado dones, discernimiento, revelaciones raras o el poder, sino porque simplemente he tratado a cada instante de amar a Dios con todo mi corazón, exaltar a Cristo en todo lo que haga y obedecer humildemente al Espíritu Santo en todo lo que El me diga.

Busque primeramente (que en realidad significa 'busque continuamente') el reino de Dios y su justicia (que es simplemente la voluntad de Dios, su camino, su carácter), y todas estas cosas le serán añadidas. Dios nunca fallará en esta promesa hecha por Jesucristo. De hecho, El sobrepasará sus expectativas.

El 23 de mayo de 1943, dejamos oficialmente el pastorado para embarcarnos en esta hermosa aventura de confiar absolutamente en Dios. Naturalmente que nuestros padres estaban muy preocupados por nosotros. Pero yo me hallaba tan feliz como una alondra en un prado, como un pez en un río y como los niños en un juego. Muy pocos nos entendían, pero parecía como si tuviera a muchos conmigo. Había gozo en mi corazón y gran paz en mi alma. ¿Quién podría dar esto sino el Señor Jesucristo?

Si tuviera una esposa, tres hijas, ningún salario y ninguna idea de dónde iba a vivir, y si únicamente lo que tenía era fe en Dios, la Biblia y la oración, ¿qué haría? ¿Estaría afligido? ¿Se inquietaría, o se molestaría con las preguntas: "Oh, Señor, ¿qué haremos? ¿Por cuál camino iremos? ¿Qué nos pasará?" Claro que no; por el contrario se regocijaría, miraría a Cristo y confiaría en El. Si hubiera sido nuestra decisión personal dejarlo todo y vivir solamente por fe, no hubiéramos sobrevivido nunca. Pero puesto que el Espíritu Santo nos había llamado a seguir a Cristo y a confiar enteramente en El, sabíamos que El proveería lo necesario para nosotros.

Nuestros padres y la mayoría de nuestros amigos nos preguntaban: "¿Y ahora a dónde irán?"

Yo contestaba: "No lo sé. Voy con Jesucristo."

"¿Dónde queda eso?" preguntaban.

"No lo sé."

"Tú tienes una esposa y tres niñas. ¿Cómo vas a vivir?"

"Voy a vivir por fe."

"¿Cuáles son tus planes?"

"Están en las manos de Dios," contestaba.

Recuerdo una ocasión cuando mi suegro se acercó y calladamente me dijo: "Me gustaría hacerte una sola pregunta, hijo." (Ahora bien, si usted tuviera una sola hija casada con un hombre joven que no sabía donde iba a vivir, donde iba a conseguir un pedazo de pan, que no tenía idea de la escuela a donde irían sus niñas el próximo día, y que además casi todos pensaban que él era un poco raro, ¿cómo se sentiría? ¿Estaría un poco preocupado?)

Yo le dije: "¿Qué es, suegro?"

"Quisiera tan sólo preguntarte," él continuó, "¿podrás mantener a tu familia?"

Se necesitaba mucho valor para que él se acercara con una pregunta como ésta. El nunca habría dicho una palabra si alguien no le hubiera

persuadido para hacerlo, pues él y yo éramos amigos íntimos. El era un hombre que me creía. Cuando yo le decía algo, él sabía que era un hecho (y lo siento ahora dentro de mí mientras cuento esto.)

Le dije: "Suegro...", y comencé a compartir con él cómo me había llamado Dios cuando yo era un muchacho pequeño, cómo El habló a mi corazón a la edad de cinco años, diciendo: "Me pertences; yo te usaré en mi reino algún día." Le dije cómo Dios me había dirigido, cómo me había llamado para que dejara todo y le siguiera con una fe simple.

Después de que le conté mi historia, me miró, y declaró: "Eso es suficiente para mí. No es asunto de nadie más, y yo estoy de tu parte." Esas son las únicas palabras que dijo respecto al asunto, y nunca más volvió a preguntarme nada al respecto. El siempre fue mi amigo.

Mis propios padres en ese tiempo estaban entristecidos y profundamente heridos. (Mi madre ya no recuerda esto, pero algunos de mis hermanos lo recuerdan vívidamente.) Ellos habían trabajado y se habían sacrificado por darme una buena educación. Esperaban devotamente que yo llegara algún día a ser un pastor de una gran iglesia urbana, reconocido en el mundo religioso. Ahora parecía que su hijo de veintisiete años estaba arruinando todo su futuro. Su tarea de comprender todo esto no era fácil. Casi todos los padres no lo hubieran comprendido, de no haberles sido revelado por el testimonio del Espíritu Santo.

Cuando dejé todo para ir con Dios, mi padre me preguntó lo siguiente: "Hijo, ¿cómo vivirás? ¿Cómo te sostendrás? No vas a tener un trabajo. Tú no tienes reuniones programadas. ¿Quieres decirme que sólo planeas leer la Biblia, orar y esperar?"

Contesté: "Papá, voy a confiar en Jesucristo. No sé acerca del futuro. Yo simplemente voy a creer."

"Hijo," replicó, "creo que dentro de dos años vendrás a pedirme que te ayude económicamente."

Le dije a esta persona que amaba tanto: "Bueno, papá, voy a confiar en el Señor."

Eso fue en febrero de 1943. Para la gloria de Dios, y solamente por su gracia y misericordia, puedo decir que nunca he pedido a mi padre ni un centavo desde septiembre de 1937, casi seis años antes de que él me dijera que le pediría ayuda económica. Por la gracia del Señor, no necesité pedirles a mis padres, ni a los padres de mi esposa, ninguna ayuda, aunque cualquiera de ellos me habría ayudado con mucho gusto si les hubiera pedido. Estuve sin dinero muchas veces, pero no se lo dije a nadie. Simplemente confiaba en que Dios iba a proveer.

Esto sólo fue posible por las infinitas misericordias de Dios. El hizo milagros para cuidar de nosotros. Cuando parecía que no había forma de seguir adelante, Dios nos daba lo que necesitábamos sin pedir a las personas y sin decir nada a nadie. Se necesitaría un pequeño libro para compartir las maravillosas formas en que El ha provisto, y sabemos que no somos merecedores de la mínima cosa que Dios haya hecho por nosotros.

Posteriormente comencé a buscar una casa para mi familia. Casi no había casas de alquiler durante la guerra; y buscando pueblo por pueblo, no pude encontrar ni una. Después de ocho días de buscar una casa, el tesorero de la iglesia me dijo: "El anciano del distrito me ha llamado, y dice que tiene que encontrar otra casa hoy para mudarse."

Sin embargo, el pastor que me reemplazaría, Frank Y., nos hizo saber que él no estaba interesado en ocupar todavía esta casa. "No tiene que preocuparse, reverendo Helm," él me aseguró. "No tenemos que dejar nuestra casa actual sino hasta dentro de una semana a partir del martes."

"Sí," le dije, "sin embargo, no quiero ser una molestia para ustedes. Cuando nos mudemos de esta casa, quiero dejar los pisos trapeados y todo limpio para que cuando ustedes vengan no tengan que hacer otra cosa, sino sólo mudarse." (Por supuesto, ésa es la manera en que un cristiano trata de dejar una casa o un apartamento que está desocupando. Trata de dejar todo en mejor estado que cuando llegó por primera vez, sea una casa, una gasolinera, un restaurante, una iglesia o una escuela.)

De esta manera llamé a la Agencia de Bienes Raíces de Earl E., y hablé con Herschel, el hermano de la esposa de nuestro anterior superintendente de la escuela dominical que trabajaba allí. El me dijo: "Hermano Helm, hoy hemos tenido catorce peticiones para casas de alquiler, y no tenemos nada disponible en este momento. Es casi imposible encontrar algún lugar para alquilar en este momento." A pesar de esto, de todas maneras me regocijé. Mi esposa y yo buscamos una y otra vez por los alrededores del pueblo, pero no pudimos encontrar nada.

Después de regresar a la casa pastoral, Florence estaba un poco desanimada. Usted también lo hubiera estado si hubiera tenido la presión de salir de su casa sin tener un lugar a donde ir, sin ninguna seguridad tangible de ingresos inmediatos, y aun más, sin una promesa de ingresos en el futuro. Pero el Señor me dio ánimo, paz, amor y luz en mi corazón como si ya tuviéramos una encantadora casa. Dios continuamente me otorgó esta hermosa seguridad en mi corazón de que El cuidaría de nosotros.

Por la gracia de Dios Florence tampoco estaba desanimada realmente. Ella simplemente sentía la presión de la situación, y le hubiera gustado tener por lo menos una idea hacia dónde íbamos. Esto es natural, ¿no lo creen, queridas damas? Pues toda esposa quiere tener un poco de dinero cada semana para comprar los víveres y otras cosas. ¿No es así? Pero mi esposa no sabía si iba a tener dos dólares, seis dólares o quizá nada. No tenía garantía ni de poseer siquiera un techo sobre su cabeza y una cama en que dormir.

Así que oramos juntos. El Espíritu Santo nos enseñó cuando recién nos casamos, que cuando hubiera alguna dificultad, o cuando hubiera una prueba (y todos tenemos nuestras pequeñas tribulaciones), lo primero que deberíamos hacer para mantener la victoria era abrazarnos y orar inmediatamente. De alguna manera Dios nos ayudó a saberlo, porque nadie nos dio este consejo antes de que nos casáramos. A

través de los años he tratado de animar a las parejas recién casadas, y a las que tienen más tiempo de casadas, para que se abracen y oren en el momento en que haya un malentendimiento, una prueba o un conflicto.

Cuando teníamos nuestras pequeñas pruebas, yo tomaba a Florence en mis brazos, y le sugería: "Cariño, oremos."

Ella decía: "¿Aquí?" Podíamos haber estado en la cocina mientras ella lavaba los platos, en el baño o en la sala. Con frecuencia no era un lugar conveniente, pero yo le decía: "Arrodillémonos, y oremos ahora." Así que ella me ponía sus brazos alrededor mío, y orábamos al cielo, clamando a Dios hasta que pasara la oscuridad; y luego parecía como si volviéramos a nuestros tiempos de enamorados.

Ahora bien, la carne y el diablo están en contra de las parejas que hacen esto; pero no hay otra manera de mantener la victoria. Toda pareja tiene conflictos acerca de dinero, casas, vecindades, niños, parientes, vida personal y trabajo. Pero si cada persona tiene la voluntad para resistir a Satanás en seguida, para elevar el escudo de la fe y orar juntos inmediatamente, se quitará la oscuridad; y el gozo del Señor les levantará por encima de la prueba. Este es uno de los secretos de un matrimonio victorioso, pero pocos han tenido la voluntad de practicarlo constantemente.

Por supuesto que Florence y yo no nos encontrábamos en conflicto durante ese tiempo, sino que estábamos orando sobre la grave situación a la cual nos enfrentábamos. Mientras oraba, el Espíritu Santo me reveló que debía ir a la Universidad Taylor por el camino de la ciudad de Hartford City. Estaba como a dieciséis kilómetros al norte de Shideler; y la universidad se encontraba en Upland, como a dieciséis kilómetros al noreste de allí. Me regocijé, y dije a mi esposa: "Cariño, vamos; Dios me ha dicho que vaya a la Universidad Taylor." Cuando Dios me da una tarea, yo quiero hacerla. No importa donde esté, me encanta ir al sitio que Dios me dirige. Por la gracia de Dios, estoy siempre muy emocionado.

Así que subimos al auto, viramos al oeste y nos detuvimos en la parada antes de virar al norte. En este mundo tenemos lugares para comer, lugares para dormir, lugares para estudiar, lugares para jugar. ¿Por qué no tener lugares para orar? Desde enero de 1939, he tenido la costumbre de orar en las encrucijadas. Mientras me detuve, mirando a las dos direcciones, ofrecí una pequeña oración de acción de gracias a Dios: "Gracias, Señor, por proveernos de lo necesario, por cuidarnos, guardarnos y guiarnos."

Seguimos al norte hasta Hartford City, y viramos a la izquierda en la esquina de Washington y Walnut. En el momento que comenzaba a virar al oeste, recibí una orden del cielo: "Detente aquí en esta gasolinera a tu derecha, hijo," dijo el Espíritu Santo.

No tuve tiempo de decirle a mi esposa lo que estaba haciendo. De pronto detuve el auto, puse el freno de mano y entré lo más pronto que pude. Pregunté: "¿Saben dónde puedo alquilar una casa? Tengo una esposa y tres hijas." Por supuesto que yo no conocía a ninguna persona en la ciudad de Hartford City.

Ellos no estaban listos para tal pregunta, y no sabían cómo contestarla. Luego un hombre dijo: “Espérese un momento; dentro de tres semanas habrá un apartamento disponible de tres cuartos.”

“Muchas gracias,” contesté, “aunque eso no será suficiente. Necesito más que tres cuartos. Gracias por su amabilidad.” Entonces me dispuse a salir.

De repente me llamó, y dijo: “¡Espere! ¿Ha solicitado en la Agencia D.?”

“Lo siento,” contesté, “¿la Agencia D.? ¿Dónde queda eso? Yo soy un desconocido en este pueblo.”

“Ese es el corredor de bienes raíces aquí,” explicó. “Ellos pueden ayudarle.”

Pregunté: “¿Dónde queda?”

“Una cuadra al este y luego media cuadra al norte,” me dijo.

Localizando la Agencia D., solicité: “¿Tienen una casa para alquilar en este pueblo?”

“No,” me contestaron, “nosotros sólo vendemos casas. Es difícil ahora encontrar una casa para alquilar.”

“Muchas gracias, agradezco su ayuda,” dije al salir.

“¡Espere un momento!” me dijeron. “¿No ha tratado en el periódico News Times todavía?”

“¿Periódico News Times? ¿Cuál es ése?” pregunté. “No conozco a nadie en este pueblo.”

“Ese es nuestro pequeño periódico,” me informaron, “nuestra publicación vespertina.”

“¿Dónde queda?”

“Una media cuadra al norte, luego vire una cuadra al este y retroceda media cuadra.” Todo esto era como estar subiendo gradas. ¡Gloria al Señor!

Entré a la oficina del periódico News Times, me acerqué y pregunté a una dama que estaba en el escritorio: “Perdón, ¿sabe si hay algo para alquilar en esta ciudad?”

Y sin consultar a sus archivos, una lista o nada, ella contestó: “Sí, señor. En una hora y media se publicará nuestra edición, y en la calle East North #301 hay una casa anunciada para alquilar. Marion G. pasó el examen para enlistarse en el ejército, y decidió alquilar su casa en lugar de venderla. Esta propiedad se anunciará en nuestro periódico dentro de una hora y treinta minutos.”

“¡Gloria al Señor!” grité en mi corazón. Estaba tan agradecido por estas noticias. ¡Mi alma estaba absolutamente llena de alabanza!

Ella me dijo cómo podía llegar allá; y cuando llegamos, descubrimos una casa encantadora que había sido construida sólo dieciocho meses antes. Encontramos que el piso era de madera dura, tenía una ducha abajo, un baño arriba, y había unas hermosas alacenas y un lavabo doble

en la cocina. Nunca habíamos disfrutado de alacenas tan modernas o de un lavabo así. Tampoco nuestros padres los habían tenido.

Cuando le pregunté a mi esposa en el otoño de 1942: "Querida, ¿estás dispuesta a dejar todo y confiar en Dios para todas las cosas?" ella dijo: "¿conoces a alguien que haya hecho esto alguna vez?"

"No," contesté, "pero sé que hay aquellos que lo han hecho, porque la Biblia lo dice así."

"Pero, ¿a dónde iremos?"

"No sé," le contesté, "pero Dios nos dará una choza o una casita en alguna parte." Le rogué a ella que, en caso necesario, dejáramos que nuestros cuerpos fueran colchones para nuestras niñas, e ir con Dios totalmente.

En dos días ella dijo: "Estoy lista para ir." Por la gracia de Dios eso se resolvió. Ella no se preocupó más al respecto. "Dios se encargará de nosotros," afirmó, creyéndolo junto conmigo.

¿No es muy hermoso tener una esposa dispuesta a ir con uno y confiar en Dios por todas nuestras necesidades? ¡Gloria al Señor! Mi compañera, a la cual Cristo había llamado para ayudarme (y el Espíritu Santo se mueve en mi corazón cuando digo esto), ha sido una ayuda maravillosa y un aliento a través de todos los años. En las pruebas y batallas que hemos enfrentado a lo largo de este maravilloso camino de confianza, ella nunca ha vacilado ni se ha desviado. Ha estado firme como una roca a mi lado por la ayuda y gracia de Dios.

He tratado siempre de animar a las esposas para que sean más cuidadosas con sus esposos, porque la tarea de la mujer en el matrimonio es mucho más que lavar platos, preparar comidas, trapear los pisos y criar a los niños. Muchas esposas han olvidado a sus maridos. Cualquier hombre que ande con Dios hoy día tiene más dificultad con el mal de lo que cualquier mujer se imagina. Muchos problemas y tentaciones serían eliminados si las esposas se esforzaran amorosamente y con entusiasmo por cuidar a sus esposos.

Así mismo, los esposos necesitan ser amables, de buen humor, cuidadosos y tiernos con sus esposas. Los esposos deben ser cariñosos y estimulantes. Deben ayudar gentilmente a sus esposas a alcanzar la meta compartida de una relación amorosa, no simplemente en busca de la satisfacción de sus deseos mortales.

Los poderes satánicos ejercen su influencia sobre las esposas para volverlas frías y sin amor para con los esposos, al mismo tiempo que afectan a los esposos para que se sientan atraídos por otras mujeres. Nuestros hombres necesitan ser muy cautelosos en todas sus maneras de actuar con las mujeres que no son sus esposas, y éstas necesitan amar más a sus esposos para que ellos no sean tentados tanto fuera de casa.

Al caminar hacia la puerta de la casa de East North #301, toqué, y Marion G. abrió. "Soy el reverendo Helm," dije. "Acabo de saber que su casa está de alquiler, y vengo a verla."

"Oh, claro," contestó. "Pasen adentro."

Cuando entré, su esposa hizo una observación: "Recuerdo cuando usted ofició en la ceremonia de matrimonio de su hermano y mi prima."

"El 6 de julio de 1939," añadí.

"Sí," dijo ella. "Le recuerdo." (¡Piense en esto! ¡Dios nos había llevado exactamente hacia alguien que nos conocía!)

Después de que ellos nos mostraron su linda casa, les dije: "Déjenos orar por esto, y regresaremos."

Dejamos la casa, y regresamos al auto. Mientras íbamos en el camino, mi esposa me dijo: "Puedo vivir aquí y estar sin temor. Cuando tengas que irte, permaneceré en casa contenta. Yo sé que Dios nos cuidará mientras tú andes lejos."

Yo no tenía idea de dónde vendría el dinero para pagar el alquiler. En efecto, no sabía de dónde vendría ningún dinero, excepto los cinco dólares por semana que un hombre nos prometió. Los cinco dólares no nos alcanzaban; pero ayudaban un poco, y estábamos agradecidos por ello. Sin embargo, se necesitaban treinta y cinco dólares al mes sólo para el alquiler de la casa. Treinta y cinco dólares ahora serían el equivalente a ciento veinticinco dólares al mes.

Al regresar de nuevo a la calle East North #301, detuve el auto frente a la casa, me bajé y me paré junto al auto orando. ¿Qué haremos? Oré: "Señor, ¿ves esos alambres de luz ahí arriba? No tengo nada en este mundo, Señor. Sólo confío en ti absolutamente. Estoy solo contigo. Por favor, envía dos palomas a esos alambres de alta tensión dentro de unos segundos, y sabré que ésa será una señal de que proveerás lo necesario mientras vivamos en esta casa."

**(Ahora bien, no aconsejaría a nadie hacer eso.** Algunas personas me oyen cuando comparto lo que Dios me ha dirigido, y quieren hacer lo mismo en su vida. Yo nunca fui guiado para orar en esta forma antes, y tampoco lo he hecho así desde entonces.)

Mientras esperaba orando con mis ojos cerrados, estaba de pie junto al auto, en el lado del chofer, regocijándome y alabando al Señor. Después de treinta o sesenta segundos escuché el batir de las alas. Abrí mis ojos y, ¡justamente allí estaban dos palomitas sentadas donde yo le había pedido a Dios que las pusiera! "¡Mira, querida!" exclamé. "¡Acabo de pedirle al Señor que enviara dos palomas a esos alambres de alta tensión si El nos iba a ayudar aquí, y ahí están!"

Me apresuré para llegar a la puerta, y toqué. Cuando el Sr. G. abrió la puerta, anunció: "¡Nosotros la arrendaremos!" y pagué el alquiler por dos meses con el dinero de un sueldo anterior que nos debían.

Después de unos pocos minutos vinieron personas de toda la ciudad y sus alrededores, preguntando al dueño: "¿Por qué no llamaste y nos avisaste que ibas a alquilar tu casa? Somos tus amigos, y queríamos alquilar esta casa."

"No lo sabíamos," les dijo él. "Nosotros sólo la anunciamos en el periódico."

Nuestros padres y muchos otros nos preguntaron cómo encontramos una casa tan linda. La respuesta fue la siguiente: antes de que hubiera

salido el periódico al público, el Señor Jesús me había dirigido allí maravillosamente por medio de la guía del Espíritu Santo. Y en lugar de darnos una choza o una casa muy pequeña, nos dio una de las casas más bonitas y nuevas de todo el pueblo. ¡Gloria al Señor!



*Loran y Florence con sus tres hijas: Joyce Lee, Nancy Marie y Martha Louise. Esta foto fue tomada el 12 de diciembre de 1939, cuando Loran era pastor en Whitewater.*

# 23

## ESPERANDO EN DIOS

Era el 8 de junio de 1943, cuando nos mudamos a esta hermosa casa localizada en la calle East North #301, la cual iba a ser nuestra residencia por los siguientes dieciséis meses.

El Espíritu Santo me había llamado para que esperara en El en la Palabra de Dios y en la oración, y eso es lo que empecé a hacer. Trataba de leer de diez a veinte capítulos de la Biblia por día. Algunos días leía más, otros un poco menos. También procuraba orar de una a cuatro horas al día de rodillas, esperando en Dios, aunque algunos días era menos de una hora. Esta no era una forma rígida que yo me había impuesto bajo un sentido del deber. Yo estaba encantado de esperar en Dios, de conversar con El, de alabarle y, lo más importante, de escucharle. El tiempo más largo que pasé de rodillas en oración, dentro del periodo de las doce horas, fue un poco más de once horas.

Creo que celebré una o dos reuniones de avivamiento ese primer año. Por supuesto, pude haber enviado anuncios a muchas iglesias indicando que estaba dispuesto para tener reuniones evangelísticas. Sin embargo, el Espíritu Santo reveló a mi corazón: "Tú puedes hacer programas de evangelización; pero si los haces, será por tu cuenta. Si esperas hasta que Yo te envíe, será algo mío; y lo que Yo comienzo no tiene fin."

Esperar en Dios es muy importante e indispensable. Es tan urgente para el verdadero cristianismo, tanto como lo es para el cuerpo el respirar. Nuestro esperar en Dios debe ser continuo y sin cesar, como la respiración. Si no respiramos, morimos. Si no esperamos en Dios, estaremos en tinieblas y seremos estériles espiritualmente; y obtendremos como resultado pobreza espiritual y muerte.

La profunda necesidad de esperar en Dios reside sobre todo en la naturaleza misma del hombre. Sus primeros pecados fueron la desobediencia, el orgullo y la falta de fe. El hombre quería vivir a su propia manera y seguir su propio camino. El decidió hacer algo que Dios le había ordenado no hacer, dependiendo de sus propios juicios u opiniones antes que depender de Dios; y deseaba el conocimiento necesario para hacer posible su independencia.

Puesto que la desobediencia nos separó de Dios, el camino para volver a la comunión con El a través de Jesucristo es la obediencia, haciendo lo que Dios nos dirige, lo que nos asigna y lo que nos ordena. La dificultad, sin embargo, está en rendirnos nosotros mismos para hacer su voluntad. El conflicto se encuentra dentro de nuestra naturaleza, la cual es renuente a rendirse, a ser sumisa y a acomodarse al diseño de Dios y a su orden.

**Aquí hay una crisis. Es un asunto de nuestra percepción. De alguna manera tenemos que captar la verdad de que únicamente lo que Dios**

**dirige permanecerá.** Hace unos quince o diecisiete años, estaba en comunión con Dios en el cuarto de oración cuando el Espíritu Santo me reveló: "Lo que Dios comienza nunca termina. No hay final para ninguna cosa que Dios comienza." En contraste directo, todo lo que originamos, ingeniamos o motivamos no tiene vida. Cualquier cosa que tratamos de hacer termina en la muerte. Somos de la tierra, y la tierra ha recibido la condenación de la muerte.

Solamente hay vida en Jesucristo. La vida viene sólo de Dios. **Solamente cuando Dios haga su voluntad en el mundo a través del Espíritu Santo, podremos tener vida espiritual.** Esto es lo que El me reveló en abril de 1942, cuando dijo: "Por mí, el Espíritu Santo, ellos (todos los hombres) serán alimentados. Solamente por mí, el Espíritu Santo, pueden ser alimentados." Pero las potestades del aire luchan para impedir que este simple e inviolable hecho esté a nuestro alcance. A no ser que esperemos lo suficiente en Dios, no estaremos enterados de que simplemente no podemos participar del reino de Dios, sino hasta que El nos conduzca y dirija.

Por este simple y primordial hecho, **la actividad más importante en el mundo entero es aprender lo que Dios quiere para nuestras vidas,** lo que es su palabra del cielo. ¿Cuál es su voluntad para mí? Y la decisión de mi corazón debe ser seguir la voluntad de Dios.

Debido a nuestras tendencias innatas a la desobediencia, tenemos que esperar para ser enseñados sobre la manera de recibir nuestras instrucciones. La verdad es que Dios tiene mucho que hacer con nosotros antes de que estemos listos para seguir sus instrucciones. Hay mucho que el Señor tiene que arreglar dentro de nosotros, mientras esperamos, antes de que estemos preparados para comenzar las tareas del reino de Dios.

**Dios puede obrar solamente por medio de aquellos que esperan en El. El no puede obrar por medio de una persona que arregla las cosas de acuerdo a sus propias ideas o conveniencias.**

Quando esperamos en Dios, la primera cosa que experimentamos es una observación espiritual. Observamos a la persona de Dios; observamos su Palabra; miramos al Hijo de Dios; miramos al Espíritu Santo. Luego la luz de su amor comienza a escudriñar el interior del hombre; y comenzamos a observar lo que somos, quiénes somos, cuán pequeños y limitados somos verdaderamente. Esperando, aprendemos la observación espiritual. Llegamos a estar un poco conscientes de las cosas que Dios quiere hacer por medio de nosotros si solamente pudiera quitarnos las cosas carnales de nuestra naturaleza, las cuales molestan y hieren a otros.

Al esperar en Dios hay una purificación espiritual, una crucifixión espiritual. Algunas veces se requiere que esperemos en Dios por algún tiempo antes de que podamos ver las muchas cosas dentro de nosotros que están en nuestro camino, las cuales estorban e impiden la obra del Espíritu a través de la iglesia. Hay muchas características escondidas en la naturaleza del hombre que no permitirán al Espíritu Santo fluir a través del cuerpo de creyentes. Por eso, ese cuerpo es estéril. Muy poco poder divino mana a través de una iglesia cuando los miembros del

cuerpo no tienen voluntad de cumplir con la ley espiritual de la Palabra de Dios. Pero el momento en que cada miembro de ese cuerpo espere en Dios en oración, el Espíritu Santo lo escudriña; y luego comienza el proceso de la purificación y de la crucifixión del "yo."

En nuestra espera en Dios nos vemos nosotros mismos tal como somos. Isaías dijo: "En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor... alto y sublime..." Un gran profeta de Dios confesó: "Cuando murió el rey...yo vi." Ahora bien, cuando esperamos en el Señor, El comienza a crucificar las cosas "reales" de nuestras vidas. Esto tiene que ver con el "yo," el ego, la confianza en sí mismo, lo que nosotros creemos que somos, lo que nosotros creemos que podemos hacer. El comienza a revelar nuestra suciedad, nuestra desobediencia, nuestros celos, nuestros incentivos incorrectos, nuestros motivos egoístas y nuestras actitudes torcidas.

Cuando esperamos en El por unos pocos meses o unos pocos años, El nos revela más lo concerniente a un espíritu de rivalidad, resentimiento o malicia presente en nuestras vidas. No estaremos de rodillas esperando por mucho tiempo antes de que el Señor revele que tenemos una actitud de analizarlo todo, la cual tiene que ser eliminada de la vida interior. Es una cosa natural querer saber el "¿por qué?" Pero El no puede obrar en nosotros si queremos saber las respuestas a todas las preguntas. El obrará en nosotros solamente cuando nos sometamos a El para llegar a ser la respuesta mientras Cristo vive por medio de nosotros una vida de obediencia, de sujeción y de confianza.

En el lugar de oración Dios nos encuentra, y al estar en su presencia nos damos cuenta que es conveniente para nosotros el ser crucificados. Con gran agonía del alma admitimos que todas las características de la carne deben ser quitadas, borradas y limpiadas de nuestro corazón y mente por la sangre de Cristo. Este no es un proceso fácil. Es severo. Usted pensará que está muriendo, y en efecto así será; pero a la vez estará resucitando también. Dios le estará crucificando; sin embargo, tendrá más vida, porque El estará obrando en usted.

No podemos hacer esto por nosotros mismos. No podemos arreglar esto o cumplirlo por nuestra cuenta. Dios solamente puede hacer esto en los corazones de las personas que tienen toda la voluntad de permanecer en su mano, que están dispuestas a esperar en su propósito hasta que El limpie estas debilidades, hasta que El quite todas esas cosas que dañan, que impiden, que hieren, que oprimen y que causan que el Espíritu Santo esté entristecido con nosotros.

Mientras permanecemos quietos, el Señor comienza a quebrantarnos en pedazos. Se requiere sosiego para alcanzar una visión clara. A medida que vemos a Dios claramente y contemplamos a Jesucristo en su belleza, comenzamos a ver por qué debemos ser quebrantados, por qué debemos ser purificados, limpiados y llenados con el Espíritu Santo. Esta experiencia de quebrantamiento es parte del comienzo de una cirugía divina.

Ningún ministro o laico puede servir victoriosamente en la iglesia hasta ser quebrantado y domado. El puede trabajar, pero será como los discípulos cuando éstos retornaron a sus intereses del mundo y

trabajaron toda la noche sin lograr ningún resultado. El puede trabajar mucho, pero no habrá gozo divino o victoria celestial.

La mayoría de las personas no espera en Dios. Ellos prosiguen con sus propios planes, arreglan sus propias vidas y luego dicen: "Yo no entiendo por qué estamos teniendo un tiempo difícil y frustrante." Con frecuencia, si no estamos dispuestos a esperar, Dios nos guía a esperar por medio de experiencias severas. Si no esperamos en Dios, algo va a detenernos de alguna manera. Las circunstancias nos triturarán en pedazos. Si no estamos dispuestos a esperar en Dios y dejar que El haga las cosas a su manera, habrá algo que interrumpirá el progreso espiritual. Es preferible esperar en el comienzo hasta que todo esté puesto en orden, así podremos movernos en la dirección correcta. De otra manera perderemos los objetivos de Dios.

Una vez que comencemos en orden, tenemos que ir lentamente, porque en el reino de Dios el creyente verdadero nunca avanza rápidamente, sino que va despacio. Con frecuencia la persona que demora en comenzar su andar con Cristo quiere ir adelante a toda velocidad. Esta es inmadurez espiritual. El creyente maduro va despacio y cuidadosamente. Es muy cauteloso en su comportamiento y sus decisiones. Esto se descubre a lo largo de una vida de esperar en Dios.

Cuando Dios me reveló que El quería que yo esperara en El, no entendí todo lo que El quería; pero estaba contento de esperar. Día tras día oraba y esperaba. La cosa primordial era escucharle. Ocasionalmente oraba con vigor y energía entre media hora a una hora, luego esperaba una o media hora. Escuchaba para ver qué era lo que me enseñaba para aprender su revelación. El tenía muchas cosas que enseñarme.

Tenía un número de tendencias carnales dentro de mí, las cuales era necesario quitar antes de que El pudiera capacitarme para ayudar a los demás. Si yo tratara de ayudar a alguna persona por mi cuenta y con mis propios discernimientos y suposiciones, yo podría fácilmente desanimarle y herirle. Pero cuando Dios me dirige, todos son beneficiados. **(Si nosotros pudiéramos percibir sólo esto, valdría todo el contenido de este libro.)** Yo todavía estoy aprendiendo.

Muchas personas en la iglesia tratarán de decirle qué hacer. Como regla general, un hombre espiritual nunca busca dar un consejo a nadie. El nunca informa al pastor cómo deberían ser sus programas. Es ordinariamente una persona carnal quien insiste en dar instrucciones al ministro. Cualquiera que crea que él sabe todo acerca de las cosas espirituales, no ha esperado lo suficiente todavía. Si él espera un poco, aprenderá que no sabe mucho y que solamente Dios conoce la información necesaria. Esta es una de las primeras lecciones que aprendemos cuando esperamos en Dios.

¿Se ha dado cuenta de que las cosas que sabemos, nuestra búsqueda para entender, nuestras teorías, nuestros discernimientos, con frecuencia nos han llevado a muchos problemas? La Palabra de Dios exhorta, diciendo: "Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia." Esto no quiere decir necesariamente que es bueno ser ignorante. Pero muchas personas han dependido de su

propio entendimiento en vez de confiar en Dios (quiero decir, dejarle la dirección y el plan a El).

La persona espiritual nunca dicta lo que los seguidores de Cristo deben hacer. Personas de todas partes de los Estados Unidos me llaman, preguntando: "¿Qué quiere Dios que yo haga? ¿Qué camino debo seguir? ¿Quiere Dios que vaya a otro lugar? ¿Es éste el trabajo? ¿Es ésta la elección correcta?" Muchos buscan consejo. No puedo contestar de acuerdo a mi propia opinión personal o dar una respuesta con mis propias ideas. Debo tener la guía del Espíritu Santo. Tengo que orar para descubrir si el Señor está dispuesto para revelar su guía a mi corazón.

La mayor parte del consejo es de la carne (y puedo sentir por la operación de Cristo en mi corazón que esto es verdad). Muy poco consejo es del Espíritu Santo. La Palabra de Dios dice: "Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado."

El consejo del Espíritu Santo viene a la persona que constantemente obedece y espera en Dios. En los primeros pocos años que está de rodillas, este corazón humilde aprenderá la seriedad de dar consejo a alguien; aprenderá cuán cauteloso debe ser y cómo necesita ser justamente lo que el Señor quiere que sea para que Dios pueda obrar su voluntad por medio de él. He orado de veinticinco a treinta años que yo pudiera, por la gracia de Dios, andar con el Señor en una forma que El pueda hablar a través de mí las palabras exactas que las personas necesitan. Para la gloria del Señor, El ha hecho esto en unas cuantas ocasiones.

Recuerdo cierta ocasión cuando conversaba con un hombre en una gasolinera, e inesperadamente le dije: "Claude, tengo la revelación de Dios de que usted debería irse a casa en este momento y jubilarse." El se sorprendió un poco, y se preguntó qué quería decir. Yo mismo no sabía que iba decirle eso. Sólo salió de mí. Siete días después él tuvo un ataque al corazón que lo obligó a descansar. Dios quiso usar a este limitado siervo para librar a ese hombre del sufrimiento innecesario, pero él no reconoció que las palabras que yo le hablaba no eran mías.

Al esperar en el Señor, somos conducidos al quebrantamiento de nuestra naturaleza carnal, si podemos permanecer firmes y tranquilos el tiempo suficiente. Algunas veces se requiere un tiempo muy largo para quebrantarnos. Viene por la espera en Dios. Esperar en Dios tiene más valor que todo el oro del mundo, que todas las perlas del mar y que todos los diamantes de la tierra. Este es el secreto del avivamiento en la iglesia, porque si las personas de la iglesia están dispuestas a esperar en Dios, no pasará mucho tiempo sin que ellas confiesen sus críticas. Los corazones tiernos confesarán a sus vecinos: "No lo sabías; pero te critiqué hace un año. Eso entristeció el corazón de Dios terriblemente, y lo siento." Las almas arrepentidas dirán a sus pastores: "Murmuré en contra suya frente a mi esposa, y puedo ver ahora que estaba fuera del orden divino. Por favor, permíname."

Si usted dice sólo una palabra de crítica acerca de alguien, esto entristece al Espíritu Santo. Si yo criticara o encontrara faltas en

cualquier persona y lo compartiera con mi esposa en cualquier momento o manera, yo entristecería al Espíritu Santo. El no podría usarme en el reino de Dios hasta que yo me arrepintiera.

Alguien puede preguntar: "¿Cómo puedo dejar de criticar?" La única forma es que el espíritu de crítica sea quitado y limpiado por medio de la sangre de Jesucristo. Otro puede decir: "Yo a veces me encuentro quejándome acerca de esta persona y murmurando acerca de ese problema." Es porque hay un espíritu de crítica en su corazón, el cual tiene que ser extirpado de la vida interior, porque dañará a la iglesia, haciendo que sea estéril, oscura y sin atractivo.

Algunas personas reclaman estar llenas del Espíritu Santo, pero encuentran faltas en otros. El Espíritu Santo no vive en las personas que critican y encuentran faltas en cualquier persona. El está entristecido por ellos. El Espíritu Santo mora en un corazón tierno, quebrantado y obediente que ama a Jesucristo con todas sus fuerzas. **Si las personas en una congregación se encuentran faltas en secreto, Dios no las puede bendecir en el culto ni en cualquier otra cosa.** Yo sé que escuchar esto no es fácil; pero tenemos que saber la verdad, porque la verdad nos hará libres.

**Cuando hay un conflicto en un grupo cristiano, es por causa de un espíritu carnal.** El Espíritu Santo no dirige la contienda o la argumentación. El apóstol Pablo claramente indica esto cuando amonestó al joven Timoteo con las siguientes palabras: "Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen." (2ª. Timoteo 2:24,25). El Espíritu Santo siempre está entristecido cuando hay división, conflicto o afán de encontrar faltas en una llamada "comunidad cristiana."

Dios pronto revelará a todas las almas que esperan en El que no debemos criticar o murmurar acerca de algo o alguien, porque El dijo en el segundo capítulo de Filipenses: "Haced todo sin murmuraciones y contiendas, para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo."

Uno de los pecados principales causante de que la iglesia sea estéril (lo cual indica que el poder de Dios no está en ella), es este espíritu de crítica o de buscar fallas. Esto entristece a Dios. Cuando se encuentre usted mismo criticando a las personas, recuerde que esto es carnal y que necesita ser limpiado de ello por medio del Espíritu Santo y la sangre de Jesucristo. Dios no puede vivir dentro de una vida que tiene crítica, odio, impaciencia, celos, iras o malicia. Podemos aprender esto en lo más profundo sólo cuando esperamos en el Señor.

**Dios no quiere absolutamente que nos critiquemos o que nos encontremos faltas unos a otros.** Si Satanás tienta a dos o tres personas en una congregación para murmurar o quejarse el uno del otro, y los hace caer, los demonios se ríen en el infierno, porque ellos tienen a la iglesia exactamente donde la quieren. Repito: **el espíritu de crítica tiene que sucumbir.** Debe ser quitado de nosotros para que podamos ver el avivamiento y ser usados por el Espíritu Santo.

¿Cómo podemos librarnos nosotros mismos de estas tendencias malas? No podemos. No está en nosotros hacerlo. Es solamente por medio del Espíritu Santo que vive en nosotros. Somos redimidos del espíritu de crítica por la obediencia a toda dirección del Espíritu Santo, confiando en el Señor con todo nuestro corazón, leyendo la Biblia diariamente, orando con fidelidad y alabando al Señor con frecuencia. Por su amor superamos y resistimos la crítica. Cuando nuestro corazón está lleno de amor y santidad, un espíritu de crítica es un extraño. En el corazón humilde, quebrantado y arrepentido el espíritu de la crítica es resistido y no es bienvenido.

En esta “escuela de esperar,” también aprendemos a adaptarnos a las circunstancias, cómo ajustarnos nosotros mismos a las condiciones en que estamos, cómo seguir al Señor con sabiduría.

Cuando encontré a Cristo, al principio quería que todos fueran salvos inmediatamente. Desde entonces he aprendido que con frecuencia tengo que esperar por un largo tiempo antes de permitirme decir algo acerca de la salvación a ciertas personas. Hay personas en mi pueblo a quienes no he hablado acerca de sus almas por cuarenta años. He querido decir algo, pero no he podido.

Con la ayuda y guía del Espíritu Santo, he tenido el privilegio de ver a un hombre recibir la salvación en una gasolinera en quince minutos. En un hotel ayudé a una persona a encontrar a Cristo en veinticinco minutos. He visto a personas recibir la salvación en mi auto en varios estados de este país. Pero en mi pueblo tengo que mantenerme callado, porque en cada caso debo adaptarme a la situación.

Yo no estoy libre para hablar acerca de cosas espirituales a varias personas en mi pueblo, porque ellos me ponen bajo ciertas presiones, las cuales experimentan todos los verdaderos siervos de Dios. Jesucristo dijo: “No hay profeta sin honra sino en su propia tierra, y entre sus parientes.” De veinte a cuarenta años he orado por muchos de nuestra localidad, y hemos visto unos pocos genuinamente convertidos. Sin embargo, puedo discernir que la gran mayoría no quiere que les converse a ellos acerca de su salvación. Cierta número de personas se molestan cuando me escuchan alabar al Señor en las reuniones o por el pueblo. Por otra parte, estoy agradecido por los pocos con quienes he tenido comunión en el Espíritu.

Algunos queridos y honestos cristianos hablarán exactamente lo que está en sus mentes, simplemente porque sienten que la Biblia nos instruye para testificar. Pero a no ser que Dios esté dirigiendo, las personas queridas por las cuales estamos esforzándonos para alcanzarlas, no aprecian lo que compartimos, ni reciben nuestra exhortación. Por el contrario, ellos se resienten, y se alejan más de la victoria que deseamos que experimenten. Si este querido peregrino cristiano hubiera orado, confiado y obedecido unos pocos días, unos pocos meses, o más tiempo, el Espíritu Santo hubiera arreglado el momento apropiado para testificar o compartir. La convicción de pecado hubiera atravesado a ese corazón frío, y Dios lo hubiera llevado a él a su reino por su poder.

He aprendido que cuando estamos en una iglesia donde hay varias personas tibias, a menos que el Espíritu Santo ponga realmente las

alabanzas en nuestros corazones para decirlas en voz alta, a menos que el poder obre realmente así en el interior del hombre, es mejor alabar a Dios en silencio. De otra manera perderemos nuestra influencia sobre las personas queridas quienes están lejos de la sagrada voluntad de Dios. Si alabamos al Señor en forma audible en la carne, aquellos que están lejos de Cristo serán ofendidos y retrocederán más lejos. Ahora bien, si Jesucristo es quien alaba a Dios a través de nosotros en el Espíritu, aunque cause una reacción, solamente intensificará la convicción de pecado, porque fue dada bajo la dirección del Espíritu Santo.

Algo más que sucede mientras espera en Dios es que su fe es expuesta ante usted mismo, y la comienza a ver en operación. Percibe cuánto necesita de "la fe que ha sido una vez dada a los santos." Encuentra al esperar que su fe es probada, medida, balanceada y examinada. En la espera en Dios descubre el poder del Espíritu de Cristo dentro de usted. Aprende sus debilidades personales y su entera dependencia en El. Al esperar en Dios su fe es renovada, engrandecida y aumentada. Llega a ser más útil.

Algunos tienen la falla de hablar demasiado, y otros no hablan cuando deberían. Sería maravilloso si pudiéramos animar a aquellos que se alejan del orden divino y hablan en la carne para que callen, y persuadir al alma tímida y retraída para que hable cuando Dios la impulse. La persona que conversa mucho, muchas veces su influencia ha perjudicado por hablar con tanta frecuencia, mientras que la persona tímida puede todavía ser maravillosamente usada por el Señor. Sin embargo, Satanás trata de atacar con muchos temores de manera que ellos no abran sus bocas cuando Dios está urgiendo para que le obedezcan.

Muchos cristianos honestos podrían ser usados por el Señor, pero ellos han perjudicado su influencia por actuar o hablar fuera de tiempo. Ellos no esperaron lo suficiente para averiguar cómo reaccionar ante la situación. Siguió adelante confiando en su buena voluntad, y su influencia ha sido dañada. Pero Dios desea que esperemos hasta que El pueda enseñarnos cuándo hablar y cómo seguirle. Aprendiendo a sus pies, estamos menos sujetos a herir a alguien, y podemos ayudar a llevar las cargas de otros.

Si pudiéramos persuadir a las personas a que se dispongan únicamente a esperar en Dios, a dejar que Dios extirpe de nosotros, a través de Jesucristo y la obra del Espíritu Santo, esas cosas que ocasionan que nos adelantemos a su guía. Vamos demasiado rápido. Queremos llevar a cabo las cosas espirituales muy rápidamente, anticipándonos al tiempo de Dios.

El Señor me reveló hace unos años, mientras estaba en el púlpito de una congregación, que nosotros en la iglesia estamos en el huerto donde la semilla de la Palabra de Dios ha sido sembrada, según describe la parábola del sembrador. La semilla ha sido sembrada, y las pequeñas y tiernas plantas (o sea, las almas) esperan ser traídas a la vida por la propia luz del sol, la humedad y el cuidado amoroso.

Sin embargo, si nosotros en la iglesia no confiamos, si no hemos esperado lo suficiente en Dios para recibir sus instrucciones, si no

hemos aprendido lo que el cielo quiere en toda situación, entonces estamos ciegos. Tenemos buena voluntad, queremos hacer el bien y deseamos servir al Señor; pero porque procedemos en la carne y no bajo la dirección del Espíritu, estamos ciegos y no podemos ver dónde están creciendo las plantas. En vez de educar y asistir a estas tiernas almas, nosotros estamos realmente pisándolas. Como la semilla en la parábola del sembrador fue pisoteada, nosotros en la iglesia muchas veces herimos a las almas que profundamente anhelamos que nazcan de nuevo. Nosotros herimos a las almas que podrían llegar a la madurez espiritual.

En nuestros esfuerzos sinceros oprimimos a las personas con motivos erróneos, con nuestras palabras dichas fuera de tiempo, con la predicación áspera. En un cuerpo de creyentes que no confía en Dios, nosotros pisamos con nuestros pies todas las cosas que estamos tratando de alcanzar. **A no ser que seamos limpiados interiormente y crucificados, estaremos oprimiendo a las almas que queremos ganar para Cristo.** Ellos serán heridos debido a la rivalidad carnal, por el afán de encontrar faltas, argumentos teológicos, impaciencia o celos despreciables.

Yo era una persona muy impaciente antes de ser limpiado. Dios tuvo que hacer una cirugía extensa en mí. La mayor parte de las cosas las hacía rápido; manejaba rápido, caminaba rápido y hablaba rápido. Dios tuvo que disminuirme la velocidad. Para estar en el orden divino debía permanecer con humildad bajo los pies de Jesucristo cada día para ser constantemente crucificado y purgado.

Por otro lado, mi esposa es muy lenta. Hace treinta y siete a treinta y nueve años, cuando nos preparábamos para ir a la iglesia, le decía: "Querida, apúrate; vamos a llegar tarde." Cuanto más le hablaba, más se demoraba, pues mi apuro sólo la confundía. Sin embargo, después de que el Señor me santificó, muchas veces yo podía llevarle a ella zapatos y medias, le ayudaba a bañar a las niñas y las vestía. Por supuesto, ella hacía casi todo el trabajo de la casa, y cuidaba de las niñas; pero ocasionalmente yo le ayudaba.

Dios junta a una persona lenta con una rápida para enseñar a la lenta a ser más rápida y a la rápida a disminuir la velocidad. El pone la persona que conversa mucho junto con una que habla poco para que le enseñe a la que no conversa a hablar un poco y la que conversa demasiado aprenda a dejar de conversar tanto y escuchar más. Algunas veces un esposo será descuidado; sus pantalones estarán tirados por ahí, los zapatos por acá, sus pertenencias por todos lados. A la esposa, por el contrario, le gustará tener todo arreglado en casa, todo en orden. Dios junta a una persona ordenada con una desordenada para enseñarles a ambos las lecciones de resignación y paciencia.

¡Cómo necesitamos esperar en Dios y dejar que nos prepare para la batalla! El tiene mucho que enseñarnos y mucho que desarrollar en la vida interior. Nosotros estaremos siempre aprendiendo acerca de nuestras limitaciones y de nuestra insuficiencia. Aprenderemos que necesitamos su conocimiento, su poder y su sabiduría. Muchas personas están buscando ser llenas con el Espíritu Santo para tener más poder espiritual. Pero el verdadero poder espiritual puede comenzar a

**darse solamente cuando reconocemos nuestra pobreza interior y dejamos de depender de nosotros mismos.**

A pesar de esta admisión fundamental, el orgullo con frecuencia impedirá a una persona dejar sus propias maneras y a reconocer sus limitaciones. Muchas veces tenemos escondidas profundamente dentro de nosotros tantas obstinaciones y orgullos que no quieren rendirse a Dios. Tenemos lindas casas, buenos trabajos y muchos lujos; pero dentro de nuestro corazón la vida es monótona, oscura y vacía. No hay en nosotros la gloria del Señor. No irradia el gozo divino.

Algunas veces es a causa de un espíritu de arrogancia, un espíritu de confianza en sí mismo, esa voz defensiva que dice: "Yo soy tan bueno como cualquier otro." Yo me sentía de esta manera antes de encontrar a Cristo. Pero después de que comencé a esperar en El, me ayudó a ver que era el último de todos los siervos. Sentía que era el último. No estaba en segundo plano. Sentía ser absolutamente el más bajo de todos.

Ahora bien, si es feliz al estar en el último sitio, se encontrará feliz en cualquier parte. Cuando esté contento sin tener nada, luego estará agradecido por cualquier cosa pequeña. Posiblemente no tenga nada de valor; pero estará muy emocionado porque tiene a Cristo en su corazón, y El es todo. Cuando comenzamos a darnos cuenta de que no somos dignos ni de la más mínima cosa que Dios hace por nosotros, cuando descubrimos que no merecemos ni un poco de su amor ni de sus revelaciones, estaremos cerca de llegar al verdadero lugar de humildad.

No somos capaces de alcanzar este humilde lugar simplemente decidiendo ser humildes. La misión del Espíritu Santo es desnudarnos de las dependencias carnales y de las cosas superficiales, las cuales nos aíslan del terrible conocimiento de nuestra miserable y fracasada vida espiritual. Nuestra autosuficiencia y nuestras propias buenas obras nos han cegado ante la verdadera pobreza de nuestras almas. Ya somos lo menor de todas las cosas. Ya estamos vacíos de cualquier valor de redención. Somos, en el mejor de los casos, "siervos inútiles." Sin embargo, no nos hemos enterado de ello todavía.

Con frecuencia el Señor cariñosamente nos hace ver poco a poco esta fracasada vida espiritual, quitando de nosotros todos los soportes terrenales que nos proporcionaban la ilusión de nuestra autosuficiencia. En el principio mismo de mi caminar con Dios, El me quitó la comprensión del anciano del distrito, de mi padre y de mis amigos y parientes. El me quitó las fuentes de consuelo humano para que yo le mirara sólo a El para tener poder y guía. El quitó mis soportes terrenales para que yo comenzara a confiar en El en realidad y no sólo de palabra.

Nuestra gran tendencia es apoyarnos en algún amigo, confiar en una opinión, depender de ciertas situaciones y mirar a grupos establecidos o ideas aprobadas. Queremos la ayuda del pastor, de los padres, de los profesores; pero Dios quiere que primero vayamos a El. Quiere que primero le pidamos ayuda, consejo y socorro. El desea ser todo para nosotros. Pero nunca le conoceremos a El completa y suficientemente como proveedor de todo hasta que descubramos la despreciable

pobreza de nuestros propios recursos.

Cuando El comienza a quitar las cosas que nos sostienen artificialmente, comenzaremos a aprender cuán débiles somos en realidad. No sabremos cuán débiles somos por un largo tiempo. Puede ser que se requieran muchos años para aprender cuánto dependemos de Dios. Pero porque Dios sabe que nunca estaremos verdaderamente satisfechos sino hasta que confiemos solamente en El, nos enseñará acerca de nuestras insuficiencias y limitaciones. Nos demostrará cuán inclinados estamos a especular, a vacilar y a errar.

Luego, cuando Dios nos lleva por su misericordia hasta el final de nuestros pocos recursos, no hay nada que podamos hacer sino dejarnos caer en los brazos del Señor. Esto, por fin, es confianza. Confianza es descansar solamente en las promesas de Dios. **Confiar es caminar no guiados por nuestros propios discernimientos, deducciones o ideas propias, sino enteramente por su Palabra y por sus revelaciones.**

Este camino de confiar es tan simple, pero la mayoría de las personas lo han perdido desde que comenzó el mundo. Es tan simple que lo hemos pasado por alto. Predicamos acerca de la confianza, cantamos acerca de ella y la enseñamos. Pero, ¿qué es necesario que suceda antes de que comencemos a aplicarla realmente en la vida interior?

Mientras esperamos en Dios, El está obrando dentro de nosotros milagros para su gloria, los cuales no podemos observar ni describir. Usted puede pensar que no está progresando. Puede sentir que ha esperado lo suficiente y que está perdiendo el tiempo, pero con frecuencia avanza más rápido con Dios mientras espera en secreto. Se está aproximando a la meta que no se gana por medio de la velocidad.

Un himno muy amado por mi esposa y por mí ha expresado esta verdad a nuestros corazones con el pasar de los años. La letra dice lo siguiente:

¡No así en mi apresurado corazón!  
Ten fe en Dios y espera.  
Aunque haya que esperar mucho,  
El nunca llega demasiado tarde.  
El nunca llega demasiado tarde;  
El sabe cuál es lo mejor.  
No te agites en vano;  
Hasta que El venga, descansa.  
Hasta que El venga, descansa;  
No sientas las horas que pasan.  
Los pies que esperan en Dios  
Son los más rápidos en su meta.  
Son los más rápidos en su meta,  
La cual no es alcanzada por la rapidez.  
Entonces aquíetate corazón mío,  
Y espera que El te guíe.

Traducción libre.  
Letra en inglés por  
Bradford Torrey, 1843-1912.

Mientras permanece esperando, Dios está enraizándolo en su amor y su imagen. Está plantando sus pies en la roca sólida, Cristo Jesús. Las raíces de su experiencia, perspicacias y habilidades están ahondando en las grietas de sus propósitos. Están alcanzando hasta lo más profundo de los frescos manantiales de sus diseños escondidos. El alma está abandonando la vestidura de los mundanos valores religiosos, y se está vistiendo sólo con la justicia de Cristo.

Mientras desciende en humildad, Dios le eleva en revelación. Mientras sus raíces se están hundiendo en humildad, sus ramas espirituales están creciendo cada vez más altas. Dios nos eleva para darnos una breve visión de su maravilloso reino. Podemos ver a lo lejos los horizontes de sus muchos propósitos en el mundo. Pero éstos son sólo un poco de las delicadezas de su amor, las cuales comparte con aquellos que esperan en El.

Recuerdo un día cuando había esperado en oración unas pocas horas. De repente la encantadora fragancia de una frescura de rosas perfumaba el ambiente. Sabía que no había flores en el cuarto, pero fue como si estuviera en medio de un jardín de rosas. Con frecuencia había cantado acerca de un hermoso jardín de oración, pero ésta fue la primera vez que Dios me permitió experimentar uno de ellos. En otra ocasión, después de esperar un largo tiempo, sentí como si estuviera en un cuarto lleno de gardenias. Esto está más allá del conocimiento del mundo en verdad. Uno puede orar por muchos años y nunca tener esta experiencia. Yo no la esperaba, pero el Señor la envió. Requirió unos pocos años de oración para llegar ahí.

En otra ocasión, experimenté un regalo similar del amor de Dios mientras estaba con el reverendo Robert Morgan y su esposa en Marion, Indiana, hace muchos años. Tuvimos el privilegio de tener compañerismo día tras día, compartiendo las cosas del reino de Dios. Una vez cerca de la medianoche, mientras orábamos juntos, nos encontramos de pronto en un jardín de lirios. "¿Huelen los lirios?" preguntaron ellos.

Yo contesté: "¡Sí, los huelo!" ¡Cuán felices nos sentíamos!

¡Lo que las personas recibirán si saben esperar en Dios! Usted gozará de algo más que flores, aunque son tan maravillosas. Recibirá más que perfume. Poseerá la belleza de Jesucristo dentro de usted mismo. Su compasión llegará hasta su interior junto con gran ternura y gentileza. Su amor comenzará a fluir a través suyo hacia todas las personas en todas partes.

En la espera, Dios enseña muchas cosas acerca de El mismo, de su reino, de su obra, de su amor; pero El le enseña más acerca de usted mismo. Hace que se conozca a sí mismo. Muchas personas están buscando conocerse ellas mismas por medio de varios métodos analíticos, pero este conocimiento es del mundo. Dios le hará ver su verdadera persona interior cuando usted le pueda entregar continuamente esa persona nuevamente descubierta.

Mientras esperamos en Dios, El de alguna manera quita la ceguera de nuestros ojos. Vemos a Cristo con una nueva perspectiva; y en su pureza nos vemos a nosotros mismos, reflejados como somos

verdaderamente. Al observar su maravillosa majestad y santidad, sabremos de seguro que "en nosotros no mora el bien." En voz alta testificaremos del hecho de que en verdad no somos nada; somos como el polvo. Y cuando realmente sabemos que no somos nada, entonces El llega a ser el todo para nosotros.

En este lugar donde no somos nada, no hay celos, ansiedad ni egoísmo. No tiene planes, proyectos ni programas. Todo está en las manos del Señor. Usted está meramente confiando. Hasta que llegue a ser nada, no confiará en Dios de verdad.

Hay una cualidad singular en el corazón confiado, y es que está lleno de mucha alabanza. En los lugares difíciles, cuando las cosas van mal, cuando se quema la comida, el tractor se atora, se rompe el calentador de agua, el corazón confiado puede todavía regocijarse. Y cuando nos encontramos en secreto diariamente con nuestro amado Señor, nos será enseñada la lección de adorar a Dios y alabarle mucho más.

Dios me ha enseñado que la alabanza es la respiración misma de la confianza; y donde no hay alabanza, la confianza está apagada hasta la muerte. Ahora bien, la alabanza depende del gozo en la vida de un verdadero hijo de Dios, y el gozo depende de su obediencia al Espíritu Santo. Donde hay obediencia, el gozo fluye como un río.

No se desanime cuando no sepa cómo orar. Simplemente espere en el Señor, y El le enseñará poco a poco. A través de los años nos hemos esforzado para tener una lectura bíblica familiar y orar regularmente; y algunas veces después de que mi esposa y las chicas estaban durmiendo, yo me arrodillaba tratando de orar. Esperaba, y dejaba que el Espíritu Santo me revelara lo que quería que yo orara. He llorado de gozo algunas veces cuando estaba tan feliz hasta el punto de no poder describirlo. En algunas ocasiones he llorado mientras esperaba en oración, y algunos pueden haber creído que estaba triste, pero no era así. Estaba tan emocionado y contento. Estaba tan encantado que casi no sabía qué hacer. Me gustaría llorar algunas veces, pero rara vez me es permitido a menos que el Espíritu Santo venga sobre mí y pueda ver la maravilla del amor que Dios me tiene.

En una ocasión, entre media noche y las dos de la mañana, estaba clamando a Dios cuando de repente, en el Espíritu, pude verle a El en el trono y a Jesucristo a su lado. Pude ver cómo el corazón de Dios estaba entristecido por nosotros los mortales, porque nos hemos alejado tanto de su voluntad. Parecía como si estuviera mirando dentro del corazón quebrantado de Dios. La gloria era tan grande dentro de mí y a mi alrededor que lloré. Mi corazón se rompió, porque El estaba tan afligido por nosotros los mortales. Pero aun en medio de mi llanto, experimenté un éxtasis de gozo, porque la revelación era muy maravillosa.

Jesucristo era un varón de dolores. Sin embargo, El no estaba triste o melancólico. Era así, porque podía reconocer las posibilidades de la gente a su alrededor. Podía ver que la humanidad había estado viviendo en la basura cuando El podía traerlos al jardín de su propósito. Su corazón está todavía quebrantado, porque estamos perdiendo tanto. Vivimos al margen cuando El nos podría tener en el centro de su voluntad. Estamos satisfechos con lo "bueno" cuando El nos quiere

brindar un banquete de lo "mejor." El nos daría continuamente lo mejor con amor si solamente viviéramos cada día con las palabras de este himno de oración en nuestros corazones:

Mis tiempos están en tus manos, mi Dios;  
Yo los deseo allí.  
Mi vida, mis amigos, mi alma,  
Los dejo enteramente a tu cuidado.

Mis tiempos están en tus manos,  
Cualquiera que ellos sean.  
Placenteros o dolorosos, oscuros o brillantes,  
Como mejor te parezcan a ti.

Mis tiempos están en tus manos,  
¿Por qué he de dudar o temer?  
La mano de mi Padre nunca causará  
A su hijo lágrimas dolorosas sin necesidad.

Mis tiempos están en tus manos;  
Yo siempre confiaré en ti.  
Y después de la muerte,  
A tu mano derecha por siempre estaré.

Traducción libre.  
Letra en inglés por  
William F. Lloyd, 1791-1853.

En este capítulo, y a través del libro, puedo compartir solamente una pequeñísima parte de lo que implica caminar con Dios. Pero El siempre enseñará a cada seguidor de Cristo lo que necesita saber cuando éste se niegue a sí mismo para esperar en El, confiar en El y obedecerle. Lo que Dios me ha dado en las horas, días, semanas, meses y años de espera en El, en oración y en su Palabra, no lo cambiaría por nada de este mundo.

Sin embargo, no comencé a esperar en El para conseguir alguna recompensa. Yo iba diariamente a su encuentro, porque para eso me llamó. Esperaba en Dios, porque me invitó a conversar con El, a amarle y a adorarle. La espera no vino naturalmente a mí, sino que tenía que esforzarme diariamente para encontrarme con Dios. El me llamó para servirle sólo por lo que es en sí mismo. No conozco un privilegio más alto para el hombre.

Es todavía una maravilla para mi corazón que el Señor pudiera enseñarme cuando era un hombre joven de veintiséis años, la urgencia de esperar **solamente** en Dios. Puede ser que yo esté nada más en la antesala de esperar y confiar. Amado en el Señor, anímese, y siga adelante para que pueda alcanzar la meta.

En septiembre de 1944, tuvimos que dejar la casa situada en la calle East North #301, porque se vendió; pero a última hora Dios milagrosamente nos guió a otra casa. (Hay muchas formas maravillosas de cómo el Espíritu Santo nos dirigió que no he podido incluir en este libro debido al espacio insuficiente. Tal vez, si Dios quiere, las incluiré en otro libro después de algún tiempo en el futuro.) Más o menos dos años después, los esposos propietarios de esta casa deseaban regresar del estado de Ohio, lo cual quería decir que deberíamos mudarnos de nuevo. No tenía idea alguna de dónde podría localizar otra morada adecuada.

Cuando mis suegros se enteraron de que necesitábamos otra casa, nos visitaron y nos dijeron: "Quisiéramos que vengan a nuestra casa." Así que fuimos donde los padres de mi esposa, pensando estar allí tan sólo dos o tres días, pero permanecimos allí por casi siete años.

Una opinión muy común es que dos familias no pueden vivir bajo el mismo techo sin un poco de dificultades. Además para hacer nuestra permanencia un poco más complicada, teníamos tres hijas con nosotros. No es una tarea fácil para los abuelos vivir con los nietos. Además, mis suegros creían que se debe corregir a un niño simplemente hablándole. No les gustaba mucho ver a alguien dándole nalgadas a los niños. Por otro lado yo era estricto; y cuando castigaba a nuestras hijas, íbamos a un cuarto aparte para que los queridos abuelos no se ofendieran.

Mis suegros nos ayudaron mucho, y por la gracia de Dios nos llevábamos maravillosamente. Nunca tuvimos dificultades o conflictos. Para que dos familias puedan vivir bajo el mismo techo, para que los nietos puedan vivir con los abuelos sin molestias ni perturbaciones, se requiere la ayuda del Espíritu Santo.

Cuando tuvimos que dejar su hogar, nos amaban más que cuando llegamos por primera vez. Queremos alabar al Señor por esto, porque gracias a El, el amor entre nosotros después de estos siete años era aun mayor que cuando llegamos. Mi querida esposa y yo estamos muy agradecidos por este precioso recuerdo y por la ayuda de Dios que lo hizo posible.

Cuando el Señor reveló a mi corazón en 1934 que algún día nos construiría una casa, la cual iba a ser una manifestación para todos de que Dios provee para sus profetas hoy en día de la misma forma como lo hizo en tiempos antiguos, yo no pregunté: "¿Cuándo será? ¿Cómo va a realizarse?" Por la gracia de Dios nunca intenté saber nada más al respecto. Simplemente dejé todo en manos de Dios.

En cierta ocasión, durante nuestro primer pastorado en 1937 ó 1938, cuando estaba predicando, repentinamente dije: "Si soy fiel y

leal para ganar hombres y mujeres, chicos y chicas para Cristo, Dios guiará para que se construya una casa para mi familia después de algún tiempo en el futuro. Será una casa construida por medio de la fe." Después de que dije esto la congregación sólo me miraba. Percibí una reacción semejante en otras personas amables cuando compartía esto de vez en cuando a través de los años. Era un poco difícil para ellos oír lo que estaba diciendo, o creer que Dios realmente dirigiría la construcción de una casa.

En 1950, conocí a un hombre de oración quien deseaba que yo fuera a su congregación en Grant City, Indiana, para tener reuniones tan pronto como el Señor me indicara. Cuando este hombre de oración no recibió respuesta mía durante muchos meses, él sentía que tal vez Dios nunca me mandaría allí. Una noche a las diez, le dijo a Dios en oración: "Parece que tu siervo no va a venir a nuestra pequeña iglesia. Quizá nuestra congregación es demasiado pequeña. Así que, Padre, ahora voy a dejar todo en tus manos." Unas cuatro horas más tarde el Espíritu Santo me reveló que debía llamar a este siervo de Dios para informarle que el Señor Jesús me estaba guiando para que estuviera con él dentro de pocos días.

La serie de reuniones de avivamiento en Grant City duró tres o cuatro semanas, durante las cuales este humilde siervo de Dios y yo pudimos gozar juntos de algunos tiempos de oración. Aprendí que este ministro era un verdadero guerrero en la oración. De hecho, su yerno, Warren Cox, me informó que cuando el doctor le examinó, encontró callos gruesos en sus rodillas como resultado de esperar en oración por muchas horas a la semana delante del Dios Todopoderoso. He tenido el privilegio de estar con él y con algunas otras personas, orando juntos muchas veces a través de los años. Durante las reuniones, oramos en una ocasión hasta la medianoche. En otra ocasión, oramos hasta las cuatro y quince de la mañana; y en otra, estuvimos orando toda la noche. El hablaba con Dios con mucha devoción y seriedad, y con la confianza de un niño.

Durante la tercera semana de las reuniones, una vez él y yo fuimos los últimos en abandonar el santuario después de la reunión del domingo por la mañana. Estaba compartiendo con él cómo había dejado todo para seguir a Cristo. También compartí lo que sentía al ver llegar un camión para trasladar nuestras cosas sin que tuviéramos a donde ir, y que, sin embargo, yo estaba tan feliz como si lo tuviera todo.

Yo había estudiado las Escrituras; pero sólo cuando dejé todo para ir con Dios, me di cuenta realmente del significado de las palabras de Cristo: "De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna." (Marcos 10:29,30)

Estaba compartiendo con ese amado hermano cómo había confiado yo en que el Señor construiría algún día una casa para nosotros, y que había estado esperando muchos años para orar con alguien sobre esa casa que algún día se construiría. "Estaré feliz de orar en cualquier momento que el Señor dirija," me manifestó mientras nos poníamos

nuestros abrigos y empezábamos a salir por la puerta. Su esposa tenía ya una buena comida esperándonos en la casa a unos cuantos kilómetros de la iglesia.

En el instante que mi mano tocaba la puerta de la iglesia, el Espíritu Santo operó dentro de mí para informarme que ése era el momento de orar. Habíamos esperado quince años y ocho meses para recibir esta dirección; así que dándome la vuelta hacia este amado siervo de Dios, le dije: "Hermano Field, sé que la comida está esperando, pero tenemos que volver al altar y orar."

El dijo: "¡Maravilloso! ¡Maravilloso!" Estaba regocijándose.

Pronto dos hombres, quienes amaban más a Jesucristo que a la comida, oraban sinceramente en el altar. Apenas comenzábamos cuando, de repente, fuimos arrebatados en la maravilla de la intercesión y, ¡el hermano Field y yo nos dimos cuenta de que repentinamente estábamos con Abraham e Isaac en el Monte Moriah! Mi hermano estaba orando acerca del relato de las Escrituras que narra el sacrificio de Isaac en el altar que Abraham acababa de construir. Era como si estuviéramos observando de cerca, en el Espíritu, ese maravilloso evento mientras orábamos. Muy pocas veces he experimentado tal cosa en la oración.

Se escuchó la voz del muchacho que preguntó: "¿Dónde está el cordero para el holocausto?" Y Abraham respondió: "Dios proveerá, hijo mío." (La escena fue muy real. No puedo explicar todo lo vívido que era esto por medio del Espíritu Santo.) Abraham amarró las manos del hijo que amaba como a su propia vida, y lo puso sobre la leña en el altar. Cuando alzó el cuchillo para clavarlo en el cuerpo de su hijo, la voz del ángel le dijo: "¡Basta!" Vi al patriarca volverse y descubrir el carnero trabado por los cuernos en un zarzal. En este mismo instante el Espíritu Santo me testificó: "Tu casa es como un carnero trabado en un zarzal." Este fue un momento emocionante de revelación sagrada.

El siguiente verano mi hermano menor, Edward, me ayudó dirigiendo himnos en las reuniones de avivamiento que teníamos en la Iglesia Friends, de Shirley, Indiana. Para expresar su aprecio por esta ayuda, la congregación quiso recoger una ofrenda para él. Mientras se pasaban los platillos de la colecta, Edward se inclinó hacia mí, y preguntó: "¿Estará bien ante el Señor y ante ti si uso esta ofrenda para comenzar un fondo para la casa que será construida por medio de la fe? Podríamos llamarlo el 'Fondo del Carnero.'"

Dije: "¡Hermano, sería magnífico!"

El fondo empezó con dieciséis dólares y unos pocos centavos. Cuando la idea de un "Fondo del Carnero" fue compartida con los amados que oraban con nosotros regularmente, parece que esto tocó el corazón de algunos de ellos. Empezamos a buscar el sitio donde se podría construir la casa, pero todas las posibilidades fueron bloqueadas por Satanás. (Guardo memoria de muy pocas cosas en mi experiencia contra las cuales Satanás haya luchado más empecinadamente que cómo lo hizo en contra de la construcción de esta casa que se llevaría a cabo por fe en Jesucristo. Mis palabras nunca podrían describir las muchas batallas y luchas que pasamos para cumplir el

propósito de Dios en este proyecto. Sólo ha sido por la gracia y misericordia de Dios que esto se realizó tan bellamente.)

Fue durante ese tiempo que el Señor reveló a mi corazón lo siguiente una mañana: "Vas a ir a Texas para orar con el reverendo Pumphrey acerca de estos dos asuntos: el avivamiento del Espíritu Santo en el mundo entero y tu casa que será construida por fe." Al día siguiente Dios hizo que un hombre recorriera una distancia de treinta y dos kilómetros para darnos los setenta dólares para el viaje.

Cuando nuestras hijas gemelas se enteraron de mi futuro viaje, dijeron: "Papá, tienes que hacer un viaje de más de dos mil quinientos kilómetros, y nosotras ahora necesitamos zapatos. Sólo tenemos un par para cada una y están desgastados casi totalmente. Nuestra compañera de juegos tiene dos o tres pares de zapatos, y tú nos has dicho por varias semanas que Dios nos proveerá de zapatos nuevos." Todo lo que podía decirles era que yo confiaba en que el Señor proveería.

Esa noche Florence y yo con nuestras tres hijas recorrimos setenta y siete kilómetros para visitar a mis padres y a otros amigos. En el transcurso de la noche tuvimos tres o cuatro oportunidades para orar; y cuando regresamos a casa, teníamos cuatro billetes de cinco dólares que nos habían obsequiado, dos dólares para el Señor y dieciocho dólares para los zapatos de mis hijas. ¡Dios había provisto! ¡Gloria al Señor!

Esa noche cuando nos arrodillamos para orar juntos como una familia, una carga pesada invadió mi corazón. Todavía estaba sobre mí a la mañana siguiente; y mientras oraba, no podía localizarla ni identificarla en ninguno de los pastorados en que había servido, ni tampoco entre las personas que conocía. No comprendía todo lo que estaba implicado en esta operación espiritual, así que simplemente la confiaba al Señor.

La ruta a Texas esta ocasión era distinta de mi itinerario acostumbrado, porque el Señor había especificado que no debía ir directamente de St. Louis a Waco, Texas, sino que debía tomar un tren de St. Louis a Hearne, Texas, y entonces viajar por autobús los noventa y seis kilómetros de Hearne a Waco. No entendía el por qué de esta ruta indirecta, pero no intenté comprenderlo. Dios simplemente quería que le siguiera a El.

En el transcurso del viaje, el Señor me permitió testificar a varias personas. Cuando llegué a Waco, tuve el privilegio de predicar a la congregación de Homer Pumphrey; y Dios me dio algunos amigos allí. Al día siguiente gozaba de una comunión maravillosa con un hombre quien amaba la Biblia y la conocía de una manera notable. El Espíritu del Señor estaba sobre mí, y durante la primera hora que pasamos juntos, un vaquero entró al cuarto y se quedó dos horas. Al terminar esa comunión, dijo: "Estás invitado a mi casa en cualquier momento." Después me enteré que ese hombre normalmente desaparecía en cinco minutos cada vez que había un ministro cerca. Pero Dios me permitió ser acogido favorablemente por este buen hombre. Un poco más tarde tuve el privilegio de estar con él cuando conoció a Cristo.

Cuando regresamos a casa esa noche, Homer me preguntó: "¿Cuándo podremos orar acerca de los asuntos que Dios te dijo en Indiana?" Justamente en el momento que él preguntaba esto, el Espíritu Santo habló dentro de mí, revelándome: "Estoy contigo y te guiaré." Le dije a mi hermano que el Señor lo arreglaría todo.

Pocos minutos más tarde estaba con una rodilla en el piso de la cocina, diciéndoles cómo Dios nos había enviado a mi esposa y a mí hasta las montañas Smokey para tomar un descanso en 1951. Habíamos ido a Gatlinburg buscando un hotel, pero mi esposa comenzó a sentirse enferma. Me di cuenta de que estaba enferma, y necesitaba acostarse lo más pronto posible. No obstante, a pesar de su enfermedad, le dije: "Querida, primero tenemos que encontrar el lugar correcto para descansar."

En el primer hotel al que llegamos, me mostraron un cuarto muy bello que solamente costaba cinco dólares por noche, pero el Señor me reveló: "No se queden aquí." Entonces fuimos a otro hotel. Este cuarto también era muy bello, con sábanas limpias, toallas, agua caliente y jabón. Un rey hubiera podido vivir en ese cuarto y sentirse cómodo. Sin embargo, el Señor me ayudó a saber que no podíamos quedarnos allí tampoco. Fuimos al tercer hotel, y nuevamente Dios me dijo que ése no era el lugar de su elección. En ese momento mi esposa me dijo que se sentía peor; entonces clamé: "¡Oh, Señor Jesús, ayuda a mi esposa! ¡Dale ánimo, dale fuerzas!" Por la ayuda de Jesucristo mi querida esposa pudo sentarse y seguir un poco más.

No era una cosa fácil ver sufrir a mi esposa; pero quedaba sólo una cosa por hacer, y era seguir la dirección del Espíritu Santo. La tendencia humana hubiera sido tomar el primer hotel para que mi esposa estuviera cómoda muy pronto. Pero debía elegir la voluntad de Dios en lugar de escoger la comodidad de mi esposa.

Usted está continuamente bajo la observación de Dios. El le mira para ver si va a hacer su voluntad o no. En ese momento El estaba observándome para ver si permitía que esta enfermedad me haría ceder en la elección de lo terrenal, o si me esforzaría para cumplir con su santo plan. La mayoría de la gente no hará la voluntad de Dios cuando se encuentra bajo alguna tensión. Miman a la carne, y se doblan ante las presiones del hombre. Escogen lo que parece más razonable o conveniente, y por eso es que casi nunca se ha llevado a cabo la voluntad de Dios continua y consistentemente a lo largo de todos los tiempos. **Pero siempre los seguidores de Jesucristo deben esforzarse por hacer no su propia voluntad, sino la voluntad de Dios en todo momento.**

Encontramos un cuarto hotel, pero tampoco era el lugar que Dios quería. Sin embargo, cuando subía las gradas del quinto hotel, el Espíritu Santo me dijo: "Este es el lugar correcto."

Hablé con el encargado, mencionando que yo era ministro. "Qué bien," dijo, "mi padre era ministro." Después de hablar un rato, comentó: "¿Sabe? tengo el presentimiento de que van a quedarse aquí." (Me pregunté cómo podía saberlo. Estoy seguro de que el Señor me envió allí para ayudar a contestar las peticiones de su padre, las cuales

se habían orado hace unos cuarenta o cincuenta años antes. ¡Cómo Dios quiere ordenar nuestros pasos para contestar las oraciones de sus hijos!)

Este hombre nos guió a la habitación número seis. En el camino vi a una señora que se nos acercaba con cara de alegría. “¡Gloria al Señor!” le saludé. Me respondió con un “¡Gloria a Dios!” y tuvimos una pequeña reunión allí mismo en el jardín. Esto fue solamente el principio de muchos eventos maravillosos demasiado numerosos para ser incluidos en este libro, los cuales sucedieron posteriormente, gracias a que Dios nos dirigió a ese hotel en particular.

En tres o cuatro días ya habíamos gastado todo nuestro dinero. Así que empacamos nuestras maletas para regresar a casa, y fuimos a la oficina para entregar las llaves antes de buscar donde desayunar. Dije a la hermana T. y a la hermana C.: “Quiero dar gracias al Señor por el privilegio que hemos tenido de estar aquí estos días con ustedes.”

Una de las damas comentó: “Hermano Helm, no han cantado para nosotros todavía.”

“Tienen razón,” dije, y llamé a mi esposa para que entrara a la oficina. Casi nunca he visto a mi esposa con tanta hambre como la que tenía esa mañana puesto que ya casi era mediodía, y no habíamos comido todavía. No obstante, ella me acompañó alegremente al piano de cola y cantamos juntos:

Hay una rosa que está floreciendo para ti, amigo;  
Hay una rosa que está floreciendo para mí.

Su perfume está esparciéndose al mundo, amigo;  
Su perfume es para ti y para mí.

Todos en vano destruyeron esta bella flor, amigo;  
Todos en vano maltrataron el árbol.

A causa de sus raíces profundamente arraigadas,  
renacieron de nuevo, amigo;

Y sus brotes aún son para ti y para mí.

Traducción libre.  
Letra en inglés por H.R. Palmer.

Cuando comenzamos a cantar el himno que se llama “Yo Camino con el Rey,” la gloria de Dios descendió sobre nosotros. Predicamos y cantamos con el ungimiento de Dios en nuestras almas hasta que faltaban diez minutos para las dos de la tarde. Cuando la gloria de Dios estaba descendiendo lo más dulcemente, una hermana le dijo a la otra: “¿Has sentido alguna vez el poder del Espíritu Santo así en tu vida?”

La hermana contestó: “Sólo una vez cuando Gypsy Smith dirigió una reunión en Decatur, Illinois.”

Y justamente en ese momento, mientras estaba compartiendo esta experiencia con Homer y su esposa en Waco, Texas, Dios me habló, diciendo: “Ahora están delante de mi trono para orar en cuanto a los dos asuntos por los cuales te envié aquí.”

¡Nos regocijamos! Durante cinco a diez minutos, rogué a Dios por el derramamiento del Espíritu Santo sobre toda la tierra (y el Espíritu

Santo me da testimonio en este momento cuando digo esto). Clamaba para que Dios enviara los grandes tiempos de refrigerio espiritual que habían venido en tiempos antiguos, y El me dijo: “He escuchado tu oración.” Entonces fuimos delante de El para pedirle por la casa que iba a ser construida por fe, porque no teníamos la menor idea de dónde se podría encontrar un lote, ni de dónde vendría el primer bloque del cimiento, o el primer montante.

Al día siguiente mientras estaba sentado en el autobús que me llevaría noventa y seis kilómetros fuera del camino directo a Hearne, Texas, para abordar el tren a St. Louis, una joven me preguntó si podía sentarse a mi lado; y yo le dije que no había ningún inconveniente. Después de que acomodó su maleta, le dije: “¿No es un día maravilloso que el Señor nos ha dado?”

Al mismo tiempo el Señor susurraba en mi corazón: “Guarda silencio, y te diré lo que debes hablar.”

Contesté: “Sí, Padre.”

Así que estuve callado hasta que Dios me dijo lo que debía decir. Hablé un poco, y seguí esperando su instrucción. Después de poco me guió a compartir algo más hasta el punto en que la gloria de Dios llenó aquel viejo autobús. Le estaba revelando los gozos de la salvación como si estuviera hablando a un grupo de cien personas. Le explicaba cómo podría entrar por la puerta estrecha, y que si una persona confesara sus pecados, Dios la salvaría, la transformaría, la liberaría de la oscuridad y le concedería recibir el gozo interno de Jesucristo.

Mirándole, vi que su cara estaba radiante. “¡Hermana! ¿Me seguiste en la instrucción?” pregunté.

Asintiendo con la cabeza, dijo: “Sí, lo hice.”

“¿Ya tienes la paz y el gozo en tu corazón?”

Contestó con dulce seguridad: “¡Sí, la tengo!”

Así que me regocijé. ¡Yo estaba muy feliz! Luego de pocos segundos vi una visión de unas manos que la llamaban, y le dije: “Oh, hermana, veo personas que están llamándote para que vayas a países extranjeros y a tu país natal también. Esas personas le decían: ‘Ven a contarnos la historia de Jesucristo.’ Hermana, tú eres una misionera. Has sido llamada a predicar el evangelio del Señor Jesucristo,” continué diciéndole.

Cuando le anuncié esto por medio del Espíritu Santo, vi grandes lágrimas en sus ojos. A los pocos momentos contestó: “Me había estado preguntando qué era lo que debería hacer con mi vida. Había estado pidiendo ayuda, y Dios la ha mandado.”

Después de viajar más o menos un kilómetro más hacia Hearne, Texas, el Espíritu Santo me habló al corazón: “¿Recuerdas la carga que tenías la noche del viernes y la mañana del sábado antes de salir de viaje?”

Contesté: “Sí, recuerdo muy bien.”

Entonces Dios dijo: “La carga que tenías, mi hijo, era por esta mujer que acaba de recibir la salvación y que ahora ha sido llamada para ser mi misionera.”

El Señor del cielo me había enviado en un viaje para orar sobre la casa que iba a ser construida por fe, y nos encontramos con una alma que era llamada a declarar el evangelio de Cristo. Qué maravilloso privilegio.

Después de regresar de Texas, estuve agradecido porque Dios había escuchado la oración acerca de la casa que El iba a construir, pero no tenía la menor idea de cómo iba a realizarse esa construcción. Sin embargo, el Señor tenía su propio plan, y yo simplemente debía esperar.

Un día un ministro amigo y su esposa nos visitaron. Ella se encontraba bajo una carga pesada. Cuando oramos para localizar lo que Dios le estaba revelando, el Espíritu Santo dijo: "La carga es por tu casa. Ahora es cuando debes comenzarla."

Casi grité: "¡Gloria a Dios!" El Señor había dado la señal para empezar. Su esposo me acompañó a hablar con el señor Thornberg, mi banquero, sobre el lote número siete de la Urbanización W.E Baker en nuestro pueblo. El lote pertenecía al mismo banquero.

"Loran," dijo cordialmente, "primeramente estoy muy contento que tú y Florence hayan decidido quedarse aquí en nuestro pueblo. Pero en cuanto a ese lote, muchos ya han querido comprarlo. ¿Qué pensarán si te lo vendo? Además, estamos pensando construir una casa allí para nosotros mismos." Le expliqué que debería simplemente meditarlo y decidir lo que le pareciera mejor. "¿Quién va a ayudarte a construir esta casa?" preguntó.

Le dije: "Dios va a hacerlo."

"Es maravilloso," contestó, "pero, ¿dónde está el dinero?"

"Dios va a construir esta casa," reiteré, y comencé a compartir con él cómo Dios en 1934 había revelado a mi corazón que algún día iba a proveernos de una casa que se construiría por medio de la fe en Jesucristo.

"Me parece muy bien," me dijo amablemente, "pero, ¿qué vas a hacer en cuanto al dinero para los materiales de construcción?"

"Pues Dios sabe donde está," contesté.

"No tienes una reserva de ahorros o dinero en efectivo para empezar la construcción?" preguntó.

Yo contesté: "No, pero hay unos pocos hermanos en el grupo de oración que se han sacrificado para ayudarnos. No tienen mucho, pero estamos confiando en el Señor para que El provea."

Entonces él nos dijo: "Regresen mañana; voy a hablar con mi esposa para decidir si les podemos dar el lote número siete."

"Quisiera orar antes de salir," dije.

"Muy bien," consintió. Tal vez nunca antes hubo alguien de rodillas en la sala de sesiones de este banco, pero sí hubo uno en aquel día de enero de 1952. Cuando dije: "Amén," el banquero también dijo: "Amén," pues era un querido hermano. Era fiel en asistir a la iglesia y

también a la reunión de oración cuando le era posible. Era mi amigo entonces, y todavía lo es.

Al día siguiente, acompañado por otro amigo que era ministro, regresé al banco. Al abrir la puerta del banco el Espíritu Santo descendió sobre todo mi cuerpo dulcemente. Mi amigo, el banquero, me preguntó cómo estaba, y le contesté: "Estoy confiando." También preguntó si ya tenía una reserva de efectivo o capital. "No," admití, "pero creo que Dios lo va a proveer. Esta casa será construida por Dios. El Señor la hará."

"Me parece muy bien," dijo con cordialidad e interés, "pero no me gustaría verte empezar con unos pocos montantes y no poder completarla." El señor Thornburg vivía detrás del lote número siete, y tenía algo más que solamente interés profesional en que se terminara la construcción de la casa si íbamos a comenzarla. Fue notable para mí que este querido hombre hubiera sido tan cordial y comprensivo siquiera cuando había muy poca justificación desde un punto de vista de negocios en considerar nuestra solicitud.

"Hermano," le dije, "creo que es allí donde la fe tiene que tomar parte."

Me miró, y entonces dijo amablemente: "Muy bien, puedes tener el lote."

¡Estuve sobre mis rodillas lo más rápido posible, dando gracias a Dios en el nombre de Jesucristo por este milagro!

Cuando salí del banco aquel día, fui bajo una llovizna para ver los lotes números seis y siete en la calle South Fulton. Mi hermano era dueño del lote número seis, y había sido tan amable al prometernos un poco más de trece metros de su propiedad, si el banquero nos vendía el lote número siete. Esto nos dio un lote de aproximadamente treinta por cuarenta metros.

Estaba regocijándome, porque este indigno siervo había estado esperando muchos años para que llegara ese día. Caí de rodillas bajo la llovizna, miraba hacia arriba y oraba: "Señor Dios, este lote es tuyo. Santifícalo de lado a lado y de un extremo al otro." Y Dios santificó todo el terreno para el honor y gloria de su nombre. Desde entonces me ha dicho: "Este lugar es mío; me pertenece." Muy pocas veces me ha dicho tal cosa sobre terrenos o edificios por todo los Estados Unidos.

Después de poco, más o menos seiscientos o setecientos dólares ingresaron al "Fondo del Carnero." Era suficiente para comprar el lote y también cemento, arena, cascajo y los bloques para la base del cimiento. Un amigo ofreció llevar su niveladora y preparar el lote, pero no sabíamos cómo continuaríamos con la construcción. Estábamos simplemente confiando y regocijándonos.

Unos seis u ocho días después de que el banquero nos había vendido el lote, mi suegro tocaba a la puerta de nuestro cuarto (porque en este tiempo vivíamos con mis suegros) para informarme que alguien quería verme. Había estado orando hasta la una o dos de la madrugada, y estaba agotado. En lugar de ponerme la bata para salir a orar con

la visita, como era mi costumbre, pedí a mi suegro que enviara la visita a mi cuarto mientras yo permanecía en la cama.

Pronto entró al cuarto un hombre tímido con un niño tomado de la mano. Entraron tranquilamente, y se sentaron en una silla al extremo del cuarto. "Soy Horace Reynolds," declaró en voz baja, "y he oído de la casa construida por fe." Desde donde estaba acostado podía ver lágrimas en sus ojos. "¿Quisiera saber," continuó lentamente, palabra por palabra, "si usted aceptaría los árboles de mi bosque para los materiales de su casa?"

Me levanté de la cama, y me arrodillé, diciendo: "¡Gracias, Señor! Has provisto el lote, has enviado las finanzas para el cimiento y ahora me das la madera para las vigas del piso, los listones y los cabrios de esta casa. ¡Te alabamos, Padre nuestro, por hacer esto!" Santifiqué los árboles allí mismo, en el piso del dormitorio. Decir que estaba contento no expresa el profundo gozo y la gratitud de mi corazón por la provisión de Dios.

El hermano Reynolds tenía ochenta acres de terreno, y treinta eran de buen bosque. Parecía que nunca había pastado ningún ganado allí. Cuando fui con un amigo, que era talador, a ver los árboles, él me dijo con su bello acento suizo: "¡Loran, estos árboles son de buena calidad!" Pero el bosque se encontraba en una parte del terreno muy retirada, y estaba encerrado por densas espesuras de árboles más pequeños. Yo sabía que sería un milagro poder sacar los árboles desde allí después que se cortaran.

También tuvimos dificultad en encontrar alguien que cortara los árboles. Buscamos un hombre para hacer el trabajo desde más o menos el diez de enero hasta el diecinueve de marzo. Hubo uno que quiso aceptar el trabajo; pero cuando llegó el tiempo para hacerlo, dijo que tenía las manos tan hinchadas que no podía trabajar. Parecía que el diablo estaba luchando severamente, pero seguimos buscando y orando.

Después de dos meses de buscar diligentemente, localicé a un hombre cristiano quien estuvo dispuesto a cortar los árboles. Era una tarde lluviosa, y nos habíamos encontrado en un granero para orar cuando él me dijo: "Reverendo Helm, voy a cortar los árboles pasado mañana, el veintiuno de marzo."

"¡Alabado sea el Señor!" exclamé con gratitud. Dios había provisto el hombre que necesitábamos después de un largo tiempo de espera.

El veintiuno de marzo de 1952, exactamente cinco años después de haber venido a vivir con mis suegros, desperté temprano, me vestí con ropas viejas y salí de la casa tan emocionado que olvidé llevar algo para comer. Lo único que pensé fue preparar los árboles para la casa. Hacía mucho frío aquel día. Por eso el hermano Reynolds me regaló su gorro viejo del ejército para cubrirme mejor puesto que soy una persona muy sensible al frío. El gorro me cubrió hasta la barba, y todavía lo llevo cuando salgo en el invierno a quemar basura.

Cuando los obreros iban a cortar el primer árbol, dijeron: "Reverendo Helm, por favor coja esta sierra, y corte el primer tronco para la casa

que se va a construir por fe." Era la primera vez que cogía una sierra de ese tipo. Qué emoción sentí al verla cortar el primer tronco que era para la casa que Dios estaba edificando para su gloria.

Muy pronto llegó la hora de comer, y yo no había llevado nada. Por eso, traté de escabullirme por el bosque para que los hombres no notaran que no tenía que comer. "¡Oiga! ¡Reverendo Helm! ¿A dónde va?" preguntó el capataz. Le contesté que pensaba ir al otro lado del bosque mientras comían, pero él dijo: "No, venga acá; y le daremos un emparedado. Quiero que bendiga la comida antes de comerla." Traté de convencerles que habían trabajado duro y que no era digno de quitarles la comida, pero insistieron.

Me arrodillé a su lado, sacándome el viejo gorro del ejército, me arreglé el saco y miré al cielo para pedir la bendición de Dios sobre esa humilde comida. Cuando comencé a santificar esos alimentos, entré repentinamente a una sala de banquetes celestiales. La gloria del Señor bajó, y estaba tan feliz como si estuviera en el palacio de un rey. El gozo del Señor estaba alrededor de nosotros y dentro de nosotros.

Al abrir mis ojos, vi al hombre que se había sentado en el tronco más lejano (un hombre que antes, en el mismo día, me había dicho que para su vergüenza, conocía más jugadores y borrachos en la ciudad de New Castle que nadie), y su cara brillaba. Las lágrimas se derramaban por sus mejillas. Justamente en medio de la bendición de la mesa, él estaba cerca del reino de Dios y casi tan feliz como yo. Puesto que Dios, no el hombre, había ordenado que esta casa fuera construida, Él mandó un poco de su reino al bosque el primer día en que se cortaron los árboles para las vigas y cabrios de la casa construida por fe; y conmovió el corazón de un duro pecador. ¡Gloria al Señor!

Durante esos siete días se cortaron cien árboles de excelente madera de roble blanco, roble colorado, tilo americano y también de otras variedades. Una vez que los árboles pasaron por el aserradero y la madera fue entregada en el lote, muchos hombres de la localidad se maravillaron. "Esta es la mejor madera que he visto en mucho tiempo," dijo un hombre. Otro estaba asombrado al ver que la madera tenía tan pocos nudos. Los hermanos Reynolds nos habían dado lo mejor de su bosque, y mi oración era que Dios por su parte les devolviera lo mejor de todo a ellos. Hasta ahora les llamo de vez en cuando para decirles cuán profundamente les agradezco su obediencia al darnos los árboles más finos de su bosque.

El veintiocho de marzo se cortó el último árbol, un roble colorado de ciento treinta y ocho años. Esto quiere decir que era un árbol muy pequeño cuando mi tatarabuelo ayudó a construir la iglesia en Windsor, hace más de cien años. Estaba creciendo en aquel entonces para tomar parte en la casa que sería construida por medio de la fe, y que Dios construiría para su tataranieta, quien iba a caminar con Dios. ¡Gloria al Señor!

Cuando habíamos empezado el trabajo de cortar los árboles, el camino estaba lleno de agua; pero el tiempo cambió tan maravillosamente para el fin de semana que el auto pudo ir hasta el bosque. Al subir al auto con los tres hombres que habían cortado toda esa madera, dije:

“Hermanos, ahora que han acabado su labor, ¿me conceden el privilegio de hablar con el Señor un momento?” Cuando estaba dando gracias a Dios por todos estos árboles, comencé a llorar. Fue maravilloso cómo Dios nos visitó en ese lugar. Me llevaron en el auto hasta el patio de la finca donde les di doscientos veinte dólares con unos centavos que Dios había provisto para este trabajo. Estábamos muy agradecidos por todo lo que se había hecho para nosotros en cada momento.

Antes de partir de la finca, el hermano Reynolds y su hijo, Philip, subieron al auto conmigo, y tuvimos entonces otro pequeño momento de oración. Después me dispuse a iniciar el viaje a casa, porque tenía que dirigir reuniones de avivamiento durante la noche. Pero el Espíritu Santo dijo: “Espera, no te vayas.”

Mientras esperábamos en el auto, el hermano Reynolds empezó a decirme algo de cierto hombre. No había compartido mucho antes de que yo le interrumpiera, diciendo: “¡Pues, le conozco! ¡Fue convertido en la ciudad de Greensboro cuando yo estaba allá!” Y entonces comencé a contarles cómo el Señor había ganado su corazón y le había atraído a la cruz. Dentro de poco yo estaba gritando por gozo, y el hermano Reynolds estaba llorando; y al mirar a Philip, quien estaba en el asiento posterior, vi la luz de Jesucristo por todo su rostro. “Philip,” pregunté, “¿acabas de encontrar al Señor?”

El contestó: “Sí.”

Todavía estaba regocijándome, porque otra alma había sido salva cuando pensé de nuevo: “Seguramente debo irme ahora.” Pero Dios dijo otra vez: “Espera, no te vayas.” ¿No es maravilloso que Cristo me pudiera decir que no saliera de aquel lugar? Dios me ha mostrado que si nosotros en la iglesia no esperamos lo suficiente, no podremos discernir su voluntad. No percibiremos cuando El opera en nosotros. No entenderemos lo que nos está mostrando.

Nosotros, ministros y laicos, necesitamos esperar en Dios para que El pueda enseñarnos cómo proceder y revelarnos lo que quiere que hagamos. Si no sabemos lo que Dios desea hacer en nuestras vidas cotidianas y en nuestras reuniones de la iglesia, es como si tuviéramos una escuela con maestros que no conocen el abecedario. Si tratamos de manejar la iglesia sin esperar en Dios lo suficiente para que El pueda enseñarnos su abecedario, ¿cómo podemos esperar tener su reino en medio de nosotros?

Por favor, intente observar lo que Dios nos está enseñando acerca de la seriedad de andar verdaderamente con El. Quería volver a casa. Ya se habían talado los árboles, y estaba listo para empezar el viaje. ¿Se da cuenta de lo que hubiera perdido si me hubiera ido? Hubiera perdido la conversión de ese muchacho, quien ahora ya tiene algunos años como ministro del evangelio.

Dios tiene mucho que hacer por medio de nosotros si consigue tranquilizarnos lo suficiente. Pero El tuvo que crucificarme por meses y años antes de que yo pudiera comprender sus direcciones y sus operaciones. Tuve que caminar con El por años y esperar delante de El, de rodillas, cientos de horas mientras me enseñaba cómo escucharle y obedecerle.

No necesitamos tanto de habilidades intelectuales ni de una sensibilidad estética en la iglesia actual, como necesitamos una genuina humildad de corazón. Sé que la educación es necesaria, pero es mucho más una sumisión interna, un deseo de esperar en Dios y amarle por lo que El es. Dios quiere enseñarnos de sí mismo, pero con mucha frecuencia preferimos seguir los patrones de los hombres.

Hay un hecho que nunca cambiará: **el ser enseñado por Dios crucificará siempre las tendencias naturales y los planes razonables de la mente carnal.** Muy pocos han querido seguir por la senda donde Dios crucifica diariamente lo que queremos hacer, cómo queremos hacerlo y el período de tiempo en el cual deseamos realizarlo. La senda que lleva hacia una comunión verdadera con Dios va directa e inevitablemente a la cruz. No puede ser desviada para evadirla, porque abandonaría el camino angosto.

Quería irme, pero Dios me había indicado que esperara. Pregunté: "Señor Jesús, ¿qué es?" y El habló a mi corazón: "Se trata de los ojos del muchacho. Philip tiene un problema con los ojos."

Diez segundos después de que Jesucristo reveló esto a mi corazón, el hermano Reynolds, con su manera gentil, me habló en voz baja: "Mi hijo no puede ver bien." Abriendo mi Biblia busqué el capítulo trece de Hebreos, y la sostuve delante del muchacho para que pudiera leer; pero no pudo leer ni las letras grandes.

Extendí mi mano derecha hacia atrás al asiento posterior, puse el pulgar y el índice sobre los ojos del muchacho y clamé a Dios. Oré una y otra vez. Cuando oré la tercera vez, el Espíritu Santo entró en mi brazo con gran poder. Nunca había sucedido así antes en toda mi vida. Mi brazo temblaba por el poder de Dios que lo recorría. Yo sabía que sin duda este chico iba a ver.

Cuando sostuve la Biblia nuevamente delante de él, Philip no sólo leyó las letras grandes, sino que también bajó la vista hasta donde dice Pablo en letras pequeñas: "Acordaos de los presos, como si estuvierais presos juntamente con ellos; y de los maltratados, como que también vosotros mismos estáis en el cuerpo." Su papá estaba llorando de gratitud, y yo me regocijaba. Este hombre había dado lo mejor de su bosque a este siervo más pequeño de Dios; y el día en que se cortó el último árbol para la casa construida por fe, Dios salvó a su hijo y abrió sus ojos. ¡Gloria a Dios!

Uno de mis hermanos en Cristo mandó a su socio, John L., con su niveladora para hacer un camino que permitiera a los camiones llegar hasta el bosque para transportar los troncos al aserradero. Este hombre amado, que recibiría al Salvador dentro de poco, volvió a casa el primer día con el siguiente reporte: "¡Nunca he visto tantos predicadores en un bosque en toda mi vida!"

Hubo muchos hombres ayudándonos a subir los troncos al camión, usando dos tablas, unas cadenas y un tractor. No teníamos experiencia en este tipo de trabajo, pero el Señor nos ayudó a hacer once viajes sin problema hacia el aserradero a unos cinco kilómetros de distancia. Mientras cada tronco era asegurado con cadenas y subido por las tablas con el tractor, un hombre en cada extremo lo guiaba al sitio

correcto. Al principio todo marchaba bien con el duodécimo viaje también; pero justamente cuando asegurábamos con cadenas el último tronco, el Espíritu Santo me habló. "Esperen un momento," dije en voz alta. "¡Algo anda mal!"

"¿Qué quiere decir?" me preguntaron. "Estamos haciendo lo mismo que antes. No es distinto."

"Pero el Señor me dice que algo no está bien," les dije de nuevo. "Hay un peligro."

"No podemos verlo," dijeron.

"Lo sé," contesté, "tampoco yo lo puedo ver. Pero retírense del tronco. No vayan detrás de él, porque algo está mal."

Creyeron mi advertencia, y se retiraron mientras el tractor subía el tronco por las tablas. Cuando ya estaba a unos treinta centímetros del tope y casi en su sitio, ¡las cadenas se rompieron repentinamente; y aquel tronco descendió como un bólido al suelo! De no ser por el aviso del Espíritu Santo, estos hombres hubieran sido aplastados y muertos. ¡Cómo alabamos a Dios por su dirección!

Después de que mi querido amigo hubo nivelado el lote, lo preparamos para poner el cimiento. Un hombre de nombre Forrest J. trajo la arena y el cascajo para comenzar el trabajo; luego Dios nos dio una reunión en el Espíritu Santo. Cuando dejó la arena y el cascajo, dijo: "No se preocupe del costo de estos materiales. He sido bendecido con más de lo que valen estos materiales." Dios nos había dado un tiempo de regocijo sobre la arena y el cascajo del cimiento de la casa. Alabado sea su nombre maravilloso por abrirnos un camino cuando no existía ninguno.

Tuvimos muchos momentos de oración en cada sector de la casa mientras ésta se construía; porque cuando vimos realizarse lo revelado por Dios a mi corazón, esto hacía que nos sintiéramos humildes; y estábamos muy agradecidos. El Espíritu Santo empezó a moverse sobre los corazones de su pueblo. Un hombre en el norte, a quien yo había dirigido al Señor Jesús por medio de la ayuda del Espíritu Santo en 1946, me dijo: "Necesitas ayuda. Tenemos una carga por ti." Le dije que estábamos confiando en el Señor, y él me contestó: "Aquí tienes doscientos dólares en efectivo y un cheque de quinientos dólares. Dentro de pocos días llegará un cheque de mil dólares y en unos días más otro de mil." Este acto sacrificante de obediencia permitió que los carpinteros comenzaran a construir la estructura de la casa.

Durante ese período algunas personas de nuestro pueblo estaban conjeturando que: "La construcción de esta casa muy pronto cesará. No se podrá construir." Una persona habló de nosotros con un ministro por aquel tiempo, diciendo: "Al hombre le ha ido muy bien a través de los años, pero construir esta casa por fe es una montaña que él nunca podrá subir. No se la puede escalar; es demasiado alta." Claro que yo no podía escalar ningún obstáculo, pero tenía un hermano mayor que estaba preparando el camino y dirigiéndome. Sus manos eran poderosas para librar. Sus manos eran muy hermosas para salvar. Podía abarcar el universo íntegro hasta su límite más lejano. ¡Gloria a Dios!

Todo el proyecto estaba mucho más allá de lo que yo jamás había imaginado, y esto fue porque no éramos nosotros los que habíamos escogido el modelo de la casa que se construiría. Era la tarea de mi esposa e hijas examinar varios planes de algunas casas, pero ninguno nos pareció correcto hasta que encontramos cierto plano en particular. Se trataba de una casa de dos pisos, con sala, comedor, cocina, cuarto de oración, antesala, despensa, pasillo, un baño con ducha y un garaje en la planta baja. En el piso de arriba había cuatro dormitorios, un pasillo y un baño completo. Esta casa era tan grande que cuando contemplábamos la construcción, realmente me parecía que estábamos intentando escalar una montaña demasiado alta. No sabía cómo iban a venir todos los obreros y materiales, pero de algún modo el Señor me daba la dulce seguridad de que El se encargaría de todo.

Un día después de que habían trasladado parte de la madera al lote, fui con un amigo al restaurante en Farmland para almorzar. Acabábamos de bendecir la comida cuando vi a un hombre sentado en el mostrador, y el Señor me dijo: "Tiene un problema en la espalda," revelándome donde era el problema. Hablé al hombre que se hallaba a una corta distancia de mí, diciéndole: "Mi hermano, ¿tiene un problema en la espalda?" Me dijo que sí. "¿Está exactamente aquí?" le pregunté, indicando el lugar que el Señor me había revelado.

"Allí es," admitió.

"¿Daría a Dios toda la alabanza, todo el honor y toda la gloria si El le sanara ahora mismo?" le pregunté. Me dijo que sí, definitivamente. Entonces pedí al Dios del cielo que enviara el poder a la espalda del hombre, que arreglara los cartílagos y los huesos para su gloria. Cuando terminé la oración, le pedí al hombre que se inclinara y tocara el piso, ¡y lo hizo! Dios le había sanado instantáneamente. Estaba tan conmovido por el amor de Jesucristo que fue a la iglesia esa misma noche, y comenzó su afiliación con ella. El dueño del restaurante me dijo algún tiempo después que ese hombre nunca había vuelto a tener tal problema en la espalda otra vez.

Mientras almorzábamos aquel día, conversábamos acerca del pueblo de Shirley, Indiana, lugar en que vivía mi amigo y donde mi padre también tenía un pastorado. Mientras hablábamos, me sobrevino una carga terrible; y le dije a mi amigo: "Hermano mío, siento una carga tremenda por Shirley, Indiana. ¡Es muy fuerte lo que siento! Tengo que orar." Así que en voz baja empecé a rogar: "Oh, Dios, cuida de este pueblo. Ya sabes esta situación que está por venir. Encárgate de ello, y aleja eso del pueblo." Clamé y rogué hasta sentir alivio. "Ya sabrás cuando llegues a casa lo que quiere decir todo esto," le dije a mi amigo.

Esa noche, Florence, mis hijas y yo estuvimos fuera de casa hasta muy tarde. Al llegar a casa mi suegra nos informó que alguien había llamado por teléfono varias veces. Cuando le llamé a esa persona, descubrí que era mi amigo de Shirley. "Hermano Helm," me relató con emoción, "¿recuerdas cómo Dios operó contigo hoy en el restaurante en cuanto a este pueblo de Shirley? Quiero decirte que volví a casa, y cuando estaba en el jardín de mi padre, diciéndole a él de las cosas maravillosas que Dios ha estado haciendo, vimos un tornado entrando

a Shirley por el oeste. ¡Era una cosa terrible!" (Mi padre lo vio, y después me dijo que nunca quería volver a ver tal cosa.)

¿Pero sabe lo que hizo Dios? Sólo permitió que el tornado dañara un depósito de madera un poco antes de llevarlo hacia arriba en el aire donde se extinguió. Ni una persona murió. Dios fue muy bueno al contestar la oración y librarnos.

La madera aún verde de las vigas y cabrios debía ser expuesta por un año al aire libre para que se curara. La estructura de la casa no era una cosa muy hermosa, con sus vigas desnudas elevándose rígidamente en contraste con el cielo. Algunas personas se burlaban, llamándola "el establo." Pero esas vigas que no lucían tan bien en aquel entonces, también eran las que más tarde le darían a la casa su gran fuerza extraordinaria. Un querido amigo que trabaja con equipo pesado nos dijo que no temería manejar su grúa pesada por sobre el piso de arriba. Si hubiera visto las grandes vigas de roble blanco, podría entender que Dios nos dio los mejores materiales para esa casa (aunque será solamente por la ayuda y protección de Dios que nuestra casa pueda estar segura en caso de cualquier eventualidad.)

Otros amigos muy amados sentían la dirección del Señor para ofrecerse a ayudarnos. (Quisiera decir que nunca pedí ayuda de nadie a menos que me preguntaran primero cómo podrían ayudarnos.) En cierta ocasión un hombre me dijo: "Necesita ayuda; venga a verme." Me llevó al banco, y me dio quinientos dólares para comprar puertas, y también las hojas de madera para ponerlas debajo del piso de toda la planta baja. Cuando necesitábamos las ventanas y las tablas de forro, el Señor dirigió maravillosamente a un hombre a darnos el dinero necesario. Cuando fue tiempo de poner el techo, Dios lo proveyó de manera milagrosa. Paso a paso el Señor estaba materializando su revelación delante de nuestros ojos, y procuramos agradecerle mucho por cada regalo amoroso y por toda ayuda amable.

En 1952, había tenido el privilegio de guiar a un muchacho a Cristo y ver a su hermana regresar a Dios (oh, que permanezcan fieles al bendito Salvador). Su padre estaba tan agradecido por la forma en que Dios nos había usado para animar a su familia que un día nos llamó. "Quisiera que vengan a visitarme usted y su familia en las próximas dos semanas," dijo. Entonces fuimos allá, y justamente cuando salíamos de la carretera para entrar al camino privado que nos llevaría a su bella casa, Dios me habló desde el cielo. "¡Oh, querida!" le dije a mi esposa, "Dios me está revelando algo maravilloso al llegar a esta casa."

Una vez que entramos a la casa, comenzamos a compartir las cosas del reino de Dios y a orar. Al terminar, el hermano Campbell preguntó: "Reverendo Helm, ¿qué más necesita su casa? ¿Qué necesitan ahora?"

Estaba agradecido al Señor por esa pregunta. "Pues, hermano," le dije, "necesitamos listones para nueve cuartos, dos corredores y dos baños." Era un pedido muy grande.

"Le diré lo que voy a hacer," dijo. "Se los enviaré."

"¿Quiere decir que va a proveer todos los listones que necesitamos?"

Me dijo: "Voy a mandar un camión cargado con suficientes listones

para terminar todo." Le di gracias al Señor. ¡Alabé a Dios! "¿Qué más necesita?" me preguntó.

Todavía estaba yo dando gracias a Dios por los listones, y él ya me estaba preguntando qué más necesitábamos. "Hermano, necesitamos un calentador de agua," me di modos para decirselo.

"Voy a darle un cheque para eso," dijo, y me dio un cheque por trescientos dólares. Usamos cien dólares del cheque para el calentador de agua, y los otros doscientos dólares los usamos para la cuenta del depósito de madera. ¡Cómo alabábamos a Dios por la manera en que estaba obrando!

Cuando ya estuvieron puestos los listones, teníamos que orar para que Dios proveyera el yeso para los mismos nueve cuartos, los dos pasillos y los dos baños. Era un proyecto que según había oído costaría por lo menos de mil quinientos a mil ochocientos dólares, pero en aquel momento no tenía dinero. Acababa de terminar una serie de reuniones de avivamiento en una pequeña iglesia de campo, y había estado ayunando tres días cuando recibí tres cartas. La primera contenía diez dólares, y la segunda era de la iglesia, declarando que sentían la dirección del Señor para mandarnos más dinero de la tesorería de la escuela dominical. La tercera era de la señora Campbell, diciendo: "Mi esposo irá a su casa esta tarde con el contratista encargado del yeso, de Richmond, Indiana." Nos regocijamos aquella mañana, porque Dios nos estaba ayudando. Nos sentíamos muy indignos de recibir tanto.

Cuando el señor Campbell y el contratista llegaron esa tarde, les mostré las paredes que necesitaban terminarse; y le pregunté a este último: "Señor, ¿cuánto costará el yeso, los materiales de aislamiento y el trabajo de esta casa?"

Justamente cuando hice esa pregunta, el señor Campbell levantó la voz: "Reverendo Helm, no se preocupe del costo. Nosotros nos encargaremos de todo."

Caí de rodillas en el comedor, y clamé: "Señor, nos has estado abriendo el camino día tras día y vez tras vez. Cuando no sabíamos qué hacer, nos has cuidado." Santifiqué todo el yeso, los materiales y el trabajo de la mejor manera que pude, tratando de agradecer muchísimo al Señor por proveer para todas las necesidades de este indigno siervo.

Amado, ésta es una historia de milagros, porque no estábamos promoviendo ni arreglando las cosas. No estábamos tramando una treta; no estábamos forzando las cosas ni pidiendo ayuda. Simplemente esperábamos y confiábamos. Es muy fácil hablar de confiar en Dios para todo, pero otra cosa es experimentarlo. Créame.

En unas pocas semanas el contratista encargado del yeso mandó un equipo de cinco obreros a nuestra casa. Yo hablaba de Jesucristo primero a un hombre, y después hablaba con otro sobre las respuestas a la oración que habíamos recibido. Mientras trabajaban, con mi manera limitada trataba de decirles las buenas nuevas de Cristo. Algún tiempo después de que habían terminado su trabajo en nuestra casa, el capataz de aquel equipo, un artesano excelente, estaba almorzando en

un restaurante cuando algo le pasó en el cuerpo; y murió luego de pocas horas. El señor Campbell dijo que parecía que estaba viviendo solamente lo suficiente para trabajar en la casa construida por fe, y así poder recibir un poco de ánimo, un poco de ayuda. Fue muy importante que compartiera con estos cinco hombres las cosas de Dios mientras estuvieron en nuestra casa.

Puesto que era una casa grande, deseaba tener un sistema de calefacción de gas. Pero muchos en nuestro pueblo tenían la opinión de que nunca podríamos obtener la autorización para usar gas, porque varios ya lo habían intentado; y les había sido negada. "Y ahora, ¿qué van a hacer?" preguntaron. Lo único que podía decirles era que estaba confiando en Dios.

Hice una solicitud para obtener la autorización en la oficina principal de Muncie al señor H., el ingeniero en jefe; y me dijo que en tres semanas tendría la respuesta. Cuando pasaron las tres semanas, yo sabía que no me habían concedido el permiso. Sentía que debía volver a pedir por el asunto; pero exactamente en el momento que mi mano tocaba la puerta de la compañía de gas, el Señor del cielo dijo: "No entres a este lugar hoy."

"Oh, Señor Jesús," clamé. "Quiero entrar para saber la respuesta de la solicitud."

"No ahora," me aconsejó. Entonces continué caminando, aunque en la carne deseaba mucho entrar y saber acerca de la situación.

Días más tarde, el Señor me guió para volver. Cuando entré, había alguna gente delante de mí hablando con el señor H. Por eso, tuve que esperar de pie al final de la línea. Cuando llegó mi turno, dije: "Señor, soy el reverendo Helm. Tengo interés en obtener la autorización para usar gas en mi casa." Y le expliqué los pormenores.

El señor H. me informó: "Tendrá que esperar de seis meses a dos años antes de que tengamos permisos disponibles." Le di las gracias, y me dispuse a salir.

Durante los últimos momentos de la conversación, un hombre apuesto de cabello negro había salido de su oficina personal; y se sentó en un escritorio grande, justamente al frente del escritorio del ingeniero. Cuando iba a salir, dijo: "Un momentito."

"Sí, señor," contesté. Entonces me hizo dos preguntas, y le dije de la casa construida por fe. Me enteré más tarde que ya sabía de la casa por medio de uno de sus obreros que había estado en un restaurante en donde el dueño tenía una botella grande llena de agua, en la cual los clientes podían depositar monedas para ayudar en la compra de un sistema de calefacción de gas para una casa que iba a ser construida por fe. Me enteré de que el hombre con que estaba hablando era el jefe de esa oficina. Dios lo había sacado de su oficina privada, y lo colocó en el escritorio justo en el momento preciso que debíamos encontrarnos. Todas las veces que regresé a ese edificio nunca más volví a ver a este hombre otra vez. "Haga usted las preparaciones necesarias para adquirir un sistema de calefacción de gas," dijo.

“¿Quiere decir que podemos tener un sistema de calefacción de gas?” pregunté.

El dijo: “Puede tenerlo.”

¡Gloria a Dios! ¡El Señor contestó la oración, y se hizo cargo de ello cuando parecía imposible! “¡Gracias, hermano!” le dije a ese hombre, y salí regocijándome. Hasta hoy día tenemos esa autorización para la calefacción de gas en el archivo de la casa.

El día que Florence y yo fuimos a la compañía de baldosas y mármol para hacer nuestra primera selección de la baldosa para el piso de la ducha y de la chimenea, quise orar con el hombre y su esposa quienes eran dueños del negocio. Ellos estaban en su auto cuando nosotros salíamos del almacén, y apenas comencé la oración cuando él arrancó el motor. Pensé que partiría mientras orábamos. La segunda vez que regresé, me sentí guiado nuevamente a orar con los dueños. En esta ocasión el esposo simplemente nos dejó, y caminó a la cocina. El era una persona retraída y tímida.

Tuvimos que repetir en dos ocasiones nuestra selección de la baldosa; así que cuando mi esposa y yo regresamos la tercera vez al almacén de baldosas, la esposa de este hombre comenzó a conversar con nosotros. Pronto estuvimos compartiendo de nuestro caminar con Dios. Ella no había conocido a Cristo en todos sus años; pero esa tarde lluviosa hizo un viaje al Calvario, y conoció al maravilloso Salvador de todos los hombres. La salvación de esta preciosa alma tiene que ver con la baldosa de la ducha y el piso de la chimenea.

El día que su esposo vino a poner las baldosas me dijo que ese trabajo me costaría noventa dólares. Aunque yo no le había pedido ninguna rebaja, él dijo: “A nadie se lo haría por ese precio, pero lo haré por usted.” Cuando él entró a nuestra casa y comenzó a mirar alrededor, se sorprendió mucho. “¡No esperaba ver una casa como ésta!” observó.

Le dije, “No es de nosotros. El Señor Jesús ha hecho posible su construcción. Todo lo que ve es debido a Jesucristo y para su honor. El ha provisto y hecho todo. Yo no sé qué hacer, pero El sí lo sabe.” Cuando terminó el trabajo ese día, lo llevé arriba para mostrarle varios cuartos; y se impresionó mucho. “Este es un lugar maravilloso,” me dijo. Y otra vez traté de alabar al Señor por haber provisto.

Luego le dije a él: “Ahora, hermano, aquí están los noventa dólares que le debo.”

El declaró: “Usted no me debe nada.”

“¡Usted me dijo que costaría noventa dólares!” exclamé.

“Olvidelo,” contestó. El Señor había tocado su corazón.

En enero de 1953, cuando la casa estuvo lista para que se efectuara el acabado de los pisos, fui al teléfono para ordenar el material; pero el Espíritu Santo no me dejó llamar. Hubiera podido ordenar la madera dura de muchas ciudades y hacer que la entregaran en pocos días; pero cada ocasión que iba al teléfono a llamar, el Espíritu Santo me detenía.

Mis chicas estaban ansiosas por ver los pisos terminados, porque

ellas no habían tenido un cuarto propio por muchos años. En efecto, los cinco de nuestra familia dormimos en un solo cuarto por largo tiempo. Luego, cuatro de nosotros dormíamos en ese mismo cuarto por casi siete años. Nuestras hijas seguían preguntándome: "Papá, ¿no ha conseguido el piso todavía?" Cuando les decía que no lo había conseguido, preguntaban: "Pero, ¿por qué?" Yo trataba de decirles que simplemente estaba caminando con el Señor, y no podía seguir adelante hasta que el Señor lo permitiera.

Seguímos con el deseo de ordenar el piso durante enero, febrero y marzo. Cada vez que me acercaba al teléfono, el Señor me detenía. Mis hijas repetían muchas veces: "Papá, ya quisiéramos ocupar nuestros cuartos. Están listos a excepción de los pisos. ¿No podría ordenar el piso?"

Y les explicaba: "Me gustaría, niñas, pero como ustedes saben, yo camino con Dios; y El me revela que no puedo ordenar el piso todavía."

El último lunes de abril, mi esposa y yo estuvimos en la parte norte del estado con un hombre quien me mostró dos pedazos de roble rojo selecto para pisos que provenían de Bowling Green, Kentucky. El dijo: "Reverendo Helm, si le gusta, puedo conseguirle este tipo de piso; y me podría pagar por ello cuando le sea posible sin intereses. Tome diez o quince años para pagarlo si es necesario."

Cuando él me dijo esto, el Espíritu Santo operó en mi corazón; y volviéndome hacia mi esposa, dije: "Querida, esto tiene que ver con algo más que solamente los pisos de la casa."

Algunos días más tarde, el seis de mayo, me informaron que trescientos trece atados de roble rojo selecto necesitaban ser descargados de un camión grande. Fui al lote para ayudar a mis hermanos y otro hombre a descargar estos bultos que pesaban entre siete y catorce kilos cada uno. Ninguno de ellos sabía que yo había estado ayunando durante tres días por el avivamiento del Espíritu Santo para todo el mundo. Después de poco perdí mis fuerzas, y tuve que disculparme y descansar. Regresé a cargar por un rato; luego, tuve que descansar más. Yo sólo pesaba unos sesenta y cinco kilos. "Señor, dame fuerzas para sostener estos últimos bultos," oré. Y cada vez que alcanzaba un bulto, el poder de Dios me ayudaba.

Para cuando había alzado el último bulto, me encontraba bajo la unción del Espíritu. Miraba la cara del hombre que había traído la madera para el piso desde los Estados del Sur, y estaba diciéndole acerca de un amigo mío. El poder de Dios cayó sobre el camión, y el hombre no quitaba sus ojos de mí. Me dijo que había oído de Cristo, pero que Dios nunca le había llamado. Después de unos instantes yo estaba abajo en la calle, predicándole, mientras él permanecía de pie en el camión.

Luego le llevé a ver el lindo auto que Dios me había provisto por medio de diez o quince familias. Le estaba diciendo cómo lo había tenido por sólo tres días cuando un camión grande cargado de piedras había salido de reversa de donde estaba estacionado, y dañó bastante el guardafango delantero. Le conté acerca de la paz que tuve en mi corazón cuando escuché el ruido del accidente, y acerca de cómo había

salido del restaurante donde estaba comiendo, alabando al Señor a pesar de que habían estropeado mi auto nuevo. Mientras le hablaba de esta experiencia, le pregunté: "Mi hermano, ¿siente el llamado de Dios en su corazón? ¿Está su corazón latiendo fuertemente?"

El contestó: "Sí."

"¿Le entregaría hoy su corazón a Cristo?"

Sus ojos dejaron de mirarme por primera vez desde que vino la unción sobre mí, e inclinó su cabeza. "Estoy listo," declaró. Comenzamos a orar juntos; y pronto encontró la cruz donde sus pecados fueron borrados, y llegó a ser una nueva criatura en Jesucristo. El hombre que había traído la madera para el piso del cuarto de oración y para la segunda planta de la casa construida por fe había encontrado al Maestro el seis de mayo de 1953.

Recuerdo un día que estaba afuera cuando el futuro yerno del reverendo Luke M. llegaba en el auto. Acabábamos de terminar una serie de reuniones de avivamiento en la iglesia de este pastor unos pocos días antes, y por esos días se había orado para que Dios llegara verdaderamente a ese joven con una fuerte convicción de pecado. Mientras se me acercaba, dijo: "Reverendo Helm, no puedo llevarme con nadie. No puedo ni llevarme conmigo mismo."

Entramos a la sala que aún no estaba terminada. Pusimos unos periódicos en el suelo, y él se arrodilló con la cara hacia el sur. Yo me arrodillé enfrentando al oeste, y comenzamos a clamar al cielo. La sangre de Jesucristo fue aplicada a su corazón, y Dios quitó toda la negrura, la oscuridad, el pecado y la iniquidad de él. El Señor escribió su nombre en el libro de la vida del Cordero, e hizo un hombre nuevo de él. El reía, lloraba y se mostraba radiante. Gloria al Señor.

Debido a la guía de Dios para tomar el pastorado de menos importancia que nos ofrecieron, hace años, en 1937, fui dirigido hasta donde Homer Pumphrey. Luego, muchas veces esta dirección me llevó a varias iglesias en Texas. Fue en una de esas congregaciones donde el hermano S. fue convertido maravillosamente y su esposa curada milagrosamente también. Solamente deseo, de ser posible, dar algunas pequeñas ideas de lo que Dios ha realizado para su gloria a causa de esa sola dirección en 1937: almas salvadas en los trenes al ir y venir de Texas, cuerpos sanados y victorias ganadas por Jesucristo. Solamente la eternidad lo revelará, porque el Espíritu Santo lo ha guiado todo.

Homer S. era el líder laico en la congregación del hermano Pumphrey. Era un ingeniero que poseía y manejaba un exitoso negocio de hormigón. Cuando Cristo sanó a su esposa, el Señor puso en su corazón que debía dejar temporalmente su negocio, sus obreros, todo su trabajo y viajar conmigo una distancia de más de mil seiscientos kilómetros lejos de Texas, para poner el concreto en el porche y las banquetas de la casa construida por fe. No hay necesidad de decirlo; él me sorprendió realmente cuando sugirió que deseaba hacer esto para nosotros. Estuve profundamente agradecido que Dios había puesto esto en su corazón, y por su obediencia al venir.

Mientras Homer terminaba el trabajo, sintió un fuerte dolor en su

corazón. Dios me dio el privilegio de orar por él, y fue curado. Pocas horas más tarde mi hija, Nancy, entró corriendo. "¡Oh, Papá!" exclamó. "¡Va a llover, y se destruirán el porche y la banqueta! Ven afuera, y pide a Dios que no llueva hasta que seque el cemento."

Corrí afuera donde se encontraban todos los hombres trabajando todavía en el acabado, elevé mis manos y oré: "Padre Celestial, yo sé que eres fiel. Yo oro sólo para que no permitas que llueva en esta banqueta y la dañe. Detén la lluvia, Padre; y te daremos las alabanzas y la gloria." Dios detuvo la lluvia, y no llovió más hasta que se secó el concreto.

Más tarde esa noche, cuando los seis hermanos fuimos a casa de nuestros padres a cantar para Homer, éste tenía un dolor de cadera tan severo que casi no podía soportarlo. Tuvimos otro momento de oración, y Dios quitó todo el dolor. Nuestras canciones esa noche fueron especialmente para él, con Florence tocando el piano y los seis hermanos cantando. Homer nunca lo ha olvidado. El nos lo dijo más tarde: "He cazado osos en las montañas de Colorado, y he pescado en los ríos de México; pero el viaje más hermoso que yo alguna vez haya tenido, fue ir a Parker, Indiana, para hacer el porche y las banquetas de la casa construida por fe." Sólo el Señor pudo haber hecho esto.

En diciembre de 1953, tuvimos la ceremonia de consagración de la casa que Dios me había mostrado en mi corazón como una luz en 1934. Cerca de ciento setenta y cinco personas estaban sentadas en la sala, el comedor, en la cocina, en el cuarto de oración y en las escaleras. Ellas se sentaron en las camas de los dormitorios, se pararon en el pasillo y en los baños para ayudarnos a conmemorar ese precioso momento cuando se cumplió la promesa de Dios hecha a un desmerecido de dieciocho años de edad, por medio de la bendita gracia de Jesucristo y la fidelidad de su pueblo.

Yo estaba especialmente agradecido con el Señor por dejar que mi suegro viviera para ver la consagración de esta casa; porque si recuerda, él hizo una sola pregunta cuando llevé a su única hija para vivir conmigo sólo por fe: "¿Crees que podrás mantener a tu familia?" El me creyó cuando le dije que Dios me había llamado a confiar en Jesucristo. Pero el hecho de que él pudiera ver que Dios sí proveyó a su hija y yerno con una de las casas más lindas del pueblo confirmó ante sus ojos la fidelidad de Dios y el verdadero llamamiento de Dios a nuestras vidas, de una manera mucho más expresiva que si se hubieran usado sólo palabras. Gracias Señor.

Cuando me enamoré de mi esposa, también me enamoré de sus padres. Los he amado y tratado con mucho respeto como si fueran mis propios padres. Casi al fin de la década de los cuarenta, el Señor me dijo: "Amalos mucho, porque su tiempo es corto." El diez de junio de 1947, en un sueño vi a mi suegro muriendo en su mecedora; y en 1949 mi suegro dijo a su esposa: "Grace, estoy decayendo. No estaré aquí por mucho tiempo más."

Fui a mi dormitorio, y comencé a clamar a Dios para que alargara sus días. Oré: "Señor, cuando Jacobo estaba con Labán, tú bendijiste su familia. Deja que mi suegro viva un poco más de tiempo. Mejórale.

¡Alarga sus años!" El Señor me ayudó a orar para que viviera más de setenta y cinco años y pudiera ver la consagración de la casa. No mucho después de esto, él partió hacia el cielo; y yo tuve el privilegio de orar a su lado hasta que entró por las puertas de la ciudad celestial.

Aproximadamente de cincuenta a cien hombres trabajaron en esta casa desde el momento en que se cortaron los árboles del bosque hasta su completa realización. Por la gracia de Dios, nunca pedí a ninguna persona que me ayudara, a no ser que ella viniera primero a mí, preguntando si podía ayudarme de alguna manera. Y para la gloria de Dios (según mi entender), no se lastimó ni un solo dedo de todos los hombres que trabajaron en esa casa. Por lo general, los trabajadores inexpertos se golpean un dedo o se hieren ellos mismos de alguna manera. Pero gracias a Jesucristo, al precioso Espíritu Santo, ni un hombre se hirió mientras trabajaban en la casa que Dios había construido.

Unas pocas personas queridas temían que no pudiéramos cuidar una casa tan grande, porque una casa necesita bastante atención y mantenimiento. Pero uno de mis hermanos les dijo: "Si Dios puede proveerles una casa, El puede cuidarla también." Cuán verdadero fue esto lo hemos descubierto con el correr de los años, y honramos a Dios por cada bendición o ayuda que viene de El.

Nos mudamos a esta linda casa el veinte de diciembre de 1953. Desde aquel día hasta hoy, para su satisfacción, Dios ha tenido a bien salvar misericordiosamente a unas pocas almas, animar corazones y sanar cuerpos dentro de estas paredes. Un día el reverendo G. trajo algunos amigos a ver la casa. Mientras pasábamos por el comedor, Dios dijo: "Oren aquí." Cuando me arrodillé a orar, Dios me reveló que el hombre de Peoria, Illinois, a quien apenas había conocido, podría ser restaurado a El en ese mismo momento. Comencé a orar por él, a quien nunca antes había visto, y pronto empezó a llorar. ¡El se reconcilió con Dios en esa misma hora! El gozo del bendito Salvador vino a su alma. El estaba feliz, y nosotros nos regocijábamos con él.

La señora W.E. Baker era una dama cristiana que nos había ayudado en varias ocasiones, y queríamos que ella visitara nuestra casa desde que fue consagrada en diciembre. Pero ella no pudo venir hasta el mes de mayo siguiente. Mientras estaba sentada en la sala, yo estaba compartiendo con ella respuestas a oraciones y unas pocas de las cosas maravillosas que habían tenido lugar durante la construcción de la casa cuando un golpe en la puerta interrumpió nuestra conversación. Era el hombre que recogía la ropa para la lavandería. Entró y me dijo: "¿Puedo verle un minuto?" Le dije que por supuesto, y lo llevé al cuarto de oración.

El comenzó a abrirme su corazón. "Yo oré anoche como un pecador para que pudiera salir de esta terrible situación en que estoy," me confesó. "Le pedí ayuda a Dios para que me guiara a uno de sus discípulos que pudiera ayudarme. Cuando vi a esta mujer en su sala, yo supe que estaba en el lugar correcto." ¿No era hermoso eso? Habíamos deseado que la señora de Baker estuviera con nosotros por semanas y meses, pero Dios la envió aquí exactamente el día correcto.

Comencé a decirle cómo encontrar el camino angosto. Me arrodillé, y oré; y luego le pedí que él también lo hiciera. Cuando terminó, dijo: "Reverendo Helm, desde el momento en que comencé a dejar esta silla hasta que mis rodillas tocaron el piso, quería gritar. ¡Realmente lo sentí! ¿Puedo decir a su familia lo que Cristo ha hecho por mí?" El Señor ya le había escuchado decirme acerca de todas sus cargas; así que El quitó su oscuridad, sus inquietudes y sus pecados de él antes de que pudiera arrodillarse para orar.

Yendo al porche de la parte norte de la casa, le dijo a mi esposa y a la madre de ella: "¿Ven esa torre de agua ahí arriba a cuatro cuadras? Me gustaría estar allí arriba, diciéndoles a todos lo que Dios ha hecho por mí." Cuando salió por la puerta principal, miró arriba al cielo, y declaró con gran gozo: "¡Qué hermoso día!" Estaba nublado y parecía que iba a llover en cualquier momento, pero él tenía la luz del sol en su alma. Tres años más tarde llamó para decir que por medio de Cristo había ganado siete almas para el Señor.

Un día iba a orar con alguien cuando me pidieron que regresara a casa, a unos noventa kilómetros. Cuando entré en casa, encontré a una mujer que me dijo: "Mi novio tiene cáncer en el estómago, y los doctores no le dan ninguna esperanza. ¿Qué se puede hacer por él? ¿Hay algo que usted podría hacer?"

Oré por un rato para saber el consejo del Espíritu Santo. Luego contesté: "Si ustedes dos se arrepienten de todos sus pecados, de todas sus negligencias y de todos sus errores, yo creo que el Señor secará ese cáncer en su cuerpo."

De repente ella exclamó: "¿Estoy teniendo un colapso nervioso?"

"No," le dije, "el Espíritu Santo le está llamando." Su corazón estaba palpitando con tal fuerza que ella no sabía lo que le pasaba. Le expliqué: "Este es el poder de Dios hablándole, diciendo: 'Dame tu corazón.'" Ella se convirtió, él regresó al Señor y el cáncer desapareció de su estómago. Todo esto sucedió hace dieciocho años.

Un día mientras estaba en casa, recibí una llamada; y la voz de un hombre dijo: "Estoy en un problema." Le dije que podía notarlo en su voz. "¿Tiene tiempo para mí?" preguntó.

"Seguro," contesté.

"¿Está seguro?" preguntó la voz otra vez.

"Sí, claro," le aseguré. Me enteré de que él tenía una amiga y de que ambos estaban en un problema; pero cuando su amiga había ido a ver a otro ministro, éste miraba el reloj continuamente, haciéndole pensar que él deseaba estar en cualquier otra parte en lugar de estar allí conversando con ella. "¿Cuándo desea venir?" le pregunté.

"¿Cuándo es mejor para usted?" dijo.

"Al contrario," sugerí, "¿cuándo es mejor para usted?" El no deseaba ser una carga, pero yo quería facilitárselo al máximo. Cuando llegó, escuché que estaba metido en un difícil y terrible problema. Pasé dos horas con él, y después él salió de la casa siendo un nuevo hombre en Cristo Jesús.

En otra ocasión estaba casi listo para salir de la casa cuando el Espíritu Santo me reveló: "No puedes salir." En cuatro minutos, un auto llegó y salió de él un hombre, con una cara radiante, a quien no había visto por tres o cuatro años. "Mi hermano, estoy tan contento de verte," se regocijó al encontrarme en la puerta. "He estado tratando de llegar aquí durante dos o tres semanas, y supe que debía venir hoy." Cuando compartí con él que si Dios no me hubiera detenido, yo hubiera salido, alabó al Señor.

Comenzó a decirme de sus pruebas y conflictos que eran bastante serios. Por tres años él se había debatido en medio de una desesperada batalla del alma. Durante ese período, él iba de lugar en lugar buscando ayuda, pero nadie supo qué aconsejarle. Yo pude decirle: "¡Regocíjate, hermano! Estás llegando a las cosas más profundas de Dios." No hubiera sabido aconsejarle de no haber sido dirigido por Dios a través de ese mismo río profundo, en una área de similar y oscura prueba, hace algunos años. "A veces cuando uno se enfrenta con las cosas más profundas que implican el caminar con Dios, experimentará grandes conflictos," pude compartir con él. "Algunas veces el enemigo lucha muy severamente." Comenzamos a orar, la gloria comenzó a derramarse y él fue liberado. Alabado sea Dios por todas sus maravillosas operaciones y obras santas.

Si yo tuviera el privilegio de llevarlo de cuarto en cuarto por esta casa provista por Dios de manera tan misericordiosa, trataría de señalar el sitio donde una mujer se reconcilió con el Señor en el cuarto de oración. Otra mujer, con un problema en la vesícula biliar, encontró al Salvador y fue sanada no muy lejos de donde la primera mujer encontró la victoria. En mi cuarto, nuestra hija menor fue transformada verdaderamente al conocer al Señor Jesús a la edad de veinticuatro años. Cerca de donde ella conoció al Señor, hace varios meses otra mujer joven fue santificada. También en ese mismo cuarto, mi sobrino de veintiséis años, quien había vivido en mucho pecado, fue maravillosamente salvado hace pocas semanas, el doce de febrero. El es ahora muy feliz en el Señor. Fue en la antesala donde Dios me habló una noche, estando reunido con algunos del grupo de oración, acerca de un misionero en Bolivia que se encontraba en peligro. Nos enteramos más tarde que él y su familia estaban siendo apedreados en aquel momento en su casa. Dios los salvó por medio de nuestra oración.

Podríamos continuar, si el Señor lo permitiera y ayudara, recordando muchas cosas, las cuales El ha realizado para su gloria en esta casa; pero no tiene fin lo que Dios comienza. Nuestras palabras no son suficientes para expresar la inmensa gratitud que tienen por Jesucristo nuestros corazones, por la manera en que El nos ha proporcionado esta casa y cómo continúa bendiciendo a muchas personas que la visitan.

Sabemos que no somos capaces de mencionar, tampoco podemos saberlo con exactitud, a todos los que nos ayudaron en la materialización de esta revelación. No hay manera en que podríamos expresar adecuadamente nuestro agradecimiento por cada persona que contribuyó en la construcción, con su dinero, sus dones, sus talentos, su tiempo y sus oraciones. No hubiera sido construida sin la obediencia del pueblo de Dios.

Yo sé que por la inversión que hicieron esas queridas personas, aunque hayan contribuido con una pequeña parte en ciertos casos para la construcción de esta casa, recibirán preciosas recompensas, porque ésta no es una casa común. Es la realización de una revelación divina. Es una expresión de la voluntad de Dios. Es un monumento que testifica a este pueblo y a esta época de que Dios provee para sus siervos hoy como lo hizo para sus profetas en la antigüedad.



*Loran y Florence en 1973*

**“A ti, pues, hijo de hombre, te he puesto por atalaya a la casa de Israel, y oirás la palabra de mi boca, y los amonestarás de mi parte... si tú no hablores para que se guarde el impio de su camino, el impio morirá por su pecado, pero su sangre yo la demandaré de tu mano.”**

**Ezequiel 33:7,8**

Siento la obligación de clamar respecto a uno de los asuntos concernientes a nuestro tiempo. En los últimos años ha aparecido una moda que gana más y más popularidad, incitando a chicas y mujeres a exponer sus cuerpos. Creo que las chicas y mujeres que exponen sus rodillas y la parte superior de sus piernas sujetan a todo hombre normal a una fuerte y difícil tentación. Las consecuencias de esto quizá resulten en un castigo serio en el juicio. El juicio, por supuesto, está en manos de Dios; pero siendo uno de sus siervos, creo que es prudente mencionarlo gentilmente y con rectitud, con precaución y cuidado.

En todos los escritos de ministros importantes, aunque se trate de hombres muy buenos, nunca he leído una amonestación sobre este asunto. Pero todo hombre de Dios con quien he compartido esta inquietud ha afirmado que lo que creo es verdad. Estoy seguro de que nuestras mujeres querrán saber la importancia de los estilos de ropa que seleccionan, porque cualquier hombre que verdaderamente ande con el Señor hoy en día está experimentando una tentación mucho más severa de lo que cualquier mujer puede comprender. Sé que toda sierva de Cristo sólo deseará ayudar al hombre de Dios, en vez de poner tropezos en su camino.

El Señor me ha revelado otro problema serio de esta época, indicado por las palabras de Pablo a Timoteo: “A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos; atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida eterna.” (1ª. Timoteo 6:17-19)

El Señor ha puesto en mi corazón que debo levantar la voz con amor para que oigan todos los que tienen riquezas, porque Cristo indica muy claramente que no será una tarea fácil para los ricos entrar en el reino de los cielos. Comparaba la tarea del rico para llegar al cielo con una cuerda (así entiendo lo dicho por ciertos eruditos bíblicos) que pasaba por el ojo de una aguja. Es posible que una cuerda pase por el ojo de una aguja si se separa a la cuerda en hilos y después éstos en otros más delgados, pero esto requiere de mucho trabajo y determinación. No obstante, el Señor anima a los que pueden ser clasificados como ricos cuando dice: “... Todas las cosas son posibles para Dios.”

En los Estados Unidos podríamos fácilmente llegar a la conclusión de que Jesucristo estaba hablando de los millonarios y de los que tienen fortunas familiares cuando decía: "¡Cuán difícil les es entrar en el reino de Dios, a los que confían en las riquezas!" (Marcos 10:24) Pero cuando consideramos la gran pobreza que afecta a numerosas naciones pequeñas y a las muchas islas del mar, es fácil ver que si tenemos un simple techo sobre nosotros, una alfombra en el piso y un automóvil, realmente sí somos individuos muy ricos.

Sé que no es muy popular hablar sobre las finanzas; pero como siervo de Dios, debo amonestar con amor a todos los que tienen cualquier cantidad de riquezas, o seré responsable por su sangre en el juicio. Jesucristo dijo que los ricos ya han tenido su consolación. Esto ha conmovido mi corazón para que no pueda fallar en advertir a toda persona que debemos estar seguros de orar, preguntando dónde quiere Dios que invertamos nuestro dinero para que no fallemos cuando lleguemos al juicio.

El Señor me ha mostrado que mucha gente que tiene recursos considerables (amados que tienen ahorros, acciones, bonos e inversiones de mil dólares o más) se inclinan a dar para la obra de Dios en proporción semejante con lo que da un obrero común. Muchos siguen confiando en la creencia de que el diezmo es todo lo que Dios espera que le entreguemos de nuestros recursos. Pero cuando pregunto al Señor, me revela algunos hechos muy serios acerca de los que tienen varios miles de dólares bajo su control.

Debo exhortar a cada persona amada a buscar la dirección del Espíritu Santo, para saber cómo invertir su dinero en el reino de Dios. Mientras más dinero percibo, mayor proporción de mis ingresos Dios quiere que invierta en su reino. Cuando gozosamente yo le devuelvo a El, entonces El podrá multiplicar las ganancias aun más. La búsqueda sincera de la voluntad de Dios en este asunto es algo mucho más serio de lo que puedo decir.

Deseo aclarar que tengo un profundo respeto y aprecio por cada persona que ha manejado sus posesiones terrenales de buena manera y ha acumulado algunas riquezas. Tales individuos son muy necesarios. De hecho, es posible que la habilidad que permitió su éxito en el área de las finanzas sea un don de Dios que puede ser utilizado primeramente en financiar las áreas vitales de la obra de su reino.

Si no somos sensibles al Espíritu Santo, jamás nos esforzaremos en descubrir lo que Dios quiere que hagamos con nuestra riqueza. Si amamos más a Dios que a las posesiones, estaremos ansiosos de aprender su voluntad; y entonces daremos alegremente lo que El nos revele. Pero si amamos más a las posesiones que a Dios, será un gran impedimento para que perseveremos en el cumplimiento de la perfecta voluntad de Dios y para que podamos compartir lo que El requiere.

No sé cuánto va a pedir Jesucristo de cada uno de ustedes. Pero Dios ha testificado, claramente, que debo advertir a los ricos para que no lleguen al juicio y descubran que han guardado demasiado para sí mismos, sin haber compartido lo suficiente para la obra de Dios. (Y cuando digo esto, Dios dice: "Te guío por el Espíritu Santo.") Quiero ser leal y fiel con toda la gente, en todo lugar.

## UNA PETICION ESPECIAL

Quisiera hacer una petición humildé y animar a cada uno de ustedes que está leyendo esta peregrinación, si está sufriendo de alguna aflicción o enfermedad en particular, para que simplemente tenga fe en Dios para que le sane. No soy sanador, y no hay ningún poder en mí. Sin embargo, mi fe es que si Dios lo desea, puede ser sanado aun mientras lea estas páginas. Creo que algunos serán sanados mientras leen acerca de estas experiencias que Dios ha realizado por medio de su dirección para bendecir a otros. Por favor den al Señor Jesucristo todas las alabanzas siempre. Si sus sanidades demoran, simplemente tengan confianza en Dios; y estén agradecidos. Si no es su voluntad sanarles, sean fieles y leales como siempre, manteniendo un espíritu recto en el Señor, por la gracia y ayuda de Dios.

La promesa de Santiago 5:14,15 está a la disposición de cada seguidor de Jesucristo: "¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados." Cada uno de ustedes puede solicitar a los ancianos de su iglesia ser ungido y que oren por su sanidad.

Comparto esto porque reconozco que muchos, tal vez, desearán llamarme para que ore por su sanidad. Pero a menos que el Espíritu Santo me dirija, no puedo orar por nadie. Quizá es la voluntad de Dios que su pastor ore por ustedes, o que los ancianos cerca de ustedes, o uno de sus hermanos o hermanas en Cristo, pidan al cielo por su sanidad.

Pero también el Espíritu Santo puede dirigirme a algunas personas y pedirme que ore por ellas, y no quiero perder ninguna cita divina. Pero si están seguros de que Dios está guiándolos para que se comuniquen conmigo, quisiera pedirles que, por favor, me concedan la libertad de buscar la dirección de Dios acerca de su necesidad.

Es un privilegio muy grande orar por el pueblo de Dios; y cuando el Espíritu Santo dirige, mi alma se anima y se fortalece. Por otro lado si Dios no me dirige, exige mucha más fuerza para orar; porque no puedo llegar al trono de Dios sin la dirección y ayuda del Espíritu Santo.

Confío en que cada uno de ustedes aceptará esta pequeña petición en el espíritu de amor con el cual se da. Necesito de sus oraciones más de lo que ustedes puedan imaginar, a menos de que el Señor Jesucristo lo revele a ustedes por medio de su amor y pureza.

# 26

## EL PRINCIPIO

**“Entonces Jesús dijo a sus discípulos: ‘Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.’”**

**Mateo 16:24**

Este libro no ha sido escrito para hacer que la gente me mire, ni ha sido compilado principalmente para inspirar al pueblo de Dios. Sólo ha sido creado por la dirección del Espíritu Santo para ser una voz clamando en el desierto de las prácticas y pensamientos religiosos que existen hoy día. Es un llamado para alejarnos de las formas religiosas populares, para alejarnos de la competencia denominacional, para alejarnos de todas las exigencias de las ataduras terrenales. Es el mismo llamado que ha distinguido a todos los siervos de Dios a través de los siglos. Fue el mensaje de Jesucristo mismo: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.”

Todo verdadero hombre de Dios ha clamado al pueblo para que se prepare a entrar en el reino celestial; y el reino de Dios en este mundo es simplemente **hacer su voluntad** en la tierra, como Cristo dijo claramente cuando enseñó a sus discípulos a orar: “Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.” “Venga tu reino” equivale “hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.”

El primer mensaje que Dios me dio después de llamarme para dejarlo todo en 1941, fue Romanos 12:1,2: “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.”

El me estaba dirigiendo a abandonar el desierto de los esfuerzos magníficos y sinceros del hombre dedicado al servicio religioso para entrar en el reino de la **perfecta voluntad de Dios**, el cual es muy poco conocido. Jesucristo en forma consistente demostró que Dios pedía más que una realización legal del deber. El deseaba caminar con los hombres y dirigirlos conforme a sus propios planes y deseos. Aun el divino Hijo de Dios no hizo su propia voluntad cuando estuvo en este mundo, sino que se rindió gozosa y continuamente a la voluntad del Padre. **Entonces, esto es ser como Cristo: hacer realmente la voluntad de Dios.** Esto es lo que realmente significa ser un cristiano: hacer en verdad lo que Dios dirige.

Cuando leemos acerca de los primeros cristianos en el libro de los Hechos, estamos conscientes de cuán sinceramente buscaron la dirección del Espíritu Santo antes de seguir un camino específico. Cuando notamos con cuanta frecuencia el Espíritu Santo les daba instrucciones

literales, es obvio que mucho de esa íntima comunión con Jesucristo, en la persona del Espíritu Santo, se ha perdido por nuestro cristianismo de hoy día. Esos cristianos primitivos fueron los verdaderos seguidores de Cristo en la persona del Espíritu Santo.

En casi treinta años de caminar con Dios, el Señor ha hecho más y más claro a mi corazón que sus deseos y requisitos para sus seguidores no han cambiado. Todo hombre o mujer, chico o chica, que profesa a Jesucristo como su Salvador también debe esforzarse en conocerle a El como absoluto Señor de su vida. La conversión es solamente el comienzo de la vida cristiana, como el primer grito de un recién nacido. Luego comenzamos la aventura y el gran privilegio de caminar junto a Jesucristo, yendo a donde El va, deteniéndonos donde El se detiene, hablando lo que El habla, guardando silencio cuando El está callado. Debemos aprender a seguirle día a día realmente.

Pero amado, Dios ha revelado a mi corazón que rara vez, a lo largo de todos los tiempos, los hombres han hecho esto. En pocas ocasiones las personas han avanzado más allá de la conversión hasta aprender cómo caminar con Cristo, cómo escuchar la voz del Espíritu, cómo comprender sus refrenamientos y sus direcciones. Para seguir las instrucciones de alguien, primero es necesario recibir las instrucciones.

El gran eslabón perdido en el cristianismo a través de los años es sólo éste: **nosotros no hemos aprendido cómo recibir nuestras instrucciones de Dios.** Hemos fallado en discernir su voluntad. Hemos olvidado que Dios tiene sus propias ideas y sus propios planes, y hemos seguido con nuestros propios conceptos acerca de cómo debe funcionar su reino. Es terrible decirlo, pero, o por nuestro gusto o por ignorancia hemos dicho con nuestras vidas respecto de Jesucristo: "No queremos que éste reine sobre nosotros." Hemos escogido ser nuestros propios gobernantes. Nos hemos hecho arquitectos de nuestro propio y trágicamente desfigurado "reino de Dios."

Esta es la razón por la cual no opera el poder de Dios en nuestro medio. No hemos esperado hasta recibir su instrucción, y hemos divagado por una senda que parecía la correcta, pero la cual provenía de una fuente terrenal y no de la celestial. Únicamente lo que Dios dirige permanecerá en el juicio. Sólo aquellas cosas que comenzamos en el Espíritu Santo entrarán en la eternidad. Cualquier cosa que comenzó en la carne, no importa cuán hermosa o aparentemente sagrada parezca, no puede agradar a Dios. La Palabra de Dios nos dice: "Y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios." ¿Podemos oír eso? ¡La carne no puede agradar a Dios!

Jesucristo fue el único hombre que agradó a Dios totalmente, y hoy todavía es sólo el Hijo de Dios quien puede agradar al Padre. Por eso, solamente la vida del Hijo de Dios, viviendo en nosotros, puede agradar a Dios; y Cristo vive y mora en nosotros únicamente cuando hacemos su voluntad. Es muy sencillo. Jesucristo aclara esto cuando nos dice en Mateo 7:21: "No todo el que me dice: 'Señor, Señor,' entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos." Jesucristo mismo nos dice esto. ¡El nos informa que no entraremos en el cielo a no ser que hayamos hecho la voluntad del Padre!

Mi amado (y yo amo a cada uno de ustedes que lee este libro con el amor divino de Jesucristo en mi corazón), ¿podemos comenzar a captar la tremenda seriedad de lo que el Señor nos está diciendo? El dice sin lugar a dudas que para pertenecerle verdaderamente, **tenemos que hacer en realidad la voluntad de Dios**. Tenemos que saber lo que El quiere y seguir sus direcciones. En nuestra vida cotidiana tenemos que seguir al viviente Señor Jesucristo. Tenemos que aprender cómo escuchar la voz de Jesucristo para que podamos recibir nuestras instrucciones.

Ser realmente un seguidor de Cristo es mucho más que tener sólo una experiencia de conversión y pensar que es suficiente para ir al cielo. Tener nuestros pecados perdonados es maravilloso y milagroso, y nosotros somos indignos de la gota más pequeña de la sangre de nuestro Salvador. Pero esto es solamente el comienzo, aunque, ¡es un glorioso comienzo! Mi carga a través de los años ha sido que muy pocos continúan más allá de la conversión para descubrir cuán verdaderamente maravilloso puede ser caminar con Dios. Yo sé que sólo tengo un poquito de lo que Dios tiene para nosotros aquí en la tierra, si tan sólo pudiéramos recibirlo.

Ya que los caminos de Dios no son los nuestros y que sus pensamientos son más altos que los nuestros (aun el mejor de nuestros pensamientos convertidos), ¿cómo podemos entonces aprender lo que Dios quiere y descubrir lo que está diciéndonos? ¿Cómo podemos aprender a caminar con Cristo tal como lo hacían los primeros cristianos? ¿Cómo podemos descubrir este eslabón, el cual ha sido perdido por la iglesia a través de los tiempos?

Parte de la respuesta, creo humildemente, se encuentra en las palabras de Jesucristo, nuestro buen Redentor, cuando dijo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, **niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.**" Estas palabras se encuentran en Mateo 16:24, Marcos 8:34 y Lucas 9:23: "Si alguno quiere...", dijo Cristo. Muchas veces mi corazón se ha entristecido por esa pequeña palabra "sí," porque Dios ha encontrado a través de todos los siglos a muy pocos que en realidad, de todo corazón, han querido creer en El y obedecerle. Pero su amor precioso ha dado la oportunidad a todo hombre de hacerlo.

El llamado del cielo es "ir en pos" de Jesucristo, seguir sus pasos, imitar su ejemplo, ser lleno con la santidad de Dios, sin la cual nadie verá al Señor. Tenemos que ser llenos con esas cualidades divinas, las cuales su dulce Espíritu da como fruto, es decir: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza.

Pero nosotros mismos estamos separados de estas virtudes inapreciables por un mar de pecado. Nos encontramos a la orilla de este mar de pecado. En la playa al otro lado están las inestimables recompensas preparadas para aquellos que vencerán por la palabra de su testimonio y la sangre del Cordero. No hay manera de que podamos alcanzar estas recompensas por nuestras propias perspicacias, nuestros propios métodos y nuestras propias obras. El Señor pudo caminar sobre las olas, pero, ¡ay de nosotros! Nos hundimos rápidamente a pesar de nuestras fervientes aspiraciones.

Estaríamos perdidos en la desesperación si Cristo nos hubiera abandonado a la condenación de la muerte, la cual destruye a todo lo que hay en el mundo. Este sentido de desesperanza se refleja en la respuesta que los discípulos dieron al Señor cuando El les declaró el requisito divino: "De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros." La mayoría de aquellos que le habían seguido exclamaron con enojo y asombro: "Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?" Cuando las normas de Dios fueron más altas de lo que ellos podían alcanzar por sus propias habilidades, ellos regresaron a sus propios caminos; y ya no siguieron al Hijo de Dios.

Las normas de la santidad de Dios siempre nos llevan a la desesperación. No hay sabiduría carnal, filosofía humana ni aspiración noble del mundo que pueda formar un puente aceptable para llegar hasta la santidad de Dios. Nosotros estamos bajo la condenación de la muerte que pesa contra todo lo que es de la tierra. Somos de la tierra; y sólo podemos producir muerte, no importa cuán nobles sean nuestras intenciones ni cuán elevados nuestros propósitos.

Nuestra única esperanza es el Señor Jesús. El es el puente para pasar de la muerte a la vida; es el sendero; es el pan por el camino. El es el agua para calmar nuestra sed; es el premio hacia el cual proseguimos. Desde que perdimos todo al desobedecer a Dios en el huerto del Edén, nuestro camino de regreso a Dios está en Jesucristo por medio de la obediencia. Y para obedecer tenemos primero que recibir un mandamiento, al cual nosotros podamos sujetarnos. "Ir en pos" de Cristo significa obedecerle a El. Entonces, ¿cómo aprendemos a obedecerle?

El simple, pero monumental, primer paso para seguir a Jesucristo se encuentra en la siguiente frase de su mandamiento: "**Niéguese a sí mismo...**" Esto es hermosamente sencillo, como lo son todas las verdades de Dios; pero todavía requerirá de la ayuda del Espíritu Santo para nosotros, primero para poder percibir claramente la negación de sí mismo, y segundo para comenzar realmente a aplicar esto en nuestras vidas diarias.

Nuestra comprensión de la autonegación se compara a nuestros abuelos de hace cien años si hubieran preguntado: "¿Cómo puedo ir de la costa del Este a la del Oeste en sólo diez horas?" La mayor parte de sus amigos en esa época del caballo y los carruajes hubieran contestado: "¡Es imposible!" Pero para la persona de hoy en día que tiene el conocimiento de los aviones jet, la respuesta hubiera sido tan simple como "que se niegue a sí mismo"; pues ella hubiera contestado: "que tome un avión." (Habacuc 1:8)

El hecho espiritual de "negarse a sí mismo" es maravillosamente sencillo, pero su práctica en la vida diaria es tan asombrosa para nuestro entendimiento actual como lo hubiera sido el avión jet para un soldado de la Guerra Civil. La idea podría parecer espléndida, las posibilidades casi inagotables, pero, ¿cómo la realizamos en realidad?

Aprendemos cómo negarnos a nosotros mismos y obedecer a Dios siguiendo una ley que gobierna el reino de Dios. Esa ley Jesucristo la

indica claramente después de decirnos acerca de negarnos a nosotros mismos: "Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará." Nos está diciendo que el mundo, tal como el hombre lo conoce y trata de gobernarlo, va en contra de la ley del reino de Dios. Para ser el más grande, Cristo nos dice, debemos ser los últimos. Para ganar, nosotros tenemos que perder; y perdiéndolo todo, lo encontramos todo.

Esta es la leche y la carne del evangelio. Esto ayudará a los músculos espirituales cansados y nos fortalecerá, si acercamos nuestra silla lo suficiente a la mesa y masticamos bien toda la comida. Temo que muchas veces preferimos tener un pequeño pastel de bendiciones y entonces retirarnos nosotros mismos de la mesa. Pero habrá muchas calorías divinas en esta comida si permanece en amor y gratitud.

Dios quiere bajar y caminar con nosotros paso a paso por el huerto de nuestro corazón, tal como lo hizo con Adán. Adán escogió desobedecer a Dios, por lo cual nos transmitió la muerte por su pecado. Jesucristo nos trae a la vida por su sangre, su muerte y su resurrección. Pero para recibir esta vida, tenemos que descender en humildad y quebrantamiento.

La Biblia nos dice que: "Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás Tú, oh Dios." (Salmo 51:17) Y la promesa de Dios para todos los hombres es que El "...está cercano a los quebrantados de corazón; y salva a los contritos de espíritu." (Salmo 34:18) Sin embargo, la mayor parte del tiempo queremos levantarnos de este lugar de contrición y asumir un lugar de reconocimiento y respeto. El secreto de comenzar, y continuar caminando con Dios, es permanecer siempre en el lugar más bajo de humildad dentro del corazón.

Sin embargo, no está en la naturaleza del hombre y la mujer seguir este camino. El sendero de la humildad es absolutamente contrario a nuestra naturaleza a causa del espíritu y la mente carnal que adquirimos en la caída en el huerto del Edén. Esta mente carnal nos lleva a la muerte de acuerdo con las palabras del apóstol Pablo (Romanos 8:6,7); y también es enemiga de Dios, porque "no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede." Esta misma mente es con la que nace todo ser humano.

Jesucristo fue el único hombre nacido de mujer sin tener una naturaleza carnal, porque esta naturaleza es inherente con la semilla de Adán. El niño hereda la sangre de su padre, pero gloria a Dios Cristo no tuvo un padre terrenal. El vino al mundo por medio del Padre divino, la santidad de Dios. Su sangre sagrada fue de Dios mismo, incorruptible, santa y pura. Jesucristo nació de la virgen María, y El fue sin pecado: ¡perfecto! El fue el único nacido en este mundo sin pecado, sin esta terrible naturaleza carnal. Y se convirtió en la propiciación por nuestros pecados para que nosotros pecadores pudiéramos ser salvos. Yo soy solamente un pecador salvo por la gracia. Bendito sea el santo nombre de Jesucristo.

Es esta naturaleza carnal innata la que rechaza reconocer el derecho que tiene Dios de reinar sobre nuestras vidas. Es esta mente

carnal la que se resiente, resiste y rechaza todo lo que proviene de esa mente divina que está en Cristo Jesús. Por eso, la mente carnal debe ser derrocada. La naturaleza carnal tiene que morir para que Dios pueda reemplazarla con su propia naturaleza, es decir, con la mente de Cristo. El desea darnos su Espíritu, pero El únicamente puede dar su Espíritu a aquellos que le obedecen. Hacerlo de otra manera sería peligroso. (1<sup>a</sup>. Corintios 3:1-3)

Hay tanta carnalidad en nosotros, mucha más de la que conocemos. Somos irritables, envidiosos, rencorosos, resentidos, criticones, contenciosos, disputadores, necios y bromistas. Algunas personas están dispuestas a renunciar a una parte de su naturaleza carnal, pero retienen un cinco o un diez por ciento. Dios quiere matar esa naturaleza carnal y sacarla de nosotros completamente.

La razón por la cual los pecadores no quieren tener mucho que ver con la iglesia de hoy es porque hay carnalidad en la mayoría de los que profesan ser cristianos; y los pecadores no quieren tener nada que ver con esa clase de "cristianismo." Decimos buenas oraciones, cantamos bonitas canciones, predicamos sermones recomendables; pero las personas que viven alrededor de nuestras iglesias únicamente asisten en raras ocasiones. ¿Por qué? Es porque a Jesucristo a menudo no se le ve en aquellos que están orando, predicando y cantando.

¡Oh, mis amigos! ¡El Señor Jesucristo quiere vivir en nosotros! El quiere obrar en nosotros por medio de pequeñas y humildes maneras de amor santo y de una entrega desinteresada. Pero estamos tratando de tener un cristianismo sin la cruz.

La cruz es simplemente la voluntad de Dios. La cruz es donde es clavada y crucificada la naturaleza carnal. Esta naturaleza es crucificada sobre la cruz. Como Cristo voluntariamente fue a su cruz romana, debemos estar dispuestos también a poner la naturaleza carnal sobre la cruz espiritual. Debemos rendir voluntariamente nuestras naturalezas malas y someterlas a las manos de Dios. Esto es lo que en realidad significa ser santificado completamente: ser crucificado con Cristo en el hombre interior. No podemos hacer esto con nuestro propio poder. Sólo Dios puede crucificarnos.

Esta naturaleza carnal viene envuelta en un paquete brillante llamado el "yo." Cuando nos negamos a nosotros mismos, continuamos manteniendo nuestra naturaleza carnal clavada en la cruz. El Señor podía haber bajado de su cruz en el momento que El hubiera querido, porque El no estaba allí en contra de su voluntad. El se ofreció a soportar esa agonía, ese dolor, esa burla "por el gozo puesto delante de El." Cuando le seguimos a El, debemos estar dispuestos a permanecer en la cruz en actitud de negación a sí mismo para que la naturaleza carnal sea crucificada y sepultada; y su naturaleza divina resucite dentro de nosotros.

No podemos disponer la manera en que debe ser crucificado este "yo" carnal. El "yo" no querrá morir. Si alguna vez nos aproximamos a la muerte, trataremos de vivir. El nos crucificará siempre y cuando esperemos delante de El. (En el capítulo veintitrés hemos procurado describir la necesidad imperativa de saber esperar.) Está en nuestra

naturaleza atarearnos y “hacer” las cosas; pero el Espíritu Santo me ha revelado a mi corazón que al “hacer” las cosas religiosas que parecen buenas, deshechamos la verdadera obra del reino, y perdemos lo mejor de Dios. Si estamos dispuestos a esperar en Dios consistentemente y con amor, entonces El nos dará lo mejor para nosotros, a su debido tiempo y a su manera.

La rapidez de nuestro progreso en cuanto a ser dirigidos por el Espíritu Santo depende de nuestra sumisión a su voluntad. Dios nos lleva adelante lo más rápido que sea posible, **en relación con lo que puede confiarnos**. Por eso, para caminar con Dios no es muy importante aprender las técnicas de cómo ser dirigidos por El, sino que nuestro énfasis principal debe ser esforzarnos en la vida interior para rendirnos tan perfectamente a su voluntad que El pueda confiarnos una medida mayor de su Espíritu.

Mi amigo, ¿está realmente decidido a esperar en Dios hasta que El termine el trabajo que ha comenzado en la conversión? ¿Le dejará que quite ese espíritu de egoísmo, orgullo, celos, murmuración, crítica, racionalismo y autosuficiencia? El desea desarraigar esa cizaña para poder sembrar en nosotros la semilla de su naturaleza divina. Pero la mayor parte de la gente no está dispuesta a esperar a que Dios produzca su precioso fruto. Ellos quieren inmediatamente todo lo que Dios tiene para ellos. La mayoría de la gente desea una vida en Cristo victoriosa y triunfante, pero con frecuencia anhelan el premio sin la competencia. Quieren llegar a la meta sin luchar. Desean leer un libro en unas pocas horas y saber cómo caminar con Dios.

Vivimos en una sociedad repleta de comodidades modernas. Presionamos un botón, y nuestras ropas están lavadas. Presionamos otro botón, y nuestras comidas ya están cocinadas. Abrimos una llave, y el agua caliente cae en abundancia. Ya que estamos acostumbrados a tener tantas comodidades en nuestras vidas en el mundo, queremos también comodidad total en nuestro cristianismo. Creemos que es nuestro derecho recibir todo esto, pero ésta no es la manera en que Dios nos transforma a su imagen.

La comprensión espiritual nunca viene así. Viene poco a poco, paso a paso, a través de mucho sufrimiento (Hechos 14:22). **Hemos estado tratando de fabricar algunas ruedas con nuestro propio ingenio para así poder alcanzar la meta más rápida y fácilmente**. Pero sin el sufrimiento, no evaluaríamos en su justa medida los misterios de Dios. No tomaríamos en serio los secretos divinos que son tan sagrados, y Dios no podría confiar en nosotros. Mientras más sufra para conseguir algo, más lo apreciará cuando lo tenga. Por supuesto, con frecuencia el sufrimiento por el que pasará no será físico. Será interno, y estará escondido a los ojos de aquellos que lo rodean. El sufrimiento de la cruz es secreto y personal. Mientras más sufra, negándose a sí mismo, más estará dispuesto a ser crucificado.

El sufrimiento del alma es terrible, pero también es maravilloso. Es una agonía; pero a la vez es el camino hacia la vida, porque al perder su vida, lo encontrará todo. Por supuesto, tendrá luchas, cargas, conflictos, dolores de corazón y muchas dificultades; pero siempre tendrá todo en Jesucristo. (Y el Espíritu Santo testifica en mi corazón cuando

digo: "¡Tendrá todo en Jesucristo!" Estas no son ideas humanas nada más. Dios está dando testimonio a mi alma, diciendo desde el cielo que esto es verdad. Esto vale más que todo el dinero que pueda llegar a ver a lo largo de toda su vida, y mucho más aun, si pudiera oír estas simples verdades y ceñirlas en su corazón para siempre.)

Para la mayoría de nosotros que ya ha recorrido un buen trecho en esta vida cristiana, nos va a tomar un largo tiempo poder regresar a la vida de autonegación si no lo hemos hecho anteriormente. Será un cambio muy grande negarnos constantemente a lo que hemos estado acostumbrados para hacer lo que Dios quiere. El no quiere que nos neguemos a nosotros mismos solamente en ciertas ocasiones para hacer su voluntad a medias, una vez hoy, dos veces la próxima semana. No, Dios quiere caminar con nosotros desde el comienzo. En efecto, no camino realmente con Dios si no me he negado a mí mismo a cada paso, porque para seguir, debo tomar la cruz, que es la voluntad de Dios.

Para percibir su voluntad es menester morir a todas las cosas carnales, las cuales me impiden escuchar su voz. Somos sensibles para oír la voz de Dios solamente cuando nos negamos a nosotros mismos y obedecemos sus guías. A no ser que neguemos al "yo" constantemente, nuestro oído espiritual se atrofiará; y no podremos recibir el mensaje de Dios.

Regresamos a la cruz, después de vivir en desobediencia, al confesar nuestra negligencia, desobediencia y fracaso. Si somos recién convertidos, tenemos que comenzar en el mismo lugar, al pie de la cruz. Entonces el corazón desvía su atención de las atracciones del mundo hacia las metas eternas del cielo. No es una tarea fácil, porque nuestra tendencia natural no es mirar al Señor por la fe, sino mirarnos a nosotros mismos por medio de la razón. Aprendemos a confiar en Dios, poco a poco, cuando leemos su Palabra humildemente, cuando conversamos con El en oración, cuando testificamos del milagro de la salvación y cuando nos esforzamos con todo nuestro ser en obedecer al Espíritu Santo.

Cuando comenzamos nuestro caminar, somos sólo unos bebés, no importa nuestra edad; y Dios nos trata con cariño, exactamente de acuerdo con nuestras necesidades. El nos enseñará gentilmente, pero tan rápido como sea posible en lo que se refiere a seguir sus direcciones. El procurará impulsar a todo cristiano a llevar a cabo una pequeña acción en la cual se obedezca su voz inmediatamente después de la conversión, o después de regresar a la cruz. Quizá El le pedirá que diga en una reunión de la iglesia: "Amo al Señor Jesucristo"; o el Espíritu Santo puede impulsarle a pedir perdón a un vecino por haberse enojado con él la semana pasada, o pedirle perdón a su esposa por haber sido testarudo la noche anterior. Serán cosas pequeñas a través de las cuales Dios nos dirigirá en la vida diaria. Rara vez la petición de Dios será agradable para la carne, porque la cruz de Cristo es un instrumento en el cual es crucificada.

Es imposible para nosotros descubrir la nueva vida en Cristo hasta que nos libremos de la vida vieja. Dios quiere que "muramos" realmente a las ambiciones y deseos del mundo para poder ser resucitados con Cristo en un plano celestial mientras aún vivimos en este mundo. Pablo

menciona esta paradoja de vivir, aun estando "muerto," en Colosenses 3:1-3: "Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios."

Si cada nuevo convertido tomara en su corazón la determinación de hacer exactamente lo que Dios pone en su alma, comenzará el maravilloso caminar con el Señor. Comenzará en realidad una nueva vida en Cristo; pero todo paso estará precedido y acompañado por la negación de lo que el "yo" quiere y desea. **Nunca permita al "yo" hacer otra decisión en su vida.** Debe decidirse para siempre y fortalecer su voluntad como una roca, diciendo: "Jesucristo es ahora el Señor de mi vida. El ocupa el trono de mi corazón. Buscaré su consejo para saber a dónde debo ir, lo que debo hacer, cómo me debo vestir, lo que debo hablar." Su vida vendrá a ser simplemente: "Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí."

Cuando digo "simplemente," no quiero decir que esto será posible sin esfuerzos. Se requerirá de todas las fuerzas que posea, de toda la determinación, la súplica y petición que pueda hacer para obtener la ayuda y misericordia de Dios para que día a día, momento a momento, suspiro a suspiro, y aun segundo a segundo, pueda resistir toda la maldad y las exigencias del mundo, para esperar en Dios y hacer humilde y consistentemente, en amor, sólo lo que El le pida que haga. Todo el infierno se encuentra en contra de esta clase de íntimo caminar con Dios, y sólo será por la gracia de Dios que cualquiera de nosotros podrá continuar. Pero alabado sea el Señor, porque descubrimos con el apóstol Pablo que en nuestra debilidad, El es fuerte.

El diablo y los consejeros sinceros del mundo tratarán de decirle que por esperar en Dios está perdiendo y desperdicando el tiempo. Ellos le dirán que hay almas que ganar y muchas cosas por lograr. Pero el secreto de la vida es esperar en Dios. Mientras espera en El, está aprendiendo a amarle, a alabarle, a comunicarse con El y a reconocer su voz. Algunas veces cuando espere, estará orando. Con frecuencia estará escuchando. Ocasionalmente, El le mostrará una necesidad en su corazón, una deslumbrante debilidad del alma que le impedirá a su Espíritu Santo obrar a través de usted. Entonces podrá adorarle aun más y meditar sobre su sufrimiento, sus penas y su dolor por un mundo perdido y muerto.

Mientras espera, estará creciendo en su propósito. Tal vez no pueda observarlo, pero El le está elevando a su propia imagen, mientras descendiendo en humildad y en el conocimiento de su propia indignidad e insignificancia. Y para su sorpresa, descubrirá que de vez en cuando este amigo recién conocido le dirigirá a alguna alma necesitada. Cuando menos lo espere, El le pondrá en el lugar correcto y a la hora indicada; y algún corazón se convertirá a causa de Cristo obrando por medio suyo. Alguien puede ser sanado, o una alma animada. ¡Usted estará muy emocionado y lleno de gozo, porque el Señor lo hizo! El fue quien lo hizo. Usted simplemente tuvo el privilegio de estar allí y tener a su reino obrando a través suyo. ¡Oh, gloria al Cordero de Dios, Jesucristo!

Aquí es donde la verdadera aventura comienza. En efecto, Dios le dará tales sorpresas en su comunión con El que se preguntará: “¿Por qué son tan pocos los que han seguido este sendero?” El mundo busca placeres en juegos, ferias, fiestas y experiencias sensuales; pero usted estará tan lleno de gozo con la obra del Espíritu Santo, con su dirección, limpieza e instrucción que las personas dirán de los cristianos: “¿Qué les pasa? Parece que no tienen nada, pero actúan como si lo tuvieran todo.”

Pero no debemos buscar la aventura, los eventos milagrosos o aun ser guiados por el Espíritu Santo. Simplemente debemos devolver a Dios el amor a torrentes, debemos honrarle, adorarle y tratar de alabarle por amor a su nombre. No debemos estar tensos o nerviosos acerca de cómo morir, cómo ser crucificados o cómo obedecer. Debemos ser como un niño pequeño, permanecer en humildad y simplemente confiar en Dios para todas las cosas.

Hay promesas maravillosas para aquellos que realmente confían en Dios. La promesa que es la clave de toda buena dádiva y todo don perfecto se encuentra en Proverbios 3:5,6: “Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y El enderezará tus veredas.”

Puesto que el Dios de todo el universo nos ha prometido su guía cuando renunciamos a nuestra autoridad sobre nuestras vidas, cedemos en nuestros propios puntos de vista sobre la vida y nos volvemos a El como la única fuente de vida y gozo, podemos estar seguros de que El cumplirá y hará exactamente eso. Mientras esperamos, El nos enseñará acerca de la autonegación en pequeñas y humildes maneras. El comenzará a dirigir realmente nuestras vidas; y cuando El comience a tomar control, entonces debemos abandonar alegremente nuestros propios planes para obedecer su mandato.

A lo largo de toda esta peregrinación, he intentado compartir unos pocos ejemplos de la autonegación, cuando tuve que dejar mis planes y mis deseos a un lado para hacer lo que Dios repentinamente me había pedido que hiciera.

Recuerdo que hace varios años salí de nuestra casa en la ciudad de Hartford para comprar un litro de leche, pan y carne. No había caminado más de unos ciento cincuenta metros cuando de repente el Señor habló a mi corazón. Esta revelación no vino solamente por estar sentado en la casa esperando que Dios me dijera lo que debía hacer. Había estado arrodillado en oración y en la Palabra de Dios, mirando, esperando, clamando y orando hora tras hora y día tras día.

Dios dijo: “Quiero que vayas a casa, te prepares para viajar, tomes el autobús a Muncie y vayas a Parker City a visitar a T.L. Smith.” Lo que había planeado para ese día, debía olvidarlo. Mis planes se acabaron, y los planes de Dios comenzaron.

Después de comprar los víveres, tomé el poco dinero que teníamos, caminé a la estación de autobuses y abordé el que iba a Muncie. Luego tomé otro para ir a mi pueblo natal. Al llegar a Parker City, pasé cerca de la casa de mis suegros. Siempre me gustaba visitarles, porque los amaba como a mis propios padres; pero esa mañana no podía detenerme

a verlos a ellos, y ni siquiera a mis propios padres. Tenía que negarme a mí mismo. Debía hacer lo que Dios quería que hiciera.

Cuando entré a la pequeña tienda de Tom Smith, su esposa exclamó: "¡Oh, Hermano Helm! Estoy tan contenta de verle. Tom ha estado enfermo últimamente. Se le han hinchado las amígdalas, y está con fiebre. El ha estado orando toda la mañana para que Dios lo enviara a usted."

Y Dios había hecho justamente eso. Lo alabo a El por haberlo hecho así. No pude continuar lo que había planeado para ese día. No pude quedarme en la Palabra de Dios y en la oración. Tenía que negarme a mí mismo para hacer lo que Dios había dicho.

Al entrar al cuarto donde este hombre yacía enfermo, caí de rodillas, miré al rostro de Jesucristo en el cielo y El vino por el poder del Espíritu Santo a quitar la fiebre de este apreciable hombre. Después de un rato Tom se levantó, se vistió y fue a la peluquería a cortarse el pelo. Esa noche estuvo en la reunión de oración, y les dijo lo que Dios había hecho por él. Yo no lo planeé ni lo arreglé. El Espíritu Santo fue el líder y el guía.

Aun antes de que Dios me llamara para dejarlo todo, El había estado enseñándome acerca de cómo caminar con El, negándome a mí mismo. En 1939, había entrado en una tienda y dado tres pasos adentro cuando el Señor indicó que me detuviera y fuera hasta la casa de cierto hombre. Corrí al auto, manejé hasta su casa y encontré que él acababa de llegar del hospital. No entendía todo acerca de la situación, pero sabía que él estaba muy enfermo. "El Señor Jesús me ha traído y quiero orar," le dije. Con mi manera débil comencé a orar, y Dios se volvió tan maravilloso para nosotros que parecía como si hubiera bajado con una túnica blanca y se hubiera parado a más o menos un metro de distancia a mi izquierda. Emocionado dije: "Puedo marcharme ahora. El Señor ha oído mi ruego."

Un poco después, su compañía de seguros insistió en que él se sometiera a más exámenes en el Hospital Robert Long, en Indianapolis; y allí los doctores le hicieron algunos exámenes y también radiografías, tal como lo habían hecho los médicos en el hospital de nuestro condado. Después de unos pocos días, siete médicos jóvenes y un doctor mayor fueron a su cuarto, se pusieron alrededor de su cama y le observaron unos momentos. "Queremos hacerle una pregunta," dijo uno de los médicos. "Tenemos las radiografías del hospital en Winchester que claramente muestran un tumor del tamaño de dos puños. Nos gustaría saber el nombre del cirujano que hizo esa delicada operación y lo extrajo. No podemos encontrar ni una señal del lugar donde él cortó o cosió. ¿Nos podría decir, por favor, el nombre de este cirujano?"

El hombre miró desde su cama al doctor, y declaró: "Su nombre es Jesús, el Cristo."

Dios había hecho esto. El me había detenido en mis propios asuntos, y me envió en una misión de su reino. La obra que El realizó fue un milagro de su gracia y poder. Sin embargo, El pudo obrar a través de este pobre, limitado y desmerecedor siervo solamente porque estaba obedeciendo su mandato y haciendo su voluntad.

¿Qué me hubiera perdido si no hubiera dejado mis planes para hacer lo que Cristo pedía? ¡Oh, mi amigo! ¿Cuánto hemos perdido en los días, meses y años pasados al haber fallado en negarnos a nosotros mismos, al haber fallado en esperar en Dios para que pudiera enseñarnos cómo escuchar su voz y ser dirigidos por su Espíritu?

Pero aun cuando trato de explicar de la mejor forma posible acerca de la necesidad absoluta de negarse a sí mismo, la mayor parte de la gente no se dará cuenta de lo que quiero decir. Muchos tenderán a pensar que negarse a sí mismo significa simplemente ir a la iglesia dos veces a la semana, usar ropa de un estilo particular, participar sólo en cierto tipo de actividades, rechazar ciertas comidas o asistir sólo a cierto tipo de diversión.

Negarnos al "yo" puede implicar algo de lo mencionado, pero la **verdadera negación del "yo" es simplemente hacer lo que Dios dirige y no lo que uno quiere hacer**. Nunca sabremos lo que Dios quiere hasta que lleguemos a ser nada, en amor, esperando delante de El para que pueda enseñarnos cómo oír y cómo obedecer.

Es nuestra actitud interior del corazón la que determina si vamos a decir: "¡Por sobre todas las demás cosas quiero seguir a Jesucristo!" Toda otra actividad humana debe llegar a ser secundaria frente al único deseo ardiente de ser un verdadero siervo de Dios. Por esto es que el Señor dijo en Lucas 14:26: "Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, **no puede ser mi discípulo.**"

Si hay algo en nuestra vida que tenga preferencia sobre nuestro amor, nuestro escuchar y nuestro seguir a Cristo, entonces **no podemos ser sus discípulos**. Tan pronto como rehusemos ponerle a El absolutamente en primer lugar en nuestras vidas diarias, habremos cesado de ser sus discípulos. Este es el camino angosto. **La mayor parte de la gente no escuchará esto**. A no ser que hayamos esperado en Dios y estemos dispuestos a dejar que El crucifique nuestra naturaleza carnal, continuaremos pensando que con el simple creer en Cristo intelectualmente, ir a la iglesia, conocer la Biblia y hacer obras buenas, ganaremos el cielo.

Pero si el Señor no es absolutamente el primero en nuestras vidas diarias, si no estamos caminando en una íntima comunión con Dios y llevando a cabo su voluntad, la cual nos da a conocer momento a momento desde el cielo, entonces procedemos en una vida de auto-imposición, pasando por alto la vida de autonegación y de la cruz.

Sólo podremos escuchar la voz de Dios en la medida que hayamos esperado en El a través de los años para aprender las operaciones, los refrenamientos y las direcciones del Espíritu Santo. Sólo aprenderemos a ser dirigidos por Dios conforme a la manera en que le obedecemos y le dejemos que nos dirija paso a paso. **Si no esperamos lo suficiente, seguiremos adelante sin saber que estamos en una afirmación carnal de nosotros mismos en lugar de la autonegación; y perderemos así el reino de Dios.**

Dios tiene muchas hermosas lecciones que enseñarnos, pero todas tienen que ser aprendidas en el camino de la cruz, en el sendero que

uno camina con las piernas del "confiar" y "obedecer." Dios desea que conozcamos este camino. El quiere que nosotros perdamos nuestras vidas por amor a El y a su evangelio. Jesucristo vino a enseñarnos este camino y a demostrarlo con su vida. Esto es lo que el hombre ha rechazado. Dios tiene un plan para cada vida, un plan hermoso y maravillosamente emocionante, pero pocos han permanecido en su escuela lo necesario, lo suficientemente quietos, lo suficientemente fieles en la oración y en el testimonio de la Palabra de Dios, lo suficientemente obedientes como para que El pueda enseñarnos la manera en que nos refrena en nuestras conversaciones, en nuestro comportamiento, en nuestros planes y en nuestros itinerarios.

Si estuviéramos dispuestos tan sólo a esperar constantemente con gozo en Dios, El nos purificaría. Hay llamas que atraviesan mientras esperamos, las cuales quemarán las impurezas y dejarán el oro puro. Pero muy rara vez permanecemos en su mano lo necesario para ser purificados. Es verdad que cuando estamos en las manos de Dios ningún hombre puede arrebatarnos de allí, pero salimos de su mano simplemente por hacer lo que el "yo" quiere. Salimos de su mano cuando no oramos y cuando no esperamos en Dios. Nos alejamos de sus manos, y confiamos en nosotros mismos.

Después de tantas experiencias de desobediencia luego de la conversión, las personas se vuelven sordas a la voz de Dios, continuando en vidas de afirmación de si mismos sin siquiera saberlo. Ellos tienen la creencia ortodoxa y el modelo externo de un cristianismo aceptable. Sin embargo, el poder de Dios no está presente en sus vidas. No hay el testimonio del Espíritu Santo. Con frecuencia, estas personas son las de mayor edad, quienes han dejado de hacer caso a Dios desde hace muchos años. Se han endurecido a la dulce voz del Espíritu, y solamente tienen una apariencia de piedad. Ellos están caminando en la vida exterior, pero el Espíritu Santo obra en la vida interior. Jesucristo dijo: "El reino de Dios está entre vosotros."

Amo a toda la gente y a todas las iglesias. He conocido a personas maravillosas en los Estados Unidos y por todo el mundo. Pero Dios me ha llamado para anunciar a toda iglesia, a todo ministro y a todo laico que hemos estado tratando de vivir un cristianismo sin el primer paso del cristianismo, que es el negarse a si mismo. No podemos dar ni un paso en pos de Jesucristo a no ser que nos neguemos a nosotros mismos y escuchemos la dirección de Dios.

Nosotros en la iglesia hemos estado tratando de vivir un cristianismo sin la dirección del Espíritu Santo. Hemos estado procediendo según nuestros propios programas, nuestras propias iniciativas misioneras, nuestros propios sistemas educacionales, nuestros propios proyectos de construcción y nuestros propios esfuerzos de visitación. Hemos estado tratando de dar vida al reino de Dios por medio de nuestros esfuerzos, nuestros propios talentos, nuestras propias personalidades, nuestras propias predicaciones y nuestras propias canciones. Todo líder en toda iglesia es apreciado, y no estoy tratando de encontrar faltas en nadie, pero tengo que decir a todos nuestros líderes en voz alta que en la iglesia profesante hemos perdido el reino de Dios. El doctor E. Stanley Jones dijo exactamente esto en su último libro

intitulado: *The Unshakable Kingdom and the Unchanging Person* (El Reino Inconmovible y la Persona Incambiable).\*

Debido a que en la iglesia hemos perdido el reino de Dios, hemos estado andando en el desierto. Hemos estado teniendo el mismo programa año tras año. Nos encontramos en un formalismo. Cantamos, oramos, testificamos un poco y predicamos; todo es monótono. Como los hijos de Israel, estamos dando vueltas, alejándonos cada vez más de la tierra de Canaán.

Pero Dios quiere que vayamos en línea recta hacia la tierra prometida, la cual es simplemente caminar en el Espíritu, haciendo su voluntad, esperando en El y perdiendo todo para que El pueda ser todo. Hemos estado tratando de hacer lo que Dios quiere, pero sin hacer lo que El dice.

Pocas personas, a través de todos los tiempos, han estado dispuestas a dejar simplemente que Jesucristo les dirija y sea todo para ellas. Nosotros en la iglesia todavía queremos influenciar un poco para poder controlar algo. Tenemos una pequeña idea acerca de en qué dirección queremos que vayan las cosas. Queremos grandes muchedumbres, una escuela dominical grande, un atractivo edificio. Deseamos popularidad, personas que se adhieran a nuestro grupo en particular y que nuestras ideas especiales sean aceptadas y reconocidas. Casi todo cuerpo de creyentes quiere algo para sí mismo y su iglesia, su denominación o para su organización.

Rara vez he visto a un cuerpo de creyentes orando a Dios en una forma efectiva y victoriosa para que envíe un avivamiento a alguna iglesia fuera de su propia organización o formalismo. ¿Ha escuchado con frecuencia los informes de una Iglesia Metodista, uniéndose como una persona para orar por la Iglesia de Dios local, a un kilómetro de distancia? ¿Ha escuchado a la Iglesia del Nazareno clamando a Dios para que El envíe un dulce despertar a la iglesia de los Cuáqueros? Nuestras oraciones son muchas veces todavía muy egoístas y arrogantes, porque aún estamos manipulando nuestras propias metas y no las de Dios.

Dios está buscando personas que sean simple y totalmente suyas, dispuestas a ser humildes, sin atención, sin reconocimiento y sin la alabanza de los religiosos notables. El verdadero poder de Dios operará a través de estas humildes, contritas y abnegadas personas que saben que son desmerecedoras de la más mínima cosa que Dios tenga para ellas. El usará maravillosamente a éstas que no tienen sus propios planes ni deseos, aparte de ser instrumentos, a través de los cuales Jesucristo pueda ser exaltado.

Este es el cuerpo de creyentes que constituye la verdadera iglesia de Dios. Cualquier corazón humilde que esté dispuesto a morir al mundo y perderlo todo por el Señor es un miembro activo en la victoriosa iglesia universal de Jesucristo. La verdadera iglesia de Dios no es un cuerpo específico de personas que se hacen llamar a sí mismos por un cierto nombre. No es una orden religiosa particular que está suscrita a ciertas

\*Jones, E. Stanley, "The Unshakeable Kingdom and the Unchanging Person," Abingdon Press, Nashville, Tennessee, 1972 (pp. 18, 21, 22, 72 y 73).

verdades teológicas. La verdadera iglesia de Dios está compuesta por todo pecador que ha sido limpiado con la sangre de Cristo y que permanece humildemente en la cruz, negándose a sí mismo, siguiendo a Cristo realmente bajo la cruz. La iglesia de Dios es ese cuerpo de creyentes en los cuales mora de verdad el Espíritu Santo, donde Jesucristo es la verdadera cabeza. Su mente está dentro de ellos, y el Espíritu Santo es el líder y el guía.

Temo que nosotros, los líderes de las iglesias, hayamos estado tratando de hacer el trabajo del reino de Dios con nuestras propias formas, con nuestras propias ideologías, con nuestra propia estructura de razón y belleza. Mucho de ello es bueno y atractivo, pero no es nacido del Espíritu. Uno puede tener lo mejor de la tierra, pero si esto no motiva a cada corazón a cumplir el requisito divino de negarse a sí mismo y de tomar la cruz, no es suficiente.

El Espíritu Santo me ha revelado un hecho muy serio. El me ha mostrado que la iglesia de hoy ha llegado a ser infectada con enfermedades espirituales de filosofías humanas y fuerzas carnales. A no ser que pongamos fin a nuestros sinceros esfuerzos de trabajar para Dios, que confesemos nuestra desobediencia y pecado, y regresemos en humildad, quebrantados y contritos, a sus pies para ser sanados, posiblemente continuemos trayendo nuevos convertidos a nuestras asambleas y hacer que crezcan nuestras iglesias; pero todo recién convertido que traigamos tendrá las mismas enfermedades que nosotros. Entrarán en nuestra comunidad con el virus de la afirmación de sí mismos y de un cristianismo respetable, sin saber nunca que no están caminando con el Cristo del Calvario. Ellos se debilitarán por la afirmación de sí mismos y se cegarán por una activa mente carnal, sin saber jamás que están en el camino de la muerte eterna.

Nuestro trabajo en la iglesia no es traer gente a nuestra congregación. No lo podemos hacer. Nuestra tarea es esperar en Dios. Cuando El limpie a la iglesia de esas cosas que le entristecen y matan a los corderos, entonces vendrá a ese santo y purificado cuerpo de creyentes, moviéndolos a dolores de parto espirituales para dar a luz almas mediante un verdadero nacimiento divino que las traerá al reino de Dios. Isaías 66:8 dice: "Pues en cuanto Sión estuvo de parto, dio a luz sus hijos." Y cuando Dios realice esto, serán corderos sanos y hermosos. La gloria de Dios estará en sus almas, y las ovejas tendrán la leche suficiente para mantenerlos vivos y sanos. (Los corderos son alimentados solamente de las ovejas. Su leche es el gozo del Señor vertiendo de los corazones obedientes.)

En la iglesia hemos estado tratando de arreglar cosas que no nos incumben. Nuestra tarea es simplemente esperar en Dios, porque El puede hacer más en unos cuantos segundos de lo que los hombres pueden hacer en siglos. Hemos estado tratando de hacer venir a la gente a nuestras iglesias por medio de toda clase de métodos humanos. Hemos tratado de conversar con ellas, de convencerlas y de cambiar sus vidas.

Pero Dios simplemente quiere que lleguemos a ser un pueblo que espere en El para que así pueda crucificarnos, para así llegar a tener un control completo sobre nosotros. El podría hacer maravillas para su

gloria, si sólo pudiera encontrar un cuerpo dispuesto a someterse a la cirugía divina necesaria para ser verdaderamente usado por El.

El Señor quiere que muramos al reconocimiento, a la posición y a la popularidad. Debemos estar dispuestos gustosamente a ser siempre los últimos. Dios puede usar solamente al quebrantado y al humilde. El puede obrar en otros hasta cierto punto, pero su verdadera presencia y el poder de su reino opera a través del humilde, a través de lo que el mundo rechaza y cree que es necio.

Hay una gran gloria aquí. Hay un gran gozo. El cielo está en medio de ello. Pero el diablo, la carnalidad y todo lo del infierno no lo dejarán oír. Aun al estar leyendo esto, deberá trabajar, rogar y esforzarse con todo su corazón para asimilar verdaderamente estas sagradas verdades y comenzar a aplicarlas a su vida. Estamos en una feroz batalla contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestiales. Ellos roban de usted toda verdad espiritual, con frecuencia aun antes de que llegue a su corazón, a no ser que invoque la sangre de Cristo sobre su corazón y mente, elevando el escudo de la fe sobre su alma. Esta exhortación probablemente necesitaría ser compartida unas cien, doscientas o quizá trescientas veces a la mayoría de las congregaciones antes de que comiencen a escuchar la urgencia y seriedad de negarse a sí mismo.

**Este es el verdadero propósito de este libro: convencer cariñosamente a las personas de que en realidad dejen sus propios caminos para seguir a Dios y hacer de verdad su voluntad.** No sólo seguir a Dios en un rito y no únicamente de palabra, como están haciendo muchas iglesias ahora, sino regresar realmente a la simplicidad básica del evangelio de Jesucristo en cuanto a negarse a sí mismo, confiar y obedecer. Va a ser una cosa horrible en el juicio si hemos estado en la iglesia, pero hemos faltado a la voluntad de Dios; si hemos sido morales y correctos, pero no hemos esperado en Dios para que El obre en nosotros su voluntad.

He encontrado muy pocas personas a lo largo de todo mi ministerio, sin mencionar siquiera a las iglesias enteras, que han estado dispuestas a humillarse. Pero si no llegamos a ser nada y comenzamos a caminar con Dios, no somos realmente la iglesia. **No estamos en el reino de Dios, y no estamos en la verdadera iglesia de Dios si no abandonamos todos nuestros propios caminos y seguimos día a día la dirección del Espíritu Santo.** Si no hacemos realmente la voluntad de Dios, si no somos fieles y leales como niños pequeños, seremos piedras de tropiezo en lugar de piedras para afirmar un camino.

Si nosotros los ministros de las iglesias no hemos obedecido realmente a Dios, caminando en el Espíritu por medio de negarse a sí mismo y obedeciendo en humildad, no tratando de saber mucho, sino simplemente llegando a ser como niños, entonces habremos tomado el dinero de la iglesia y engañado al rebaño. Si no hemos abrazado la cruz en la vida interior, si no hemos clamado en agonía dentro de nuestras almas, queriendo hacer la voluntad de Dios, seremos juzgados y declarados culpables en el juicio (y en este momento Dios me dice: "Te guío, te dirijo y te digo lo que debes hacer.")

Estamos a “mil leguas” lejos de la voluntad de Dios en la mayoría de las iglesias. Tenemos personas en nuestras juntas directivas y en nuestros consejos que no están caminando con Dios bajo la cruz. Tenemos dirigentes en las iglesias que están tratando de manejar la obra del cuerpo de Cristo.

El Señor me dice en mi corazón que si tratamos de gobernar la iglesia con una mente carnal, si está presente el “yo” no sumiso en nuestras vidas, seremos tan peligrosos para ese cuerpo como cinco serpientes de cascabel serían para un niño muy pequeño en su cuna. Es de igual peligro para un hombre o una mujer que se encuentre en el liderazgo de la iglesia el ser carnal y no hacer la voluntad de Dios. Es mortal para los corderos y los pecadores que están observando la vida de esas personas.

Amado, es necesario que todos nuestros dirigentes de iglesias sean purificados, desde el más importante hasta el más insignificante. Amo mucho a todo líder de toda iglesia; amo a cada uno con todo mi corazón. Se necesita de amor para decir la verdad real con amabilidad y gentileza. Pero el Espíritu Santo revela a mi corazón que si estoy en la iglesia y tengo la más leve y ligera carnalidad en mi corazón, soy tan peligroso para ese cuerpo como el veneno de la serpiente cascabel. Envenenaré al cuerpo de la iglesia aun cuando esté intentando ayudarlo. (Todos los líderes de las iglesias cuyos corazones son correctos para con Dios no se resentirán por esta revelación; pero todos los corazones que no se han rendido completamente a Dios, se ofenderán. Salmo 119:165)

Esto es más serio de lo que pudiera decir, porque muy rara vez una congregación subirá a un plano más alto que el de su líder espiritual. No podemos elevar a alguien a un nivel más alto de aquel en el que nosotros estamos. Si solamente pudiéramos convencer a nuestros amados ministros de todas nuestras iglesias a que realmente esperen en Dios y caminen con El para que su poder pueda verdaderamente obrar a través de ellos. Y si no hemos esperado en Dios hasta que pueda enseñarnos a nosotros los ministros cómo detenernos o seguir según su mandato, o cómo discernir lo que el Espíritu Santo desea para nuestros tiempos, juntos como un cuerpo de creyentes seremos como profesores que no conocen el abecedario. Tal vez tengamos la mejor ortodoxia. Sin embargo, habrá poco poder de Dios en nosotros. El verdadero amor de Dios no fluye a través de nosotros como podría y debería hacerlo.

Es este amor divino el que regula el poder de Dios. Es nuestro amor por Dios el que determina nuestra autonegación. Buscaremos su voluntad, y nos negaremos a nosotros mismos en proporción a nuestro amor por el Señor Jesús. Lo que entristece mucho mi corazón es que muchas iglesias son desobedientes, y no lo saben. Mucha de nuestra amada gente está viviendo vidas de afirmación de sí mismo y de desobediencia, y no tienen la menor idea de lo que están haciendo.

El mundo está muriéndose en espera del amor de Dios. Los pecadores no necesitan nuestras teologías e ideas denominacionales. Necesitan el amor de Jesucristo para hacerles saber cuán infelices y vacías son sus vidas. Y este amor no puede, repito: **no puede, fluir a**

través de un corazón desobediente. No estoy hablando de un amor terrenal, de una mera afección humana. Estoy hablando del divino amor de Dios, el cual fluye como un torrente desde la montaña, a través del corazón crucificado y rendido, hacia toda persona viviente. Este amor no tiene espíritu de amargura, ni de crítica, ni de aspereza. No encuentra faltas; no murmura. Este amor perdona toda falla y pasa por alto todos los malentendidos. No guarda rencor, y no se queja. Está muerto a toda la compasión de sí mismo y vivo a toda alabanza al Señor. Este es el amor que hace a los hombres de todas las naciones ser uno en el Espíritu.

Y cuando usted reúna unas pocas personas que se amen mutuamente con este santo y puro amor celestial, entonces Dios bajará y hará su morada entre ellas. El poder del Espíritu Santo se moverá en ese cuerpo, y los pecadores nacerán en el reino de Dios por medio del divino poder de Dios. Conocemos muy poco de tal divino poder. **Hemos vivido tan lejos de su perfecta voluntad que Dios no ha podido confiarnos mucho de su presencia.**

Si el poder que descendió sobre Homer Pumphrey y sobre mí en agosto de 1942, en Circleville, Ohio, descendiera sobre cualquier iglesia o cualquier lugar, yo sé que todos los infieles y ateos serían salvos en veintidós segundos. El poder sería tan grande que ellos exclamarían: "¡Oh, Dios! ¡Perdóname! ¡Yo no sabía que eras tan grande! ¡Ten misericordia de mí, Señor Jesús!" Sus bocas lo confesarían de una vez. No podrían evitarlo.

Este sagrado evento ocurrió mientras Homer y yo estábamos en un cuarto de un hotel en Circleville, Ohio. Hice la declaración: "Estoy convencido de que muy pocas personas en todo el mundo tienen todo lo que Dios quiere que ellos tengan y están haciendo todo lo que Dios quiere que hagan."

Mi querido hermano se opuso a mi declaración, y contestó: "¿Quieres decirme que estas personas no están haciendo todo lo que Dios quiere que hagan y no tienen lo que El quiere que ellos tengan?" y el nombró a algunos de los famosos líderes espirituales de ese tiempo.

Le contesté: "Homer, el Espíritu está entristecido." Y cuando dije eso, el poder de Dios llenó el cuarto como un poderoso viento que duró por tres segundos. La gloria de Dios estaba en todas partes. Llenaba todo el cuarto por completo. Fue la más grande demostración del poder de Dios que yo alguna vez haya experimentado. Era tan poderoso que Homer pensó que nosotros íbamos a ser trasladados al cielo. De repente salieron estas palabras de él: "¿Qué está haciendo Dios? ¿Está llamando apóstoles? ¿Para qué me quiere, para un escudero?" El casi no sabía lo que estaba diciendo. Las palabras simplemente salieron de él.

Hace treinta años Dios descendió sobre ese cuarto como un testimonio de su presencia acerca del hecho de que su Espíritu había sido entristecido por casi todos los mortales en todos los tiempos. Estaba dando testimonio con su gran poder de que si tan sólo pudiera encontrar un cuerpo de creyentes dispuestos a perderlo todo y llegar a ser nada, El vendría a través de ese cuerpo y levantaría a Jesucristo

ante el mundo; y entonces los pecadores serían atraídos hacia El como en el día de Pentecostés, o mucho más aun.

Hemos estado tratando de levantar a Jesucristo con nuestros propios métodos, predicaciones y personalidades. Pero ése no es "el levantar" acerca del cual el Señor habló en Juan 12:32 cuando dijo: "Yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo." Jesucristo primero fue colocado en la cruz y levantado por manos crueles, carnales e inicuas. El siguiente levantamiento será hecho por medio de vidas obedientes y tiernas, vidas de gentileza, amor y quebrantamiento que han esperado en Dios hasta que les quite todas las cosas carnales y fluya libremente el amor de Dios a través de ellas. Cuando Dios encuentre tal cuerpo, entonces obrará a través suyo, y levantará a Cristo ante todo el mundo en el poder del reino de Dios.

Cuando este levantamiento espiritual del divino Hijo de Dios ocurra, todas las personas que se encuentren en esa zona, serán atraídas a Dios como hacia un imán. No podrán resistir este gran movimiento del poder de Dios. Esta poderosa atracción de Jesucristo podría iniciar el avivamiento del Espíritu Santo para el mundo entero, el cual he estado anticipando ahora por más de treinta años. Esto podría ser la "lluvia tardía" (Santiago 5:7) que precedería al regreso de Cristo. Vendrá algún día muy pronto cuando El encuentre un cuerpo dispuesto a pagar el precio y a seguirle diariamente en la autonegación.

Hemos visto muchas cosas maravillosas en Cristo, mirando unos pocos salvos aquí y allá; y no estoy tratando de minimizar lo que Dios ha estado haciendo en todas partes de la tierra. Sin embargo, lo que Dios **quiere hacer**, si solamente pudiera encontrar un cuerpo completamente rendido a su santa voluntad, es tan grande que no puedo decirlo con palabras.

Pero no debemos intentar hacer algo grande por el Señor. No debemos tratar de preparar un gran avivamiento, o tratar de fomentar una gran campaña evangelística global. El secreto es éste: como un cuerpo de creyentes, todos juntos debemos llegar a ser nada. De la misma forma en que Jesucristo permitió que su cuerpo fuera clavado en la cruz como un sacrificio por nuestros pecados, nosotros como el cuerpo viviente de Cristo debemos hacer lo mismo.

¿Puede oírlo? Jesucristo se entregó como un sacrificio por nosotros; así que ahora el cuerpo debe estar dispuesto a hacer el mismo sacrificio. **Debemos, literalmente como su cuerpo, en la vida interior, ir a la cruz y morir a todo lo del mundo, debemos estar dispuestos a morir a todas las obras terrenales y al mundo religioso.** Y de este cuerpo crucificado Dios producirá el mismo poder que resucitó a Jesucristo de la muerte y levantará al Señor resucitado ante todo el mundo.

Este es el secreto de todo éxito espiritual en la iglesia. Sin embargo, yo prediqué muchos años sin conocerlo. Esto es lo que Dios está tratando de clamar a través mío a todas las iglesias: "Tenemos que morir a nosotros mismos. Tenemos que perderlo todo para encontrarlo todo. Tenemos que aprender cómo obedecer. Tenemos que ir a la cruz como Cristo fue a la cruz."

El modelo que nosotros en la iglesia debemos enfrentar es el

imperativo de la cruz en la vida diaria del creyente. Hemos escuchado suficientes sermones para ayudarnos por muchos siglos. Tenemos suficientes libros cristianos para animarnos por años. Ha habido suficiente discusión y revisión de teologías y doctrinas de santidad. **Lo que se necesita ahora en la vida es vivir realmente en obediencia a los mandamientos de Jesucristo.** Tenemos que dejar de hablar “acerca” del cristianismo y comenzar a permitir que Cristo viva en nosotros.

El no vivirá en nosotros como pensamos que debe hacerlo. El tiene sus propios planes y sus propios y únicos deseos para nuestras vidas. Aprenderemos estos planes solamente mientras esperemos en El día tras día y comencemos a aprender cómo ser dirigidos por El.

La mayoría de los hombres ha querido someter a Dios a ciertos moldes limitados y modelos incambiables. Pero cuando Dios crea, toda la naturaleza obedece su voluntad en una infinita variedad de maneras. Cada copo de nieve es un individuo muy especial. Cada cristal microscópico es un poco diferente del otro. Así mismo cuando El crea su reino en la tierra, Dios usa una infinita variedad de formas para guiar a sus siervos. Ninguna técnica o método aplicado podrá abarcar la ilimitada invención de nuestro Padre Celestial cuando El dirija a sus hijos para hacer su voluntad. Los hombres siempre han querido seguir normas cuando Dios ha preferido encontrar seguidores humildes que deseaban ser gobernados.

La Palabra de Dios nos dice que “a todos los que le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios.” Hemos descansado demasiado tiempo al pie de esta gloriosa montaña de promesa, asumiendo que, porque hemos “creído” en Cristo, ya hemos cumplido con todos los requisitos para ser sus hijos. Pero otro versículo nos dice muy claramente que hay una diferencia entre “la potestad de ser hecho” un hijo y realmente “ser” un hijo. Pablo nos revela el requisito indispensable para ser hijos verdaderos cuando dice: “Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.”

Para ser verdaderos hijos de Dios, debemos seguir adelante después de la conversión para ser instruidos en los misterios del reino de Dios. Llegar a ser un hijo es un proceso extenso, y es necesario que estemos ocupados con la tarea del “ser hechos.” Necesitamos desacostumbrarnos a los modelos y a las inclinaciones interiores de la tierra para tener una visión celestial y un deseo eterno. No podemos permitirnos nosotros mismos el fijarnos en ciertos modelos de logros religiosos, en dones o en una meta particular de efectividad dentro de la estructura aceptada de la iglesia. Debemos aprender lo que significa simplemente caminar con Dios.

El plan de Dios para todo hombre y mujer ha sido siempre diferente; así que no podemos mirar a ninguno de sus siervos como si fuera un modelo específico de actividad para saber cuál sea la voluntad de Dios para nuestra vida. Sin embargo, podemos mirar al Señor para saber lo que quiere para nosotros; y podemos encontrar en la historia bíblica sus enseñanzas, su forma de vida y su ejemplo en humildad para servir. Por encima de todo, tenemos su resonante clamor: “Un mandamiento nuevo os doy...como Yo os he amado, que también os améis unos a otros.”

Toda una vida no bastaría para meditar lo suficiente acerca de las implicaciones y prácticas de amarnos los unos a los otros como El nos amó. En efecto, toda la eternidad probablemente nunca alcanzará los límites de su amor, el cual debemos abarcar con el máximo de nuestras limitadas capacidades por su gracia y ayuda. Pero este amor divino es el vínculo perfecto entre las innumerables personas que conforman su cuerpo en el mundo. Su amor, fluyendo de una persona a otra, llega a ser el tendón y la fibra que une el dedo a la mano, la muñeca al brazo, y crea el organismo viviente de su gloriosa iglesia.

Dios ha enviado esta voz clamando en el desierto como un sonoro clarín que llama a la verdadera obediencia al Espíritu Santo. Mientras lea estas palabras finales, está escogiendo, o acercándose a su selección, a ser un verdadero seguidor de Jesucristo o simplemente uno que cree en principios cristianos. Cuando Cristo fue enviado a la tierra, un gran número de personas creyó los principios de las revelaciones de Dios a los patriarcas y a los profetas; pero pocas estaban dispuestas a proclamarle como el Mesías.

Muy pocos han escuchado a los hombres de Dios desde el principio. En el tiempo de Cristo, los líderes religiosos eran incapaces de reconocer al Señor, y El era el cumplimiento de la revelación a la cual ellos servían sinceramente. La mayoría de los líderes cristianos así mismo han fallado al no reconocer a los siervos de Dios. La iglesia establecida persiguió a Huss, Madam Guyon, Bunyan, Lutero, Wesley, Finney, E.E. Byrum y a cientos más. El poder de este mundo ha cegado a nuestros amados líderes, haciendo que ellos se sientan amenazados por los verdaderos siervos de Dios. Aun cuando uno trata de señalar la ceguera de los líderes religiosos del pasado a los verdaderos siervos de Dios, los líderes de hoy dicen: "Bien, eso fue en el pasado. Tenemos hoy la revelación; nuestro camino es el verdadero. Estamos en las cosas más profundas de la revelación de Dios."

(Muy rara vez ha habido un líder de la iglesia de cualquier posición, o autoridad, quien se haya sometido humildemente a la voluntad de Dios. Todo líder de la iglesia que realmente ha sido crucificado, no se sentirá mal acerca de mí por esta declaración.)

A lo largo de mi ministerio he amado a toda iglesia. He tratado de animar a todo ministro y a todo laico. Nunca he conversado acerca de determinada denominación, determinado líder o determinada iglesia. Cuando estoy en el púlpito, Dios con frecuencia obra a través de mí con juicio para llamar a la iglesia a una renovación de la verdadera santidad y purificación. Pero cuando estoy solo, nunca hablo en contra de la iglesia o abuso del ministerio.

Pero algunos líderes de las iglesias piensan que soy un falso profeta y que estoy tratando de conseguir la propiedad de la iglesia. Cierta número de líderes religiosos me temen. Ellos con frecuencia crearán historias acerca de nosotros de boca de personas que nunca nos han oído, o no nos han conocido, antes de insistir en averiguar cómo somos realmente. Y es una cosa peligrosa, amado, creer una mentira.

La naturaleza de un corazón lleno con el amor divino es creer lo mejor de todos. Pero Satanás lucha tanto en contra de este mensaje de

autonegación y de la cruz que algunos líderes de las iglesias han estado dispuestos a creer que mi intención es causar división y comenzar mi propia iglesia. En realidad lo único que estoy tratando de hacer es lo que Dios me ha llamado a hacer, y eso es animar a toda persona para que siga al Señor Jesucristo y unir a todos los creyentes alrededor de todo el mundo en una comunidad de amor divino.

(Hiere mi corazón el oír las cosas terribles que la gente dice de mí, pero Dios me mantiene feliz. Me regocijo en mi alma, aunque mi corazón esté quebrantado por la iglesia. El Señor nos ha dicho que todo seguidor verdadero sería odiado como El fue odiado.)

Con frecuencia, el ministro de hoy se encuentra bajo una considerable presión ejercida por la jerarquía denominacional para conformarse con ciertos patrones, programas, materiales de entrenamiento y procesos financieros. Dudo que muchos laicos sepan siquiera un poco de las presiones bajo las cuales los amados ministros tienen que laborar hoy. Necesitan de nuestra oración urgente diariamente, porque Satanás está tratando de desanimarles a que sean verdaderos y santos frente a su llamamiento. Por favor, mantenga las manos en alto de los verdaderos líderes de la iglesia, orando por ellos, animándolos con cartas y palabras de aprecio y siendo fiel en todo lo que Dios le ha llamado.

Por elección (porque Dios ha escogido siempre las cosas necias del mundo para avergonzar a los sabios) yo soy uno de sus representantes en esta tierra, y por eso hablo de su parte cuando digo: "¿No quisiera, amado, en este momento decidirse con todas las fuerzas de su corazón, alma, mente y cuerpo a seguir verdaderamente a Jesucristo día a día y segundo a segundo, negándose a sí mismo y obedeciéndole por medio de la ayuda del Señor?" Le puedo garantizar que nunca experimentará una satisfacción tan grande como la de este humilde caminar con Cristo.

Si escuchara la incomparable y sonora voz del mismo Jesucristo diciéndole: "Si tú no tomas tu cruz y vienes en pos de mí, no puedes ser mi discípulo," ¿se atrevería a contestar: "Yo conozco un mejor camino"? Sin embargo, eso es lo que la mayoría de las personas han contestado con su forma de vida desde que el Señor hizo conocer este mínimo requisito del verdadero discipulado hace dos mil años.

Pero yo le exhorto, mientras está por terminar la narración de esta humilde peregrinación, a que no ponga simplemente este libro a un lado como se haría con cualquier otra historia. Cuando quiera que el evangelio de Cristo sea presentado por el Espíritu Santo, los oyentes tienen que hacer una decisión. Usted escoge ahora, o venir verdaderamente en pos de Jesucristo el Hijo de Dios, negándose a sí mismo para seguir al Espíritu Santo, o escoge, como muchos han decidido a través de los tiempos, rehusar el camino de la cruz.

El camino de la negación a sí mismo y el de la cruz no es difícil. ¡Oh, amado, es todo lo contrario! El camino del pecador es el difícil. **Seguir la perfecta voluntad de Dios es la única manera para alcanzar una completa satisfacción interior.** Dios no defraudará a sus hijos, prometiéndoles la experiencia más completa de la vida para engañarles

luego con una aburrida y miserable existencia. ¡El gran misterio escondido en la cruz es que ésta es la puerta que permite entrar en la vida abundante! Esta verdad fundamental de toda la vida está maravillosamente expresada en este himno:

Cristo, mi cruz he tomado,  
Dejo el mundo y sigo a ti;  
Todo en ti yo he encontrado,  
Todo has dado Tú por mí.  
Ya mis vanas ambiciones  
Por amor de ti dejé,  
Sin igual mi condición es  
Por ti Dios y cielo hallé.

Himno por Henry F. Lyte, 1793-1847.  
Traducido de inglés por el reverendo  
George P. Simmonds. Usado con permiso  
Lillenas Publishing Co., Box 419527,  
Kansas City MO 64141.

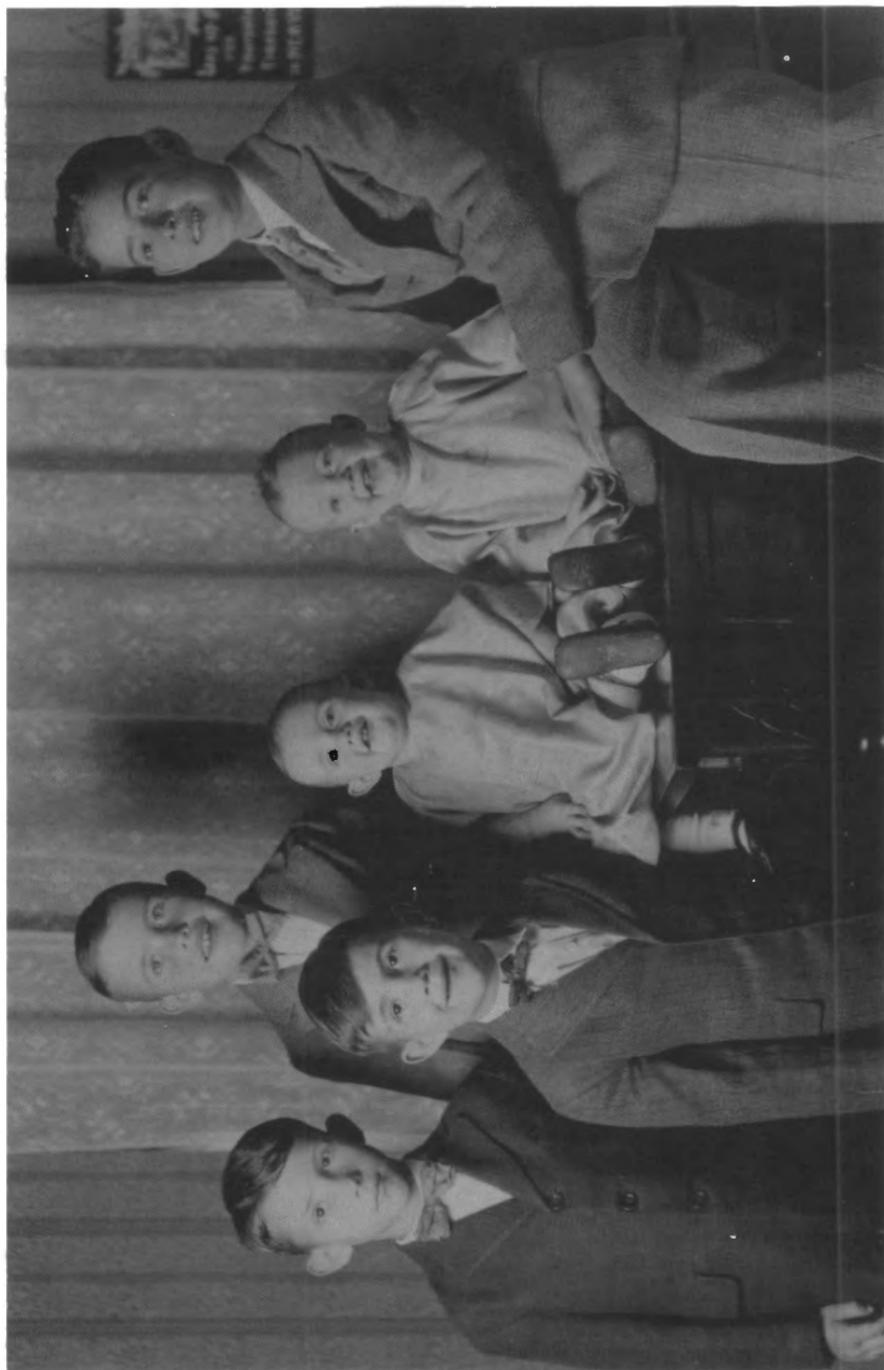
Este es el comienzo para cada uno de ustedes que ha leído este libro, no importa si usted es maestro de la escuela dominical, un plomero, una secretaria, un maquinista, una enfermera, un mecánico, un sicólogo, un ministro, un laico o un estudiante de colegio. O se encuentra en el comienzo del ascendente sendero para buscar la voluntad de Dios y su reino, o está comenzando un camino cada vez más oscuro hacia sus propios deseos que ya ha llevado a millones y millones a la angustia y a la destrucción eterna.

¿Qué comienzo escogerá cuando voltee la página final de este libro?

### **Aviso Importante A Cada Lector De Este Libro**

Esperamos que esta primera vez de leer *Una Voz en el Desierto* haya fortalecido y desafiado su corazón. Nos permitiría sugerirle que lea el libro otra vez cuidadosamente antes de compartirlo con un amigo u otra persona amada.

El propósito principal por haber compartido este peregrinaje ha sido para alertar a la iglesia de la necesidad absoluta de negarse a sí misma para obedecer al Señor Jesucristo. Puesto que la aplicación espiritual interior de esta verdad en la vida diaria es tan en contra a todos los modelos de nuestra experiencia terrenal, el Espíritu Santo ha revelado al reverendo Helm que la mayoría de nosotros tendrá que leer este libro nueve o diez veces antes de que este mandato sencillo de Jesucristo realmente penetre a nuestro corazón y llegue a formar una parte de nuestra vida interior.



1927 — Warren, Terrance, Richard, Edward, Edwin y Loran. Atrás del hombre izquierdo de Loran se ve una lámina de adorno que apropiadamente dice: "Acumulad tesoros en el cielo."



*El sexteto de los hermanos Helm, octubre de 1947, seis años después de que Dios llamó a Loran a dejar todo para confiar en El enteramente. (De izquierda a derecha: Warren, Loran, Richard, Terrance, Edward y Edwin.)*

# Acerca del Autor de Este Libro

por Mary Webster

¡Antes de que fuera mi turno para hablar, lo vi! ¡La verdad es que no era posible que pasara desapercibido! Estaba sentado al lado del pasillo, y sobresalía entre las demás personas del auditorio. Era un hombre extraordinario, bien vestido, distinguido, con la “sonrisa de Dios” en su rostro. Todo en él me decía: “¡Este hombre es distinto!” Pensé: “Melquisedec, sin principio ni fin.”

Al inclinar nuestros rostros para la invocación, el Señor me reveló que yo no sería quien daría el mensaje, sino que debería presentar a este hermano y él predicaría. Se me hizo raro presentar a alguien cuyo nombre ni siquiera sabía, por lo que simplemente dije lo que se me había revelado, y pedí que “Melquisedec” nos hablara de lo que Dios había puesto en su corazón. Más después supe que su nombre no era Melquisedec, sino Loran Helm.

Era evidente por qué Dios había decidido usar al hermano Loran aquella mañana, porque la gente recibió abundante bendición.

Más tarde le dije que probablemente era un cristiano muy solitario, pues poca gente había logrado tanto en su camino con el Señor como él lo había hecho. No todos podían compartir sus experiencias tan profundas y elevadas que él conocía, porque no habían rendido sus vidas a Cristo en el mismo grado. El simplemente sonrió.

Durante un retiro espiritual en donde él dirigía, vi a este maravilloso “espíritu libre” que casi rompía sus alas tratando de volar dentro de la envoltura de las limitaciones e impedimentos de una organización estructural. Esto me llevó a sugerirle que posiblemente sería de más beneficio para él y otras personas dejar caer esa “envoltura” que le ataba, como si fuera una camisa de fuerza, y remontarse hacia las alturas con Jesucristo, libre para hacer su voluntad.

¡Mientras lea este libro, encontrará que usted también está remontándose, o por lo menos, está deseando ir al Señor y obtener las alas para intentarlo!